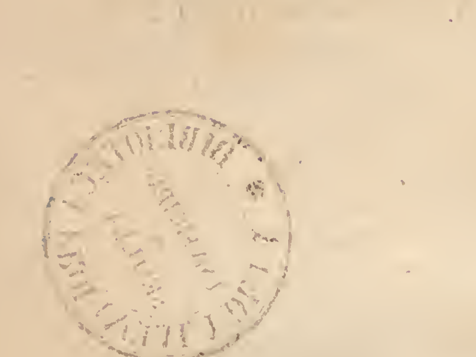


LA COMEDIA

DE

DANTE ALIGHIERI

TOMO I. — INFIERNO



LA

COMEDIA

DE

DANTE ALIGHIERI

traducida al castellano

EN IGUAL CLASE Y NÚMERO DE VERSOS

POR EL

CAPITAN GENERAL

D. JUAN DE LA PEZUELA

CONDE DE CHESTE

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



TOMO I. — INFIERNO.

MADRID
TIP. DE D. ANTONIO PEREZ DUBRULL
Flor Baja, 22
1879

CARTA PRÓLOGO

DEL TRADUCTOR.

AL EXCMO. SR. MARQUÉS DE MOLINS

Mi querido amigo: Despues de concluido mi penoso trabajo de interpretar y traducir verso por verso la COMEDIA de Dante toda entera, aquí me tienes perplejo sobre su publicacion en las presentes circunstancias. Un hombre de mis creencias religiosas y de mis opiniones políticas, naturalmente no ha de querer dar pábulo al espíritu irreligioso y revolucionario de Europa en los dias én que tan sañudo se presenta contra el poder temporal del Papa. Pero la explicacion del pensamiento del gran Poeta, generalmènte mal interpretado por los que no son buenos; ¿puede contribuir á extraviar los espíritus, ó, por el contrario, impedirá que se hagan de él citas falsas, ó equivocadas, ó sin referencia oportuna á la época, pasiones y circunstancias que dominaban el ánimo del ofendido y desesperado Gibelino que vió pasar los mejores años de su vida en una contínua y nunca satisfecha esperanza?

Cuestion es ésta, Mariano, que dejo á tu juicio, y áun la doy por resuelta, si eres tú quien se encarga de escribir un Prólogo que se ponga en cabeza de la publicacion, y en el cual se bosqueje la vida de Dante, y se le analice y explique como es él en sí mismo, y no como quieren que sea los que de todo sacan partido para difundir é ir arraigando en las almas débiles sus opiniones, tan funestas á la paz de las familias, al órden material y al público sosiego.

Bien veo que no es fácil que tú en un prólogo, y yo en mi interpretacion, encontremos siempre el más perfecto sentido. ¡Cómo, si eso no lo ha conseguido nadie todavía, y es poco ménos que imposible, toda vez que las dudas producidas por la oscuridad del texto son de tal naturaleza, que no podrán nunca disiparse! Entre otras muchas razones, tengo las siguientes por las más eficaces. Es la primera: que las imágenes ó ficciones de Alighieri no son ó no parecen siempre tan ciertas y definidas que no puedan en todo ó en parte entenderse en diversos sentidos; de donde nace la variedad de las interpretaciones, segun el espíritu y hasta la preocupacion de cada uno de los interpretadores y la índole misma de sus estudios y aficiones. Es la segunda: que carecemos de muchas noticias particulares sobre la vida de nuestro florentino. Se conocen poco los hombres con quienes mantuvo el social comercio de la vida; no son bastante claros, ni áun á los mayores eruditos italianos, ciertos usos particulares y hábitos y costumbres de aquel tiempo, por cuyo motivo sólo pueden

determinarse por conjeturas vários pasajes que, si nos fuesen aquellos bien conocidos, no ofrecerian pábulo á tan encontrados pareceres. Por último, hay que considerar la naturaleza de las palabras, que, no siendo fijas como los números, no siempre expresan una idea inmutable y segura, sino que con la variacion de los tiempos se hacen adaptables á diferentes significaciones. Y á todo esto, añádase lo incierto del texto en tanta variedad de códices, de los cuales no hay uno en que no se encuentren aquí ó allí manifiestos errores, ó ménos felices expresiones de un pensamiento. Cinco siglos hace que se viene elaborando la ilustracion y comento de la COMEDIA, y tanto por la explicacion histórica cuanto por la del sentido literal ó alegórico, se han escrito millares de páginas en toda Europa, y particularmente en Italia. No es fácil; pues, que te ocurra ya nada nuevo sobre tan estudiado asunto, á pesar de tu copiosísima lectura y de tu mucho entendimiento. Pero acaso podrás, á causa de esas tus especiales dotes, fijar una opinion compuesta de las más atinadas de todas hasta el dia sobre esta grande y nunca bien ponderada obra del esfuerzo de la imaginacion humana, principalmente en lo que tiene relacion con el espíritu religioso, puesto que del político no puede en parte alguna desentrañarse argumento que no sea favorable al principio de autoridad, tan uniforme en el conjunto cuanto sostenido en todos los detalles, como se advierte desde las más pequeñas reflexiones puestas en los lábios de sus innumerables personajes, hasta el final del cuadro del

Infierno, en el que coloca en cada una de las tres bocas del mismo Satanás (lugar por cierto preferentemente terrible) á Bruto y á Casio, á la par de Judas Iscariote, como dando á entender que no hay mayores criminales que aquellos que traidoramente asesinan á la sociedad entera en la persona de los que legalmente la representan, defienden y custodian.

¡Ojalá que los asuntos que se rozan con la Iglesia, porque tratan de la persona de sus ministros, no dieran tampoco márgen á funestas interpretaciones! Aquí es, amigo mio, donde encuentro la dificultad de la resolucion sobre que te pido consejo, y que encomiendo á tu verdadera ilustracion, que sé bien que no se alumbra con otra luz que la que enciende el sentimiento cristiano, primero en tu corazon y despues en tu entendimiento.

Cristiano fervoroso, teólogo eminente, intachable en la doctrina, dinos, amigo, si es Dante tan adversario del poder temporal del Papa cuanto es devoto y reverente á su autoridad como Cabeza de la Iglesia universal y Vicario de Jesucristo. ¿No hallas en él algunas dudas tambien sobre este punto? ¿No dice en el canto segundo, hablando de Roma y de su imperio,

La quale e il quale (a voler dir lo vero)
Fur stabiliti per lo loco santo,
U' Siede il successor del maggior Piero?

Y áun suponiendo que tuviera aquellas opiniones, explícanos por qué pueden perdonársele á él solo sus juicios exagerados sobre algunos

puntos de la potestad secular, y áun aplaudírsele muchos ajustados á la verdad cuando discurre en várias ocasiones sobre los vicios y los males de Italia y de la Iglesia. Analízanos el espíritu de censor inflexible que le anima contra los pecados de todos los hombres, áun los cometidos en las más altas gradas de la sociedad, sin exceptuar una sola. Dinos que no son encaminadas al escándalo, sino á la correccion, sus acerbas reprensiones sobre la vida irreligiosa y malas costumbres del clero de aquellos tiempos, cuando sobre el mismo asunto escribieron personas tan santas como un San Pedro Damiano, un San Bernardo, una Santa Catalina de Sena, cuyos escritos, por ninguna potestad condenados, no se escribirian por cierto ni para escándalo de los fieles, ni para ofensa de la Iglesia, ni para baldon de sus ministros.

Pero ya me voy alargando más de lo que á mi propósito conviene y metiendo mi hoz en parva ajena, puesto que ha de ser en la tuya donde se cosechen los ópimos frutos del comento de Dante, si apruebas el proyecto de la publicacion de mi trabajo. Resuelve, pues, mis dudas. Si consideras dañoso el darle hoy á la estampa, devuélveme mi manuscrito para archivarlo. Si crees útil que vea la luz pública, pon á continuacion de esta carta el Prólogo que te dicte la conciencia, y vaya todo al impresor; que la buena intencion será nuestra defensa, y hará más llevaderas las justas censuras en que incurra el atrevidísimo traductor, el perdon benévolo que sus compatricios concedan al católico sincero.—VALE.

MADRID 20 de Febrero de 1865.

DANTE
DIVINA COMEDIA

INFIERNO

TRADUCCION DEL SEÑOR GENERAL PEZUELA,
CONDE DE CHESTE

I.

INTRODUCCION

Nadie habrá que desconozca que una traduccion en verso de la Divina Comedia es un caudal que hacía falta para completar el patrimonio, por otra parte rico, de la poesía española. Pero granjearlo es obra tan meritoria como difícil, y en el tiempo presente más arriesgada. En nuestra época, á la verdad, renovándose en cierto modo, en cuanto pertenece á Italia, los antiguos bandos Güelfo y Gibelino, partidario el uno de la Sede Pontificia, el otro adepto á la unidad de la Monarquía italiana, quieren ambos contar entre los suyos al Cantor Florentino, viniéndose á realizar así la profecía de su maestro Brunetto Latini (Infierno, *canto* xv, *verso* lxx):

La tua fortuna tanto onor ti serba,
Che l' una parte e l' altra avranno fame
Di te...

Tanto es así, que hay quien le presenta como consumado teólogo y poco ménos que como un

Doctor de la Iglesia; hay, por lo contrario, quien de sus versos saca textos para combatir el poder temporal de la misma, y quien, como Roseti, le hace heresiarca.

No hay que extrañar esto; porque ya el propio DANTE, en su CONVITTO *(Edicion de Florencia, pág.* 102*)*, habia explicado que todo escrito puede entenderse en cuatro sentidos, *el literal, el alegórico, el moral y el anagógico:* y tan por completo le ha alcanzado esta ley propia al autor de la DIVINA COMEDIA, que, sin ir más léjos que su segundo verso—*la selva oscura*—de que en él habló, es de diverso modo entendida por cada comentador: Manetti, por ejemplo, la localiza completamente entre el monte Miseno y Cumas, cerca de Puszuelo, y á la parte de la marina; y de ella da tales señas, que se pudiera pedir á la justicia ordinaria su apeo y deslinde. Por el contrario: el erudito Bianchi dice terminantemente que en *la selva oscura* se pinta el desórden moral y político de Italia, y más especialmente el de Florencia. Ni falta tampoco quien crea, como el mismo comentador refiere, que esta *selva* es aquella oscuridad de la razon, aquella estolidez de opiniones, aquella espesura de errores, selva del alma que se labra en quien no guarda la virtud y la sabiduría, y que DANTE mismo padeció algunos años de su juventud. Pues ahora bien: como con esta palabra aislada, sucede con todos los demás personajes y accidentes del poema, y con el poema entero.

¿Es por ventura fruto de la imaginacion volcánica del Poeta? ¿Es la expresion teológica, hecha en verso, de la correspondencia entre los pecados y las penas eternas, las faltas y su purgacion necesaria, las virtudes y su inefable recompensa? ¿Es un libro de moral enderezado á morigerar una sociedad corrompida, con la amenaza de los infernales suplicios ó de los perdurables premios? ¿Es, como DANTE mismo dice en un momento de despecho, la exposicion de los derechos de la

Monarquía hecha á través de las regiones infernales?

Jura Monarchiæ, superos Phlegetonta, lacusque lustrando, cecini, voluerunt fata quousque?

¿Son, segun afirma su hijo Jacobo di Dante, el Infierno, el Purgatorio y el Paraiso otras tantas figuras del hombre sepultado en el vicio, ó trabajando en su purificacion, ó elevado á la celeste posesion de la virtud? ¿Con qué criterio se ha trazado y ha de juzgarse la DIVINA COMEDIA; con el poético, con el teológico, con el político? ¿Es fruto de la inventiva, del dogma ó de la moral?

En nuestro entender, de nada en absoluto, y de los tres orígenes participa. Porque es fruto de la imaginacion, pone en juego todos los antiguos resortes de la teogonía pagana, como ya veremos. Porque es obra de un consumado teólogo, distingue admirablemente la pena de daño y la de sentido; libra de ésta á los que fueron sólo contaminados del pecado original y vivieron justamente, segun la ley natural, como ya más latamente haremos ver. Porque es, en fin, obra moral ante todo y sobre todo, no exime á sus propios amigos el autor del castigo merecido por sus culpas. Lo que en efecto no hemos visto en la DIVINA COMEDIA, ni verá nadie que de buena fé la lea, es que sea una máquina política exclusivamente destinada á satisfacer las aspiraciones ó las venganzas de un partido; ménos todavía la obra de un fanático Güelfo ó de un Gibelino furibundo, que condena al Infierno á todos sus partidarios y reparte la bienaventuranza entre solos sus amigos, si bien se trasluce con frecuencia la parcialidad del autor y la acedía de su lacerado espíritu.

Los que quieren hacer de la DIVINA COMEDIA una mera alegoría política, en vez de levantarla hasta tocar con la ILIADA, la acercan al nivel de GLI ANIMALI PARLANTI. No; en la obra de DANTE campea la fé como necesaria, la moral como inflexible, la razon como guía; y su autor, como

hombre de creencias, de corazon y de juicio, será siempre estimado, al par que por los poetas, por los teólogos, por los políticos y por los filósofos. Tuvo en verdad no pocos errores, que llevaba consigo el tiempo en que vivia, la sociedad que le rodeaba, el país en que habitó, el estado de los conocimientos en el siglo XIII, y sobre todo su situacion infelicísima y su carácter ágrio. Analizar estos datos préviamente, y recordar al paso la vida de aquel hombre insigne, parece cosa de todo punto necesaria para entender bien la DIVINA COMEDIA, y la árdua traduccion que de toda ella ha hecho el Sr. Pezuela; porque las palabras, las frases se traducen, los sucesos históricos y los sistemas quedan siempre intactos, y es necesario saberlos para entender lo que á ellos se refiere, ora se diga en italiano, ora en español.

II.

ITALIA EN EL SIGLO DE DANTE.

Al dar una somera ojeada á la Italia del siglo XIII, como aquel que quiere hacerse cargo del teatro en que tan gran papel ha de representar DANTE ALIGHIERI, y en que tanta influencia y aplauso ha de obtener su DIVINA COMEDIA, no es nuestro ánimo retroceder hasta la caida del Imperio Romano y hasta el establecimiento de la Iglesia. Dejamos esa difícil tarea á Lamennais, último comentador del Poeta Florentino, y no alcanza nuestra modestia á decir que le envidiamos el desempeño.

El escritor francés, en su introduccion á la DIVINA COMEDIA, ménos se propuso analizar esta obra maestra que probar *(cap. V) que la libertad y el Catolicismo son dos palabras que se excluyen radicalmente una á otra*, declarándose él por la primera. Reservado estaba al infelicísimo sacerdote francés negar á la Iglesia católica el timbre mismo que le concedieron ámpliamente el pro-

testante Gibbon y el filósofo Voltaire; esto es, el de haber contribuido, más que otra institucion alguna, á la emancipacion del indivíduo y de la sociedad.

Por lo que á nosotros toca, nos basta repetir con Cesár Cantú, á quien tomamos principalmente por guia *(lib.* XII, *cap.* V*)*, «que el Hijo del »Hombre habia constituido su Iglesia de manera »que, en todos los climas de la tierra, los fieles »permaneciesen unidos en la fé, é independientes »en ella y por ella de las Autoridades temporales. »Que éstas á su vez procuraban destruir seme»jante barrera contra el despotismo; y de aquí las »contiendas entre el Altar y el Trono, y á la vez »los esfuerzos de ciertas sectas para borrar los »dogmas inherentes á la unidad del Sacerdo»cio, constituyendo sociedades religiosas espe»ciales; esto es, herejías.»

En efecto: cuando el Imperio Romano concentraba y extremaba el principio de autoridad, á punto de convertir á sus tiranos en Pontífices y hasta en dioses; cuando destruia y reducia á polvo toda moral, á punto de hacer vil pasatiempo y manjar de bestias la raza humana, encenagándose en vicios que la naturaleza repugna, y que los irracionales mismos pudieran condenar; el Cristianismo es el que con la sangre de sus mártires lava la humanidad, restablece la moral, ennoblece al hombre, revela en el cielo y funda en la tierra aquella soberanía espiritual y única, consoladora y benéfica, que apareció triunfante en el Lábaro de Constantino.

Cuando despues este mismo Imperio divide su silla entre Oriente y Occidente, y, agitado en una y otra parte de indignas pasiones, es juguete de heresiarcas, de sofistas y de cortesanas, la Iglesia es la que conserva el depósito del saber antiguo, el secreto de la autoridad legítima y el criterio de la moral verdadera.

Hízose noche sobre la tierra. Los bárbaros del Norte vinieron, no á heredar, sino á castigar á los

antiguos dominadores. La Iglesia fué entónces tambien quien, atrayendo á sus dogmas á aquellos pueblos septentrionales, les enseñó á amar, enseñándoles á creer; miéntras que por otra parte infundia el espíritu de dignidad y de independencia en los pueblos ántes corrompidos, y luégo conquistados, del Mediodía.

De estos dos impulsos coexistentes, la fuerza material, que viene con los Barones del Norte para echar raíces en cada territorio, y la fuerza moral, que viene con los Apóstoles del Oriente para pasar como un soplo fecundo sobre toda la haz de la tierra, nacen, por decirlo así, dos grandes ideas dominantes en aquella edad: la una, que todo poder, derecho ó privilegio emana del suelo: la otra, que la Providencia vela contínuamente sobre el progreso de la humanidad, sea por medio de los Reyes, sea por medio de los Sacerdotes, á quienes delega su poder. Sobre la primera de estas ideas se funda la feudalidad; de la otra nace aquella fé vehemente: resortes principales una y otra de la historia de la Edad Media. De aquí tambien dos sistemas cardinales: uno emanado del feudalismo y del Rey, el otro de la Iglesia y de Dios: aquél sistema de autoridad, éste sistema de libertad.

Al mismo tiempo que ellos, si no por su causa, vemos desarrollarse en la Edad Media otros dos poderosos principios: la Monarquía y la Municipalidad. Era, en verdad, necesario que con el poder, que nacia de la tierra, aconteciese como con los manantiales de las aguas, los cuales, á despecho del codicioso dueño del terruño, van á formar los arroyos y á engruesar los rios, y á perderse al cabo en el mar. Así la autoridad de los Barones habia de engruesar la de los Señores y aglomerarse en la de los Reyes y perderse al cabo en el piélago del Imperio.

Otra ley igualmente necesaria habia de impeler á las grandes masas de ciudadanos á coligarse en comun defensa, para ponerse á cubierto de

las coaliciones feudales, ó de las ambiciones monárquicas, volviendo al mismo tiempo la vista hácia el único poder que de unas y otras vivia exento, y que á todas era por orígen y por inteligencia superior: el Pontificado. De aquí el nacimiento de las Repúblicas. Italia caminaba al frente de la Europa, ya por la herencia de los tiempos antiguos, ya por la ilustracion actual, ya por la Cátedra de la doctrina evangélica. No es mucho que en ella colocase la Providencia el Pontificado; que á ella volviese sus miras ambiciosas el Imperio Germánico; que en ella más que en parte alguna se extremasen los tiranos feudales; que en ella tambien naciesen lozana y espontáneamente las Repúblicas de toda especie, aristocráticas como Venecia, comerciales como Génova y Pisa, democráticas como Florencia, Luca y otras.

No es de extrañar tampoco que en este privilegiado país, por triste prerogativa á la sazon, se aclimatasen los bandos que habian nacido en Alemania, y que de allí habian tomado el nombre de Güelfos y Gibelinos. Amaban los primeros, segun dice Villani, la Iglesia y el Papa; los Gibelinos deseaban el Imperio, y favorecian al Emperador y sus partidarios. En los primeros dominaba el deseo de vengarse de la casa de Suavia (que, prevaliéndose de su reino hereditario de Sicilia, habia presumido avasallar á toda Italia: lo mismo al Pontificado que á las Repúblicas), y favorecian, por tanto, las franquicias municipales, y querian emanciparlas del yugo extranjero. Los Gibelinos creian que esta aspiracion de las ciudades á conservar su libertad, sin dependencia de un poder superior, no podia traer consigo sino discordias, cuyo resultado sería por último consumir las fuerzas de los italianos, empleándolas contra ellos mismos. Los unos, los Güelfos, aspiraban, pues, á la independencia de Italia, y sostenian su facultad de organizar segun su talante sus diversos gobiernos. Los otros, los Gibelinos,

aspiraban á la unidad como único medio de pacificar á Italia, y de hacerla respetada en el exterior, áun á riesgo de amenguar en el interior su borrascosa libertad. Eran, pues, dos partidos igualmente animados de ideas nobles. Cada uno de ellos parece que contaba por su parte con el derecho; y áun hoy sería difícil decir quién tenía razon y justicia absolutas. Porque si consideramos todos los males que los Emperadores causaron á Italia, la execracion que áun hoy está unida á la memoria de Federico Barbaroja, y la impudente desmoralizacion de Federico II, su descendiente: si consideramos que las más poderosas ciudades, como Milán y Florencia, fueron constantemente ciudadelas del partido Güelfo, y que esta Florencia, pátria del DANTE, fué el último asilo de la libertad italiana, miéntras que todos cuantos querian erigirse en tiranos de una comarca enarbolaban el estandarte Gibelino, estaremos tentados de creer que el triunfo de los Güelfos hubiese sido preferible, y que las ciudades hubiesen podido organizarse en Repúblicas bajo la proteccion del Pontífice, el cual las dirigia con sus consejos, al mismo tiempo que reprimia al extranjero con las armas espirituales (CANTÚ, *lib.* XII, *cap.* 1).

Hoy mismo hay quien quiere la independencia de Italia de una manera Güelfa: es á saber, con vários Estados libremente constituidos é independientemente coligados, y el Papa á la cabeza. Hay quien desea para la Península un sistema cuasi Gibelino: es á saber, la constitucion de un solo Estado monárquico peninsular, con el Papa agregado ó independiente. Y decimos cuasi Gibelino, porque los que así se llamaban en el siglo XIII no aspiraban á la Monarquía italiana, sino al Imperio Universal. *Sub divo Augusto Monarcha* (dice DANTE en su libro DE MONARCHIA, *lib.* 1), *existente Monarchia perfecta, mundum undique fuisse quietum satis constat.* Los que análogamente piensan en el siglo XIX no quieren

un Pontificado independiente, sino un Pontificado asalariado por el Monarca de Italia, ó *in partibus*, establecido en Jerusalen.

Dante era una excepcion: forzado por las vicisitudes de su vida por una parte, y por la claridad de su razon por otra, vino á desear un solo Imperio en el mundo, pero con la Sede en Roma: un solo Pontificado en la Cristiandad, pero con la Cátedra de Pedro.

Soleva Roma, che' l buon mondo feo,
Duo soli aver che l' una e l' altra strada
Facean vedere e del mondo e di Deo.

(Purg., Cant. xvi.)

Al llegar aquí, parece como que nos salen al paso las dudas ó preguntas, no tanto nacidas del exámen de la Edad Media, cuanto de la vacilacion que han dejado en el ánimo de todo el mundo las revoluciones políticas y religiosas de los últimos siglos. Estas se han dirigido en comun ódio contra todo principio de autoridad, así contra el político como contra el dogmático; y no es extraño que, al volver la vista al siglo xiii, se nos pregunte de buena fé si los Gibelinos, que hacían la guerra encarnizadamente á uno y otro Pontífice, se hallaban acaso contaminados con las herejías que pululaban en aquella Edad.

No, en verdad, responderemos. Nosotros vemos, por el contrario, al mismo Federico Barbaroja, el más obstinado enemigo de los Papas, someterse al cabo á su autoridad, y hasta servir de estribo á Alejandro III, que, al poner el pié sobre la coronada cabeza, decia: *Super aspidem et basiliscum ambulabo.* Como aquel Emperador, sus herederos y sus partidarios, si á veces en provecho propio utilizaban los cismas y las herejías, no se apartaban nunca de una manera definitiva del gremio de la Iglesia, y al cabo volvian á ella trayéndola cuantiosos dones y demandando hu-

mildemente la absolucion. ¿Qué prueba más concluyente de la unidad de creencias y del influjo del sacerdocio con todos los bandos, que el ver cien veces á éstos, cuando parecian dispuestos á venir á las manos, deponer sus armas y abrazarse fraternalmente por la piadosa palabra de un religioso? Así San Francisco de Asís y San Antonio de Pádua concluyen gran número de paces; á su ejemplo, el cardenal de Ostia reconcilia á Génova y Pisa; el de Preneste apacigua en Verona á los Montescos y Capuletos; San Bernardino de Sena pacifica la Lombardía, etc., etc.

Se nos interrogará asimismo: supuesto que, segun Lamennais, son incompatibles el Catolicismo y la libertad, ¿deberemos lógicamente deducir que los Güelfos, partidarios acérrimos del Pontificado, serian á la par adversarios de todo gobierno popular, de toda institucion no monárquica? Las cosas pasaron tan al contrario, que precisamente la mayor parte de las repúblicas italianas fueron Güelfas, y que, áun en aquel calamitosísimo período en que muchas comarcas de la Península gimieron bajo el yugo de tiranos locales, pertenecieron al partido Güelfo cabalmente aquellos que, como los Torri de Milan, dieron más alas é importancia al partido popular, que ahora llamaríamos *Democracia*.

Y si la ortodoxia y la herejía andaban distinto camino que los Güelfos y Gibelinos, tampoco éstos se mantuvieron de tal manera localizados que pueda distinguirse en un mapa con diferente color el territorio de las dos facciones. Por el contrario, introdujéronse éstas á porfía en todas partes: como de ordinario acontece, cada cual se afiliaba por espíritu de venganza en el bando opuesto al que patrocinaba su adversario. Un desaire de familia, un empleo municipal no conseguido, un saludo no devuelto, eran ocasion bastante á que esta peste de las divisiones se introdujera, viniendo á dividirse cada pueblo de Italia en dos facciones que á porfía se comba-

tian, y destrozaban la pátria comun. En Milán los Torriani y Visconti; en Florencia los Negros y Blancos; en Pisa los Persolini y Raspanti; en Roma los Orsini y Savelli; en Verona los Montescos y Capuletos, hijuelas todas de los Güelfos y Gibelinos, ensangrentaron largo tiempo las calles de las respectivas ciudades.

A cuál de éstos bandos perteneció DANTE, lo veremos por su vida; á cuál perteneció su pátria, lo diremos más adelante: á cuál perteneció su poema, desde luégo aseguramos que no podemos decirlo, si bien al Gibelino se inclina. Adelantaremos aquí que DANTE ALIGHIERI, ciudadano de Florencia, fué Güelfo por nacimiento, Gibelino por despecho ó por gratitud: que Florencia, República independiente, fué Güelfa tambien fundamentalmente, si bien, como hemos dicho de todas las ciudades de Italia, hubo al cabo de padecer la plaga de ambos partidos, y de ser dominada alternativamente por uno y otro. El poema, en fin, obra de la fé y de la razon, no es la apoteosis ni la condenacion de ninguna de las dos parcialidades. Como veremos, á nadie coloca DANTE en el INFIERNO ó en el PARAISO por razon de Güelfo ó de Gibelino, sino por pecador ó por justo; si bien de los Papas anda ofendido y con los Emperadores lisonjero.

Para reasumir este punto, vemos en Italia, durante la décimatercia centuria, combatirse más encarnizadamente que nunca el Pontificado y el Imperio; los Papas amparando y protegiendo el nacimiento de Repúblicas independientes; los Emperadores apoyándose en las tiranías locales; los partidos Güelfo y Gibelino, quizá guiados por buen deseo, amparando las protecciones de uno y otro poder, pero dividiendo primero el territorio de toda la Península y ensangrentando al cabo las calles de cada ciudad. El Papa, á su vez, llamando para componer estas diferencias á Príncipes extranjeros, como Cárlos de Anjou. El Emperador, en desquite, dando la mano, no ay

sólo á las herejías, sino al Islamismo por sus inclinaciones y sus costumbres, como Federico de Suavia.

Este es el teatro en que iba á aparecer DANTE, pero considerado sólo de una manera política ó material, y de un punto de vista general. Para conocerlo en sus fases moral é intelectual, y para analizarlo de una manera más concreta, aún debemos dedicar dos artículos diferentes á *la civilizacion italiana* y á *la república florentina.*

III.

CIVILIZACION ITALIANA EN EL SIGLO XIII.

Hemos visto el poder político ó la fuerza material tan disputada en Italia en el siglo XIII, cual no ha sido quizás nunca. Dividíanla entre sí los Emperadores y los Pontífices, aunque no en partes tan iguales que no dejasen porcion muy grande á las Repúblicas independientes; sin que ni aquéllos ni éstas pudiesen privar de su funesta soberanía á los tiranuelos feudales, que resistian en sus castillos y salteaban los caminos. Los bandos Güelfo y Gibelino aumentaban combustible á todas estas hogueras, sin dar luz predominante y clara á ninguna de ellas. No sucedia así ciertamente en el órden moral: jamás el Pontificado ha aparecido más fuerte, más universalmente acatado, más soberanamente obedecido: ménos poderoso por la disputada herencia de la Condesa Matilde y por los mercenarios campeones acá y allá reclutados, que por las Decretales de San Gregorio séptimo y por el auxilio de las Ordenes religiosas, levantadas en aquella edad, como otros tantos ejércitos, en defensa de la Santa Sede. Si de ello se quiere un ejemplo, no hay más que volver la vista al cuarto Concilio de Letran (1215), en que los dos Emperadores de Oriente y Occidente, los Reyes de Jerusalen, de Sicilia, de Francia, de Inglaterra, de Aragon, de

Hungría y de Chipre asistieron personalmente ó por medio de embajadores, y en que los Patriarcas de Antioquía y de Jerusalen, de Constantinopla y de Alejandría, con setenta y un Arzobispos, cuatrocientos Obispos, y más de ochocientos Prelados, vinieron á dar á la Cátedra de Pedro, y á la Silla del sábio y verdaderamente liberal Inocencio III, una fuerza y un esplendor de que no presenta ejemplo la historia. Cómo usó de ellas este insigne Pontífice y la mayor parte de sus sucesores, no hay para qué preguntarlo á la historia eclesiástica: basta consultar los anales de todas las Monarquías para encontrar pruebas de ello. Ahora se declara el protector de Príncipes huérfanos, como Federico de Suavia, á quien conservó la Corona, como á Ladislao de Hungría y Jaime I de Aragon. Ahora se constituye en patrono de la libertad de los pueblos; ahora en árbitro de los Reyes. La Magna Carta de Juan-sin-Tierra la debe Inglaterra al influjo del Pontífice; Dinamarca y Hungría sujetan á su arbitrio la sucesion de sus Tronos. En Francia, Felipe Augusto tiene que llamar á su lecho á su legítima esposa, y en España Alfonso IX de Leon tiene que apartar del suyo á su parienta, por precepto del Pontífice; autoridad consoladora y razonable (además de divina) para unir á todos en caridad, proteger los derechos, determinar los deberes, hacer respetar la legitimidad de vasallos y Príncipes, igualándolos á todos ante Dios, en cuanto concierne á la verdad y á la justicia. A su impulso toda civilizacion se desarrolla; las artes prosperan; la literatura, por él mismo cultivada, adelanta. Dos Cruzadas se llevan á cabo con buen éxito en sus dias. Una, contra los Albigenses en Francia; otra, no en verdad contra los Musulmanes de Jerusalen, como se habia proyectado, sino contra los caducos Emperadores de Oriente; la cual al fin, con la toma de Constantinopla, remata el afeminado Imperio de los Griegos. Con esta última expedi-

cion vino á Europa desde la antigua Bizancio buena parte de los tesoros artísticos y literarios de aquellas privilegiadas comarcas. Con la guerra de los Albigenses, por el contrario, se ofreció por uno y otro partido un ejemplo de inmoralidad y de saña que ruborizan aún al cabo de seis siglos.

Esta benéfica autoridad moral que á principios del siglo XIII ejercia Inocencio III, si bien no con la misma fuerza ni con la misma justicia, se conservó por sus sucesores, y puede llamarse la predominante y única en Italia. Bien es verdad que aquel mismo Federico II de Suavia, cuya abandonada cuna habia convertido Inocencio en uno de los más robustos Tronos de su tiempo, volvió contra su bienhechor la fuerza misma que le debia, y hasta llegó, en daño del Pontificado, á proteger todas las herejías, á abrir las puertas de Italia á los sarracenos, y á adoptar él mismo los usos y costumbres del Islamismo. Pero éstos no fueron sino desquites de una imaginacion meridional y de un carácter violento, y no es por eso ménos cierto que el mismo Federico dió el primer decreto de pena capital (*Pádua*, 1240) que se conoce por causa de herejía, y temblaba estremecido á la sola excomunion de Gregorio IX.

Cierto tambien que los tiranos locales, protegidos como los herejes por la potestad imperial, no pocas veces fingieron burlarse de los decretos de la Iglesia, y casi siempre vivian de una manera atroz é ignominiosa. Pero estos mismos tiranos temblaban ante un religioso, sin más armas que su palabra y su sayal, y Ecelino, prototipo de la barbarie feudal, aseguraba que temia más la voz de Antonio de Pádua que los escuadrones armados.

En cuanto á las herejías, las de los Baldenses y Albigenses, que habian levantado bandera en Francia, ensangrentando las más bellas provincias del Mediodía, habian en verdad penetrado

tímidamente en la Lombardía. Los Patavinos, herejes poco diversos de los otros, contaban sólo en Florencia casi la tercera parte de la poblacion. En Nocera otras sectas medio mahométicas se atrevian á hacer excursiones; pero todo ello, ni tomaba el carácter de generalidad que tenía en Francia, ni resistia con mucho á la elocuencia y á la persuasion de las Órdenes mendicantes nacidas en aquella sazon.

Su número puede decirse que se contaba por el de las dolencias de la humanidad, ó por el de las necesidades de cada siglo. Ya en los anteriores se habia visto á Congregaciones de monjes poner á cubierto la ciencia antigua; luégo las Órdenes militares acudir á la defensa de la raza y del territorio; más tarde las hospitalarias remediar los estragos de las pestes y de las guerras. Poco despues las cartujas, imprentas vivas, multiplicaban en el silencio y la soledad las copias de los manuscritos clásicos. Un siglo ántes, la agricultura adelanta á impulso de los solitarios de Claraval. En España Domingo de la Calzada hace con limosnas la vía pública que le da nombre; otros desecan pantanos y descuajan selvas; otros levantan fortalezas, y puede decirse que en la España de cierta época los monjes son legisladores, poetas, cronistas, médicos, todo. La enseñanza pública se desarrolla en Francia por el celo de los monjes de San Víctor. Roberto D'Abrisel se dedica poco despues á robar á la prostitucion sus víctimas. Juan de Mata, Félix de Valois y Pedro Nolasco redimen de las cadenas los cautivos, á trueque de sus propias personas. Guy de Montpellier multiplica las enfermerías con su Órden del Sancto Spíritus, y Juan de Meda atiende en Milán á la propagacion de la industria de la sedería y de los paños con su Congregacion de los Humillados. El estudio, la contemplacion y la penitencia son el objeto primordial de los Premostratenses, Agustinos y Carmelitas, y los afiliados á todas ellas crecen tanto,

que Inocencio III resuelve no permitir más fundaciones, ajeno de creer que en su Pontificado habian de nacer dos más que eclipsáran á todas.

El mismo ilustrado y doctísimo Pontífice tuvo poco despues un sueño, en el cual vió como si la iglesia de San Juan de Letran amenazase ruina, y que dos personajes extrañamente vestidos la sostenian. La fisonomía de ambos se le apareció tan clara, que hubiera podido conocerlos ó retratarlos. Gran sorpresa sería la suya cuando á poco se le presentó uno de ellos. Un saco con capucha, ceñido á la cintura por un cordel, era toda su gala. La viveza de su mirada mostraba bien el genio poético que le inspiraba á menudo, y lo macilento y demacrado de su semblante, la ruda penitencia con que afligia su cuerpo. Informóse el Pontífice de que era aquel hombre, ya por él ántes extrañamente conocido, hijo de un rico comerciante de Asís. Habíanle puesto por nombre Juan Bernardone; si bien la facilidad con que aprendió el francés, oyéndolo y hablándolo con los de esta nacion que frecuentaban la casa de su padre, habia ocasionado que le diesen el mote, célebre despues, como nombre propio en la historia de la humanidad, de *Francisco* (el Francés).

Alegre, vivo, emprendedor en los primeros años, buen poeta siempre, mudó de vida al cumplir los veinticinco años, repartiendo cuanto tenía entre los pobres. Asombrado su buen padre, túvolo por loco, y casi atrajo á su opinion al Obispo, quien le llamó para reprenderle. La humildad de Francisco en aquella conferencia fué sólo comparable con su energía; arrojó por la ventana sus propios vestidos, y el Prelado mismo se vió obligado á cubrirle con su capa. Entónces principió aquella magnífica predicacion que le atrajo millares de discípulos: cosa pasmosa á la verdad, atreverse á predicar la pobreza y la penitencia á un mundo ébrio de riquezas y de placeres, el amor y la piedad en una época de ódios,

de guerras y de supersticiones. Pero es que cuando á estos extremos llega la humanidad, los caractéres que se apartan de lo comun, ó tienen que ponerse al servicio de su cuerpo y llamarse Ecelinos y Luis XV, ó tienen que hacerse instrumentos de la purificacion de su alma y llamarse Franciscos y Vicentes de Paul. Y volviendo ahora á la visita del Serafin de Asís al Pontífice Inocencio, diremos que obtuvo cuanto deseaba; es decir, la facultad de ser mendigos y despreciados él y sus hijos.

Honorio III, sucesor del gran Inocencio, confirmó la aprobacion de la Órden, y cuando Francisco vino á Roma con este motivo, le colmó de paternal afecto. Al salir de aquella memorable entrevista, subia las escaleras del palacio Pontifical otro hombre, tambien de extraño vestido, cuya fisonomía revelaba no sé qué de la hidalguía castellana, y cuya mirada, ménos inspirada que la del poeta de Asís y más pensativa, dejaba descubrir al filósofo y al orador. Los dos se miraron recíprocamente; no se preguntaron ni su linaje, ni su pátria, ni su intento; corrieron el uno al otro como movidos de impulso superior; saludáronse por sus nombres; abrazáronse como dos hermanos gemelos, y este ósculo de paz que el cielo bendijo, se renueva aún hoy en todos los climas del mundo en que los hijos de Francisco de Asís y de Domingo de Guzman dan su sangre y su palabra por el amor de Jesucristo.

No era aquella la primera vez que el hidalgo de Caleruega, Domingo de Guzman, veia la capital del orbe católico. Ya ántes, siendo canónigo de Osma y en compañía de su Prelado Pedro de Acebedo, habia visitado el sepulcro de los Santos Apóstoles. Al volver de semejante viaje encontró en Montpellier á los Legados del Papa enviados contra los Albigenses. La afliccion de los dos Españoles fué grande al ver á aquellos como sitiados por su numeroso y espléndido acompañamiento, custodiados por un formidable ejército, y

asediados todos por un pueblo entero de herejes, al cual ni conquistaban ni convencian. Los españoles se presentaron á los Prelados, y con una elocuencia que Dios sólo inspira, les persuadieron que en semejante guerra no se podia triunfar ni con la fuerza ni con el tacto, sino que era necesario emplear la palabra y el ejemplo: y diciendo y haciendo, se desposeyeron de cuanto llevaban y comenzaron á predicar á pié y pobremente por aquellas comarcas.

Este fué el principio de la célebre Órden de hermanos Predicadores, debida, no á la intolerancia, sino al celo y á la virtud de un hidalgo castellano, cuyo elogio pone Dante *(Cant.* XXII *del* Paraiso) en boca de San Buenaventura, no sólo el más ilustre de los discípulos de San Francisco, sino uno de los grandes pensadores del siglo.

Perdónesenos el recordar que á esta Órden tambien y á nuestra pátria perteneció, en el tiempo del Dante, el quinto Maestro general San Raimundo de Peñafort, por cuyo precepto escribió Santo Tomás, el mayor filósofo de la era de gracia; y el cual San Raimundo es contado entre los primeros jurisconsultos de su época: que en una no muy lejana honró el mismo hábito el español Vicente Ferrer, cuya pasmosa elocuencia daba coronas, arrastraba pueblos de distintas lenguas y aplacaba los cismas de la Iglesia.

Nacieron, pues, en el siglo XIII las dos Órdenes de Predicadores y de Menores, que quizá la Providencia tenía preparadas, la una para contrarestar la soberbia, la ambicion y la obscenidad de los tiranos y la abyeccion humilde de las masas. La otra para llamar á mejor camino al clero secular, contaminado á la sazon de orgullo y de codicia. Ambas para poner á raya la herejía que por todas partes pululaba, y librar á la raza humana de un embrutecimiento peor que la barbarie.

Contar el progreso de estas dos Instituciones fuera largo y á la vez ajeno de nuestro propó-

sito: áun si les damos más importancia es porque la tuvieron sin duda prepotente en las vicisitudes políticas y sociales de Italia, y hasta en el carácter filosófico y literario del Poeta á quien dedicamos estos artículos.

Debemos, sin embargo, decir que se propagaron, no sólo entre los hombres de ciencia y de corazon, sino entre las mujeres mismas, y que quizá en sus débiles manos se mostraron más poderosas. Así vemos á una dama, Clara de Asís, franciscana, rechazar á los paganos de Nocera de las puertas de aquella ciudad, y librarlas del saqueo y de la profanacion de semejantes desalmados, sin llevar en la mano más armas que la pobre custodia de su convento. Rosa de Viterbo, franciscana tambien, apenas de diez años de edad, es tan fuerte, que mereció las persecuciones de Federico de Suavia y las admiraciones de su pueblo natal; y andando el tiempo, Catalina de Sena, dominica, lleva con su sola palabra la Córte Pontificia desde Aviñon á Roma.

Más profundas todavía bajaron las raíces de estas dos Instituciones con la fundacion de las que se llamaron Terceras Órdenes; es decir, con su propagacion entre las personas seglares.

Dice un biógrafo que DANTE perteneció á la de San Francisco. Lamennais combate esta noticia casi con igual irritacion que nuestro Quintana emplea en sincerar á Cervántes de haber pertenecido á la misma Órden. ¡Perdónennos los biógrafos que les digamos que no hay cosa más preocupada que la despreocupacion! No sabemos, ni nos importa, si DANTE se ciñó ó no con el cordon de los Hermanos menores; lo que puede probarse, con la lectura meditada de su DIVINA COMEDIA, es que su filosofía pertenece á la escuela de Santo Tomás, discípulo amadísimo de Santo Domingo, y que su estilo y su lenguaje no distan mucho de los del mismo San Francisco y de los de Fr. Pacífico, compañero de éste y poeta laureado por el Emperador Federico. En efecto,

nadie disputará á Santo Tomás el título del más sábio y profundo filósofo de la edad moderna. Toda ciencia adquirió nueva fuerza con el impulso de su pluma; y la teología, la moral, la filosofía de DANTE, si no son tomísticas, no sé qué cosa sean.

San Francisco y sus discípulos á su vez, tomando muy otro camino, dieron de mano al latin, usado hasta entónces, para escribir en lengua vulgar, é introdujeron en la poesía ese estilo llano, dictado por el corazon, sostenido por la rima, que el cantor de Francisca de Rímini y del Conde Ugolino perfeccionó sin duda.

Los sermones y crónicas de la escuela de Fray Pacífico abundan en esos detalles, á veces nímios, pero siempre interesantes, que vemos en la narracion de DANTE y que más que *Homéricos* nos parecen *Franciscanos*.

Estos poetas, para huir del estilo afectado que enervaba y detenia la italiana, gustaban hasta de palabras, imágenes y gestos triviales. Cuéntase del Santo fundador que se relamia los lábios cada vez que pronunciaba el nombre de Jesus; y dicen que imitaba el balido de la oveja cuando hablaba de Bethleem. Así él y su discípulo Antonio de Pádua se hacian simpáticos á la multitud que los seguia, y dura aún hoy la memoria de su cordial elocuencia.

Al examinar la fisonomía de Italia en el siglo XIII, hemos dado el primero y principal lugar á sus creencias religiosas, no sólo porque las consideramos hijas del más noble sentimiento del indivíduo y de la sociedad, sino porque en todos tiempos, y en aquél más principalmente, la fuerza de ésta y su esencia se refleja y domina en las demás manifestaciones del humano progreso; en la manifestacion política, es decir, en el gobierno y en las guerras; en la manifestacion civil y doméstica, es decir, en las costumbres públicas y privadas; en la manifestacion intelectual, es decir, en la filosofía y en la literatura.

De estas dos últimas nada decimos en particular, ya por no prolongar demasiado estos estudios, ya por no quitar novedad y fuerza á lo poco que podamos decir en los artículos siguientes.

Tiempo es ya, por el contrario, de recoger un poco la vista, de concretar nuestro razonamiento y de pintar esa Florencia á quien DANTE tanto elogia y vitupera, sin pensar quizá que él, vivo y magistrado supremo, fué causa de su mayor desventura; y muerto y poeta soberano, habia de ser título de su más alta gloria.

IV.

FLORENCIA Y EL DANTE.

Entre las ciudades que, segun hemos apuntado en el artículo segundo, al través de las guerras entre el Imperio y el Pontificado, habian recabado lo que ahora se dice su autonomía, esto es, un gobierno propio é independiente, ocupa sin duda Florencia el primer lugar.

Capital del antiguo marquesado de Toscana, y perteneciente como tal á la Condesa Matilde, habia sido legada por ella al Patrimonio de San Pedro. De él, como del Imperio, supo sustraerse con habilidad y constancia, y constituir una de las Repúblicas más fuertes de la Edad Media. Nunca, es verdad, pudo competir con Venecia, reina del Adriático, ni con Génova y Pisa, que se disputaban el imperio del Tirreno. Inferior á ésta en un principio, aliada suya cuando las escuadras pisanas atacaban las Baleares, tenía que reconocer la superioridad hasta de Fiesole por lo ventajoso de su posicion. Pero en breve las cosas cambiaron, y esta antigua ciudad etrusca tuvo que fundirse en la moderna República, que se desarrollaba bella y lozana, como la flor que le da nombre en las orillas del Arno. Su gobierno era completamente democrático. El pueblo estaba dividido en doce

gremios ó artes, comenzando por los Jurisconsultos y acabando por los Herreros, á saber: siete mayores, que eran Jurisconsultos y Notarios; Mercaderes de paños del barrio Calimala; Cambistas; Fabricantes de tejidos de lana; Médicos; Farmacéuticos; Fabricantes de telas de seda, y Peleteros; y cinco gremios menores: Taberneros; Carniceros; Zapateros; Carpinteros y Albañiles; Herreros y Herradores. Los nobles mismos, para ejercer derechos políticos, tenian que inscribirse en una de estas corporaciones. Cada una de las mayores contaba un jefe y algunos prohombres *(capitudini)*, los cuales, con igual número de adjuntos *(arroti)*, nombraban los depositarios del poder ejecutivo. Eran estos cuatro en un principio, seis despues, que se llamaban *priores*, los cuales, semejantes á los cónsules romanos, reunian temporalmente la *signoria*, como ántes se llamaba, y formaban con los arriba dichos el cuerpo electoral para designar sus sucesores. Florencia, así constituida, crecia en prosperidad, si no con el brillo de las Repúblicas marítimas que hemos nombrado, con riqueza más sólida por la feracidad de su suelo, y con una ilustracion ó grandeza intelectual que no hallan compañeras sino en las Repúblicas de la antigua Grecia, cuando la enemistad personal de dos familias, los Buondel-Monti y Amadei, vino á desarrollar en el seno de la República el gérmen fatal de las facciones Güelfa y Gibelina.

Por desgracia, á la vez que las banderías políticas, se introdujeron las discordias religiosas. Felipe de Palermo, Obispo Patavino, y otros sucesores suyos, consiguieron sembrar la zizaña de esta herejía con tan buen éxito, que casi la cuarta parte de Florencia, como hemos dicho, adoleció de esta lepra. Contábase en ella gente muy principal, todos del partido Gibelino y adictos al Emperador, con quien tenian secretas inteligencias. Las Órdenes religiosas de que hemos hablado, viendo el peligro, habian acudido á reme-

diarlo. Pedro de Verona, que poco despues ganaba la palma del martirio en Lombardía y recibia culto en los altares, perseguia con su palabra á los herejes; tanto, que apenas podia contener la inmensidad de su auditorio la vasta plaza de Santa María Novella. Instituyó una congregacion que cantase perpétuamente alabanzas de la Eucaristía y de la Vírgen en desagravio de los ultrajes de los Patavinos, y organizó una compañía, que ha durado hasta poco há, bajo el nombre de Capitanes de Santa María.

En el reinado de Federico II de Suavia, la familia Gibelina de Uberti logró al cabo sobreponerse á sus rivales, merced á la proteccion de aquel Emperador, que á la sazon asediaba á Pádua con sus sarracenos y con las mesnadas del terrible Ecelino, y allí asesinaba diariamente cuatro prisioneros, para apremiar á los sitiados.

Los Gibelinos de Florencia, que tuvieron la ignominia de triunfar con semejante apoyo, desterraron á los Güelfos de la ciudad (2 *Febrero* 1248), y modificando la antigua Constitucion democrática, establecieron un gobierno aristocrático, oneroso al pueblo y á los ciudadanos, cuyo comercio, oprimido de contínuas vejaciones, comenzó á amenazar ruina. Siguióse, como siempre acontece, una reaccion. Reuniéronse los descontentos en la plaza de Santa Cruz; formóse una confederacion, llamada *pueblo* por antonomasia; dividióse la ciudad en barrios *(sestieri)* y compañías *(gonfaloni)*, y el campo en parroquias *(pavieri)*. Y coincidiendo esto con los desastres de Federico y de su hijo Euro, hecho para siempre prisionero por los boloñeses en la batalla de Figlino (20 *Octubre* 1250), en que los Gibelinos fueron derrotados, acabó de derogarse el dominio de este bando en Florencia, y, lo que es más, la vida de Federico, que terminó en 13 de Diciembre del mismo año en Formentino. Abriéronse de nuevo las puertas de Florencia á los Güelfos. Erigióse una espe-

cie de dictador con el nombre de *Capitan del pueblo*, y pasando del estado de paz al de guerra, y del de comerciantes al de conquistadores, aprovecharon la muerte de Federico de Suavia para imponer el estandarte republicano á Pistoya, Arezzo y Siena; para sitiar á sus expelidos tiranos los Gibelinos en Paggitonsi y Volterra, y hasta para derrotar á sus antiguos aliados, los de Pisa, en las inmediaciones de Pontedera.

Una reaccion trae siempre otra: el terrible Farinata, de la familia de los Uberti, jefe de los Gibelinos, se coliga con Manfredo, señor de Siena, y con los demás enemigos de Florencia; á la cabeza de ellos, á la orilla del Arbia, da la sangrienta batalla de Monteaperti (1260), en la cual los Güelfos fueron derrotados, y el estandarte mismo *(carrocio)* de Florencia sirvió de trofeo á los de Siena. Llegaron éstos á proponer al caudillo florentino Farinata la destruccion de su ingrata ciudad; pero el soberbio Gibelino les contestó que no se habia puesto al frente de ellos para destruir á Florencia, sino pará conservarla. Entró, pues, en ella; pero, á pesar de estos buenos deseos, la Constitucion Florentina fué reformada, como era natural, en sentido imperial Gibelino y aristocrático.

Así siguieron las cosas hasta la heróica muerte de Manfredo, hijo de Federico (1266), en la batalla de Benevento, que dió el triunfo en toda Italia á los Güelfos, apoyados por las armas de Cárlos de Anjou, llamado por el Papa Urbano IV.

Poco más ó ménos, por aquel tiempo volvieron por segunda vez á su querida Florencia los desterrados Güelfos, para no ser ya de ella desposeidos; y tambien poco ántes habia nacido en la misma ciudad, de la familia asimismo Güelfa de los Aldighieri, un niño á quien pusieron por nombre Ducante, cuya vida está tan enlazada con la existencia y con la fama de su pátria, que en un solo artículo podemos tratar de ambas.

Antes, con todo, para dar una idea breve de

la opinion dominante en Florencia, conviene consignar que aquella República, independiente, democrática, afecta á los Pontífices, fué en su sencillo y patriarcal nacimiento tranquila; luégo Güelfa, y á esta opinion perteneció siempre, excepto dos pequeños interregnos, á saber: primero desde la invasion de Federico II de Suavia con sus sarracenos, hasta la muerte de aquel Emperador, ó sea desde 1248 á 1250, y segundo desde la batalla Monteaperti, ganada por Manfredo y sus alemanes, hasta la desventurada muerte de aquel último vástago de la casa de Suavia en la derrota de Benevento, ó sea desde 1260 á 1266. Que siempre los Gibelinos vinieron con ayuda de tiranos extranjeros y de bandos infieles; y que los Güelfos, aunque andando el tiempo no desdeñaron el auxilio extraño de Cárlos de Valois, al cabo ni vacilaron en su fé, ni dieron por entónces al extranjero parte en los destinos de la pátria.

V

BIOGRAFÍA DE DANTE, GÜELFO.

Los biógrafos de DANTE fijan su nacimiento en Mayo de 1265.—Así en 1300, al comenzar su DIVINA COMEDIA, podia decir con verdad que estaba

A mitad del camino de la vida;

es decir, á la edad de treinta y cinco años, que, segun su opinion, en IL CONVITTO, media la jornada de setenta años, á que se extiende frecuentemente el viaje de nuestra existencia.

No se concilia tan fácilmente lo que añadieron aquellos escritores diciendo que hacía poco que habia terminado la segunda emigracion de los Güelfos: con efecto, realizóse este regreso despues de la muerte de Manfredo en la batalla de Benevento, 1266. Para compadecer, pues, ambos asertos, ó DANTE habia de nacer fuera de Floren-

cia en 1265, lo cual es absolutamente falso, ó habia de ver la luz en Florencia despues de 1266, lo cual se opone asimismo á la verdad; ó, en fin, no habia su familia de haber seguido la suerte de los Güelfos, lo cual es tambien inverosímil.

Era ésta de las más ilustres de aquella República, aunque no de las más ricas. El gran Poeta insinúa en alguna ocasion que venía de los linajes romanos, pobladores de Florencia, y no de los etruscos de Fiesole, pero todo ello vagamente; y en el único paraje de su poema en que habla con claridad de sus antecesores, no se remonta más que á su abuelo Caciagüida, que fué á la Cruzada con el Emperador Conrado. El hijo de aquél tomó el apellido de su madre, que era de la familia de los Aldighieri de Ferrara, y desde entónces fué éste el nombre que tan preclaro habia de hacer su ilustre nieto DUCANTE DEGLI ALDIGHIERI, por abreviacion DANTE ALIGHIERI.

Tenian éstos su casa solariega no léjos de la de Fulco Portinari, rico negociante de Florencia, y lindante con la de los Donati. Ocasion fué esta vecindad de sus inmortales amores y de su no feliz matrimonio, como luégo diremos.

Celebraba el opulento Portinari las calendas de Mayo, como era entónces uso (y áun ahora se conserva en algunas partes) por todas aquellas familias en donde hay niñas en la primavera de la vida. DANTE, que poco há habia perdido á su padre, se hallaba en la fiesta, y era el principal ornamento de ella la encantadora BICCIA *(Beatriz)*, hija del dueño de la casa. Segun Bocaccio, «Apenas contaba ocho años: era una niña encantadora y graciosa, y de seductores modales. Sus bellas facciones pintaban la dulzura, y sus palabras anunciaban en ella pensamientos superiores á lo que su edad comportaba. Tan amable era esta niña, y á la vez tan modesta, que muchos la tomaban por un ángel. Esta linda muchacha, tal cual la he descrito, ó más bien con una hermosura que excede toda descripcion, es-

taba presente en la fiesta. Por muy niño que fuese Dante, que apenas contaba nueve años, aquella imágen se grabó de pronto y tan profundamente en su corazon, que desde aquel dia hasta el de su muerte jamás pudo borrársele. ¿Era acaso un lazo misterioso y simpático entre dos corazones, y una especial influencia del cielo, ó era más bien, como algunas veces la experiencia nos lo demuestra, que, en medio de la armonía de la música y de la alegría del bullicio, dos corazones juveniles fácilmente se inflaman y se encuentran en un comun afecto? ¡Qué nos importa! Lo cierto es que Dante en edad tan temprana quedó sumiso esclavo del amor, y los progresos de la edad no hicieron más que acrecentar su llama tanto, que ni hallaba placer ni consuelo sino en estar al lado de la que amaba, en contemplar su hermoso semblante, y en beber la alegría de sus ojos.»

La Madre de Dante vivió tambien poco tiempo, y quedó encomendado el pobre huérfano á sus deudos, y singularmente á Bruneto Latini, célebre autor del Tesoro y del Tesoretto, hombre insigne en aquella edad por sus conocimientos en literatura, en filosofía, en ciencias, en teología, en cuantos ramos, en fin, abarcaba á la sazon el saber humano.

A tan ilustre maestro, *que jamás dejó de serle caro*, debió el conocimiento de los poetas antiguos, á quienes miró siempre casi con religioso respeto, y muy desde el principio comenzó á imitar en las *elegías*, *canciones* y *sonetos* que Beatriz le inspiraba. Compuso asimismo muchas epístolas en versos latinos, dirigidas á Cardenales y Príncipes de la tierra. Circulábalas, segun costumbre, á otros poetas italianos, de los cuales unos procuraban disuadirle de una carrera en que le preveian rival, otros le dirigian esa especie de felicitaciones que más parecen insultos que consejos, y sólo la religiosa escuela Franciscana de Fr. Giacopone le prohijaba cariñosamente.

Su inclinacion á todo lo bello le hizo contraer relaciones con Giotto el pintor, con Oderico de Gubbio, célebre miniaturista, y con el músico Casella, que puso en nota algunas de sus canciones amorosas. Por distraer su corazon, ó por saciar su sed de ciencia, visitó las Universidades de Bolonia y de Pádua, y allí obtuvo los principios de la Teología, que perfeccionó en París, y los conocimientos astronómicos de que hace gala en todas sus obras.

Pero, volviendo siquiera un poco la vista para contemplar á Florencia, durante su mocedad, los Güelfos, que regresaron de su emigracion en 1266, y que habian sido siempre, como ya sabemos, partidarios de la independencia de la República Florentina, sumisos al Papa, afectos al gobierno popular, y, en las circunstancias presentes, aún más enemigos, por reaccion, de los pocos nobles que contenia la ciudad, habian exagerado las vejaciones á esta clase. Uno de sus indivíduos, Gianno de la Bella, que se habia puesto á la cabeza del partido popular, fué elevado á la dignidad de Gonfaloniere; y éste (como de ordinario acontece á los desertores de los partidos) llevó hasta el extremo la persecucion á sus antiguos compañeros. No le libró ésta, por cierto, del destierro en que murió; pero al cabo los patricios colocados por la ley en un estado de inferioridad humillante, hubieron de alejarse de la ciudad, y encastillándose en sus posesiones en las alturas del Apenino, entre Luca, Módena y Bolonia, ejercieron allí su dominacion como tiranos, y áun como salteadores. No perjudicaba esto, con todo, al desarrollo de la riqueza, á la pompa de la Atenas de Italia. Celebrábanse por Todos Santos *las fiestas dèl vino nuovo*, y por San Juan *las carreras del Pallio*, en que una pieza de rica tela era el premio del vencedor.

A las fiestas acudian naturalmente los trovadores de Provenza, los improvisadores de Lombardía, los poetas que en el Mediodía de Italia se

habian formado con la proteccion y el ejemplo de Federico de Suavia, y de su secretario Pedro de las Viñas; miéntras que las contínuas disputas entre este Emperador y los Pontífices estimulaban por una parte la ciencia de los teólogos y canonistas, que defendian la supremacía pontifical, y resucitaban por otra el estudio del Derecho romano, en el cual fundaban el suyo los Emperadores; y las ciencias naturales y exactas preparaban ya en Florencia el teatro en que siglos adelante habia de brillar GALILEO.

Sería curioso al par que interesante seguir á nuestro Poeta en sus exploraciones por todos estos ramos del saber humano; sorprenderle en sus relaciones poético-filiales con Guido Ghinicelli, á quien él mismo llama su padre, y uno de los mejores que hayan cantado dulces y graciosas rimas de amor; con Guido Cavalcante, cuya amistad deja trazas hasta en las regiones infernales; y con Cino de Pistoya, que, por confesion del mismo DANTE, contribuyó con sus canciones, al par que él, á dar fuerza al dialecto itálico, entónces recien nacido. Pero de todo esto debemos prescindir, no sólo por no alejarnos demasiado de nuestro propósito, sino para venir á sucesos y escritos de más interés. Lo único que se proponia nuestro jóven Poeta en tantas y tan diversas empresas era el hacerse digno de Beatriz, en quien cifró desde el principio su amor y su felicidad, y en quien habia de personificar más tarde la virtud y la misma ciencia de la *Theologia*.

Continuaban, entre tanto, más encarnizadas que nunca las guerras entre los Güelfos y Gibelinos, á causa del fin de la dinastía de Suavia y del largo interregno del Imperio. Habíanse estos últimos apoderado de Arezzo; y allegando á su hueste los muchos emigrados de Florencia, á quienes tenía léjos de su pátria la intolerante administracion de los Güelfos, llegaron á comprometer en toda Toscana la suerte de este partido, y áun á amenazar á la orgullosa ciudad, entón-

ces cual nunca floreciente. Presentáronse en batalla teniendo á su cabeza á Guillermo de los Ubertini, y vinieron á las manos en Campaldino, junto á Biviena (1289). Era costumbre entre las Repúblicas italianas, al tiempo de trabar la batalla, elegir doce paladines para cargar en guerrilla perdida á los contrarios. En esta ocasion Vieri dei Cerchi, aunque enfermo, se designó á sí mismo y á su hijo. A su ejemplo, ciento cincuenta jóvenes florentinos salieron al frente en vez de una docena, y escaramuzaron con tanto acierto y denuedo contra los aretinos, que atrajeron su caballería largo trecho, separándola de la infantería, y consiguieron envolverla con el grueso del ejército Güelfo, que luégo en detalle destrozó asimismo á los atrasados infantes de Arezzo. La batalla fué sangrienta y decisiva. Entre los jóvenes que se aventajaron en la vanguardia se contó á DANTE ALIGHIERI, el cual volvió á la vista de su bella coronado con el laurel de la victoria. El de la poesía no habia de verlo Beatriz sino desde el cielo.

Pisa, que era el baluarte de los Gibelinos, como Florencia de los Güelfos, hubiera sucumbido al predominio de Génova, si el conde Ugolino, señor de la Gherardesca, territorio de montaña, junto al mar, entre Liorna y Piombino, no hubiera sabido mantenerse diez años al frente de la República, ajustando las paces con Luca y Florencia, y llevando su tiranía á tal exceso, para acallar las quejas de sus contrarios, que al cabo, vencido por éstos, y encerrado con su familia en una torre, fué obligado á morir en ella de hambre. Tambien en estas guerras entre Pisa y Florencia tuvo parte DANTE, asistiendo al asedio y toma de Caprona, al cual se refiere (INFIERNO, *cap.* XXI) cuando dice:

Así una vez capitulada gente
Ví salir de Caprona, de pavura
Temblando al verse ante enemigo ardiente.

Uniendo estas coronas á las que dó quiera ganaba su ingenio y su elocuencia en las embajadas que desempeñó, principalmente en la de Nápoles, bien hubiera podido reputarse feliz. Pero la dicha dura poco en la tierra. Beatriz, objeto de tantos afanes, y estímulo para tantos combates, no sabemos si por mujeril inconstancia, ó por más noble y poderosa razon, habia en 1287 aceptado por esposo á Simon de Bardi; y en 1290, como dice DANTE, *el Señor de toda Justicia llamó á esta noble persona al seno de su gloria, bajo la enseña de la bendita Reina la Vírgen María, cuyo nombre habia sonado siempre con gran veneracion en los lábios de la bienaventurada Beatriz.*

Tan profunda afliccion sintió DANTE, segun Bocaccio, con esta eterna ausencia; tan agudo fué su dolor; tantas y tan amargas lágrimas derramó, que sus amigos, no sólo las creyeron inconsolables, sino que pensaron que tendrian por término la muerte. Pensaba él, como de ordinario acontece á las almas apasionadas, que el mundo entero debia tomar parte en su dolor. Dió conocimiento de él en una carta á los Príncipes y Reyes de la tierra, y al cabo se sumergió, para distraerse, en solitarios estudios, prometiéndose á sí mismo no hablar más de aquella alma bendita *hasta que pudiera hacerlo más dignamente: porque toda su esperanza era hablar de ella como jamás se habia hablado de mujer alguna.*

Sin que nosotros presumamos adivinar cuál fué el partido que tomó aquella alma levantada á doble altura en alas del ingenio y de la desgracia, entrevemos en esta época de su vida diferentes consuelos, ó á lo ménos ocupaciones. Butti dice que entró en la Tercera Órden de San Francisco, cosa por demás verosímil si se considera que á ella pertenecian cabalmente á la sazon los que, como Giacopone, buscaban en la piedad no sacerdotal, y en la poesía no erudita, consuelo á sus desventuras.

Mucha analogía hay entre nuestro enamorado

de Florencia y el Jurisconsulto de Todi. Giacopone, como DANTE, brillaba en el gran mundo erudito en filosofía y en legislacion, aventajadísimo en el culto de la poesía, enamorado además como DANTE, y, más afortunado que él, poseedor del objeto de su cariño. De pronto en un sarao se hunde el techo; de entre las ruinas saca el desdichado poeta á su bella esposa, y al desnudarla el seno para darle aliento, encuentra su cadáver ceñido con un cilicio. Bastó esto para convertir su corazon y llevarlo á la Órden, por otros títulos ilustre, de San Francisco. No mudó, sin embargo, de opiniones; ántes persistió en las Gibelinas que tenía con tanto empeño, que mereció tiempos adelante la persecucion de Bonifacio VIII, ni más ni ménos que el entónces Embajador de Florencia, DANTE.

A éste entre tanto le vemos comenzar su libro LA VITTA NUOVA, escrito íntimo, en que se detiene á contar sus amores, á analizar los detalles más ocultos de su pasion, á revelar las más secretas penas de su alma. Beatriz no existe ya, y sin embargo la contempla presente en sus visiones, ó llora su ausencia con una melancolía tierna é inimitable, que anuncia, cuando no supera, al futuro cantor de la DIVINA COMEDIA.

Dos nuevos cuidados contrajo por esta época nuestro Poeta: uno, las atenciones de la vida doméstica; el otro, la intervencion en los negocios públicos. En cuanto al primero, contrajo matrimonio *(en 1292)* con Madonna Gemma, de la familia de los Donati, en la cual tuvo seis hijos y una hija, á quien puso por nombre BEATRIZ, y que, andando el tiempo, profesó en el convento de Franciscanas de Rávena. En cuanto al segundo cuidado, inscrito, como se hallaba, en el quinto gremio *(arti)*, el de los Médicos y Naturalistas, mereció tanta consideracion de sus compañeros y de todos sus conciudadanos por su prudencia y por su fortaleza, que se le consultaba sobre todo negocio importante, y hay quien hace subir hasta catorce el número

de las Embajadas ó misiones que desempeñó cerca de Príncipes ó de gobiernos extranjeros.

No estaba entre tanto el de Florencia ni tan poderoso ni tan unido como lo daba á entender por fuera la riqueza material del Estado, las magníficas construcciones de Santa María del Fiore, de Santa María Novella y de la Logia dei Lanzi, levantadas por aquel tiempo, las obras maestras compradas en Grecia á crecido precio y las victorias sobre los Pisanos y Aretinos. Los Güelfos, bien que se hubiesen quedado solos en Florencia y dominasen exclusivamente en la República, no por eso se libraron de la ley comun que condena á perpétuas y necesarias divisiones todo gobierno de muchos. Formáronse en breve dos fracciones dentro del mismo partido Güelfo, la del linaje de los *Donati*, al cual, como hemos visto, pertenecia DANTE por su mujer, y las de los Cerchi, en la que contaba la mayor parte de sus amigos, entre ellos Guido Cavalcante, á quien miraba como hermano. Contiendas de todas especias se originaron de esta division, y bien pronto vinieron á agriarse por una circunstancia extraña á la ciudad.

En Pistoya, no ya un solo bando, sino una sola familia, dominaba; la de los *Cancelieri*: dividióse ésta en dos partidos contrarios, tanto como los nombres que adoptaron, *blancos* y *negros*. Uno de estos últimos, llamado Lorio, fué herido en la muñeca en un duelo por uno de la parte *blanca*, llamado Patiero. Guillermo, padre del agresor, mandó á su hijo que fuese á ver á Bertaca, padre del herido. Obedeció el mancebo; pero en vez de ser cortesmente recibida la excusa, como merecia, el airado Bertaca se apoderó de su persona, le hizo cortar la mano derecha con la hoz de segar el forraje, y así mutilado lo devolvió á su padre. Airado éste, como era justo, corrió con los suyos á las armas; otro tanto hicieron los contrarios, y en breve toda la ciudad ardió en discordia. Tenía DANTE á la sazon la desgracia de ocupar uno de los primeros puestos de la

República: habiendo sido elegido Prior, no por suerte, como luégo aconteció, sino por el sufragio de sus conciudadanos, y más bien intencionado que cáuto, dió el consejo, para sosegar á los de Pistoya, de llamar á Florencia á los caudillos de ambos partidos, blanco y negro. Sucedió lo que era natural que sucediese; cada uno de los bandos florentinos patrocinó á uno de los recien venidos, y en breve la peste que habia nacido en Pistoya se propagó y abrasó la capital de la República. Los blancos se unieron á los Cerchi, los negros á los Donati, y no tardaron mucho en ponerse los primeros en relacion y áun en alianza con los Gibelinos, y los segundos en correspondencia con los Güelfos de fuera, ó más bien con Bonifacio VIII, que ocupaba á la sazon la Silla Pontificia. Ni pararon aquí las cosas: los negros tuvieron una reunion secreta en la Trinidad, en que dicen que se trató de suplicar al Papa que enviase á Florencia á Cárlos de Valois. Semejante proceder irritó á los blancos, que, armados por su parte, vinieron en tumulto á demandar á los Priores justicia contra lo que llamaban un atentado á la libertad pública. Los negros se armaron tambien, y toda la ciudad se conmovió, amenazando por dó quiera un conflicto. Por consejo de Dante, la Señoría, es decir, los Priores, se fortificaron á su vez en el Palazzo Vecchio, y desde allí, haciéndose respetar, pronunciaron sentencia de destierro contra los jefes de ambas parcialidades. Los negros fueron enviados á la otra parte de la Piave, y los blancos al país de Sarezzana. Poco despues salió Dante del priorato; pero por influencia suya, segun unos, sin su intervencion, segun él mismo, á los blancos, que estaban en Sarezzana, se les levantó el destierro, no haciendo otro tanto con sus contrarios, los negros, confinados en la Piave. Irritó esto algo los ánimos contra Dante, y allegaban verosimilitud á la acusacion tres circunstancias: la primera, que no corrian muy bien sus rela-

ciones con los *Donati*, deudos de su mujer y desterrados en Piave; la segunda, que habia desaprobado públicamente el supuesto acuerdo de los negros en la Trinidad, de llamar en apoyo suyo al Papa Bonifacio y á los franceses de Cárlos de Valois; y la tercera, ser el ostensible motivo de la vuelta de los blancos la enfermedad de Guido Cavalcante, cuyo hijo era íntimo amigo y como hermano del poeta. Sea de esto lo que fuese, lo cierto es que pasó en aquellas circunstancias á la Córte Pontificia como Embajador para componer aquellas diferencias; que, miéntras Bonifacio VIII le entretenia en Roma, Cárlos de Valois vino en efecto con su ejército á Florencia, y en vez de portarse con la imparcialidad de medianero, se puso de todo punto al lado de los negros, que fueron llamados de nuevo y entraron como en triunfo, emigrando los blancos; que las cárceles fueron abiertas, las casas de los blancos saqueadas, y sus hombres más dignos perseguidos.

Apenas Dante tuvo noticia de semejantes acontecimientos, salió precipitadamente camino de Florencia; detúvose en Siena para saber nuevos sucesos, y fueron aún más tristes los que llegaron á sus oidos. El partido negro, quejoso del largo destierro en que les habia tenido, habia entregado todas sus haciendas á la plebe. Su casa, por tanto, habia sido saqueada, y devastadas sus posesiones, y su persona llamada en público pregon, por influencia de Corso Donati, deudo de su esposa y á la sazon jefe del bando triunfante. Habíase nombrado Podestá, especie de dictador que de vez en cuando aparecia en las Repúblicas italianas, á Maserganti de Gabrieli, sujetando á su residencia todos los actos del priorato de Dante, y, en fin, habian sido revocados todos sus mandatos y emplazada su persona ante aquel tribunal, condenándole al cabo en rebeldía á confiscacion de bienes, destierro perpétuo y á la hoguera en persona ó en estátua, caso ó no de pisar el territorio de la República.

VI.

DANTE, GIBELINO.

Una gran mudanza va á realizarse en la vida y en el carácter de DANTE. Séanos permitido pararnos un poco, si no para aplaudirla, para explicarla al ménos, y para compadecer las terribles vicisitudes de su fortuna. La pátria, que tanto amaba, entregada á merced del extranjero, le condena y proscribe; el partido al cual habian pertenecido sus padres y abuelos, y que él mismo habia ilustrado con el consejo y con las armas, reniega de él y le sentencia; el pueblo, cuyo encanto habia sido, roba y destroza su casa, y hasta sus libros; su familia misma se pone al frente de sus perseguidores. ¿No es esto una *selva* harto *oscura*, que con verdad puede decirse:

Es tan ágria que poco es más la muerte?

¿Qué mucho que DANTE se pierda en ella, ó abandone el sendero que hasta entónces ha seguido?

Y en verdad que se halla á la sazon *en medio del camino de la vida*, si no por los años que le quedan que recorrer, por los sucesos y los afectos que le aguardan. Le hemos visto en la primera jornada jóven, tierno, alegre, enamorado; le veremos en la segunda melancólico, duro, desengañado, nutrido de ódios; ántes ciudadano lleno de fé en su partido, de ilusion por su fortuna, de popularidad y de esperanza; ahora desterrado, renegando de la ciudad nativa, mendigando de córte en córte un asilo, y avergonzado casi de la pátria en que nació. Hasta ahora Güelfo decidido, hasta el punto de sostener con las armas la soberana independencia de su propia ciudad; en adelante Gibelino extremado, hasta el exceso de llamar de voz en grito á un Emperador que su-

jete á su único yugo ciudades y provincias y reinos, formando una Monarquía universal de Italia y de Europa. Poeta, en fin, le conocimos en sus *Canciones*, en su VITTA NUOVA hablar de amor y de ternura; ahora le veremos visitar en pavoroso viaje las mansiones inmortales.

Por el pronto le vemos echarse en manos de los Gibelinos, reunidos en Gorgonza, seguirlos á Arezzo, aquella misma ciudad en que años ántes habia contribuido á la victoria de los Güelfos: allí se organizó ahora el partido Gibelino, colocó á su frente á Alejandro de Romena, y eligió doce Consejeros para dirigir en adelante su conducta, entre los cuales se contó DANTE mismo. Allegaron cuantos pudieron de los descontentos de Florencia, de Arezzo, de Bolonia y de Pistoya; y acudiendo, contra el parecer de Dante, á las armas, cayeron de improviso sobre Florencia, y áun se apoderaron de una de sus puertas: rechazados de ella, hubieron de renunciar por entónces á la violencia. Dante, cuyo parecer no habia sido escuchado, se retiró á Verona, donde gobernaba Bartolomé de la Scala, su protector; á poco pasó á Bolonia, y luégo á Pádua, á buscar en la continuacion de los estudios mejor alivio á sus desventuras. Así, hácia 1306 y 1307 se le encuentra retirado junto á Serezzana y en el Casentino, escribiendo su CONVITTO, especie de comentario en prosa á sus canciones, no poco indigesto, pero lleno de erudicion, y curioso por sus noticias. A este tiempo debe pertenecer tambien su libro DE VULGARI ELOCUENTIA, en que examina los dialectos que halló en Italia, é indica el camino que ha de seguirse para vigorizar y extender la lengua toscana. ¡Extraña anomalía, escribir en latin la apología del idioma en que habia de trazar LA DIVINA COMEDIA! Verdad es que esta misma obra fué comenzada por el autor en versos de la lengua del Lacio.

Entre tanto los Malaspina de Lunigiana le dieron asilo; y poco despues regresó de nuevo

á Verona, cuando ya reinaba allí Alboino della Scala. Ni pararon allá los viajes, á que le impelia la memoria de lo pasado y el deseo de más risueño porvenir. Visitó las Universidades de París y de Oxford; perfeccionó en ellas sus estudios de filosofía y teología, siendo ya la admiracian de aquellas insignes escuelas, cuando regresó á Verona por última vez, en el reinado de su gran protector Can Grande de la Scala. Por mediacion de estos Señores escribió muchas veces á los que entónces tiranizaban su pátria, solicitando su regreso. Al mismo pueblo de Florencia dirigió una carta llena de melancolía y de amargura, que principiaba con aquellas expresiones de los Libros Santos:

Popule mee, quid feci tibi?

El infeliz así pasó aquellos años de su vida llorando y aguardando en vano que su alto mérito le granjease en su ciudad nativa otra recompensa que el sepulcro vacío que le concedió con el tiempo.

Habia en tanto recaido la eleccion para el trono imperial en Enrique de Luxemburgo, príncipe cuyas aventajadas prendas hicieron concebir á toda Italia esperanzas lisonjeras. El proscrito de Verona fué de los que más se excitaron con ellas: compuso, con ánimo de dedicar á Enrique VII, una obra en latin, DE MONARCHIA, que es una apología exagerada de los derechos Imperiales, de la Monarquía universal, y de sus relaciones con el Pontificado. Establece además en su tratado ante todo las distinciones nobiliarias, la concentracion del poder en determinado y restricto número de familias, y admite que, segun el sistema aristotélico, hay hombres nacidos para el mando, y hombres para la servidumbre. Una *oligarquía* con un jefe irresponsable, que es el Emperador, tolerando y presidiendo á los Reinos y á los Estados de todo el mun-

do, y un Pontificado independiente y paralelo, que fuese Soberano en lo espiritual, y Juez de los Soberanos y de los pueblos en sus recíprocas querellas, es el sistema perfecto de este DANTE que hoy quieren algunos pintar como demócrata, y hasta como hereje.

No se contentó, por desgracia, con escribir aquel libro; sino que, revolviéndose interiormente contra la prolongada severidad de sus conciudadanos y contra las humillantes condiciones que imponian á su regreso, principió á deshacerse en invectivas contra los gobernantes de Florencia; llamándoles villanos y malvados, y amenazándoles con la venganza del Emperador, de la cual, decia, no podian escapar. Con efecto: Enrique VII pasa los Alpes y se acerca con el grueso de su ejército al Arno: sitia al cabo á Florencia; y entónces DANTE, á pesar de haberle llamado y de creer que en el Imperio universal de derecho divino consistia la libertad y la ventura de su pueblo, no quiere presenciar la entrada del vencedor en la ciudad amada, y rehusa presentarse en los reales de Enrique. Ejemplo de probidad y amor pátrio, estimable siempre, y rarísimo en su tiempo.

Sorprendió al Emperador poco despues la muerte, no se sabe si natural ó procurada por veneno, en Buenconvento, cerca de Siena, en Agosto de 1313. Con su vida acabaron tambien las últimas esperanzas de DANTE, comenzando de nuevo á vagar por las ciudades de Italia, sin separarse, con todo, largo trecho de Verona, donde reinaba su amigo Can Grande. Disgustado de éste poco despues, visitó á Luca, en donde lo toleró Ugocione, Señor de Pisa, que ántes lo habia expulsado de Arezzo. En 1314 le ofrecen al cabo abrirle las puertas de Florencia; pero á condicion de sujetarse públicamente á una á modo de penitencia canónica, como los herejes y confesos. «¡No, no es ésta, dijo, la vía que me ha de llevar á Florencia. Si no hay otro camino que ese que

me abren, no volveré nunca á Florencia, y yo tambien *dejaré toda esperanza.*» Si alguna le pudo quedar, hubo de perderla cuando en 1315 el Vicario del Rey Roberto ratificó y confirmó la primera sentencia de perpétuo destierro. Así, pues, continuando su vida vagabunda, pobre y desesperada, por vários pueblos de Lombardía, de Toscana y de Romanía, con el auxilio de sus Señores, se redujo al cabo á Rávena, donde gobernaba el humano Guido Novello de Polenta, padre de la infortunada Francisca de Rímini, el cual le acogió, no ya como protector, sino como hermano, previniendo todos sus deseos. Decretóle la corona de laurel de poeta soberano, la cual rehusó, diciendo que esperaba irla á buscar á Florencia. ¡Fatal y tierna esperanza! Guido le dió otro testimonio de paternal amor apadrinando la entrada de su hija Beatriz en un monasterio de aquella ciudad, y encargándole al cabo de una embajada cerca de la República de Venecia, para pactar paces con ella. Mala señal eran las grandezas para nuestro Poeta: su elevacion al Priorato fué el orígen de sus desgracias; su embajada á Roma le atrajo la pobreza y proscripcion; esta última legacion á Venecia, no más feliz en el éxito que las primeras, fué el anuncio de su fin.

Durante estos últimos tiempos habia escrito una traduccion en verso de los *Salmos*, del *Credo* y del *Padre nuestro*. Consuelo sublime de la dolencia que le acometió al regresar de Venecia; anticipada respuesta á ciertos comentadores de hoy, y preparacion propia para su muerte, que ocurrió al cabo el 14 de Setiembre de 1321, en Rávena, á poco de haber cumplido los cincuenta y seis años de su edad. El Soberano Guido le decretó suntuosos funerales en la iglesia de San Francisco; su cuerpo, en traje de poeta, como dice la crónica, ó amortajado con ricas vestiduras, fué llevado en hombros por los primeros ciudadanos de Rávena, y un magnífico mausoleo fué decretado á su memoria. La ciudad nativa reconoció al cabo su du-

reza y decretó asimismo que su retrato de cuerpo entero y en traje de Prior, y coronado de laurel, fuese colocado en Santa Croce, en la capilla del palacio del Gobierno, y en la Catedral, donde lo ejecutó Dominico, y que allí, en fin, se estableciese una cátedra pública para explicar su Divina Comedia, que andaba ya en boca de todos los italianos, habia sido traducida á muchos idiomas, y de la cual de intento no hemos hablado porque merece artículo aparte.

Tenia Dante mediana estatura, aspecto triste, aunque agradable y lleno de gravedad: pálido, enjuto y moreno el semblante; los ojos negros y grandes; la nariz aguileña, larga y huesosa, como toda la cara; el lábio inferior algo grueso y levantado; la barba prominente; la mirada penetrante y melancólica; el cabello negro y crespo; era tardo en el hablar y escaso en palabras, pero sutil y pronto en sus respuestas; de gran benevolencia y alegría en sus primeros tiempos; de melancolía profunda y comunicativa en su última edad. Bien puede decirse, segun le pintan sus contemporáneos, que su ingenio, sus desventuras y su gloria habian puesto el sello en su semblante. Dibujaba con facilidad y correccion; era instruido en la música; escribia con gallarda letra, si bien algo enjuta y prolongada; y, aunque riquísimo en la poesía, no fué pobre en ninguno de los conocimientos que forman el patrimonio de su siglo. La teología, la historia, la filosofía, el derecho, la astronomía, le franquearon joyas con que engalanó su inmortal obra, corona hoy, no ya de la Italia, sino de la humana literatura.

No pudo realizar el generoso Guido Novello su propósito de erigir un magnífico sepulcro á Dante. Más de siglo y medio despues (1483) lo llevó á cabo Bernardo Bembo, padre del famoso Cardenal, restaurado despues por los purpurados Corsi y Gonzaga. Florencia, en tanto, oia diariamente explicar en la cátedra pública del Domo los versos de su inmortal hijo proscrito al célebre

Bocaccio, y cierto que el maligno poeta no mutilaba ni endulzaba los pasajes en que derrama hiel sobre la ingrata pátria. Esta reclamó en vano las preciosas cenizas en 1429. Miguel Angel no pudo conseguir este favor de los de Rávena. Napoleon mismo no se atrevió, para favorecer á la Reina de Etruria, á arrancar aquel precioso tesoro á su tumba hospitalaria. En fin, cansados ya los florentinos, le erigieron en 1830 en Santa Croce el magnífico cenotafio, monumento hueco y tardío, que lisonjea su orgullo cívico é inmortaliza su ingratitud.

VII.

LA DIVINA COMEDIA.

No se canse en conocer á Dante quien no procure sondear su misterioso poema: no trabaje en comprender éste quien de antemano no se haya puesto al corriente de la trabajada vida y excepcional carácter del autor.

Leonardo Aretino, uno de los más antiguos y más acreditados biógrafos del Dante, dice, al analizar sus obras y avalorar sus escritos, que «*su principal estudio fué la poesía, no estéril y pobre y fantástica, sino fecundada y enriquecida y fundada por verdaderas doctrinas y por variedad de ciencias*;» y añade: «*para darme mejor á entender á quien me lea, diré que de dos modos se llega á ser poeta: el uno es por ingenio propio agitado y conmovido por una fuerza interna y oculta, el cual se llama furor y ocupacion de espíritu... y ésta es la más alta y más perfecta especie de poesía por la cual algunos llaman á los poetas divinos y sagrados y vates... y otra especie de poetas se forma con la ciencia, con el estudio, con la disciplina, con el arte y con la prudencia; y á esta segunda especie pertenece* Dante, *por cuanto estudiando la filosofía, la teología, la astrología, la aritmética y la*

geometría, y aleccionándose en la historia, y revolviendo muchos y vários libros, y velando y sudando en el estudio, adquirió la ciencia que debia honrar y explicar con sus versos.»

Valga este testimonio de un escritor casi contemporáneo del DANTE de respuesta á aquellos intolerantes críticos, alumnos del clasicismo francés, que miran al gigante del siglo XIII como un poeta semi-bárbaro. Y sin embargo, estamos muy léjos de asentir á la opinion de Leonardo, no muy distinta de la de César Cantú, que colocan á DANTE en el número de los poetas eruditos, más bien que en el de los cantores inspirados. Aun cuando convengamos en que la razon y el cálculo sean por sí solas fuentes de poesía, como lo son la inventiva y la pasion vehemente, no podremos nunca convenir en que la obra del amante de Beatriz, del desterrado de Florencia, del apasionado Gibelino, sea un frio producto de la razon serena; ántes bien, por lo que más estimamos á DANTE es porque en el conjunto de su obra, como en sus detalles, vemos siempre el vuelo de la fantasía al par que los latidos del corazon y las revelaciones de la ciencia. En su libro, como en las catedrales antiguas, se reunieron y sumaron todos los conocimientos de su época, la narracion, la representacion, la inspiracion, la fantasía, la imitacion del antiguo, el dogma teológico, el teogonismo pagano, el simbolismo político, la melancolía del corazon, la fuerza del raciocinio, la desnudez de la verdad. Su poema llegó á ser teológico, moral, histórico, filosófico, alegórico, en cierto modo enciclopédico: y en todos estos sentidos, á la verdad, puede decirse que es el producto de la ciencia y de la razon, pero es al mismo tiempo la obra más lírica, y por tanto más fantástica, que se conoce, y sus cantos exhalan en cada terceto la inspiracion personal del Poeta, el entusiasmo que le animaba por la religion, por la pátria y por el Imperio, y en favor de determinadas y amadas personas, así

como en contra de otras, á quienes abruma con un ódio inmortal.

No hay para qué hacer vano alarde de erudicion recordando ahora los muchos escritores anteriores á DANTE que tomaron por asunto los viajes ó visitas á las mansiones que caen á la parte allá del sepulcro: la originalidad de estos no perjudica ciertamente á la inimitable de nuestro Poeta. En cuanto á la época en que llevó á cabo su obra maestra, andan asimismo poco conformes los eruditos; pero bien se puede inferir que la proyectó y maduró muy desde el principio de su vida, siendo parte en ello el estudio de Virgilio, las lecciones de Bruneto Latini y la amistad con pintores y escultores que todos habian tratado asuntos semejantes. DANTE enumera ya claramente el suyo al terminar en 1292 la VITTA NUOVA: quizá lo comenzó entónces ó poco despues; pero no lo emprendió resueltamente hasta 1300, época de su desgracia y de su verdadera inspiracion, que consiste en una melancolía acre y desesperada. Líbrenos Dios, sin embargo, de investigar cuál sea el principal fin que se propuso. En tal empresa han naufragado muchos, como ya hemos dicho, y basta á nuestro propósito al presente hacer algunas consideraciones sobre la DIVINA COMEDIA, sin presuncion de filósofos, sin intento de políticos, sin alarde de eruditos.

Dícese COMEDIA, ante todo, porque el autor, en su obra DE VULGARE ELLOQUIO, habia distinguido sólo tres clases de escritos: *tragedia*, *comedia* y *elegía*, y dió, consecuente consigo mismo, el título de COMEDIA á una obra que está escrita de un modo humilde y en el lenguaje vulgar con que *las mujeres del pueblo se comunican sus pensamientos*. Sin duda por razon análoga se llamó LA CELESTINA tragi-comedia, y se dió título idéntico á obras de aquellas edades que no aparecieron en el teatro. El dictado de DIVINA le fué agregado por unánime aclamacion de toda Italia.

La obra que al presente nos ocupa tiene por

objeto exterior, claro y conocido, la suerte reservada á las almas en aquel mundo sin fin que principia en el sepulcro: divídese, por consecuencia, naturalmente en tres principales partes ó regiones, llamadas cantígas. EL INFIERNO, aquella en que recibe el pecador impenitente castigo eterno proporcionado á su culpa. EL PURGATORIO, aquella en que se purifican temporalmente las almas con tormentos tambien proporcionados á sus faltas. EL PARAISO, aquella en que reciben los justos el premio infinito y asimismo proporcionado á sus méritos.

No es igual el estilo en que todas ellas están escritas; bien que en todas ellas ostente el autor aquella variedad de tonos, libertad de diccion, energía y concision de pensamiento que son siempre sus principales dotes. Con todo, en cada una de estas partes adopta el tono conveniente y adecuado al asunto de que trata. El de la DIVINA COMEDIA es, en la acepcion rigurosa de la palabra, inmenso, puesto que descubre lugares que ningun término limita y existencias á que no pone fin la muerte. Objeto es del canto del Poeta *cuanto creó*, como él mismo dice, *el Supremo poder y la suma ciencia y el infinito amor*. Y á pesar de esto, ¡qué admirable sobriedad en la eleccion de los personajes! ¡Qué indecible unidad en el interés! ¡Qué inimitable sencillez en la accion!

DANTE, protagonista del drama, extraviado en *una oscura selva*, quiere dirigirse á un monte vecino que columbra iluminado por los rayos del sol. Tres fieras le salen al encuentro y se lo impiden: una manchada pantera, un soberbio leon y una hambrienta loba. Descorazonado el Poeta, pierde la esperanza de su empresa, y casi vuelve á caer *allí donde el sol no alumbra*. Entónces viene en su socorro la sombra ó la persona de Virgilio que desde el limbo, á donde le habia llevado su natural virtud y humana ciencia, acude enviado por Beatriz, moradora del Paraiso, á servir de guia á su amado. En efecto: los dos

Poetas atraviesan juntos las subterráneas regiones del Infierno, no sin recibir frecuentes auxilios de su bienaventurada protectora, y visitan las nueve regiones de los condenados. Llegan al centro de la tierra y del Infierno, donde está eternamente sepultado Lucifer. Por las espaldas de él atraviesan el diámetro de nuestro globo, trepan luégo las fragosidades del monte del Purgatorio, viendo aquellas almas atormentadas á la vez con suplicios y felices por la esperanza, y llegan al cabo á la cumbre, en donde está el primitivo Eden. No puede pasar de allí Virgilio, porque no ha sido regenerado con el agua del bautismo; se despide, pues, de su alumno, á quien corona, y le confia á la bienaventurada Beatriz, que le sirve de introductora en las mansiones celestes. En ellas conversa con la condesa Matilde, que dotó á la Santa Sede; ve, entre otros héroes del Cristianismo, á su propio antepasado Caccia Guida, y á los cenobitas del siglo en que nacieron San Francisco y Santo Domingo, Santo Tomás y San Buenaventura. Llega al cabo á la última region; ve á la Reina de los Santos, la siempre Vírgen María, y goza por último la vision beatífica, contemplando claramente la union hipostática del Verbo Eterno.

Se ve, pues, que en esa inmensidad de personajes aparecen como principales actores sólo tres: DANTE, VIRGILIO y BEATRIZ. Que en esa multitud de sucesos, ó terribles, ó patéticos, ó gloriosos, una sola accion concentra el interés en la persona que á un mismo tiempo lo cuenta y lo presencia todo, es decir, el Poeta, que á todos presta voz elocuente y simpatía profunda. Como si éste mérito no bastase aún, agrega dos, que han hecho la desesperacion y el trabajo de los comentadores de la DIVINA COMEDIA; á saber: el de tener un sentido moral y otro alegórico, ambos verdaderos y ambos ocultos, segun confesion del autor. Para explicar algo de esto, para encarecer el mérito del traductor que ha dejado con su fiel

version abiertas las puertas á semejantes indagaciones, y para cerrar de una vez las nuestras, daremos aquí de ello un ligero bosquejo.

Segun los que ven en la DIVINA COMEDIA una obra principalmente política, DANTE es la representacion del pueblo italiano; la selva oscura, la anarquía de su época; el monte iluminado por el sol, la restauracion y libertad de su pátria; la pantera, la envidia de sus conciudadanos; el leon, la soberbia y la ambicion indomables de algunos; la loba, la codicia de otros. Bien hay quien áun dentro de esta misma clave cree simbolizada en la pantera la República Florentina, de inconstantes movimientos y manchada de blancos y negros; en el leon el arrojo y soberbia de la casa de Francia; y en la loba la codicia, muy ponderada entónces, de la Curia Romana. Sea de esto lo que quiera, convienen luégo en que en Virgilio se personifica la razon humana, el espíritu imperialista, el amor latino; y que Beatriz es una encarnacion de la verdad absoluta y de la libertad apetecida. Viniendo ahora á los intérpretes morales, para ellos DANTE es la personificacion de la humanidad entera; la selva oscura es la ignorancia que en ella producen las pasiones; el monte ilunado por el sol es el alto conocimiento de la clara verdad; la pantera, graciosa y vária, es la rábia; el leon es el orgullo; la loba es la avaricia, que detienen al hombre en su ascension; Virgilio es la razon y el ingenio reducido al humano alcance; Beatriz es la ciencia divina, la verdad perfecta, la virtud suma, hija de la revelacion moradora del cielo. Por estas distintas interpretaciones que apuntamos, tomadas del principio, y que, como otras tantas claves de la solfa, alteran el valor y el sonido de cuanto hay escrito despues, contínúan los intérpretes y comentadores en explicar hasta el fin todo el poema. No les seguiremos nosotros, por ser empresa ajena de este lugar, y superior, infinitamente superior á nuestros conocimientos.

Tales trabajos, que algunos han creido indispensables para entender á DANTE, han sido motejados por otros de inútiles; algunos han llegado á tacharlos de fantásticos y gratuitos, como si nacieran exclusivamente de la fantasía de los comentadores. Nosotros, en verdad, si no participamos de la primera opinion, no podemos ménos tampoco de considerar la última como injusta. No sólo ALIGHIERI, sino todos los poetas de su época y de su partido, eran muy dados al simbolismo, y bajo la apariencia de místicos amores y de abstrusas cuestiones metafísicas, trataban á veces las más prácticas cuestiones de política y áun de guerra. DANTE además por sus estudios, como entónces se decia, de *astrología*, era por todo extremo inclinado al cálculo y áun á la cábala. Da gran importancia á que su conocimiento con Beatriz fuese á los nueve años; su primer canto dedicado á ella á los diez y ocho; su muerte á los veinte y siete. Dice terminantemente que Beatriz *es un número nueve*, es decir, *un milagro cuya raíz es la Santísima Trinidad*. Su obra magistral está dividida por él en *tres* partes, escrita en *tercetos*, y (excluyendo el primer canto, que es la introduccion meramente, porque no habla ni del INFIERNO, ni del PURGATORIO, ni del PARAISO) cada una de aquellas partes se divide en *treinta y tres* cantos, formando en todo catorce mil doscientos treinta versos, cuya cantidad, dividida por tres, viene á producir una progresion infinita de este mismo guarismo *tres*. Por último, *nueve* son las cavidades del INFIERNO; *nueve* las escabrosidades del PURGATORIO; *nueve* los círculos del PARAISO; *nueve* las jerarquías angélicas. A los que atribuyesen semejante coincidencia á un efecto de casualidad, contesta el mismo DANTE (Cant. XXIII del PURG.):

Ma perchè piene son tutte le carte
Ordite à questa cantica seconda,
Non mi lascia più ir lo fren del arte.

De esta parte del poema y del PARAISO, poco ó nada hablaremos.

El INFIERNO, objeto principal de estos estudios, es además, en nuestro entender, lo más perfecto é inspirado de la obra de DANTE. Contribuyen á ello várias razones: la edad y la situacion del Poeta habian agriado de tal modo su carácter, que le hacian más apto para comprender y describir el sumo mal que el sumo bien; los vicios y los crímenes de la sociedad en que DANTE habia vivido le eran más conocidos, y sus perpetradores más allegados; su pintura, por tanto, más fácil, alcanzando á ser tan acabada y perfecta, que muchos críticos han pretendido que la descripcion del INFIERNO se refiere principal y simbólicamente á la situacion de Italia en la época del Poeta. Por último, siendo indudable que ni la misteriosa purificacion del alma nos es fácil de comprender, ni el goce de la vision beatífica puede caber ni en sentido ni en palabra humana, claramente se deducirá que la razon del Poeta y sus conocimientos teológicos, y sus doctrinas científicas, y su experiencia misma mundana, fuesen insuficientes para delinear el PURGATORIO y el PARAISO, y más que bastantes para fantasear y describir el INFIERNO.

Válese para ello de vários resortes: primero y principal, de la luz que el dogma y la teología le daban sobre la culpa original, la eternidad del castigo y la diferencia entre pena de daño y pena de sentido. Segundo, del vário y exacto conocimiento que tenía de las ciencias, segun el estado en que entónces se hallaban, y de las personas y sucesos históricos, y de las altas cuestiones políticas que en su siglo se ventilaban en Italia, y que quizás áun hoy no están resueltas. El tercer resorte es, en fin, la máquina mitológica que emplea en todo su poema, si bien acomodándola á lo que la razon puede adivinar y el dogma no se opone á suponer que exista en el INFIERNO católico. Máquina que le acredita, como lo era,

de versado en las lenguas sábias, puesta además en moda con el renacimiento de los poetas y escritores antiguos que comenzaba entónces. Así el poema como el autor mismo son una transicion entre las tinieblas de la Edad Media y la Edad Moderna, punto intermedio entre dos fases distintas de la humanidad.

VIII.

ALGO DE TEOLOGÍA.

¿Por qué Dante suscita, y discute, y resuelve cuestiones teológicas en una obra de imaginacion? Hé aquí una dificultad que novísimos comentadores proponen, más como crítica que como duda. Desde luégo nos ocurre que no es éste gran defecto, porque si en un poema, cuya accion tiene por teatro el Infierno, el Purgatorio y el Paraiso, por nudo y trama la gracia ó el pecado de las almas, y por desenlace la vision beatífica; si en un poema así, decimos, no son oportunas las cuestiones teológicas, no nos parece que sean mucho más pertinentes las políticas y contemporáneas de unidad y de independencia italianas, que los modernos intérpretes se empeñan en descubrir entre los tercetos del Poeta del siglo XIII. Salta además á la vista, y esto sirve á unos y á otros de disculpa, que todo escritor vive y se mueve en determinada atmósfera, la cual forman en su alrededor la época, la sociedad y la pátria en que ha nacido. Escribir en prosa ó en verso sin que esta atmósfera se haga sentir, sin que una especie de fecha se estampe involuntariamente, es imposible. La diferencia consiste en que el escritor mediano, que ni sabe ni estudia más que lo que ve, no escribe, por decirlo así, más que fechas contemporáneas, y no llega á la posteridad, miéntras que el ingenio superior como Dante, si bien consigna la data en que toma la pluma, dirige el espíritu de su obra

á la humanidad toda y al tiempo venidero. Los unos son escritos de circunstancias; los otros escritos eternos. Ahora bien: así como no es fácil al presente prescindir de las cuestiones políticas, que todo lo dirigen ó modifican, así era imposible en el siglo de DANTE prescindir de las cuestiones teológicas, las cuales envolvian el ser y el saber, la accion y la inteligencia de toda Europa. Esto sin contar con que, segun el dicho de un escritor moderno, toda cuestion científica, ó social, ó política, viene á resolverse en su último término en una cuestion teológica. Lo que importa saber es si el uso de ellas hecho por DANTE en la DIVINA COMEDIA es contrario al plan moral de su obra, ó nocivo á la belleza literaria de la misma. El Ingenio Florentino, que blasona de católico, si de mala fé hubiese promovido cuestiones teológicas, hubiera cometido una accion indigna, moralmente hablando, aunque literariamente hubiese sido bella; y, por otra parte, el poeta que se propone deleitar al par que instruir con su narracion, hubiera incurrido en grave defecto si áun por medio de controversias ortodoxas y santas hubiese entorpecido su poema. Nosotros procuraremos demostrar brevemente que no acontece lo uno ni lo otro, y que el controversista de la DIVINA COMEDIA no daña al católico y favorece al poeta. ¿Cuáles cuestiones promueve DANTE? ¿Con qué fin las discute? ¿Con qué criterio las resuelve? En nuestro entender (dicho todo con la desconfianza de profanos y con la reverencia de católicos), promueve en primer lugar sólo aquellas en que es lícito el uso de la razon sin mengua ni peligro de la fé. Tomaremos ejemplo sólo en la primera parte, á que principalmente dirigimos estas observaciones. ¿Pone acaso en duda, como algunos de sus extraviados comentadores, la existencia de las regiones infernales? ¿Las discute? ¿Las demuestra? No; las da por ciertas y las afirma como existentes, segun lo enseña la revelacion. Porque es cu-

rioso el observar que los mismos que quieren hallar en DANTE no sé cuál apoyo á sus creencias anticatólicas, acusándole de sobrado discutidor y escolástico, son los que ponen en tela de juicio, no ya sólo lo que es controvertible, ni áun siquiera lo que es católicamente dogmático, sino aquellas mismas verdades de cuya primitiva revelacion aparecen restos en todas las religiones. Lamennais, por ejemplo, se esfuerza en combatir el dogma del pecado original, y del premio y del castigo en la otra vida, de cuyas verdades se encuentra memoria, no sólo en la religion politeista de la culta Grecia, sino en las tenebrosas creencias de las razas de América y África, entre los indios y los negros. Pues bien; ninguno de estos principios, ninguno de estos dogmas es controvertido por DANTE. En segundo lugar, ¿con qué fin ó propósito trae á discusion las cuestiones y hechos teológicos á que se refiere el poema? Ciertamente para dar fuerza á las unas y credibilidad y dulzura á los otros. Así, cuando establece que hay un limbo, que en él se encuentran diferentes regiones, que en ninguna se padece pena de sentido, y que áun en la de daño existe diferencia, y, por último, que en estos limbos se hallan privados para siempre de la vista de Dios, al par que los niños que mueren sin bautismo, todos aquellos varones justos que practicaron la virtud segun la ley natural y que murieron sin más mancha que el pecado original; cuando todo esto asienta, no contradice en lo más mínimo la doctrina católica, y se ajusta á la opinion de Santo Tomás, de San Buenaventura, de Inocencio III y de otras autoridades de la Iglesia en el siglo mismo en que escribia.

Sobre la existencia del limbo diremos que San Agustin, el más riguroso en cuanto á no admitir lugar intermedio entre los justos y los pecadores, (como que combatia á los pelagianos), asegura, sin embargo *(Epístola* 28 *ad Hyeron.)*, que la pena de los niños muertos sin bautismo será la menor

entre las levísimas, *in damnatione omnium levissima futuros*, y no se atreve á decir que tal pena sea peor que el aniquilamiento. Algunos teólogos, como Gonet, piensan que la privacion de la vision beatífica no causará dolor alguno ni tristeza á los niños desgraciados, y se apoya para ello en los dichos de San Gregorio Niceno y San Ambrosio, y sobre todo en San Gregorio Nazianceno, que escribe terminantemente: que estos niños *Nec cœlesti gloria, nec supplitiis a justo judice afficiuntur, impotè qui licet cum signati non fuerint, improbitate tamen careant... Neque quis honorè indignus est statim etiam pœnam promeretur. (Orat.* 40.)

Hé aquí, pues, reconocido por tan santa autoridad un lugar semejante al limbo de Dante, y áun bosquejadas en él ciertas diferencias, segun son sus moradores más ó ménos dignos de honras, ó se acercan más ó ménos á merecer castigo. Pues en cuanto á la diferencia entre las penas de daño y de sentido, la habia ya definido Inocencio III diciendo: *Pœna originalis peccati est carentia visionis Dei; actualis vero peccati est gehennæ perpetuæ cruciatus.* Pero en lo que más han reparado algunos teólogos severos, y áun otros rigoristas imprudentes, es en el colòcar, dicen ellos, fuera del Infierno á los virtuosos ó justos segun la ley natural. A la vez, es tambien esta pretendida crueldad inflexible del dogma en lo que más fundan sus ataques á la Iglesia los protestantes y los racionalistas. Parece que unos y otros se dirigen á Dante diciéndole: «Si no colocas en el Infierno á esos virtuosos paganos, tú te declaras contra la Iglesia, *porque fuera de ella no hay salvacion*. La creacion de tus limbos para ciertos héroes es, en principio, una transaccion inadmisible, una rebeldía racionalista, una herejía ó un sueño de tu imaginacion.»

Vamos por partes.

En primer lugar, el limbo de Dante no está fuera del Infierno, ántes bien se halla dentro de

la puerta terrible; forma el primer círculo, y en más de un paraje del poema se alude al descenso de Jesucristo para sacar de allí las almas de los Patriarcas, siendo de fé que el Verbo *descendit ad Inferos.* En segundo lugar, ya hemos demostrado con textos irrefutables que tales regiones del borde y limbo infernal no son creadas por la rebelde razon del Poeta, sino que la Iglesia las reconocia, los Santos Doctores las explicaban ántes que él, y áun casi en su tiempo, cuando refutaban la herética doctrina de Abelardo. En cuanto á que moren en ellas las almas de los adultos, que, si bien no lavadas del pecado original por el bautismo, vivieron en todo sujetas á la ley natural, poco se puede ya decir, y nada hay nuevo. Bergier, Fraissinous, Ravignan, Lacordaire, Augusto Nicolás y Segur en nuestros dias, han apurado la materia en que ya habian abundado ántes San Francisco de Sales, San Alfonso Ligorio, Belarmino, Fenelon, Bourdaloue y Bossuet. Sus conclusiones no son con todo diferentes de las que habia enseñado San Jerónimo, y de las que se deducen de la Epístola II de San Pablo á los romanos: *Quicumque sine lege peccaverunt, sine lege peribunt.* «El infiel, el pagano, no serán ciertamente reprobados por lo que no han podido conocer, ni por lo que han ignorado invenciblemente.» Luego tales virtuosos de la gentilidad y del paganismo padecerán *pœna originalis peccati, id est, carentia visionis Dei;* pero si no cometieron pecado actual, no padecerán *crutiati gehennæ perpetuæ.* Más es: alguno de los Prelados citados dice terminantemente: «Yo no colocaré á este infiel en el reino de la bienaventuranza celestial, pero sí le daré en la vida futura aquel destino á que le hayan hecho acreedor sus acciones personales.» (Fraissinous: *Sobre la salvacion de los hombres.)* ¿Qué otra cosa, preguntamos nosotros, hace Dante? Los que sobre esto quieran saber más, pueden consultar las obras y conferencias de los autores

citados; á nosotros nos parece sobrado lo dicho para el caso presente, y bastante sin duda para probar que la doctrina de DANTE es ortodoxa y, más aún, llena de caridad y de dulzura, provechosa, por tanto, á todos, y gloriosa para la santa religion que profesaba.

Si se quiere contestar á esto alegando que Ovidio, el amigo de los placeres, y Saladino, el perseguidor de los cristianos, y Averróes, el fundador del epicurismo moderno en su pueblo, son libertados por DANTE injustamente del fuego eterno, diremos que eso es un error de apreciacion personal, no de doctrina general; que la aplicacion equivocada no arguye la falsedad del principio, y que pudo muy bien (y así sucedió) el pensador florentino acertar en sus máximas por razon poderosa, y errar en sus aplicaciones por corazon ó afecto extraviado. Quizás alguno verá con extrañeza que, tratando de demostrar la fidelidad y amor de DANTE á las verdades católicas conocidas en su época, citemos autoridades posteriores á él, y áun contemporáneas. El hecho no es exacto: para probar que hizo bien en colocar á los virtuosos paganos en lugar exento de la pena de sentido, hemos recordado á San Pablo, que en el siglo I decia: «Cuando las naciones no tienen ley *(Evangelio)*, hacen naturalmente lo que manda la ley *(natural)*; son ellas ley para sí mismas y manifiestan que los preceptos de la ley están grabados en sus corazones, de lo cual su conciencia da testimonio.» *(Ep. ad Rom.,* cap. II.)

Hemos atestiguado que Santo Tomás, en el siglo mismo de DANTE, sustentaba que se debia tener por muy cierto, *certissime tenendum*, que para salvarse el infiel, por ejemplo, que criado en los bosques ha seguido la direccion natural y verdadera de su razon, Dios le manifestará por gracia, *gratis datta*, cuanto es necesario para formar á lo ménos el voto y el deseo del bautismo y de la Iglesia. Pero aunque no hubiésemos



apelado á autoridad ninguna anterior á Dante; aunque no la hubiese, ¿qué se probaria con esto? Que entre la verdad y su demostracion media á veces, en el órden moral como en el material, un espacio grande de tiempo, y que en ese intervalo las inteligencias privilegiadas tienen como revelacion de la verdad y á manera de presciencia de la demostracion.

No sería sólo en esta cuestion teológica en la que fuese privilegiado Dante. Tierras existian en el hemisferio occidental *ab initio*, y sólo en el siglo xvi un compatriota de Dante, con carabelas de Castilla, fué á llevarlas la luz y la ley de caridad y de amor. Dante, sin embargo, en el Canto xxvi habia dicho á los navegantes por boca de Ulises, despues de pasar el estrecho de Gibraltar, dejando á mano izquierda á Ceuta y á la derecha á Sevilla,

No vuestros sentidos..............
................á la eminente
Prueba se nieguen de buscar la herencia,
En pós del sol, de la region ingente.

Esto en el órden geográfico; pues en el físico habremos de confesar que la fuerza de atraccion al centro de la tierra existia desde la creacion; sin embargo, Newton fué el privilegiado mortal que formuló su ley. A pesar de eso, á Dante, que floreció en el intermedio del hecho y de la fórmula, se le reveló algo de ese fenómeno cuando dijo en el Canto xxxii, *terceto* xxv, hablando del centro del globo terráqueo, vértice del infierno:

En tanto que va al centro el paso mio
Do toda fuerza de atraccion se aduna.

Hé aquí, pues, tres verdades de órdenes distintas, teológica la primera, geográfica y física las otras, reveladas al ingenio soberano áun ántes que la razon humana las hubiese demostrado.

¿Qué hay que contestar á esto? *Honrad al altísimo Poeta.* ¿Con qué criterio, en fin, resuelve tales cuestiones? Aquí tropezamos con que el nuestro no es tampoco competente; pero las resoluciones dadas por DANTE no son de nuestro criterio, ni del suyo, sino del criterio católico. Aquello por la Iglesia enseñado, eso asienta, eso cree; si alguna vez, como, por ejemplo, cuando critica al Papa *(Pedro Morone)* Celestino V, se aparta de la doctrina de la Santa Sede, es porque en la época en que escribia, la suprema autoridad no habia pronunciado su fallo, declarando virtud heróica y digna de culto público aquella misma abnegacion sublime, que DANTE atribuia á miedo, la cual llevó á Celestino V desde el Trono Pontificio al yermo, y que lo colocó en los altares bajo el nombre de San Pedro Celestino.

Un sólo pasaje de la DIVINA COMEDIA patentizará lo que decimos. Es el principio del CANTO III del INFIERNO. Lo citamos además por ser uno de los trozos más conocidos y populares. DANTE y VIRGILIO llegan á las puertas del Infierno, y en ella leen esta inscripcion:

Por mí se pasa á la ciudad doliente;
Por mí al abismo del tormento fiero;
Por mí á vivir con la perdida gente.
¡La Justicia á mi autor movió severo:
Me hicieron el poder que á todo alcanza,
El saber sumo, y el amor primero!
Antes de existir yo no hubo creanza:
La eterna sólo, y eternal yo duro:
¡Oh! los que entrais, dejad toda esperanza.

Imposible parece leer, aunque no sea más que este número de versos, y dudar de la ortodoxia de su autor, de su ciencia teológica y de su respeto al fallo de la Iglesia. El solo nombre de Infierno ó de espíritu maléfico ha suscitado y suscita en los espíritus anticatólicos profunda rebeldía. Los Albigenses, contemporáneos del DANTE,

descendientes de los Maniqueos, reconocian dos principos igualmente poderosos: el del bien y el del mal. Dios y Satán para ellos son séres de distinta y opuesta índole, pero de igual poder. En cambio esos protestantes, que no se desdeñan de descender de los Albigenses, protestan que la existencia misma del Infierno es contraria á la Justicia divina, y la inmensidad del castigo opuesta á la inmensidad de la misericordia. DANTE no participa del error contemporáneo suyo; ántes bien dice claramente que el Infierno fué hecho *por el poder que á todo alcanza,* y *por el saber sumo* y *por el amor primero:* es decir, la Beatísima Trinidad; y no parece sino que adivinaba el venidero error de los racionalistas cuando asienta y escribe en las infernales puertas:

La Justicia á mi autor movió severo.

El Poeta florentino lo es más que nadie con los que quieren adormecer y adular las pasiones levantando interesadas disputas y vanas esperanzas sobre la misericordia infinita, cuando escribe:

¡Oh! los que entrais, dejad toda esperanza.

Grito sublime que arranca á la lira del DANTE su conciencia de católico y su inspiracion de Poeta. ¡Qué importa si, como Gibelino quejoso y resentido por el advenimiento de Bonifacio VIII, atribuye á cobardes motivos *(viltade)* la renuncia de su predecesor Celestino V! La causa de éste aún estaba pendiente, aún era lícito dudar y negar su santidad, como otros principios más santos han podido discutirse sin riesgo ni pecado hasta que la Iglesia ha definido.

IX.

¿ES HEREJE DANTE?

Si pues, como creemos haber demostrado, DANTE promueve sólo aquellas cuestiones que son de lícita controversia, y las discute con fin piadoso y las resuelve con criterio católico, ¿es, segun dice César Cantú, un capricho, por no decir una interesada quimera de Fóscolo y de Rosseti, querer convertir á DANTE en un heresiarca? DANTE, que habia reservado á tales criminales uno de los más horrendos castigos del Infierno, no se avendria por cierto muy bien con trocar la amistosa conversacion de Santo Tomás de Aquino, la mirada inefable de la bienaventurada Beatriz, y sobre todo la vista de la Santísima Vírgen y de su Divino Hijo, por una de aquellas tumbas de fuego en que, extramuros de la ciudad de Dite, yacen para siempre los heresiarcas y sus sectarios, los epicúreos y los escépticos, adoradores del placer material. ¿Y de qué herejía, preguntaremos por nuestra cuenta, se quiere acusar al teólogo Poeta? Sin perdernos nosotros en investigaciones de historia eclesiástica, diremos con sencillez que hemos distinguido en todas las herejías cuatro caractéres principales. Primero, preferencia dada al juicio individual sobre el juicio de la Iglesia. Segundo, ódio, ó por lo ménos irreverencia á María, predestinada á vencer sola todas las herejías. Tercero, lisonja de alguna pasion ó apetito. Cuarto, rebeldía á la autoridad de Pedro. Ahora bien: DANTE, como hemos procurado demostrar, y como la DIVINA COMEDIA acredita en cada página, léjos de sobreponer su juicio individual al dogma, acepta éste y lo reverencia y lo adora. No puede darse una personificacion más bella y grande de la razon humana

que la que hace de Virgilio; y con todo, el mismo sublime maestro se declara inhábil é impotente para dar un paso siquiera en las regiones en que sólo la gracia puede servir de guia. Ningun otro que nuestro Poeta ha reconocido más explícita y elocuentemente la limitacion de la humana razon, y la necesidad de que el Verbo divino se hiciese carne, para que revelase la verdadera ciencia, cuando dice en el CANT. III DEL PURG., vers. XXXIV:

¡Cuán loca, mente humana, si blasonas
De caminar por la infinita vía
Del que es una sustancia en tres Personas!
A tu sér limitado basta el QUIA;
Que si os diera total saber tributo,
Fuera inútil el parto de María.

En cuanto á lo segundo, es decir, el amor á la siempre Vírgen María *ch' ad aprir l' alto amor volse la chiave* (PURG., CANT. X, vers. XXXIX), DANTE, jóven aún, lo habia probado en la VITTA NUOVA, en que dice, en elogio de su amada Beatriz, que siempre habia sido devota del santo y dulce nombre de María Vírgen. Lo confirma en los últimos escritos de su vida, y áun en la primera parte de la DIVINA COMEDIA asigna á la Reina de los Santos y de los Angeles el lugar que de derecho le corresponde en estas magníficas palabras:

En el cielo hay Mujer que dulce ruega,
Que se duele del trance á que te mando,
Y ante quien duro juicio se doblega.

Hé aquí el poder de la intercesion maternal y poderosa, que los herejes niegan á María, consignado por DANTE. Nada hay asimismo comparable á la deprecacion que la dirige en el último canto de su obra maestra, en cuyo texto además hemos contado treinta y siete lugares en que se

deshace en elogios de la Madre de Dios, de quien dice (Par., Cant. xxxiii, vers. xc):

El nombre de la bella flor que invoco
Mañana y noche.....

En cuanto á que el lisonjear las pasiones y los apetitos sea síntoma ó carácter de todas las herejías, Dante piensa como nosotros. Así es que coloca en el mismo cerco infernal, y aflige con el mismo tormento á los heresiarcas y á los epicúreos. No puede, por otra parte, acusarse de condescendiente con los placeres al que halló dentro de su misma fantasía tan atroces suplicios con que castigarlos, tan trabajosas penas con que expiar su uso, y tan sublimes coronas para recompensar á los que de ellos se privaron. Si no siempre es justo en la distribucion que hace, consiste en la falibilidad que al cabo padecia; hombre y apasionado por demás, no es extraño si se equivoca en la aplicacion de aquellos mismos principios cuya excelencia reconoce y proclama.

En el último carácter que hemos apuntado de todas las herejías, la rebeldía á la Cátedra de Pedro, es en donde sin duda han hallado estos extraños amigos del Dante motivo para afiliarlo en no sé qué cisma. Confunden á sabiendas el ódio apasionado que el iracundo Gibelino abrigaba contra la política de Bonifacio VIII, que envia á Florencia á Cárlos de Valois, y de Clemente V, que quiere arrojar de Italia á Enrique VII, con el respeto que Dante no negó nunca á los sucesores de San Pedro. El poeta que hablando de Roma y del Imperio dijo:

De aquélla y de éste la verdad nos marca,
Que destinados fueron como santo
Trono de Pedro al sucesor monarca,

haciendo así de la república y del Imperio romano el preludio y la base providencial del Ponti-

ficado, no puede ser motejado de irrespetuoso. El que coloca en el Paraiso (y aplaude sus virtudes y asiente con sus opiniones) á San Francisco y Santo Domingo de Guzman, á Santo Tomás y á San Buenaventura, sustentáculos de la Iglesia Romana, y á la Condesa Matilde, primera donadora del patrimonio de San Pedro, bien merece llamarse defensor del Pontificado: y por si alguna duda cupiese todavía sobre sus creencias y sobre la parte de respeto que en ellas daba al Supremo Pastor Vicario de Cristo, no hay más que consultar la precisa y terminante fórmula del Catolicismo que él mismo escribe en él CANT. v del PURG.:

Teneis nuevo y antiguo Testamento,
Y al Pastor de la Iglesia habeis por guia:
Esto os basta al eterno salvamento.

Si los conocimientos teológicos no perjudican al libro de DANTE como obra de raciocinio y de doctrina, ménos aún le dañan considerado como producto de ingenio y vuelo de poesía. En efecto, no conocemos belleza en este sentido comparable á la de la entrevista entre nuestro Poeta y su maestro el célebre músico Casella, descrita en el segundo canto del PURGATORIO. Cuando al llegar á la playa expiatoria el esquife en que un ángel, tendidas como velas sus blanquísimas alas, conduce á las almas bienaventuradas, el protagonista reconoce la de su antiguo maestro. ¡Qué bello y pacífico cuadro el de aquellas pobrecitas y dichosas almas oyendo los acentos del músico y los versos del Poeta! ¡Cuán diferente del eterno combate y desesperada lucha de los precitos que ha retratado DANTE en el Infierno, ó de la infecunda esperanza que con tanta exactitud ha descrito en el Limbo! Pero lo que más á nuestro intento conviene hacer notar en este pasaje, es la doctrina de DANTE puesta en boca de Casella. Este, por haber retardado su conversion, ha visto retardarse tambien su navegacion expiatoria, sin

que el celeste barquero quisiese admitirle á su bordo, hasta que tres meses ántes de la accion del poema, es decir, el año del Jubileo, se ha concedido fácil pasaje á todos aquellos por quienes en el mundo se rogaba. Casella mismo tuvo en Roma quien se acordase de él y mejorase su suerte de ultratumba.

No ménos bello, ni ménos instructivo en este sentido, es el lenguaje de Manfredo en el CANT. III del mismo PURGATORIO; pero buen cuidado han tenido los novísimos comentadores del DANTE de omitir ó adulterar estos pasajes, y no es porque carezcan de originalidad y belleza, que en una y otra á muchos se aventajan, sino porque no convenian á sus gratuitas imputaciones las ortodoxas máximas del DANTE. Manfredo mismo, el excomulgado Manfredo, cuando moribundo y arrepentido se ha vuelto á Dios y obtenido el perdon de la infinita misericordia, todavía reconoce que la contumacia con la Iglesia trae consigo la expiacion necesaria, y que los sufragios de los supervivientes son gratos y eficaces á las almas de los que ya no existen. Séanos permitido, por última vez en esta materia, agrupar meramente las palabras *purgatorio*, *excomunion*, *jubileo, sufragio, indulgencias*, y preguntar si cabe todo esto fuera de la doctrina católica, ó, por mejor decir, si no es esto cabalmente el blanco de los ataques que la herejía de todos los tiempos dirige á la Iglesia, así por boca de los Albigenses en tiempo de DANTE, como por boca de los racionalistas en nuestros dias. ¿Y áun se pretende que quien esto cree, quien esto explica, quien con esto forma su doctrina y su obra en su parte esencial y formal, no pertenece de todo en todo á la comunion católica? Demanda interesada y tenaz que el sentido comun más trivial basta á resolver negativamente.

En cuanto á la parte literaria, nuestra proposicion está probada con lo dicho, y áun con el título sólo de PURGATORIO. El conocimiento filo-

sófico del dolor y de la diformidad sensual, alcanzaron sin duda á inspirar á Virgilio su viaje al INFIERNO. El conocimiento racional de la belleza, y áun el científico y literario de la Biblia, pudieron guiar á Milton en el poema del PARAISO: pero la region del PURGATORIO, la teoría de la expiacion, del dolor de las almas que, segun dice DANTE (INFIERNO, CANT. I),

...............en medio están gozosas
Del fuego, porque aguardan que algun dia
Se unirán con las almas venturosas,

la máxima que establece mancomunidad en caridad, y por medio de sufragios entre todos los fieles colocados al uno y al otro lado de la tumba, sólo pueden ser inspiradas por la doctrina católica en toda su pureza, en todo su vigor, en toda su ortodoxia. Sintetizando, pues, estos artículos, concluiremos que la obra de DANTE, no sólo es racional y poética dentro del Catolicismo, sino que por el Catolicismo sólo se mide la fuerza de su razon y el vuelo de su poesía.

X.

ALGO DE FILOSOFÍA Y DE OTROS CONOCIMIENTOS HUMANOS.

Cuanto acabamos de escribir se refiere á DANTE como consumado teólogo, y acredita la verdad grabada en su epitafio, que hemos mencionado: *Theologus Dante, nullius dogmatis expers.*

Si en esto hubiera habido eleccion de su parte, cierto que habria sido acertada la preferencia dada á esta ciencia divina. Porque no sólo, religiosamente considerada, es preferible aquella que parte del conocimiento de la verdad absoluta é infalible, sino que áun, racionalmente hablando, aquel ramo del saber humano es superior que es más general y comprensible, y que,

ascendiendo á la causa primera, universal y absoluta, desciende hasta las causas derivadas y particulares. Además, históricamente hablando, nadie puede desconocer que en el siglo XIII la teología habia llegado á un punto de perfeccion al cual estaban muy léjos de acercarse los demás ramos de la humana sabiduría. Santo Tomás, el Angel de las Escuelas, habia ya aparecido en el horizonte, y aún estaban léjos de su Oriente Galileo para la astronomía, Volta para la física, Vico y Machiavelo para la historia y la política. Hemos dicho con todo que de sus conocimientos científicos y literarios habia hecho el Poeta florentino el segundo resorte de su admirable poema, y así es verdad. Pero la filosofía, si tal puede llamarse el amanerado y general culto que se daba á Aristóteles, estaba empeñada y reducida en la difícil empresa de explicar la doctrina católica por el sistema del filósofo griego, y los libros de éste por la tortura dada á los dogmas revelados. En la astronomía reinaba soberanamente el sistema de Ptolomeo, segun el cual el sol y los demás planetas giraban alrededor de la tierra. Sus órbitas, envueltas en el cielo de las estrellas fijas, se creia entónces que conservaban, sin embargo, ciertas relaciones con las criaturas habitantes de la tierra. Sobre el octavo cielo, ó de las estrellas fijas, se extendia el Empíreo ó noveno cielo de la luz pura, desde el cual comenzaba, por decirlo así, en sentido inverso al material, el mundo de los séres espirituales, principiando con los ángeles inferiores en jerarquía y concentrándose de círculo en círculo hasta terminar en Dios, centro, principio, móvil, orígen y fin de las dos creaciones: la espiritual y la material. Pero como se daba á los ángeles y demás potestades espirituales directa influencia en los astros, y á éstos en los elementos, y hasta en las naturalezas individuales de los hombres, de aquí el estudio de la *Astrología*, muy en boga en aquella edad, y áun en las posteriores, extrañamente relacionado con la astronomía y con la religion

La geometría, en que era Dante peritísimo, estaba con todo reducida en su siglo á los estudios hechos en ella por Boecio sobre Euclides, y apénas alcanzaban á más las ciencias exactas. En cambio, es verdad, la ciencia histórica habia hecho algunos adelantos; pero por una parte los libros eran todavía, como hoy las cartas, más bien una confidencia de familia que un documento público, por otra se escribian generalmente éstos en la lengua del Lacio, aunque Mateo Spinello dejase en italiano la primera crónica que se cuenta en idioma vulgar, y que termina justamente con la muerte del autor, hácia la época del nacimiento del Dante. No obstante, ni aquel ni sus demás coetáneos en la ciencia histórica pudieron reconquistar la magnífica severidad de Tácito, ni la grandeza y extension de miras de Tito Livio, ni ménos llenar las exigencias que la edad moderna tiene con los escritores de esta clase. Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que nuestro Poeta, tan versado como el que más de sus contemporáneos en las ciencias y en la historia, adoleció, como era natural, de los defectos que comportaba su época y de los que lleva y llevará siempre consigo la flaqueza humana. Parcialidad en la narracion de sucesos en que habia sido actor; acritud en el juicio de personas, hijo más de la disposicion de su ánimo que del conocimiento y apreciacion de los hechos; tendencia á descubrir en sucesos comunes misteriosos influjos, y esto no por belleza poética, sino por sincera conviccion de opiniones generalmente recibidas. Defectos son estos ó cualidades en que abunda el poema del Dante, los cuales, así como el uso que hizo de la máquina mitológica, y que nosotros hemos señalado como el tercer resorte de que se vale, pondremos más patentes con el exámen y análisis en que vamos á entrar de su cantiga del Infierno.

Esta parte de su poema, tanto ó más que las otras, podrá convencer de que la erudicion y cien-

cia de aquel insigne Poeta no se limitaba ciertamente á los conocimientos teológicos: ántes bien se extendia á todo lo que en su tiempo era conocido; pero que su principal mérito, su peculiaridad exclusiva, es la de haber hecho del dogma católico y con el dogma católico la más admirable obra de poesía de que sea capaz la humana imaginacion. Es verdad que ya nuestro español Prudencio habia cantado hechos heróicos de los mártires; pero, sobre pertenecer este escritor, no á los albores de la literatura moderna, sino al último crepúsculo de la latina, por el lenguaje que emplea y por el argumento mismo á que se dedica, puede llamarse cantor de los cristianos, pero no del Cristianismo. Posteriormente á DANTE, Tasso y otros, no pocos con ménos mérito, han cantado héroes, afectos, inspirados por la fé en nuestro dogma: de esos héroes ó de esos afectos son cantores, no del dogma mismo. DANTE quedará siempre con el privilegio de haber poetizado las grandes verdades dogmáticas y de haberlas hecho objeto á la vez y estímulo de su inspiracion, sin apartarse, sin embargo, dígase lo que se quiera, ni un ápice de la ortodoxia católica, no ya sólo en el fondo, pero ni tampoco en la expresion de sus pensamientos.

XI.

EL INFIERNO.

La figura que DANTE atribuye al Infierno se aproxima á la de un cono inverso cuyo vértice es el centro de la tierra, y cuya base, de diámetro igual á su profundidad, toca á la superficie de nuestro globo. El sábio florentino, en su inclinacion á las ciencias exactas, prefiere esta pirámide excepcional, cuyas várias secciones y misteriosas curvas son todavía asunto de estudio á los matemáticos; además, su pasion á los núme-

ros simbólicos, así como habia distinguido nueve mansiones en el Paraiso y nueve escabrosidades en el Purgatorio, distribuia tambien en nueve círculos concéntricos la vasta cavidad del Infierno. Vulgarmente comparado, éste podría representarse como un vastísimo circo, en cuya arena comenzase otro anfiteatro de menor diámetro, y luégo otro sucesivamente, para completar el número de nueve y llenar la extensa longitud de un rádio de la tierra. La superficie de ésta en que se halla la selva oscura donde DANTE se extravió, y el monte iluminado por el sol y defendido por las tres fieras de que hemos hablado, sirven de cubierta á la tenebrosa cavidad. No forma tampoco parte de ella la region en que está la puerta cuya inscripcion hemos mencionado tambien.

Luego que Virgilio y DANTE hubieron penetrado por aquella entrada, vieron una turba que aguijoneada por avispas vagaba desnuda á una y otra parte, y DANTE dice:

¿De quién, maestro, es ese grito,
Y quién son esas tan perdidas gentes?—
Y él me dijo:—Así el número infinito
Pena de aquellas almas que vivieron
Sin virtud en la tierra y sin delito:
Que á los ángeles luégo aquí se unieron
Que no fueron traidores ni leales
Á Dios, mas sólo por sí propios fueron.
Por no menguar sus brillos celestiales
Los lanza el alto, y los rechaza el bajo
Porque achican su horror huéspedes tales.—
Y exclamé:—¿Qué destino así los trajo,
Qué grave mal á padecer tan fuerte?—
—Te lo diré, me dijo, sin trabajo:
Esos no esperan bienhechora muerte,
Y es su existencia tan amarga y lasa,
Que envidiosos están de cualquier suerte.
Su huella el mundo ni conserva escasa:
El perdon, la justicia los desdeña.
No hablemos de ellos, sino mira y pasa.—

No puede darse más sublime desden. Los que hemos alcanzado á vivir en tiempos turbulentos, participamos de ese mismo sentimiento. DANTE, que habia sido Güelfo hasta el punto de combatir y derramar su sangre; que, arrastrado luégo por las vicisitudes al bando Gibelino, habia padecido por él el largo martirio de veinte años, no comprendia que hubiese vida donde no hubiese accion y simpatía y afecto por una ó por otra parcialidad; no alcanzaba que el cielo pudiese amparar en la muerte á aquellos que nada habian amado ni hecho en vida; ni en el Infierno mismo daba lugar á estos egoistas, á los cuales sólo su inmenso desprecio abarcaba.

Pero aún no hemos llegado, propiamente hablando, á las regiones infernales. Nos separa de ellas el rio del Olvido, el Aqueronte, en cuya ribera aguarda cansada y desnuda una multitud de almas. En vano DANTE se confunde y agrupa con ellas para hallar pasaje: el barquero Caron se niega á dárselo, y le interroga:

¿Y tú qué haces aquí, criatura viva?
Parte, aléjate de estos que son mios.

DANTE no se mueve, y Caron de nuevo,

Por sitios, exclamó, ménos impíos,
No por estos á tí pasarte toca:
Vé á buscar otros puertos y navíos.

Virgilio entónces, que guia á DANTE, interviene, y dirigiéndose al inflexible barquero, le dice:

........................*Caron, tu ira sofoca*
Allá, donde se puede, lo han querido.

Superior mandato á que no resiste el piloto infernal. Entre tanto el tropel de almas que allí aguardaban

Mudó el color y tiritó de dientes,
En cuanto la amenaza oyó sañuda.
Y de Dios y sus padres y parientes
Blasfemaron, y el suelo maldijeron,
Y la luz que los puso entre las gentes.

Con la triste navegacion verifican nuestros Poetas la entrada en el primer cerco del Infierno. Es este el Limbo, en el cual se padece ya la pena de daño: sus moradores

Viven sin esperanza y con deseo

de ver á Dios. Con todo, no les atormenta la pena de sentido, porque no están manchados más que con la culpa original, y, segun el dicho de Santo Tomás, como en ella no hubo goce material, no puede haber en su castigo material dolor. En aquel círculo, que divide Dante en várias regiones, moran no sólo los niños, sino los que, privados de la regeneracion del bautismo é ignorando la ley de Gracia, vivieron en las suyas respectivas, practicando siempre la virtud. Oigamos á Virgilio, que habla por boca de nuestro traductor, á quien se dirige explicándole lo que ven:

Son los no pecadores que han mostrado
Virtudes, mas en vano, que el bautismo
Puerta de la fé tuya no han tocado.
O si ántes fueron ya del Cristianismo,
No amaron bien á Dios, segun yo creo,
Y ¡ah! de esos infelices soy yo mismo.

Desde luégo aparece aquí la profunda fé de nuestro autor. No basta, segun ella, el no ser pecadores; no basta el haber mostrado virtudes; es necesario el bautismo para gozar el reino de Dios. Los que por esta puerta no han entrado, están sujetos para siempre á

Vivir sin esperanza y con deseo.

Pregunta en seguida DANTE si ha salido ya de aquel lugar alguna alma; y Virgilio, aunque sin comprenderla, describe la maravillosa bajada de Jesus, su triunfo de la muerte, y la libertad dada por Él á los Patriarcas. Bella ocasion que aprovecha, como otras, DANTE de poner el testimonio de las verdades de nuestra fé en boca de uno de los más puros y sublimes escritores del paganismo. Cuando más adelante oye que éste es saludado con aquel:

¡Honorad al altísimo poeta!

que ha venido á ser epígrafe de todos los retratos del florentino, parece como que se desempeña su gratitud pagando un homenaje de admiracion á los grandes poetas de la gentilidad. Oigamos al traductor.

Callada aquí la voz, y el alma quieta,
Ví cuatro grandes sombras acercarse,
Con faz que ni placer, ni pena inquieta.
Y empezó el buen maestro así á explicarse:
—¿Ves aquel de luciente espada en mano
Como Rey á otros tres adelantarse?
Homero es ese, el vate soberano:
El satírico Horacio detrás viene,
Ovidio luégo, el último Lucano.
Y á todos el renombre nos conviene
Que el coro á mí me dió, y él por mí vela
Y el honor que me es dado me previene.—
Junta así logré ver la insigne escuela
De aquel Monarca del cantar brillante
Que, águila audaz, sobre los otros vuela.
Despues que hablaron entre sí un instante,
Salud me dan con amigable gesto,
Que á mi maestro le alegró el semblante.
Y áun obtuve favor más manifiesto,
Pues el grupo su igual me considera;
Con que de escuadra tal halléme el sexto.

Nadie le ha disputado hasta ahora este lugar en que cándidamente se coloca; nosotros le damos otro preferente. Luégo atraviesan por un fortísimo castillo, llegan á una selva de eternal verdura, en la cual encuentran á multitud de héroes y sábios de la antigüedad. El referir sus nombres en tanta cantidad sin que se pierda la vigorosa concision del original ni los breves calificativos que á cada uno de ellos atribuyó Dante, es un trabajo inmenso y meritorio, que solamente podrá agradecer bastante al traductor español quien pruebe siquiera á ensayar una labor semejante.

Terminada la descripcion de este cerco, que es el limbo en el canto IV, en el siguiente comienza una region más corta, pero más llena

De horrible grito, de dolor profundo.

Es el segundo antro ó cerco del Infierno. Minos recibe á los viajeros como á todas las almas que allí llegan, y opone al viviente recien llegado la natural resistencia, que vence Virgilio repitiendo el mismo precepto con que se hizo obedecer de Caron. Minos destina aquí á las almas con arreglo á la confesion que hacen de sus pecados, y dando con su enorme cola tantas vueltas á cada uno cuantos grados debe bajar, envia á cada condenado al antro que le corresponde. Un cierto órden moral preside asimismo á la profundidad de estas regiones, al grado en que los condenados padecen, y al sentimiento de lástima que inspiran al Poeta. Vienen primero los que han pecado contra sí propios, luégo los que han dañado al prójimo, al cabo los que se han rebelado contra Dios. Y áun en los vicios mismos que, por decirlo así, produce espontáneamente la humana flaqueza, establece Dante que, cuanto mayor es el estímulo, menor es la falta, la region de tormento ménos profunda, y más natural y simpática la compasion.

Ocupan, segun esto, el segundo cerco, esto es, el primero en que se sufre pena de sentido, los que no supieron reprimir el apetito de la carne. Allí terribles huracanes los impelen confusamente, como en vida los arrastró el soplo de su deseo. Pero mejor que explicacion alguna dará muestra de la mente del autor y del mérito de la traduccion un trozo cualquiera del dicho canto. No citaremos el retrato de Semíramis, hecho de mano maestra, ni el de Helena, ni el de Dido, ni el de Cleopatra, porque hay un pasaje que ha adquirido ya justa celebridad, que ha sido asunto á trágicos, á músicos y á pintores, que anda en la memoria de los curiosos, y que merece por tanto ser preferido. DANTE mismo se esmeró, por decirlo así, en él, porque, como hemos dicho en su noticia biográfica, se refiere á la hija de su protector. Es el cuadro (que no sé por qué ha dado en llamarse episodio) de Pablo y Francisca de Rímini. DANTE, que los ve venir abrazados en medio de un torbellino, los conjura por su mútuo amor que lleguen á hablarle, y ellos

Cual palomas que vuelan disparadas,
Tendida el ala y firme, al dulce nido
De su amorosa voluntad llevadas,
Así dejaron el tropel de Dido,
A nos viniendo por el aire inmundo,
¡Tanto fuerte el reclamo les ha sido!
Y ella dijo: —Sér bueno, que al profundo
Vienes á visitar á los que habemos
De nuestra sangre reteñido el mundo,
Por tí al Rey de los orbes pediremos,
Si áun algo á su infinito amor nos liga,
Pues tanto nuestro mal sentir te vemos.
Y cuanto quieras hoy que escuche, ó diga,
Te será por mí dicho y escuchado,
Miéntras el viento así callando siga.
En el suelo nací del Pó bañado,
Y junto al mar.................... etc.—

Cuando DANTE vuelve en sí del desmayo que le ocasiona la triste narracion de Francisca, se halla en el tercer círculo, en que ya son castigados más duramente con terrible lluvia y duro granizo, que los sepulta en el cieno, los que en el mundo se entregaron á la gula, con ménos noble y ménos disculpable estímulo que el del amor. No es ya Minos allí quien los recibe, sino Cerbero, que los atenacéa con sus tres bocas, aumentando con terribles aullidos y mordeduras un tormento análogo á la especie de los pecados. Virgilio vence la resistencia del terrible can amasando barro, y cebando con él al trifáuce mónstruo. Allí encuentra DANTE al opulento florentino *Ciacco*, que le anuncia todas las vicisitudes de que ya nos hemos hecho cargo en la biografía de nuestro Poeta. Le da noticia de Farinata y de otros de quien tambien hemos hablado, y dice terminantemente que

Soberbia, envidia y lucro codicioso
Son los tres males, de Florencia plaga;

y luégo, con torva mirada, contempla á su interlocutor, y con la frente

Dió cual los otros en el fango inmundo.
Y prorumpió mi guia:—Aquí durmiente
Miéntras del ángel el clarin no zumba
Yacerá................................ etc.

Cierto que cuanto más se adelanta en el poema del DANTE, más se descubre lo meditado del plan, y la magnífica economía con que distribuyó su vasto saber en todas las partes de su obra.

Aquí Virgilio se hace el vaticinador de la resurreccion de la carne y del Juicio final: el Cerbero, dejando su esencia mitológica, se torna en instrumento de la condenacion eterna.

Esta ha crecido de punto en la intensidad del dolor como en la malignidad del vicio que se cas-

tiga. La historia Florentina paga tambien su tributo á la obra del DANTE: y, aumentada la simpatía de éste en el diálogo con personas que conoció, y en el recuerdo de sucesos en que tuvo parte, el interés, por tanto, de la accion aumenta, y la unidad, primera ley de toda obra bella, adquiere bulto y vigor.

Pluto, el poderoso Genio de la riqueza, quiere oponerse con extraños gritos á que los poetas penetren en el cuarto círculo que él preside.

Vence Virgilio la resistencia del infernal poder recordándole la victoria de San Miguel Arcángel, y así penetran en el lugar en que son atormentados los pródigos y los avaros, que labraron su condenacion con los tesoros, ó disipados sin caridad, ó amontonados sin conciencia.

Están cargados unos y otros con enormes piedras, cuyo peso, tan inútil como el del oro, les sirve recíprocamente de tormento, porque los pródigos las impulsan sin descanso, y los avaros las contienen sin motivo.

No da el autor tanta parte en su poema como en el INFIERNO á este vicio, pues que á la descripcion de todo el cuarto círculo apenas dedica medio canto, y en él no cita á personaje ninguno notable, bien que acuse del vicio de la codicia al clero de su época: si DANTE escribiera en nuestros dias, no sabemos si renovaria la misma acusacion; pero inferimos que de cierto daria más importancia á la influencia de los caudales, repitiendo, á ser posible, con más elocuencia:

Aquí ver puedes, hijo, qué aprovechan
Los bienes que administra la fortuna,
Porque los hombres sin piedad se acechan.
Que todo el oro que hay bajo la luna,
O el que esas almas junto han poseido,
No bastaria á redimir ni una.

Aprovecha DANTE la ocasion de explicar sus creencias en cuanto á la fortuna: creencias que

son exactas y católicas en una parte, y en otra hijas de preocupaciones de su siglo. Para el filósofo Poeta no hay *acaso*. Los bienes y los males están distribuidos en la tierra por una Inteligencia celestial ó criatura angélica, la cual ejecuta la beatífica providencia de Dios, sin cuidarse del rumor del mundo;

Porque ella no lo escucha, y placentera
Y con los otros ángeles beata,
En sí se goza y vueltas da á su esfera,

cumplimentando lo preparado por otras Inteligencias, que presiden en el Cielo al movimiento ó influjo de los astros.

Hé aquí la astrología que en el siglo XIII se pugnaba por hermanar á la vez con el dogma religioso y con los hechos astronómicos.

Y ya que de astronomía se habla, no podemos ménos de consignar que, al llegar DANTE á este punto de su poema, deduce por la posicion de las estrellas que es llegada la media noche.

Hacen justas diez y ocho horas que ha principiado la accion; al amanecer se extravió en la selva; al cerrar la noche penetró en el Infierno, y sale de él, como veremos en el verso LXVIII del canto XXXIV, á la media noche siguiente. Y para precisar más, comienza la accion con la segunda noche del plenilunio de primavera de 1300, que corresponde al 3 de Abril (el plenilunio fué el 2), y termina el 4. No comprendemos unidad de tiempo ni más especificada, ni más rigurosa.

Pero, volviendo á la marcha de nuestros viajeros, diremos que, así como del abuso de los intereses y goces materiales nace un cierto orgullo, que fácilmente se convierte en ira, y áun, llevado al extremo, en impiedad rebelde, así en este cuarto círculo tiene orígen un hediondo riacho, que, cayendo en el quinto, forma la laguna Estigia, en la cual son atormentados los iracundos y sirve de valladar á los heresiarcas.

Al llegar á su orilla nuestros Poetas, una atalaya enciende dos luces, para indicar el arribo de los viajeros. Corresponde con la misma señal otra atalaya lejana, y á poco se presenta una barquilla conducida por Flexías, el que, iracundo é impío á la vez, incendió el templo de Delfos, el cual navega sobre los irascibles y aporta á la ciudad de los impíos: no sin dificultad les da pasaje, y al poner DANTE el pié en el esquife, casi zozobra con el desusado peso de un viviente. En aquella triste navegacion ve y conoce á algunos condenados, que nadan sin término en la fatal laguna, y ciertas burbujas que aparecen en ella indican que yacen en el fondo otra especie de espíritus descontentadizos y envidiosos, que viven en el mundo ocultos y ensimismados más por tristeza del mérito ajeno que por melancólica modestia.

En el mismo centro del Infierno existe el sexto círculo, que es la ciudad de Dite, á la cual circuye la laguna Estigia y sirven de defensa altísimos y fortísimos muros. En ella la oposicion á recibir los viajeros es mucho más violenta. En vano Virgilio, admitido á solas, quiere negociar la entrada de ambos; las puertas se cierran, las Furias aparecen sobre las torres, la resistencia va á comenzar.

Es que allí principia ya lo que DANTE llama el *bajo Infierno*, es decir, los pecadòres de inexcusable malicia. Es que dentro de aquellos muros reciben eterno tormento las orgullosas almas de los que se rebelaron contra la fé ó adoraron el propio apetito.

Allí, en efecto, en tumbas de fuego yacen los heresiarcas, y en mansiones candentes padecen los epicúreos.

Buen cuidado ha tenido, dicho sea de paso, Lamennais de no referir en su análisis el terrible castigo que guardaba DANTE á los que se apartan de la fé. Aquí aparece por primera vez el fuego. Aquí por primera vez la tumba, señal (si es líci-

ta la expresion) de mayor muerte que la muerte.

Con todo, pocas pruebas de más imparcialidad intencional en el autor pueden hallarse que las que da de sí este canto. El irritado Gibelino, que al hablar someramente de la codicia se ha contentado con una acusacion en masa sin determinar personas, al llegar á esta más pavorosa region no puede ménos de citar nombres, y entre ellos el de un insigne caudillo de su pátria y de su partido, *Farinata degli Uberti,* y el padre de un amigo suyo tan íntimo y querido como *Cavalcante.*

Con sentimiento dejamos de citar la magnífica escena en que figuran estos dos personajes: Farinata, rebelde y orgulloso en el Infierno mismo, sintiendo aún más que su eterna sepultura de fuego el que sus parciales hayan perdido el mando de Florencia, y Cavalcante cayendo de espaldas en la encendida hoya á la noticia de que su hijo es muerto, son dos retratos de eterna belleza, que no encuentran su semejante ni áun en las imitaciones afortunadas de Milton. Los recomendamos además á los curiosos que quieran comprobar con dichos incontestables de Dante mismo las poco acertadas noticias que al principio apuntamos.

Pero lo que no podemos ménos de citar textualmente es la aparicion del ángel que en el canto IX se describe atravesando sobre la caliginosa laguna Estigia y abriendo á nuestros Poetas las puertas de Dite.

Pero ya sobre el turbio lago avanza
Un fragor de sonido pavoroso,
Ambas ribas temblando á su pujanza.
No es de otro modo el viento que impetuoso
Por el estivo tiempo y sus ardores,
La selva embiste, y raudo, y sin reposo
Troncha ramos y aventa rotas flores,
Y entre polvo, soberbio va adelante,
Ahuyentando animales y pastores.

Los ojos descubrióme en ese instante
Mi guia, y dijo:—Que tu vista siga
Aquel vapor, la espuma allí albicante.—
Cual las ranas delante la enemiga
Culebra, todas huyen por el lago,
Hasta que al fondo el cieno las abriga,
Almas mil así hendiendo el aire vago,
Ví yo delante de uno que pasaba
Con planta enjuta por el charco aciago.
Del rostro el aire craso separaba
A veces, la siniestra adelantando,
Única pena á fé que se tomaba.
Bien ví que era del cielo nuncio blando,
Y al maestro volvíme: él me hizo seña
De estarme quedo, al ángel saludando.
¡Cuánto excelso desden su rostro enseña!
Llegó á la puerta, y con vergueta breve
La abrió; que nadie resistencia empeña.

Hé aquí á la vez una buena muestra del genio de DANTE y de la version de nuestro traductor. El celeste paraninfo, que apenas forma una albicante espuma sobre las aguas, que lleva en la diestra la poderosa vara, y no se toma más trabajo que apartar del rostro con la siniestra el aire caliginoso, tiene una sobrehumana belleza; al mismo tiempo que las almas precitas huyen de él en la laguna como las ranas huyen de una poderosa serpiente, comparacion característica del poeta Florentino, que habia querido escribir su poema, no en latin, como era uso, sino en el lenguaje comprensible por las *mujeres del mercado*, y que habia dicho al comenzar el pasaje que citamos:

¡Oh los que habeis entendimientos sanos,
Notad lo que se esconde de enseñanza
Bajo estos versos que aparecen vanos!

compromiso grande para nuestro traductor, del que ha sabido salir con una despreocupada va-

lentía que le honra. Traducir á Dante no es perfilarle y amanerarle, en gracia de los atildados críticos del clasicismo moderno; no es exagerarle y abultarle para dar gusto á sus mal intencionados intérpretes. Traducir á Dante es verter todo lo que dijo, y del mismo modo que lo dijo; sublimemente lo sublime, vulgarmente lo vulgar, y á veces confundiendo lo uno con lo otro.

Vamos á rebasar el sexto círculo del Infierno, ó, lo que es lo mismo, nos faltan solas tres regiones, de las nueve en que divide Dante la ciudad del eterno dolor. En cambio apenas hemos analizado ligeramente diez cantos de nuestro Poeta: nos faltan más de dos terceras partes de su obra; porque, calculador en todo, establece dos progresiones relativas entre la intensidad de la pena y la extension de su escrito.

Parécenos, por tanto, razonable que, en beneficio de nuestros lectores y en respeto á la novedad, de que no queremos privarles en la lectura, abreviemos nuestro paso: y para ello, aunque parezca contradictorio, nos sentemos á oir la explicacion de Virgilio junto á la tumba del Papa Anastasio.

Conviene advertir de paso el descuido del Poeta, que atribuye á aquel Pontífice la falta del Emperador del mismo nombre, contaminado en el siglo IV con los errores del heresiarca Fotino. No es ésta la única equivocacion histórica en que incurre el sábio florentino; pero él habia estudiado lo que en su tiempo se sabía, su ingenio le hizo adivinar mucho, mas no pudo precaverle de todo.

Cuando ya nuestros Poetas se preparaban á descender al sétimo círculo por una ágria hendedura y unas piedras desgajadas de ella con el milagroso terremoto del Gólgota, el hedor que exhalaba la region inferior les hace detenerse, y el maestro explica al discípulo lo que le queda que ver, y le dice:

De toda inícua accion que Dios condena
Una ofensa es el fin, y éste se alcanza
Por fuerza ó fraude, con lesion ajena.
Pero el fraude más mueve su venganza;
Por ser propio del hombre: á fraudulentos,
Por eso, á más dolor, más bajo lanza.
Todo el cerco primero es de violentos;
Y porque á tres personas se vulnera,
Se comparte y distingue en tres asientos.
Se hace violencia á Dios, y es la primera:
A otros, y á sí mismo: etc., etc.

Nosotros, dejando al Poeta mantuano el cargo de bosquejar un Infierno más tremendo que el del libro cuarto de su *Eneida*, y al poeta español la honra da reducir á rima vulgar sus difíciles conceptos, daremos algunas explicaciones más en mala prosa, que, supliendo á un análisis detallado, vendrán á ser como ciertos itinerarios, que ahorrarán á los perezosos el trabajo del viaje.

Hemos visto en las regiones hasta ahora recorridas, castigar: en la primera, la culpa original; en la segunda, los excesos de la carne; la gula en la tercera; en la cuarta, la prodigalidad y la avaricia; y en la quinta, la ira, y, si se quiere, la envidia. Agravándose luégo la malicia del pecado, aparecen en la sexta region las arcas de fuego que sepultan á los heresiarcas y á los epicúreos. Veremos, pues, ahora castigados en el sétimo círculo á los que abusan de la fuerza, y en el octavo y noveno á los que abusan de la inteligencia. En ofensa del prójimo, ó de sí mismos, ó de Dios, puede cometerse violencia; por eso en el sétimo círculo hay tres regiones ó anillos concéntricos. En el uno están sumergidos más ó ménos, segun la gravedad de su culpa, en una laguna de sangre hirviendo, los que dañaron á otro en sus personas ó en sus haciendas, con heridas, muertes, robos, incendios; y unos Centauros que rodean la laguna hacen llover certeros dardos sobre cada uno de aquellos con-

denados, que quiere alzarse más de lo permitido. Uno de estos mónstruos, persuadido por la dulce elocuencia de Virgilio, trasladó sobre su grupa á los dos compañeros hasta el segundo anillo. Es este un horrendo bosque de troncos, sin verdor ni hojas; anidan en ellos las arpías, que se apacientan con sus sangrientos tallos; los miserables suicidas están así eternamente trasformados en mutilados y deformes árboles.

¿Y qué deja, en efecto, de su propio sér aquel que despues de matar al alma con el pecado, mata el cuerpo con el suicidio? Nada, sino un tronco horroroso y sangriento. La descripcion que de ellos hace Dante es superior, con mucho, en verdad y en horror, á la de Polidoro, que trazó el Poeta mantuano. Los que, en vez de sacrificar á su pasion violenta su vida, sacrifican su hacienda en ruinosas disipaciones, son dentro del mismo bosque acosados por rabiosos canes, que á pedazos los destrozan.

Es el tercer anillo del mismo círculo, morada de los violentos contra Dios ó contra la naturaleza y las leyes que de Dios emanan. Un arenal de fuego, en el que llueven contínuos copos de vivísima llama, les sirve de castigo. Allí están los blasfemos; allí los miserables, cuyo delito no nombra Dante, y entre los cuales reconoce tiernamente á su maestro Brunetto Latini; allí, en fin, los usureros, de que estaba infestada Florencia en aquella edad, y no libre ninguna nacion en la presente.

En este círculo, más quizá que en otros, campea la imparcialidad, á lo ménos intencional, de nuestro Poeta. En el anterior, tratando de los heresiarcas, los sepultó á ellos y á sus prosélitos, no sólo sin distinguirlos, sino sin nombrarlos; y al hablar de los epicúreos, envolvió en la misma llama á Federico de Suavia, Emperador, y á Anastasio, creido Papa por el Poeta; y á Farinata, caudillo Gibelino, lo mismo que á Cavalcante, prócer Güelfo. Ahora se le ofrece mejor

ocasion, y la aprovecha. Aquí, con los violentos, un mismo lago de hirviente sangre sumerge á Alejandro, Emperador, y á Sexto Pompeyo, republicano; lo mismo flota en el lago el tirano Ecelino, Vicario imperial y Gibelino furibundo, que Ovizzo de Este, marqués de Ferrara y Güelfo encarnizado.

En una misma horrenda selva expian su suicidio Pedro de las Viñas, secretario de Federico de Suavia, alma y lumbrera de la faccion Gibelina, y Lano Sanesse, compañero de armas de DANTE en la batalla contra los Aretinos, y Güelfo como él á la sazon. Si, por último, evocado por su númen, el fuego de Sodoma desciende sobre arenas candescentes, lo mismo abrasa á sus émulos y rivales que á su querido maestro Brunetto Latini.

Tambien esta region, como las otras, tiene por guarda un espíritu infernal que ha adoptado la forma de un mónstruo de la Mitología; y cierto que el que preside á tan violentos y nefandos pecadores está bien elegido: es el Minotauro, engendro de bestial lascivia y mónstruo de carnívora crueldad.

Natural era que el genio católico, enérgico é independiente de nuestro Poeta obrase con más firmeza y desembarazo cuando, en vez de repintar las figuras de la antigua teogonía, á la sazon renacida y no bien comprendida, se dedicase á describir los partos exclusivos de su ingenio, atento á la inspiracion de su fé, y no limitado más que por su propia fantasía. Así sucede con la pintura de Gerion, mónstruo infernal que preside al circo XVII:

Esa imágen del fraude repugnante,
Se vino y acercó su rostro y seno:
Mas la cola guardó siempre distante.
Era su rostro de hombre justo y bueno,
Tan suave en lo de afuera parecia:
Lo bajo era de sierpe con veneno.

Del sobaco peluda le nacia
Garra, y el pecho y lomo y los costados
Pintos de jeroglíficos tenía.
Nunca por turco y tártaro bordados
Fueron trajes tan vários en colores.
....
Su cola en el espacio serpenteaba,
La venenosa horquilla revolviendo
Que, á guisa de escorpion, la punta armaba.

En este infernal mónstruo, que no vuela como los dragones de la fábula, sino que se arrastra y nada á la vez por el aire como enorme serpiente en una fangosa laguna, bajan caballeros nuestros dos Poetas, en pocos minutos, el enorme espacio de 730 millas, hasta donde comienza el octavo círculo, penúltimo de las regiones infernales.

No haremos aquí observar, siguiendo al erudito comentador Manetti, la precision matemática á que DANTE voluntariamente se sujetó; mas razonable será notar el admirable órden moral que guarda religiosamente. Si en la region superior, en efecto, padecen aquellos que han pecado causando el mal con la fuerza física, descarada y ostensible, es decir, con la violencia, justo es que en esta otra region inferior y más cruel padezcan aquellos que han perpetrado su pecado adulterando un instrumento más noble, la inteligencia, y empleándola de un modo artero, falso y oculto; es decir, con fraude.

Llámase este lugar del Infierno, segun DANTE, *Malevolge,* es decir, al pié de la letra, *malos sacos;* y viene á ser, para explicarlo de una manera gráfica, como una inmensa vasera, compuesta de diez vasos ó anillos, entre los cuales quedan libres otros tantos fosos circulares y concéntricos.

En el primero de estos anillos son cruel y eternamente azotados por infernales verdugos los rufianes, que, en provecho propio ó ajeno, sedujeron la virtud y la hermosura para hacerla

tributaria de la liviandad. En el segundo anillo se anegan los aduladores en estercoleros como sus lisonjas. Los que han cometido simonías arden en el tercer foso, sepultados cabeza abajo en una especie de crisoles; ya que, por buscar los tesoros que esconde la tierra, no han seguido el consejo del Apóstol, *quæ sursum sunt quærite.*

A decir verdad, este canto es de los que más han inducido á ciertos comentadores á alistar al Poeta florentino en el número de los enemigos de la Iglesia: habla en él con notable y desacostumbrada pasion contra los Papas Nicolás III, Bonifacio VIII y Clemente V, que en vida del Poeta ocuparon la Silla romana.

Por primera vez asimismo deja de compadecer á los condenados para dirigirse á ellos con iracundas injurias, poniéndose, perdónesenos el decirlo, de parte de los infernales verdugos; pero, con todo, lo hace con un secreto temor de su propia conducta:

Yo á la templanza aquí tal vez faltando,

dice, y sin embargo, nada hay en todo el canto que se oponga, no ya al dogma, pero ni siquiera al respeto debido al sucesor de San Pedro; ántes por el contrario, añade:

Y si no fuese lo que hablar me veda
El respeto, áun aquí, de la Tiara,

le sacre chiave, dice el original.

Hoy que la filosofía de la historia ha adelantado mucho, no creemos razonable ni lógico dudar de la fé y de la ortodoxia del escritor, ni de su respeto al Pontificado, fundados en que el partidario Gibelino, ó meramente el cronista, censurase al Papa Orsini, cuyo nepotismo sangriento nadie niega; á Bonifacio VIII, cuyo advenimiento á la Silla por renuncia de San Pedro Celestino, aún está en tela de juicio; y á Clemen-

te V, que, pasando á Aviñon la Silla, hizo sin disputa alguna, y en concepto de los más piadosos escritores, un inmenso perjuicio á la Cátedra apostólica y á la Iglesia entera. Por lo demás, la ira es mala consejera y peor númen; los mismos comentadores que alaban el canto XIX por pretendida heterodoxia, le censuran con razon de ser uno de los ménos buenos, literariamente hablando, y tan oscuro, que aún están por descifrar muchos de sus tercetos; por ejemplo, el XXXVII: pero prosigamos. Los impostores y falsos profetas son castigados en el cuarto anillo con la cabeza descoyuntadamente vuelta hácia la espalda. Diablos, no ya con la figura mitológica, sino con la que usualmente les atribuye el arte moderno, armados de sendos garfios, pescan y trinchan y zabullen á los concusionarios en el lago de pez hirviendo que forma el quinto anillo. En el sexto camina lentamente la larga procesion de los hipócritas, cargados con sendos capuzes de plomo dorado por fuera y pesadísimo y fundido por dentro.

En el sétimo, unas sierpes de fuego incendian á los ladrones sacrílegos, que, reducidos á ceniza, vuelven á nacer, para padecer sin término el mismo suplicio.

En esta region, el sétimo anillo del octavo círculo, es donde, en daño de los ladrones de la república, apura DANTE su ingenio de tal manera, que una voz de su conciencia literaria le declara vencedor de Ovidio y de Lucano en las metamorfosis que inventa, y que un irresistible impulso de nuestra propia crítica no nos permite dejar de copiar.

Que ahora dudes creer, lector sesudo,
Lo que á decirte voy, no me molesta:
Yo lo ví por mis ojos, y aún lo dudo.
Mi vista estando en ellos y alma puesta,
Una serpiente con seis piés se lanza
Al uno, y toda se le enrosca presta.

Con las patas del medio al vientre avanza,
Con sus brazos los brazos le ase y prende,
Y á morderle ambos pómulos alcanza.
Los bajos piés sobre los muslos tiende:
Pasa la cola entre ambos, y la punta
En los riñones por detrás le hiende.
Jamás al árbol se adhirió tan junta
Yedra tenaz, como la horrible fiera
Sus miembros al ajeno cuerpo ayunta.
Mezcláronse despues, etc.

En el octavo anillo reciben quemados en hornillas su merecido castigo los astutos y falsos consejeros. Entre ellos se encuentra Ulises, cuyo bello diálogo con Virgilio recomendamos á nuestros lectores, y de cuya narracion se desprende aquel vago presentimiento que abrigaban en el siglo XIII los sábios como DANTE, sobre la existencia de un continente occidental.

Estaba reservado á otro italiano del siglo XVI el descubrir esta verdad. Bella es tambien, y piadosa además, la pintura que hace en el canto XXVII de San Francisco, acudiendo en la muerte y queriendo librar de las llamas á uno que ha vestido su santo sayal; pero ¡ay! que...

A quien no se arrepiente no se absuelve : y esta terrible sentencia de DANTE, si debe desconcertar á los hipócritas, *que cherchent avec le ciel des accomodements*, como dice Molière, debe, por lo ménos, tambien desilusionar á los críticos empeñados en hacer de Alighieri un calvinista.

El terrible suplicio del noveno anillo es donde

Una y veces sin fin se descoyunta

á los que vivieron en el mundo introduciendo la zizaña en las familias, la discordia en los Estados, y el cisma en la Iglesia : es uno de los que DANTE ha pintado con color más vivo; y la terrible figura de Beltran del Bornio difícilmente puede olvidarse cuando una vez se ha leido.

Cierto yo ví, y aún viendo está mi mente,
A un busto sin cabeza ir caminando,
Como los otros de la grey doliente.
Del cabello llevábala colgando
En su derecha, á guisa de linterna:
Desde ella nos miraba : ¡ay mé! *exclamando;*
Y de sí propio haciéndose lucerna,
Dividíase en dos: ¡misterio horrible
Dó tal se ostenta la Justicia eterna!
Cuando del puente al pié llegó terrible,
Paró, y el brazo alzó con la cabeza
Para acercar su voz lo más posible;
Y dijo : — ¡Oh tú, que vivo la fiereza
De las penas vas viendo de los muertos,
Mira si alguna ves de más crudeza.
Sabe, porque allá dés relatos ciertos,
Que soy Bornio Beltran, quien los infieles
Consejos al rey Juan dió descubiertos.
Hijo y padre entre sí torné crueles,
Cual dividió con artes fementidas
A David y Absalon Aquitofeles.
Por apartar personas tanto unidas,
Ora ¡ay mé! *mi cerebro se divide*
De este tronco, principio de su vida;
Y así la pena del Talion me mide.

En el décimo y último anillo se atormentan como en sentina más profunda multitud de falsificadores de metales, de ademanes, de monedas, etc., etc., unos cubiertos de lepra, otros hidrófobos. Aquéllos hinchados por la hidropesía, éstos consumidos por la fiebre, de los cuales nos apartaremos ántes que Dante, y obedeciendo al dicho de Virgilio, sin dirigirles la palabra, por

Che voler cio udire é basa voglia,

lo cual con más acierto traduce el español asegurando

Que es gusto bajo el escuchar bajezas.

El octavo y el noveno círculo se comunican por un pozo central, rodeado y defendido por corpulentísimos gigantes. Estos se oponen y amenazan á nuestros Poetas, y al cabo uno de ellos, el más poderoso, no sólo se aplaca, sino los obedece, halagado por las promesas de Virgilio.

¿Pero qué promesas son éstas que á tantos mónstruos han dominado? La promesa de restablecer su memoria en el mundo de los vivientes.

Este te puede dar lo que aquí se ama,
No el rostro vuelvas de desden indicio:
Este aún puede en el mundo darte fama.

En efecto: tres razones, en nuestro concepto, dan verosimilitud á este hecho repetido várias veces en el viaje infernal. Una personal ó característica de su autor, otra moral, otra, en fin, casi nos atrevemos á llamar teológica. Se concibe, en efecto, que Dante, el Poeta autor de tan admirable obra, el florentino levantado por voto de sus conciudadanos á la magistratura más alta de la república, el desterrado que sólo de un cambio en la opinion aguardaba alivio, diese toda esa importancia á la fama, al buen nombre, á la gloria. En segundo lugar, y considerando el fenómeno que examinamos bajo un punto de vista moral ó metafísico, aparecerá tambien verosímil, porque la fama ó la gloria lisonjea, no el sentido material, sino el orgullo, la soberbia. Y siendo este el único pecado que, por ser especialmente espiritual, pudo tentar y tentó en efecto á las celestiales inteligencias, á punto de perderlas ántes de que la creacion material existiera, es, por lo tanto, verosímil (dado el supuesto de la visita de Dante) que tal lisonja del orgullo fuese acepta á aquellos espíritus precitos é incorpóreos. En tercer lugar, los infelices condenados comprenden mejor que otro alguno el infinito valor de las obras malas que hicieron y de las buenas que dejaron de hacer. Saben bien todo el precio inesti-

mable de una limosna, de una oracion hecha en caridad: por eso, si fuera dable (como DANTE supone) que un sér viviente les ofreciese un recuerdo, una oracion, un sufragio, de pronto naceria en ellos una esperanza inefable. No es, pues, extraño que á la lisonjera idea de ser recordadas aquí, las almas orgullosas gocen y las condenadas esperen.

Sea de ello lo que quiera, y sujetando nuestro raciocinio, como cuanto hemos dicho, al fallo de la Santa Romana Iglesia, y recomendándolo á la benevolencia de los lectores, el hecho es (para volver al poema) que el gigante toma dulcemente á nuestros dos Poetas como si fueran una vedija de algodon, y los baja al noveno círculo del infierno, levantando luégo su brazo colosal como se alza la entena de un navío.

En aquella region del Infierno penan, envueltos en hielos del Cocito, los que han hecho traicion á su propia sangre, ó á su pátria y partido, ó á sus amigos, ó á sus soberanos y bienhechores.

Dos tormentos sufren principalmente: el eterno hielo, en analogía con el frio durísimo de sus corazones; y la proximidad á Lucifer, sumo mal y criatura tan horrible, que al caer del cielo hendió los mares y ahuyentó la tierra con su vista, y que labra con ella el sumo dolor, cual Dios con su vision beatífica el sumo gozo.

Nos acercamos al fin de este largo y desaliñado análisis; se aproxima asimismo el término de esta parte del poema; no está distante tampoco la tumba de Lucifer, el centro de la tierra,

el punto
Que todo peso atrae del universo,

y el vértice del cono en el cual naturalmente terminan todas sus aristas y gravita todo su volúmen.

Debe, por una analogía moral bien comprensible, resumirse y sintetizarse en este punto toda la doctrina de DANTE.

Hela aquí, tal cual nosotros la comprendemos: para el conocimiento de la verdad absoluta y el goce del bien supremo no hay mejor ciencia, ni más valedero privilegio, ni otra jerarquía, que la práctica de la virtud: para la purificacion de las almas no hay medicina, ni médico eficaz alguno más que el dolor. En la imposicion de penas merecidas por los pecados en el sumo mal, no hay (por razones análogas) más escala gradual que la gravedad de las culpas mismas. La doctrina no es nueva ni extraña, es simplemente la doctrina evangélica; sin embargo, esa es la que más sobresale en la Divina Comedia. Su autor no era por cierto infalible, ni siquiera imparcial; su entendimiento estaba sujeto á error, y su corazon á pasiones; pero, en nuestro entender, su intencion es clara y sincera; su carácter era demasiado franco para ocultar otro fin, si otro se hubiera propuesto. Consecuente con esta doctrina, hemos visto que ha dividido su Infifrno en dos grandes secciones: una ménos terrible, para los que pecaron por la perversion de sus naturales instintos; otra, inferior y más llena de horror, para los pecadores de pura malicia. Entre éstos aflige ménos á los que emplearon como instrumento la materia, la fuerza, la violencia; castiga con mayor dureza á los que se sirvieron para el mal del espíritu, el ingenio, el fraude. Entre estos últimos, á los fraudulentos ó pérfidos abruma con mayores tormentos; y coloca más próximos al autor de todo mal, Lucifer, á los traidores. Entre los traidores, si bien establece clasificacion, pone tan en su justo la balanza, que lo mismo condena á Carlino de Pazzi, que vendió á los Gibelinos, que á Bocio de Gli Abati, traidor con los Güelfos: lo mismo á Buosso de Duera, pérfido con el partido imperial, que á Beccaria, que lo fué con el Pontificio. No parece sino que adivinaba las interesadas miras de sus comentadores y repartia con igual peso y medida los tormentos y la ignominia entre los dos partidos de su tiempo.

Va en esto mucho más adelante, porque la traicion, en quien tanto habia sufrido por la paladina lealtad de sus convicciones, era un crímen cuyo eterno castigo no daba espera. Así es que establece la original y peregrina idea de que en cuanto una traicion se comete, el alma baja inmediatamente al infierno, quedando el cuerpo desocupado de ella y entregado á un demonio, por decirlo así, usufructuario de él, miéntras subsista la persona en el mundo de los vivos.

Hay quien quiere rebajar su imparcialidad con *blancos* y *negros*, diciendo que la traicion no es delito grato ni siquiera á aquel en cuyo favor se comete. Así es sin duda en la DIVINA COMEDIA; pero en ésta del mundo á que asistimos las cosas van muy de otro modo, y traiciones calificadas vemos que se recompensan, no ya con premios y honores, sino hasta con el dictado y fama de virtudes.

¿Qué más? Si DANTE, quejoso de su ciudad nativa, produjo acusacion é injurias contra Florencia, baluarte de los Güelfos, reserva contra Pisa aquella terrible imprecacion que áun hoy recuerda todo el mundo cuando pasa las puertas de la solitaria ciudad:

¡Ay, Pisa! vituperio de las gentes
Del suelo hermoso donde el sí se entona;
Pues son en castigarte hoy negligentes,
Muévanse la Caprera y la Gorgona,
Y abocándose al Arno, hagan que ceje,
Con que viva no quede en tí persona.

A fé que sentimos, al llegar á este punto, no poder insertar, por su larga extension, la narracion del pasaje que con tales versos concluye; es decir, el episodio, célebre en la literatura de todo el mundo, del Conde Ugolino. Lo recomendamos cuanto es posible á los amantes del DANTE y aficionados á nuestra literatura.

El traductor se muestra digno dél original; y

aunque no hubiera hecho más que esta sola version, bastaria para colocarle en el número de los traductores más concienzudos y de los más egregios poetas. *Vexilla Regis proderunt.* Al cabo ondean los estandartes del rey del Infierno. En el centro de la tierra yace el arcángel caido, no con esa actividad y movimiento que otros poetas le prestan, y que le hacen ménos desgraciado y más interesante, sino eternamente aprisionado en los helados témpanos del Cocito. Su estatura mide más de cuatro mil codos: la mitad en nuestro hemisferio, la otra mitad en el hemisferio austral. Su enorme brazo es mayor que la estatura del más enorme gigante. Sus alas, desplegadas como grandes velas de buque, carecen de plumas, están formadas con horrible piel, como la del murciélago. El aire que hacen al batirse reduce á hielo cuanto le rodea. Su cabeza tiene tres caras: una cárdena y lívida como de cadáver, otra negra como la de un etíope, la del medio roja como de un fuego encendido. Llora por los seis ojos rios de volcánicas lágrimas, que caen por su barba sin agotarse nunca. Por cada una de las bocas tritura á un pecador: á Bruto, traidor á su sangre; á Casio, traidor al Imperio; á Judas, traidor á Jesus, su bienhechor, su Maestro, su Dios.

Hé aquí, en mi entender, el compendio y síntesis de la doctrina moral y de la doctrina política de DANTE. Digno fin que se preveia ya cuando, al comenzar el poema, excluia con desprecio hasta de las puertas infernales aquellos miserables que, como no habian sido buenos ni para Dios ni para Lucifer, no se podia decir que habian vivido en el mundo, sino en su egoismo.

XII.

LA TRADUCCION.

¿Habremos de decir algo de la traduccion, despues de los muchos y variados trozos que de ella

llevamos copiados? ¿No bastaria que, como en el epitafio de aquel célebre arquitecto sepultado en el edificio que habia levantado, se dijese al lector: *Si monumentum quæris circumspice?* Con todo, aún nos atrevemos á apuntar breves razones.

Traducir el DANTE en prosa, palabra por palabra, con exactitud matemática, permítasenos la expresion, si fuera posible, no sería meritorio; privado el poema del encanto de la versificacion, del tono poético, y, lo que es más, del *desentono* mismo que ciertas expresiones ofrecen en el dialecto elevado de las musas, y que son el signo más característico del hombre y de la época: privada, decimos, de eso, la version sería incolora, desabrida, desapacible.

El general Pezuela lo ha comprendido bien: ha traducido en poesía la obra del Poeta, y áun ha llevado su trabajo, su mérito, á punto más alto; es decir, á traducir con el mismo metro y en el mismo número de versos en que se escribió el original. DANTE daba, como ya hemos dicho en otra parte, gran importancia á la combinacion numérica, á esa especie de misteriosa y encadenada armonía que establece el terceto, y á la vigorosa concision que imprime.

Cierto, por otra parte, que el tomar las ideas del DANTE y prestarlas una forma más en relacion con nuestros gustos modernos y con nuestra poesía contemporánea, es cosa más fácil y más lucida. Manzoni ha hecho una bellísima tragedia con sólo el episodio de Francisca de Rímini; pero eso no es el DANTE. La mezcla de lo ridículo y de lo sublime, de palabras humildes y alguna vez repugnantes, con frases de bíblica autoridad, distinguen de tal modo al Poeta florentino, que quien de otra manera lo interprete, ó no sabe entenderlo, ó no quiere traducirlo.

Debemos hacernos cargo aquí de una objecion que sin duda pondrán algunos á la traduccion castellana; á saber, la oscuridad de algunos pasajes. Eso mismo sucede en la COMEDIA del

DANTE; su autor, de intento ó por acaso, dejó envueltos en tinieblas muchos de sus lugares; los dibujó, por decirlo así, con claro oscuro, y nada más; con el claro oscuro de las circunstancias, de las alusiones, de los dialectos convencionales. El tiempo ha pasado encima de estos magistrales bosquejos y ha borrado los oscuros y ha oscurecido los golpes de luz. Ahora hay algunos traductores que, como los malos restauradores de cuadros, quieren poner color, y color chillon, sobre aquellos admirables bocetos. Estos tales, en vez de ilustrar al DANTE, lo calumnian; las líneas del original quedan cubiertas; el relumbron que chilla pertenece exclusivamente á la version moderna. Así han hecho de la DIVINA COMEDIA un libro de política, ó de partido, ó de herejía: sea en buen hora. Más fácil era, extractando pasajes, hacer de ella un libro de astronomía.

El traductor español ha sido en esto más que en nada concienzudo. Lo que DANTE dijo, eso repite: lo claro con claridad, lo oscuro sin luz. Despues de leer la traduccion del Sr. Pezuela, quedan los expositores españoles libres para encontrar en el DANTE el autor místico que se explicaba en el púlpito de Santa María de Fiori, á el heterodoxo que hoy se empeñan en levantar los mal avenidos con la Silla Apostólica.

El general Pezuela no oculta sus opiniones; tiénelas muy claras como repúblico, como escritor y como poeta; pero esas opiniones no se las impone á DANTE, y hace bien, y éste sin duda es su principal mérito. Cuando se ha leido á Lamennais y á Ugo Fóscolo, no queda arbitrio sino colocar á DANTE entre sus correligionarios. Tal proceder será cuanto se quiera ingenioso, pero no es legal.

En cuanto á nosotros toca, queremos conocer las opiniones de los autores de nuestra era en sus obras originales, no en las traducciones que de otro antiguo hacen; y nos da pena ver al Prior de Florencia del siglo XIII con el traje liberal cortado á la moda del XIX, y al autor francés de

las *Palabras de un Creyente* trayendo en apoyo de sus errores los mal traducidos versos del amante de Beatriz.

La presente traduccion (permítasenos semejante recuerdo) ha sido á trozos, y al compás que se hacía, leida y aplaudida en la tertulia literaria de quien hoy la analiza: cada vez la admiracion era mayor y el aplauso más unánime en los ilustres espectadores: siempre, con todo, nacian despues, como era natural, observaciones y comentarios; uno de los más frecuentes era el de que tal ó cuál voz no era corriente. Sin embargo, recuerdo haber ganado siempre apuestas en sentido favorable al traductor. Los vocablos que usa todos están consignados en nuestros Diccionarios; todos, ó la mayor parte, usados por autoridades respetables.

¿Es culpa suya de que el repertorio usual de voces se vaya cada vez más reduciendo y afrancesando? ¿No es, por el contrario, en él, no sólo derecho, sino mérito, conservar el rico vocabulario español y defender las raíces latinas, y dar grandiosidad y viveza á nuestro idioma?

¿Quién que sea, no ya erudito, pero siquiera razonable, pretenderá que la inmensa y multiforme obra del DANTE pueda traerse á Castilla para encerrarla en esos dos centenares de palabras, sin cesar repetidas, que, á vueltas de otros tantos neologismos, forman el vocabulario de la sociedad presente?

Ha hecho bien el Sr. Pezuela de traer al acervo comun todo el gran caudal de nuestros padres. Tales voces se entienden bien, aumentan la armonía, favorecen en gran manera á la brevedad y concision, y conservan, sobre todo, aquel carácter de nativa originalidad y de libertad juvenil que distingue el lenguaje de DANTE. Tanto es así, en nuestro concepto, que estas voces usadas por el traductor nos parecen un ingeniosísimo medio para darnos á conocer íntegra y completamente aquel autor, semibárbaro segun unos, semidivino

segun otros, que no sólo empleó en su poema voces de su creacion, sino que mezcló con el recien nacido lenguaje de Italia el latin, el griego, el árabe, el siriaco y hasta palabras no comprendidas todavía, como las que dicen Pluto y Nembrod.

Ya lo hemos dicho: el que traduciendo á DANTE quiere interpretar su espíritu con las doctrinas, con los sistemas de nuestra edad, hace como aquel que por retratar al Prior de Florencia le ataviase con un uniforme de la Guardia Nacional ó de los Voluntarios de Garibaldi. Esto en cuanto al fondo de su obra. En cuanto á su forma y estilo, pensamos de un modo análogo; hacer de la DIVINA COMEDIA una version pomposa en un idioma formado, lógico y elegante, en una versificacion galana y variada, en un estilo uniforme y épico; reproducir con el argumento de la DIVINA COMEDIA poemas semejantes á los de Villaviciosa, ó Leon, ó Quintana, sería restaurar el retrato de DANTE que nos dejó Ghiotto, poniéndole, para mayor dignidad, el bigote borgoñon de Lope de Vega, ó la rizada peluca de Racine.

La version literal y en prosa de un poema, es como la mascarilla que á la vez recuerda y aflige; la traduccion libre y en metro diverso del primitivo, es como el retrato al óleo que atribuye al original el colorido y la manera que sacó de la paleta del artista: el libro de Pezuela es la fotografía del poema de DANTE.

¡Dichoso el académico y repúblico español que, guerreando en los campos de Cheste, ó asediando las torres de Morella, vertia en bellas octavas LA JERUSALEN LIBERTADA, y que gobernando luégo una y otra Antilla española, perlas del Nuevo Mundo, ó rigiendo en paz el viejo Condado de Barcelona, halla medio de traducir, terceto por terceto, la mayor obra del mayor poeta de la Cristiandad, LA DIVINA COMEDIA de DANTE ALIGHIERI!

EL MARQUÉS DE MOLINS.

MADRID, Enero de 1868.

EL INFIERNO

CANTÍGA PRIMERA

EL INFIERNO

CANTO PRIMERO

El Poeta, perdido una noche entera en una intrincada selva, al salir de ella, subiendo un collado que se le presenta iluminado por los rayos del sol naciente, se encuentra con tres bestias feroces que le impiden el paso. En ese apuro, se le aparece la sombra de Virgilio que le tranquiliza, ofreciéndole sacarlo de allí, llevándole por entre el Infierno y el Purgatorio hasta el Paraiso, en el cual será acompañado por Beatriz. Virgilio echa á andar, y DANTE le sigue.

A mitad del andar de nuestra vida [1]
Extraviado me ví por selva escura [2],
Que la vía directa era perdida.

¡Ay cuánto referir es cosa dura
De esta selva lo espeso, agreste y fuerte,
De que aún conserva el pecho la pavura!

Tanto es ágria, que poco es más la muerte;
Mas las otras diré cosas que viera,
Antes de lo que en esa halló mi suerte.

Repetir no sabré cómo allí fuera:
¡Tal sueño en el instante me oprimia
En que dejé la senda verdadera!

Pero cuando de lo áspero salia
Del lugar temeroso, y la esmeralda
De un collado pisé que le seguia,

Alcé la vista á lo alto, y ví su espalda
Por los rayos bañada del planeta,
Guia infalible por altura ó falda.

Un tanto aquí la tempestad se aquieta,
Que en el lago del alma el soplo inspira
De una noche al pavor tanto sujeta.

Y como aquel que, en afanosa gira.
Salido á tierra desde el golfo esquivo.
Se vuelve al agua peligrosa y mira;

El espíritu mio, aún fugitivo,
Así á mirar se torna el duro paso
De dó mortal ninguno salió vivo.

Luégo el reposo dado al cuerpo laso
Por la colina á proseguir me alienta
Que el pié remonta con vigor no escaso.

Cuando, al trepar, ve aquí se me presenta [3]
Onza veloz con piel de pinta rara,
Que en el suelo la garra ni áun asienta.

De mis ojos ni un punto se separa;
Antes tanto embaraza mi camino.
Que cien veces tenté de volver cara

Era el nacer del alba matutino,
Y el sol iba ascendiendo con aquellas
Secuaces dél, cuando el amor divino

Moverse hizo á su voz soles y estrellas [4];
Así que á poseer me mueve ahora
De la fiera la piel de manchas bellas

Benigna la estacion, dulce la hora.
Mas un leon aquí se me aparece,
Y su vista de nuevo horror me azora.

Ese lanzarse contra mí parece,
Tiesa la crin, humeando la garganta,
Tal que hasta el aire mismo se estremece.

Y una loba despues feroz me espanta,
De hambriento aspecto en su exterior magrura,
Y que dió muerte á muchedumbre ¡cuánta!

Esa de modo tal con la pavura
Me aprieta, que en sus ojos fosforece,
Que perdí la esperanza de la altura.

Y como aquel que un tiempo le enriquece
Y otro luégo á su ruina le conduce,
Que sin descanso llora y se entristece;

Efecto tal la bestia en mí produce,
Y dando á mi subir creciente embargo,
Me va empujando hácia dó el sol no luce.

Miéntras irme sentia al fondo amargo,
Miro á uno que al pronto mudo advierto,
Tal vez por uso de silencio largo.

Cuando al medio llegó del gran desierto:
—Ten piedad (le grité) de este afligido,
Ya sombra seas, ó mortal no muerto.—

Y él me responde:—No lo soy, lo he sido.
Los que diéronme el sér fueron lombardos,
Y mantuano cual ellos he nacido.

Alcancé á Julio, aunque con pasos tardos[5],
Y moré en Roma bajo el bueno Augusto,
Y culto y dioses conocí bastardos.

Poeta fuí, canté del noble y justo
Hijo de Anquises que de Troya vino,
Despues de hundido su poder robusto.

Mas ¿por qué al bajo tú vuelves mezquino
Y al collado no trepas tan riente
Que es de toda bondad sólo camino?—

—¿Eres tú aquel Virgilio, aquella fuente
Que anchos rios de dulce hablar derrama?—
Le respondí con ruborosa frente.

—¡Oh de todos los vates honra y fama!
Válgame el largo estudio y amoroso
Que hice en tu libro que mi mente inflama!

Mi maestro eres tú, mi autor precioso:
Tú aquel de quien tomaron mis Camenas,
El que gloria me ha dado, estilo hermoso.

Mira la fiera que resisto apenas:
Defiéndeme, gran sábio, de su ultraje,
Que los pulsos temblar me hace y las venas.—

—Otro conviene á tí distinto viaje
(Me respondió despues que vió mi llanto),
Si éste quieres vencer lugar salvaje.

Que esa bestia que así te aflige tanto
No sufre por su vía caminantes,
Sino que hasta morir les da quebranto.

Y son su genio y ley tan repugnantes,
Que es insaciable el hambre que la abrasa,
Y, despues que ha comido, mayor que ántes.

Muchos los brutos son con que se casa,
Y aún más serán miéntra el lebrel no llega [6],
Y por su cuerpo destrozado pasa.

Ese, á quien la ambicion de oro no ciega,
Ese, al saber y á las virtudes caro,
De entre ambos Fieltros nacerá en la vega;

Y de la triste Italia será amparo
Por quien Camila y Turno, Uriálo y Niso,
Su sangre dieron, con renombre claro.

Él de la bestia seguidor preciso
Será hasta echarla en el profundo averno
De dó la envidia vomitarla quiso.

Mas ora por tu bien pienso y discierno
Que ser debo tu guía y quien te lleve
Desde este sitio humilde hasta otro eterno,

Dó el clamor espantoso oirás que mueve
La turba antigua de ánimas llorosas
Que nueva muerte á demandar se atreve [7].

Y verás las que en medio están llorosas
Del fuego [8], porque aguardan que algun dia
Se unirán con las almas venturosas.

Y si ver éstas tu piedad ansía,
Otra más digna habrás sombra ligera
A quien te deje á mi partir por guía.

Que aquel Emperador que arriba impera,
Que se abra á mí su casa no permite,
Porque su ley no supe verdadera.

Con su reino sin fin nada compite,
Mas esa es su ciudad, trono y asiento:
¡Felices ¡ay! los que allí dentro admite!—

—Poeta (respondile), oye mi acento,
Y por Aquel que tú no has conocido,
Líbrame de éste y de aún mayor tormento;

Y á los que tristes tanto has referido
Vamos, y en fé de la promesa tuya,
Yo de Pedro el cancel mire querido.—
Y en esto echóse á andar, y yo en pós suya.

CANTO II.

Despues de la invocacion, narra el Poeta que, examinando sus fuerzas, tuvo dudas de que fuesen suficientes para el terrible viaje que le propuso Virgilio; pero que al fin, animado por sus exhortaciones, cobró espíritu, y se decidió á emprenderlo. El canto anterior es como una especie de exordio, y en éste es donde verdaderamente empieza el poema.

Se iba la luz con el traspuesto Apolo,
Y la sombra á los brutos de la tierra
Obligaba al reposo : yo tan solo

Me disponia á sostener la guerra,
Ya de la compasion, ya del camino
Que se trazó mi mente que no yerra.

¡Válme, ingenio : favor, númen divino!
Mente que lo que vide yo escribias,
Ora veremos si tu temple es fino.

Y comencé : — Poeta que me guias,
Antes vé si mi aliento es poderoso
A coronar la empresa que me fias.

Tú has dicho que de Silvio el valeroso
Padre [1] bajó á los reinos inmortales
De sentidos despierto y animoso.

Mas si el contrario eterno de los males
Benigno fué, pensando á cuál efecto
Le trajo al mundo, y á destinos cuáles;

No se esconde á varon de alto intelecto,
Que fué de Roma y su imperial comarca
En la mente de Dios por padre electo.

De aquella y de éste la verdad nos marca [2]
Que destinados fueron como Santo
Trono de Pedro al sucesor monarca,

Y él, por el viaje en que le ensalzas tanto [3],
Supo como legar al lácio suelo
Con su triunfo el honor del papal manto.

Tambien, si arrebatado subió al cielo
El vaso de eleccion [4], fué porque diera
De alta salud á nuestra fé el consuelo.

Mas yo ¿por qué? ¿Quién digno me creyera,
Pues ni Pablo ni Eneas he nacido,
De merced que áun á mí me sorprendiera?

Que si al gran viaje lánzome atrevido,
Temo á la vuelta la irrision por necio:
Sábio eres tú, y al torpe has entendido.—

Como el mortal que lo que tuvo en precio
Ya no quiere, y anhela nueva cosa,
La primera apartando con desprecio,

Tal me ocurrió en la selva pavorosa;
Que paréme á pensar la empresa osada
Que desde el punto aquel ví tan costosa.

—Si no entiendo yo mal tu voz turbada
(Respondió de Marón la sombra augusta),
Sientes de vil temor el alma helada:

Temor por el que empresa noble y justa
Deja el hombre espantado muchas veces,
Cual bestia que de falso ver se asusta.

Y porque dél á sacudirte empieces,
Te diré lo que supe, y los dolores
Por qué vine á calmar que ora padeces.

Era entre los suspensos pecadores [5],
Y mujer me llamó tan pura y bella,
Que acudí al resplandor de sus albores.

Más brillaban sus ojos que una estrella,
Cuando empezó á decirme suave y llana
Con voz de ángel la cándida doncella:

—Ánima, piadosísima mantuana,
Cuya fama en el mundo verde aún dura,
Y miéntras él se mueva, irá lejana;

Mi amigo, que no lo es de la ventura,
En el desierto está tan combatido,
Que atrás se vuelve el triste de pavura;

Y temo se ha de ver tanto perdido,
Que ya tarde á tí sea mi llegada,
Segun dél en el cielo hemos sabido.

Marcha, pues, y con habla razonada,
Y con lo que haya menester le escuda,
Y quedaréme al ménos consolada.

Yo soy Beatriz [6], que te demando ayuda:
De sitio vengo á dó volverme ansío:
Mándame Amor que á protegerle acuda;

Y cuando en faz esté del Señor mio,
Será encomiarte mi atencion primera.—
Dijo; y yo por respuesta al lábio fió:

—¡Oh norma de virtud, por quien supera
Sólo la humana especie á lo más grato
Que ilustra el cielo de más corta esfera [7]!

Es para mí tan dulce tu mandato,
Que hasta las ánsias me parecen tardas
De tu deseo que entendí y acato.

Mas ¿por qué causa, dime, no te guardas
De venir á este sitio en que me encuentro,
Desde el celeste á que volverte aguardas?—

—Pues que saber pretendes tan adentro,
Te diré (respondióme) brevemente
Por qué venir no temo al hondo centro.

Temer debe las cosas el prudente
Que hacen el mal ajeno ó la desgracia,
No lo que inofensivo es á la gente.

Yo de Dios tal me he vuelto por la gracia,
Que ya vuestra miseria á mí no llega,
Ni vuestro fuego en mí tiene eficacia.

En el cielo hay mujer que dulce ruega [8],
Que se duele del trance á que te mando,
Y ante quien duro juicio se doblega.

Esta luégo á Lucía fué buscando,
Y la dijo: Tu fiel hoy de su amiga
Necesita, y tambien yo te demando.

Lucía, de impiedades enemiga [9],
Partió ligera, y me encontró en mi estanza
Sentada al lado de Raquel antiga.

Beatriz (dijo), de Dios pura alabanza [10],
No dejes al que te ama de manera
Que del vulgo comun por tí se lanza.

¿No escuchas tú su angustia lastimera?
¿La muerte no ves tú con que combate
En la riáda que al mismo mar supera?

Cual hombre el que más pronto y vivo trate
De hacer su suerte, ó de impedir su daño,
Tal, su acento en mi oido apenas bate,

Cuando á tí vengo desde mi alto escaño,
Confiada en tu lenguaje rico, honesto,
Honor tuyo, crisol del gusto extraño.—

Despues que refirióme Beatriz esto,
Con vista que entre llanto relucía
Me miró, por moverme á andar más presto.

Y vine á tí veloz, como queria,
Y te arranqué á la loba que á la alteza
Subir por lo más breve te impedia.

Mas ora ¿qué te pára? ¿Cuál pereza
O miedo vil tu espíritu acobarda?
¿Por qué no alientas, franca fortaleza,

Pues tres santas mujeres son tu guarda,
Y allá en la córte ampárante del cielo,
Y te anuncio yo acá lo que te aguarda?—

Cual florecillas que al nocturno hielo
Abatidas se cierran, si las dora
El sol, levantan la cerviz del suelo,

Tal sentí, tras fatiga abrumadora,
Luégo tan vivo ardor ir por mis venas,
Que resuelto exclamé con voz sonora:

—¡Piadosa aquella que acudió á mis penas,
Benigno tú que obedeciste presto
A sus palabras de verdades llenas!

Tú con las tuyas en mi pecho has puesto
Del viaje singular codicia tanta,
Que me torno ya firme al fin propuesto.

Vé, que á tu anhelo el mio se adelanta:
Sé mí maestro, mi señor, mi guía.—
Dije, y no bien Marón movió la planta,
Ya le seguí por la silvestre vía.

CANTO III.

Llega el Poeta á la puerta del Infierno, y lee sobre ella una inscripcion espantosa. Entra precedido del buen maestro, y ve en el vestíbulo el castigo de los indiferentes, que pasaron la vida sin hacer nada en el mundo. Llega á la ribera de Aqueronte, donde el infernal barquero trasiega las almas de los condenados, y allí, deslumbrado por un relámpago de fortísima luz, cae sumergido en un sopor profundo.

—Por mí se va á la ciudad doliente,
Por mí al abismo del tormento fiero,
Por mí á vivir con la perdida gènte.

La justicia á mi autor movió severo:
Me hicieron el poder que á todo alcanza,
El saber sumo y el amor primero[1].

Antes de yo existir no hubo creanza:
La eterna sólo, y eternal yo duro:
¡Oh los que entrais! dejad toda esperanza.—

Estas palabras ví con rasgo oscuro
En lo más alto escritas de una puerta:
—Maestro, dije, su sentido es duro.—

Y él replicóme cual persona experta:
—Aquí es bien que el temor dejes á un lado,
Y que toda flaqueza yazca muerta.

Al lugar que te dije hemos llegado,
Dó en pena está la multitud sombría
En quien la luz del bien háse apagado.—

Su mano en esto uniendo con la mia,
Con leda faz que me volvió el aliento,
De los secretos me empujó en la vía.

Ayes allí, suspiros y lamento
Sonaban por un aire sin estrellas;
Con que opreso me ví de sentimiento.

Hablas mil, voces hórridas, querellas,
Palabras de dolor, ira que espanta,
Roncas blasfemias, manotear con ellas,

Alzan rumor, en discordancia tanta,
Que el gran ámbito llenan por repentes,
Como la arena que el turbion levanta.

Y yo, en tremenda confusion las mientes,
Dije:—¿De quién, maestro, es ese grito,
Y quién son esas tan perdidas gentes?—

Y él me dijo:—Así el número infinito
Pena de aquellas almas que vivieron
Sin virtud en la tierra y sin delito;

Que á los ángeles luégo aquí se unieron
Que no fueron traidores ni leales
A Dios, mas sólo por sí propios fueron.

Por no amenguar sus brillos celestiales
Los lanza el alto, y los rechaza el bajo
Porque achican su horror huéspedes tales. —

Y exclamé : —¿Qué destino así les trajo,
Qué grave mal á padecer tan fuerte?—
—Te lo diré (me dijo) sin trabajo.

Esos no esperan bienhechora muerte,
Y es su existencia tan amarga y lasa,
Que envidiosos están de cualquier suerte.

Su huella el mundo ni conserva escasa:
El perdon, la justicia los desdeña... [2]
No hablemos de ellos, sino mira y pasa. —

Y yo que obedecí, vide una enseña
Que iba girando al tiempo que corria,
Pues en no darse paz tanto se empeña.

Y muchedumbre tal detrás venia,
Que al verla junta, vacilando quedo
Si tal riza aún la muerte hacer podria.

Así que distinguir los rostros puedo,
Miro con más fijeza, y ví entre vários
Al que la gran renuncia hizo por miedo [3].

Y entendí al punto que eran los sectarios
De aquella secta de ánimos pasivos
No agradables ni á Dios ni á sus contrarios.

Esos, que no estuvieron nunca vivos,
Iban desnudo el cuerpo, y les herian
Avispas y abejones vengativos.

Y sus rostros de sangre se cubrian
Que, cayendo entre lágrimas, cuajada
En sus pies, mil gusanos se comian.

Mas la vista á otra parte encaminada,
Almas al borde ví de un rio ingente;
Conque exclamé :—Maestro, ¿no te agrada

Decir quién son, y el hábito impaciente
Que á pasar tan ligeras las apronte
Como estoy viendo entre el brumoso ambiente?—

Y él :—Quiénes sean á saber disponte
Cuando hagamos un alto en nuestro viaje
Por las tristes riberas de Aqueronte.—

Aquí me hace el rubor que al suelo baje
Los ojos, de cansarle temeroso,
Y mudo voy hasta el fluvial paraje.

Y en llegando, á un anciano en barco añoso
Vimos venir, de viejo blanco el pelo,
—*¡ Ay de entrambos!* (gritando pavoroso):

Almas inícuas, no vereis ya el cielo;
Para llevaros vengo á la otra riba,
Entre las sombras, el calor y el hielo.

Y tú, ¿qué haces aquí, criatura viva?
Parte, aléjate de estos que son mios.—
Mas cuando el nauta vió que no me iba,

—Por sitios (exclamó) ménos impíos,
No por éstos á tí pasar te toca:
Vé á buscar otros puertos y navíos.—

Y mi guia:—Carón, tu ira sofoca:
Allá donde se puede lo han querido,
Palabras deja y resistencia loca.—

La faz lanosa en esto ha descogido
El piloto del agua triste y muda,
Cuya vista giró globo encendido.

Mas de ánimas la grey lasa y desnuda
Mudó el color y tiritó de dientes,
En cuanto la amenaza oyó sañuda.

Y de Dios, y sus padres y parientes
Blasfemaron, y el suelo maldijeron,
Y la luz que los puso entre las gentes.

Con gran llanto déspues se recogieron
Todas á la ribera macilenta
Que aguarda á los que al cielo no temieron.

Allí Carón las junta y las recuenta.
Genio infernal, con la pupila roja,
Y el remo á las más tardas les asienta.

Cual árbol que al otoño se despoja,
Perdiendo su verdor ramo tras ramo,
Hasta que al suelo da la postrer hoja,

Esas almas así, siervas sin amo,
Van lanzándose al barco una por una,
A la señal, cual aves al reclamo.

Y atraviesan la lívida laguna,
Y ántes de que la playa opuesta llenen,
Ya nueva multitud de acá se aduna.

—Los que, al morir, perdon de Dios no tienen
(Dijo el cortés maestro), ¡oh hijo mio!
De las regiones todas aquí vienen;

Y prontos son á atravesar el rio,
Porque el juicio eternal los espolea,
Y les muda el temor en ánsia y brío.

Aquí nunca se ha visto alma no rea;
Y si Carón de tí, torvo, se extraña,
Motivo no le falta porque sea.—

Dijo Virgilio, y la infernal campaña
Tan fuerte retembló, que del espanto
Todavía el sudor mi frente baña.

Y alzóse viento en la mansion del llanto,
Y una rojiza luz brilló en su linde,
Que todos mis sentidos turbó tanto,
Que caí cual mortal que el sueño rinde.

CANTO IV.

El Poeta, despertado por un trueno, prosigue su camino, y baja al Limbo, que es el primer cerco del Infierno, donde se hallan las almas de los que, áun cuando vivieron una vida arreglada á la razon y á la virtud, son excluidos del Paraiso porque no fueron regenerados por las aguas del Bautismo. De allí bajan al cerco segundo.

Trueno atroz que en mi frente ha restallado
Rompió mi grave sueño, y sacudíme
Cual hombre que por fuerza es despertado;

Y en derredor á reposar pusíme,
Por conocer los sitios donde estaba,
Rectos los ojos que el sopor oprime.

Y ví que hácia la proa me encontraba [1]
De la vál del abismo dolorosa
Que de ayes infinitos retumbaba.

Era honda, y escura, y nebulosa,
Tanto, que, aunque llegaba á lo profundo,
La vista á distinguir no alcanza cosa.

—Bajemos allá, pues, al ciego mundo
(Empezó el vate pálido y movido);
Seré á entrar el primero: tú el segundo.—

Mas cuando así el color le ví perdido,
—¿Yo entrar (le dije), si el temor tú sientes,
Tú que mi solo aliento y fuerza has sido?—

Y él á mí: —La desdicha de las gentes
Que allá en lo bajo están, mi rostro tiñe
De piedad, que terror juzgan tus mientes.—

Vamos, que el largo viaje nos constriñe.—
Lanzóse en esto, y le seguí al interno
Cerco primero que el abismo ciñe.

En él, á lo que escucho, un eco tierno,—
Sin lloro alguno, de suspiros suena,
Que el áura agita del espacio eterno;

Y era el dolor que, sin martirio, apena,
A varones, á infantes y á mujeres
De que aquella mansion se encuentra llena.

Y el Maestro exclamó: —¿Saber no quieres
Los que en este lugar son apartados?
Óyelo, pues, ántes que dél salieres.

Son los no pecadores, que han mostrado
Virtudes: mas en vano, que el bautismo,
Puerta de la fé tuya, no han tocado.

O si ántes fueron ya del Cristianismo,
No amaron bien á Dios, segun yo creo,
Y ¡ah! de esos infelices soy yo mismo.

Tal fué nuestro delito, y no más feo,
Y en castigo por él se nos ajusta
Vivir sin esperanza y con deseo.—

Mi alma de oirlo se entristece adusta,
Porque harta gente conocí que gime
Suspensa en aquel Limbo, grande, augusta.

—Dime, maestro mio; señor, dime
(Exclamé yo); para vivir más cierto
De aquella fé que todo mal redime,

¿Salió ya de aquí alguno, por su acierto
O mediacion ajena, á ser dichoso?—
Y él, penetrando mi decir no abierto:

—Era nuevo yo aquí (dijo afectuoso)
Cuando á uno vide descender fulgente,
Coronado de signo victorioso [2].

Y el ánima de Adan sacó potente,
De Abel, y del que Dios salvó en el Arca,
De Moisés, legislante y obediente;

De Abraham, caudillo, y de David, monarca
De Israel, con su prole y padre amado;
De Raquel, por quien tanto hizo el patriarca [3],

Y de otros muchos, y ensalzó su estado;
Pues sabrás que ninguno, hasta ese instante.
De la humana familia fué salvado.—

A la vez que él hablaba, iba adelante;
Mas aún, en nuestra vía, nos rodeaba
De almas la espesa selva pululante;

Y mucho adentro el pié no penetraba,
Cuando ví un resplandor que allá lucía,
Y el hemisferio oscuro iluminaba.

Y éramos dél lejanos todavía,
Mas tanto no que no se viera en parte
Que alta gente ese espacio contenia.

Y:—¡Oh tú! (exclamé) que sabes ciencia y arte:
¿Quién son esos que logran ¡merced rara!
Que así de los demás se les aparte?—

—La nombradía (respondió) preclara
Que allá en el orbe tuyo han obtenido,
Ese favor del cielo les depara.—

Entre tanto esta voz llega á mi oido:
Honorad al altísimo Poeta:
Su sombra torna ya, que ausente ha sido [4].

Callada aquí la voz, y el aura quieta,
Ví cuatro grandes sombras acercarse
Con faz que ni placer ni pena inquieta.

Y empezó el buen maestro así á explicarse:
—¿Ves aquél de luciente espada en mano,
Como Rey á otros tres adelantarse?

Homero es ese, el vate soberano:
El satírico Horacio detrás viene,
Ovidio luégo, el último Lucano.

Y á todos el renombre [5] nos conviene
Que el coro á mí me dió; y él por mí vela,
Y el honor que me es dado me previene.—

Junta así logré ver la insigne escuela
De aquel Monarca del cantar brillante
Que águila audaz sobre los otros vuela.

Despues que hablaron entre sí un instante,
Salud me dan con amigable gesto,
Que á mi maestro le alegró el semblante.

Y aún obtuve favor más manifiesto;
Pues el grupo su igual me considera,
Con que de escuadra tal halléme el sexto.

Y fuimos yendo hácia la gran lumbrera,
Cosas hablando que es callar sencillo,
Cual dulce entónces escucharlas era.

Y al pié llegamos de caudal castillo
Que un muro siete veces asegura,
Y ciñe de un arroyo el puro brillo.

Por él pisamos cual por tierra dura;
Siete puertas pasamos con sus naves,
Y á un prado fuimos de eternal verdura.

Allí á muchos, con ojos tardos, graves,
Y majestuosa faz, vimos presentes,
Y hablando breve y con acentos suaves.

Y á un lado nos pusimos eminentes,
En sitio abierto, sin que luz nos falte,
Y á todas viendo las diversas gentes.

Allí derecho sobre el verde esmalte,
Las grandes sombras me mostraron luégo
Que hacen que el pecho de entusiasmo salte.

Y á Electra [6], y á otros muchos ví en sosiego;
Junto á Eneas piadoso, Hector osado,
Y en armas César, con mirar de fuego.

Y ví á Pentesilea [7] hácia otro lado,
Y á Camila [8] detrás, y al Rey latino
Con Lavinia su hija allí sentado.

Y vide á Bruto el que arrojó á Tarquino,
Y á Lucrecia, Cornelia [9], Marcia [10], Emilia [11];
Y de todos aparte, á Saladino [12].

Tras pausa breve que mi vista auxilia,
Vi despues de las ciencias al maestro [13],
Entre la filosófica familia.

Todos le honran y admiran por más diestro
Con él están los Sócrates, Platones,
Ya al derecho lugar, y ya al siniestro.

Demócritos que dudan las acciones,
Anaxágoras, Diógenes y Tháles,
Empédocles, Heráclitos, Zenones;

Y á Dioscórides ví, que naturales
Sustancias analiza, á Lino, á Orfeo,
Y á Marco Tulio y Séneca morales.

Al geómetra Uclide, á Tolomeo,
A Hipócrates, Galeno y Avicena,
Y al árabe Averróes [14] tambien veo.

Mas de todos narrar fuera gran pena,
Y el vasto asunto á suspender me exhorta
Decir que á veces la verdad no llena.

Aquí el coro de seis, de dos se acorta;
Y del lugar sereno el sábio guía
A otro me lleva, donde el alma absorta
Vuelve al horror de la tiniebla umbría.

CANTO V.

A la entrada del segundo cerco encuentra Dante á Minos, que es el juez de los culpados. Ya dentro de él, vé á los condenados por lujuria, cuya pena consiste en verse eternamente sacudidos por fierísimos vientos en un ambiente oscuro y tenebroso. Entre esos infelices reconoce á Francisca Ar.minio, vulgarmente llamada de Rimini, de la cual escucha la historia lamentable de sus desgraciados amores.

Así del cerco primo fuí al segundo
De más corta region, pero más llena
De horrible grito de dolor profundo.

Allí Minos está con faz de hiena.
A la entrada examina al que ha llegado,
Y, segun lo que oyó, juzga y ordena.

En cuanto cada espíritu malvado
Es á su frente, se confiesa breve;
Y aquel sabidor grande de pecado

Ve á qué sitio del Orco se le lleve,
Y ciñe con la cola tantas vueltas
Cuantos grados al fondo bajar debe.

Siempre hay en torno suyo ánimas sueltas,
Yendo ó viniendo del funesto juicio,
Ó sus causas oyendo ya resueltas.

—*¡Oh tú que vienes al tremendo hospicio!*
(Dijo Minos, al ver la imágen mia,
Parando el acto de tan grande oficio.)

Mira dó vas á entrar y quién lo fia:
No la amplitud te engañe de la boca.—
—¿Por qué así gritas? (díjole mi guía.)

Impedir su destino no te toca:
Allá donde se puede lo han querido;
Palabras deja y resistencia loca.

Ora á sonar empiezan en mi oido
Los ecos de dolor: ora he llegado,
Dó inmenso llanto el alma ha suspendido.

Y entré al lugar de toda luz privado,
Que mugía cual mar que se atempesta,
Si es de vientos contrarios azotado.

La borrasca infernal siempre dispuesta,
Lleva las almas con estrago y ruina,
Las revuelve y percude, y las molesta;

Y cuando ya á estrellarlas se avecina,
Allí es el llanto y el fragor que meten,
Y el blasfemar de la virtud divina.

Esos á quien los vientos acometen,
Los pecadores son torpes, carnales,
Que al apetito la razon someten.

Que, como al estornino á desiguales
Vuelos obliga el tiempo no propicio,
Así los lleva en sulcos eternales

Aquí y allí su doloroso oficio,
Sin la esperanza del consuelo blando,
No que de paz, mas de menor suplicio.

Y cual grullas, su triste ¡ lay! cantando,
Hacen de sí, en el aire, larga fila,
Tales vide venir, ayes lanzando,

Sombras que á grupos la borrasca apila.
—¿Y de quién (dije) ¡oh sábio! es la luctuosa
Turba que el viento escacha y aniquila? —

—La primera que ves, de frente hermosa,
Dominando el asiático hemisferio,
Reina fué de cien lenguas [1] bien famosa;

Y del cuerpo cedió tanto al imperio,
Que erigió en ley el vicio que la empece [2],
Por arrancar su nombre al vituperio.

Semíramis ha sido. Ayer parece
La vió esposa de Nino y sucesora
La tierra que al Soldan hoy obedece.

Esa es la triste á quien la vida azora,
De Siquéo á los manes ya perjura [3],
Y Cleopatra lasciva esa que llora.—

Y ví á Elena, que dió tanta amargura,
Y nudo el pié, que aún sangre destilaba,
Al grande Aquiles con la frente oscura.

Y á Páris [4] y á Tristan [5] me señalaba,
Y á más á quien amor, de furia henchido,
Con desastroso fin la vida acaba.

Yo cuando á mi rector húbele oido
Tanta dama nombrarme y caballero,
Fuí casi opreso y de piedad vencido.

Y le dije: —Poeta, hablar espero
A ese que unido par [6] se va abrazando,
Y se abandona al viento tan ligero.—

Y á su vez respondió: —Verásle cuando
Más cerca esté; y entónces tú les ruega
Por el su amor, y á tí vendrán volando.—

Y el remolino apenas las allega,
Ya les grité: —Venid, almas cuitadas,
Con nós á hablar, si el Alto no lo niega.—

Cual palomas que vuelan disparadas,
Tendida el ala y firme, al dulce nido,
De su amorosa voluntad llevadas,

Así dejaron el tropel de Dido,
A nós viniendo por el aire inmundo:
¡Tanto fuerte el reclamo les ha sido!

Y ella dijo: — Sér bueno, que al profundo
Vienes á visitar á los que habemos
De nuestra sangre así teñido el mundo,

Por tí al rey de los Orbes pediremos,
Si aún algo á su infinito amor nos liga,
Pues tanto nuestro mal sentir te vemos.

Y cuanto quieras hoy que escuche. ó diga,
Te será por mí dicho y escuchado,
Miéntras el viento así callando siga.

En el suelo nací del Pó bañado,
Y junto al mar dó lánzase impetuoso,
De arrastrar tantos rios fatigado.

Amor que prende raudo en pecho hermoso,
A éste abrasó por la gentil persona
Que perdí, y aún me ofende el modo odioso.

Amor, que á amantes con amor corona,
Por éste me cogió placer tan fuerte,
Que áun aquí, como ves, no me abandona:

Amor, en fin, nos deparó igual suerte;
Y el cerco dó Cain gime violento [7],
Aguardando está á aquél que nos dió muerte.—

No bien calló, doblé yo sin aliento
Mi frente opresa de dolor no escaso;
Y él me dijo: — *¿Dó está tu pensamiento?* —

Y yo exclamaba por respuesta: — ¡Ay, laso!
¡Cuánta dulzura de zozobras llena
Llevarlos pudo al miserando paso! —

Y á ellos vuelto, empecé:—Tan honda pena,
Rasga el pecho, Francisca, y la faz siente
Correr de pio llanto larga vena.

Mas dime: al tiempo de tu mal creciente
¿Cuándo y cómo los ímpetus sentiste
De ir hasta el fondo del deseo ardiente?—

Y ella exclamó: — Mayor dolor no existe
Que el feliz tiempo recordar consunto,
Y éste lo sabe, en la miseria triste.

Mas pues quieres principio y causa junto
Saber de nuestro amor con tanto anhelo,
Vas á verme llorar y hablar á un punto.

Leíamos un dia por consuelo,
Cómo fué Lancelot de amor herido:
Solos éramos ambos, sin recelo.

Cien veces á llorar nos ha movido,
Y á perder la color del libro el arte;
Mas un punto no más nos ha perdido.

Cuando á leer llegábamos la parte
Dó aquél bebe de amor el beso blando,
Este, que ya de mí jamás se aparte,

La boca me besó todo temblando.
Galeoto [8] fué el libro, y aquel dia,
Ya nada más leimos.—Así hablando

Un espíritu, el otro tal gemia,
Y con tan hondo llanto, que me trae
Piedad inmensa á extremo de agonía;
Y caí como cuerpo muerto cae.

CANTO VI.

Recobrado el sentido, se halla el Poeta en el cerco tercero, en el que se castiga el vicio de la gula con la pena de ser batidos los condenados por una fortísima lluvia mezclada de grueso granizo, y ensordecidos al mismo tiempo por los horribles ladridos de Cerbero, que además los desgarra con uñas y dientes. Entre esos infelices encuentra á su compatriota Ciaco, con el que se entretiene hablando de las cosas de Florencia.

Al cobrar la razon que hube perdida
De piedad por aquellos deudos caros
Que así el alma dejáronme abatida,

Dó quiera que los ojos vuelvo claros,
Sólo llego á mirar, do quier me mueva,
Atormentados y tormentos raros.

Pasa que en este espacio siempre llueva,
Y es la tercia region horrible, aleve,
Que modo y calidad jamás renueva.

Granizo espeso, y agua turbia, y nieve
Cae por la escura atmósfera perversa,
Y repudre la tierra que la bebe.

Cerbero, fiera á las demás diversa,
Allí trifauce can se encoleriza,
Cruel con la postrada gente inmersa.

Roja es su vista, inmundo pelo eriza,
Ancho su vientre, uñosas son sus manos:
Las almas troncha, pela y descuartiza.

Ladrar las hace el agua como alanos,
Y por guardar un flanco, el otro entregan
Cada instante los míseros profanos.

Cuando ve el gran reptil á los que llegan,
Las golas abre, y crudo en sus afanes,
Los miembros todos de su cuerpo juegan.

Mi guía aquí, con bajos ademanes,
Juntó tierra, y las manos de ella hinchendo,
La echó en la boca á los rabiosos canes.

Como el mastin que aullando está y gruñendo,
Y así que agarra el pasto que le dieran,
Calla, al grato comer sólo atendiendo;

Las gordas, roncas fauces así hicieran
Del mónstruo que las almas atronaba
De modo tal que ensordecer quisieran.

Ibamos por entre esas que agobiaba
La lluvia, y nuestras plantas oprimian
El vacío que cuerpos figuraba.

Esas por tierra allí todas yacían:
Mas una se arrodilla así que advierte
Que ya á pisarla nuestros piés venian.

—¡Oh tú que á tal mansion trajo tu suerte!
(Me dijo) ¡reconóceme, si sabes:
Antes tú fuiste á vida que yo á muerte!—

Y yo:—Los daños que te oprimen graves
Te habrán cambiado tanto, que á mis ojos
Parece que hoy de presentarte acabes.

Dime, pues, tú quién eres, la de hinojos,
Que aquí padeces con tan tosca pena
Que no la hay, si mayor, de más enojos.»—

Y respondióme:—Tu ciudad, tan llena
De envidia atroz, que se le vierte el saco,
Con la vida me dió su luz serena.

Los compatricios me llamásteis *Ciaco* [1],
Y, por el vicio torpe de la gula,
Bajo este cielo me confundo opaco.

Ni solo estoy, que á todas se regula
Las almas que aquí están, igual tormento,
Por vicio igual que en vida nos adula.—

—Tu angustia, Ciaco, tan de veras siento,
Que me arranca las lágrimas (le dije):
¿Mas no podrás decirme á qué momento

Los ciudadanos que el furor dirige
Vendrán, y si hay quien la justicia escucha,
Y por qué así discordia los aflige?—

Y respondió: — Tras empeñada lucha
Vendrá el acero, y el montés partido [2]
Lanzará al otro con ofensa mucha.

Y éste caerá á su vez, y el ya vencido
Al sol tercero [3] volverá triunfando,
Por uno que hoy blandea sostenido [4].

Y largo tiempo se alzará en el mando,
Y hará que su rival su suerte aciaga
Viva, y su largo oprobio devorando.

Dos justos hay [5], mas su virtud no halaga;
Soberbia, envidia y lucro codicioso,
Son los tres males de Florencia plaga.—

Puso aquí fin al eco lagrimoso,
Y repliquéle: — Aún más quiero mecuentes:
Préstame aún más tu labio generoso.

Farinata y Tegiazo, tan valientes,
Jacobo Rusticucio, Mosca, Arrigo [6],
Y otros á hacer el bien tan diligentes,

¿Dó están, dime? Feliz si yo consigo
Su destino saber, y si es que adoran
A Dios allá, ó acá sufren castigo.—

—Entre las almas más inícuas moran
(Me dijo) del infierno en lo más hondo;
Si tanto bajas, las verás cuál lloran.

Pero de mí, infeliz, que aquí me escondo,
¿Hablarás al volver al dulce mundo?
Ni más te digo ya, ni más respondo.—

Luégo embizcó los ojos iracundo,
Me contempló un instante, y con la frente
Dió cual los otros en el fango inmundo.

Y prorumpió mi guia:—Aquí durmiente,
Mientras del ángel el clarin no zumba
Yacerá, y cuando aquél venga esplendente,

Cada cual buscará su triste tumba,
Carne y figura cobrará, y el duro
Fallo sabrá cómo eternal retumba.—

Así pasamos por el mixto impuro
De sombras y de lluvia á pasos lentos,
Tocando un tanto en el vivir futuro.

Y le dije:—Maestro, esos tormentos
Que sufren hoy, tras de la gran sentencia,
¿Ménos crudos serán, ó más violentos?—

Y replicó:—¿No sabes por tu ciencia
Que cuanto es más perfecta una sustancia
Más sensible es al bien y á la dolencia?

Así toda esa turba en malandancia,
Como no ha de ir á perfeccion su estado[7],
Piensa en el juicio eterno hallar ganancia.—

Cuando hubimos en torno el cerco andado,
Más cosas revolviendo que ora digo,
Nos vimos que el descenso era abocado,
Y estaba Pluto[8] allí: ¡fiero enemigo!

CANTO VII.

Los Poetas encuentran á la entrada del cuarto cerco al señor de las riquezas, que con extrañas voces trata de espantarlos: pero Virgilio le tranquiliza y baja con su alumno á ver el castigo de los pródigos y de los avaros, que empujan con el pecho, para que rueden, enormes pesos, y se chocan con ellos unos contra otros; porque están formados en dos grupos separados, de los que cada uno ocupa una semicircunferencia del cerco. Explica Virgilio lo que es la fortuna, y luégo bajan al quinto cerco, donde está la laguna Estigia, en la que padecen empantanados los iracundos, y debajo los perezosos.

Papé Satan, *aleppe* [1], el fosco lábio
De Pluto comenzó con voz airada;
Y aquel vate gentil, que fué tan sábio,

Dijo por darme ardor: —No temas nada,
Que, por poder que tenga, es fuerza poca
De ese cerco á impedirte la bajada.—

Y vuelto luégo á aquella hinchada boca,
Le grita: —Calla, lobo maldecido,
Y entre tí con tu rábia te sofoca:

Que aquí no vano nuestro viaje ha sido;
Y así lo quieren dó Miguel fué un dia
Vengador del estupro [2] aborrecido.—

Como el velámen cae que el viento henchía
Si troncha el mástil y de muerte amaga,
Tal á tierra cayó la fiera impía.

Y á la cuarta region fuimos aciaga,
Más y más penetrando al reino esquivo
Que los males del mundo todos traga.

¡Ay, justicia de Dios, y cuánto vivo
Dolor, trabajo, angustia ver me toca!
¡Que á tanto dé nuestra maldad motivo!

Cual allá de Caribdis en la roca
Ola con ola estréllase bramando,
Así la triste gente aquí se choca.

Y almas ví por ejércitos clamando
De dos contrarias partes muy resueltas
De pecho á fuerza pesos volteando.

Con furia se encontraban, y atrás vuelta
Al tremendo rebote cada una,
¿Por qué aprietas? (gritaba) ó *¿por qué sueltas*[3]*?*

Volviendo luégo por la estancia bruna,
De cada mano hácia el contrario punto,
Sin dejar el refran alma ninguna;

Para tornar, ya un rádio al otro junto,
Al choque opuesto y la eternal palestra.
Y yo, que del dolor era trasunto,

A mi guía le dije:—Ora me muestra
Qué gente es esa, y si al altar sirvieron
Aquellos tonsos de la izquierda nuestra.—

Y él respondióme:—De la mente fueron
Todos calvos de modo allá en la vida,
Que ningun gasto con medida hicieron.

La voz lo cacarea repetida
Cuando se chocan de éste y de aquél lado
Dó inversa culpa de apartarlos cuida.

Los que ves del cabello tonsurado,
Clérigos son, y Papas, Cardenales,
Que á la codicia vil se han entregado.—

Y dije yo:—Señor, entre los tales,
Acaso á conocer alcance algunos
Que súcios ví de tan inmundos males.—

Y él á mí:—Vano intento te propones;
Pues un vivir que á la razon no escucha,
Llega á borrar del hombre las facciones.

Siempre eterna será de ambos la lucha,
Y áun saldrán del sepulcro, éste sin pelo,
Cerrando el puño aquél con fuerza mucha.

Mal dar y mal guardar, del almo cielo
Les privan, y á esas luchas los estrechan.
¿Qué te diré de mal tan sin consuelo?

¡Aquí ver puedes, hijo, qué aprovechan
Los bienes que administra la fortuna,
Porque los hombres sin piedad se acechan!

Que todo el oro que hay bajo la luna,
O el que esas almas junto han poseido,
No bastaria á redimir ni una.—

—Cuéntame, pues (le dije), ya que has sido
Tú el que á nombrar á la fortuna avanza,
¿Quién es ella, que al mundo así ha vencido?—

Y replicó: —Criaturas sin mudanza,
¡Cómo vuestra ignorancia se trasciende!
Mame ora aquí tu boca mi enseñanza.

Aquél cuyo saber doquier se extiende
Los cielos hizo, y dió quien los rigiera,
Con arte tal, que un globo y otro esplende [4],

Igual la luz vertiendo en cada esfera.
Él tambien á los órdenes mundanos
Señaló quien rectora y númen fuera.

Y es esa quien los bienes suelta vanos
Por pueblos ó por raza, ó los reserva
Sin que á oponerse basten los humanos;

Que una gente domina y otra es sierva,
A voluntad de aquella que se oculta
Cual la muda culebra entre la yerba.

Vuestro saber ante ella se sepulta;
Y, cual los otros divos [5] sus imperios,
Rige el suyo, y previene, abate, exulta.

Son sin tregua sus cambios los más sérios,
El ser veloz necesidad la impone,
Y si el mal es un bien son sus misterios.

Esta es aquella á quien en cruz se pone
Por el que en vez de honrarla cual debiera,
Causa que todo lábio la baldone.

Y ella no escucha nada, y placentera,
Y con los otros ángeles beata,
En sí se goza, y vueltas da á su esfera.—

Mas vamos á region aún más ingrata.
Ya caen las estrellas que altas vimos [6];
Y el estar aquí mucho se nos ata.

Del cerco, en esto, al fin cortando fuimos,
Y junto á un cáuce bullidor, que cae
En un foso que él labra, descendimos [7].

Mestiza es de color la agua que trae,
Y nosotros, siguiéndola vecina,
En vía entramos dó el valor decae.

Allí, cuando al tocar playa marina
Ese negro riacho y triste acaba,
Forma un lago que Estigio se nomina.

Yo que sin pestañar le contemplaba,
Ví entre sus limos enfangadas gentes,
En cueros todas y con vista brava;

Que no sólo con manos combatientes,
Mas se herian con piés, pechos, cabeza,
Y arrancándose trozos con los dientes.

Y el maestro me dijo: — Esa fiereza
Marca los que pecaron por la ira;
Y quiero sepas con cabal certeza

Que bajo el agua hay gente que suspira,
Y lo muestra, subiendo acá á lo sumo
Cada burbuja que crecer se mira,

Y dicen desde el limo: *Nuestro zumo*
Tristes nos hizo áun bajo el sol que alegra,
De la desidia con el lento abrumo:

¡Ora lloremos en la charca negra!
Tal himno en sus gargantas se atoroza,
Y ni áun acaba con palabra intégra. —

Así gran parte de la hedionda poza,
Un arco haciendo, en derredor giramos,
Mirando á los que ensucia inmunda broza;
Y luégo hácia alta torre enderezamos.

CANTO VIII.

Miéntras los Poetas giran alrededor de la laguna, Flégias, á quien le han dado la señal, acude con su barca para pasarlos á la ciudad de Dite. En este tránsito encuentran á Felipe Argente. Llegados á la puerta de la ciudad, los demonios se oponen furiosos á su entrada. Trata Virgilio de aplacarlos; pero en vano, porque les cierran la puerta. Entónces el maestro, aunque inquieto tambien, asegura al alumno que vencerá esta prueba, y que ya va á venir quien les socorra.

Y digo, prosiguiendo, que recorre
Primero nuestra vista que lleguemos
La extrema altura de la excelsa torre.

Y allí dos luces encenderse vemos,
Y otra, de seña, responder lejana,
La cual apenas distinguir podemos.

Y yo, vuelto á aquel mar de ciencia humana,
—¿Qué pregunta este signo, y qué responde
Aquél (le dije), y quién los dos hermana?

Y él:—Si tu vista tiéndese por donde
Se dilata el pantano, á quien se espera
Verás, si su vapor no te lo esconde.—

No de la cuerda así flecha ligera
Por los aires corrió veloz silbando,
Cual yo vide hácia nós barca ligera

Por el agua volar, la cual guiando
Un galeote no más solo venía,
¿Llegas, alma perversa, ó no? (gritando).

—Flégias[1], Flégias (le dijo mi buen guía),
Al aire esta vez gritas : ten sosiego :
Nos tendrás solo al paso en compañía.—

Como el que escucha que engañoso juego
Le han hecho, y se exaspera al enterarse,
Flégias se puso así de rabia ciego.

Descendió mi maestro sin notarse
En la barca su peso, pues cargada
Sólo al hacerme entrar pareció hallarse.

Y cuando en ella fuimos, más calada[2]
Que suele de comun la vieja prora
Por la muerta laguna va empeñada.

Mientra el agua sulcamos malodora,
Me sale un alma á mí de fango llena,
¿Quién (diciendo) *eres tú que vienes ora?*

—Si vengo (repliqué) no es por condena.
¿Y tú quién eres, súcio de ese modo?
Mira que soy (me dijo) *uno que pena.*

Y yo á él: —Con tu pena y con tu lodo,
Quédate, ejemplo de ánimos insanos;
Que te conozco aunque embrozado todo.

Tendió entónces al bordo las dos manos;
Pero mi guía lo desprende y grita:
—¡Anda vé con los perros tus hermanos!—

Y á mi cuello despues se precipita,
Me besa el rostro, y dice:—¡Alma dignosa [3]
La que en su seno te llevó bendita!

Ese en el mundo fué criatura odiosa;
Nunca ejerció del bien el ministerio,
Y es por eso su sombra aquí furiosa.

¡Cuántos arriba habrá dueños de imperio,
Que aquí vendrán cual cerdos á porquera,
Tras sí dejando sólo vituperio!—

Y yo:—Maestro, plácido me fuera
El mirarle atollarse en esa broza,
Antes que nuestra quilla alzarse viera [4].—

Y respondió:—Primero que la poza
Lleguemos á pasar, tan grato empleo
Tu vista ha de tener, si en él se goza.—

Y así fué; que bien pronto ví el ojeo
Que de él hacía la fangosa gente;
Y alabo á Dios que me cumplió el deseo

Todos gritaban: á Filipo Argente[5],
Y el florentino espíritu furioso,
De despecho en sí propio hincaba el diente.

Mas quede aquí el decir de aquel rabioso:
Que ora en mi oido vibran ecos tales,
Que me hacen dilatar la vista ansioso.

Y el maestro:—Hijo mio, á los umbrales
Llegas de la ciudad que llaman Dite,
Con chusma inmensa y altos oficiales[6].—

Y yo:—Maestro, sí: veo que admite
La val adentro[7] un mundo de mezquitas,
Rojas como el metal que se derrite.—

Y él:—Las viviendas (respondió) malditas,
Así enrojecen las que el bajo Infierno
Siempre allí acopia hogueras infinitas.—

Pronto llegamos luégo al foso externo
Que cerca la mansion desconsolada:
De hierro parecióme el muro eterno.

No sin hacer primero gran girada,
Llegamos á lugar dó el patron fuerte:
—*Ea, salid* (nos dijo): *esta es la entrada.*

Sobre la puerta allí la vista advierte
Grupo que llovió el cielo; el cual fogoso
Gritaba:—*¿Quién es ese que sin muerte*

Ve el reino de los muertos pavoroso?
Y mi sábio rector hízoles muestra
Que de hablarles aparte está ganoso.

Eso un tanto calmó su ira siniestra,
Y dijeron: —*Tú ven, y al otro envia,*
Que tan audaz pisó la tierra nuestra.

Vuélvase solo por la loca vía,
Y pruebe si sabrá: tú has de quedarte,
Que en el viaje fatal le fuiste guia.

Cuál me quedára yo, puedes pensarte,
Lector, oyendo las palabras crudas;
Que juzgué nunca más esto narrarte.

Y —¡oh mi guía! (exclamé) que de tan rudas
Fatigas me libraste y protegiste,
Disipando mis miedos y mis dudas,

No, por Dios, me abandones así triste;
Y si el ir más allá me es prohibido,
Vuélveme más veloz que me trajiste.—

Y el que hasta allí mi planta ha conducido:
—Ten (me dijo) valor, que nuestro paso
A ninguno impedir le es permitido.

Mas aguárdame aquí, y el pecho laso
Dulce esperanza anime y alimente,
Que no te dejo en el funesto caso.—

Y en esto vase, y déjame doliente
El dulce padre, y mi alma es indecisa,
Que el no y el sí batallan en mi mente.

No oí lo que les dijo: mas divisa
Mi atencion que es con ellos breve instante,
Y que adentro se acogen con gran prisa.

Y echan la puerta á mi señor delante,
Y él fuera queda, y vuelve hácia mí lento
Con corto paso y tétrico semblante.

Bajos los ojos trae, y el ceño exento
De vano orgullo, y suspirando dice:
—¿Quién la mansion me veda del tormento?—

Y á mí:—No tu virtud se atemorice
Mi enojo al ver, que la victoria es mia,
Por defensa que adentro se organice.

No ya nueva es en ellos la osadía,
Que con la puerta usáronla primera [8],
Y están rotos sus goznes todavía.

Sobre esa viste la inscripcion severa...
Mas ya desde ella acá los cercos pasa,
Rompiendo solo por la noche fiera,
Quien ha de abrirnos la tartárea casa.

CANTO IX.

Dante, asustado todavía, pregunta al maestro si otra vez ha andado aquel camino. Miéntras oye la respuesta, es sorprendido por la repentina aparicion de las Furias en lo alto de la torre. Virgilio le precave de sus artes maléficas, y en esto llega el divino mensajero, que les abre las puertas de la ciudad terrible. Entran en ella, y ven allí castigados dentro de arcas de fuego, á modo de sepulcros, á los epicúreos y heréticos.

El color que por fuera pinta el miedo,
Viendo el maestro que á mi faz tornaba,
Le hizo la suya serenar más cedo.

Y como aquél que escucha, atento estaba;
Que por la espesa niebla y sombra escura
Poco la vista de extension ganaba.

—Nuestra victoria al fin será segura
(Comenzó); mas si no... me está ofrecido...
Del otro la tardanza ¡cuál me apura!—

Bien ví yo que este hablar era medido,
Por contrastar lo que ántes me decia,
En lo que bien diverso era el sentido.

Mas no calmó con eso el ánsia mia,
Que yo á su trunca voz daba, inserena,
Aún más negro valor del que tenía.

—¿Bajó á esta conca de tormentos llena
Alguno desde el círculo incipiente
Dó perder la esperanza habeis por pena?—

Esto le pregunté, y él:—No es frecuente
(Me respondió) que alguno el giro acabe
En que empeñado mírome al presente.

Verdad es que otra vez al eco grave
Vine evocado yo por una Erito [1],
Que á los cuerpos volver las almas sabe.

Era nuevo entre aquellos sin delito [2],
Cuando me hizo buscar, tras de aquel muro,
Del círculo de Judas [3] á un precito.

El sitio es el más hondo, el más escuro,
Y el más léjos del cielo por quien gira
Todo globo [4]. Sé andarlo: está seguro.

Ese lago que tanto hedor traspira,
En torno ciñe á la ciudad ardiente
Dó no podemos penetrar sin ira [5].—

Dijo, y más cosas que olvidó mi mente;
Porque eran mis sentidos todos puestos
En la cima de la alta torre ardiente.

Sobre ella ví en un punto alzarse prestos
Tres sangrientos espíritus fatales,
Con miembros de mujer, actos y gestos.

Hidras verduscas forman sus cendales,
Largas cerastes son sus cabelleras,
Sierpes orlan sus sienes infernales.

Y él, que conoce bien las mensajeras
De la negra mansion que Dios maldijo:
—Mira, allí salen las Ericnis fieras:

Mejera es á la izquierda el ojo fijo,
Aleto aquella del llorar rabioso,
La del medio es Tisífone (me dijo).—

Hundíanse en el pecho sanguinoso
Las uñas, entre aullidos y golpeo;
Tanto, que al vate me estreché medroso.

Ven, Gorgona, y haz piedra al que allí veo,
Gritábanse las tres en son de guerra:
Venguémonos en él más que en Teseo [6].

—Pronto, de espaldas y los ojos cierra;
Que si sale Medusa y ves su frente,
No á pisar volverás la dulce tierra.—

Así dijo el maestro, y prontamente
Me dió vuelta, y cegóme con sus manos,
Del tardar de las mias impaciente.

¡Oh los que habeis entendimientos sanos;
Notad lo que se esconde de enseñanza
De este mi oscuro verso en los arcanos [7]!

Pero ya sobre el turbio lago avanza
Un fragor de sonido pavoroso,
Ambas ribas temblando á su pujanza.

No es de otro modo el viento que impetuoso
Por el estivo tiempo y sus ardores [8],
La selva embiste, y ráudo, y sin reposo

Troncha ramos, y avienta rotas flores,
Y entre polvo soberbio va adelante,
Ahuyentando animales y pastores.

Los ojos descubrióme en ese instante
Mi guía, y dijo: — Que tu vista siga
Aquel vapor, la espuma allí albicante. —

Cual las ranas delante la enemiga
Culebra, todas huyen por el lago,
Hasta que al fondo el cieno las abriga,

Almas mil así hendiendo el aire vago,
Vi yo delante de uno que pasaba
Con planta enjuta por el charco aciago.

Del rostro el aire craso separaba
A veces, la siniestra adelantando,
Única pena á fé que se tomaba.

Bien ví que era del cielo nuncio blando,
Y al maestro volvíme: él me hizo seña
De estarme quedo, al ángel saludando.

¡Cuánto excelso desden su rostro enseña!
Llegó á la puerta, y con vergueta breve
La abrió; que nadie resistencia empeña.

—¡Oh del cielo arrojada turba aleve!
(Así empezó bajo el dintel terrible)
¿Quién este ruido de vosotros mueve?

¿Por qué la voluntad irresistible
Tenaces combatís, y la alta diestra
Que el tormento os dobló, siempre invencible?

¿Rendir quereis al Hado en la palestra?
Vuestro Cerbero, recordad, mezquino,
Aún rozados el muso y cuello muestra [9]. —

Dice, y vuélvese al túrbido camino;
Y sin fijarse en nós, su faz parece
De quien se ocupa de mayor destino

De lo que en torno á su atencion se ofrece.
Aquí avanzamos á la ignosa tierra;
Que la Santa Mision nos fortalece.

Y así que fuimos dentro, sin más guerra,
Yo, que de contemplar hube el suspiro
Lo que la vasta fortaleza encierra,

En derredor la atenta vista giro,
Y de una y otra mano gran campaña
Llena de luto y de tormentos miro.

Cual en Arlés, dó el Ródano se encaña,
O en Pola del Cuarnaro [10], que con tersos
Cristales á la Italia cierra y baña,

Mil sepulcros [11] el sitio ornan dispersos,
Así tambien sembrados por do quiera
Aquí se ven; mas ¡ay cuánto diversos!

Porque era en cada tumba viva hoguera
Que tan hórrido fuego mantenia,
Cual nunca en horno barras derritiera.

Sin cubierta son todas; y salia
Del hueco un son de pena tan vehemente,
Que de tristes que sufren ser debia.

Y dije:—¿Quién, maestro, es esa gente
Que, sepultada en las hirvientes arcas,
Se hace notar con su clamor doliente?—

—Esos son (respondió) los heresiarcas
Y cuantos han sus sectas abrazado,
Que á poblar bastarian cien comarcas.

Aquí igual con igual es sepultado,
En horno ya más blando ya más duro.—
Dijo; y cuando á la diestra hubo tomado,
Entre las tumbas le seguí y el muro.

CANTO X.

Cuando Dante, caminando entre los muros y los sepulcros de fuego, manifiesta á Virgilio su deseo de hablar con alguno de aquellos condenados, oye una voz que le llama. Es Farinata, y miéntras habla con él, es interrumpido por Cavalcante, que le pregunta por su hijo Guido. El Poeta le responde de un modo que el pobre padre entiende que ha muerto, y cae en su lecho de fuego. Dante y Farinata siguen hablando de Florencia, y éste le presagia oscuramente su destierro.

Ora por senda estrecha va mi guía,
Cual ya dije, entre el muro y valle igneo,
Y hollándole el talon la punta mia.

—¡Oh Saber Sumo á quien propicio veo
Por giros mil llevarme á dó te place!
Da respuesta y contento á mi deseo.

La triste grey que en los sepulcros yace,
¿Ver no podré? Los huecos destapados
Son, y nadie en redor guardia les hace.—

Y respondióme así:—Serán cerrados
Cuando de Josafat acá volvieren
Con sus cuerpos, arriba abandonados.

Estas tumbas que aquí tu vista hieren,
Las moran Epicuro y sus secuaces,
Que al hombre cuentan que las almas mueren.

Mas las preguntas á ilustrar que me haces,
Y áun los deseos mismos ya me apresto
Que en tu interior ocultas eficaces.—

Y yo: —Siempre mi pecho manifiesto
Es para tí: si evito hablar sobrado,
No de ahora á tal uso me has dispuesto.

Toscano, que diciendo mesurado
Vivo así vas por la ciudad ardiente,
Plázcate detenerte aquí á mi lado.

Tu locüela descubre dulcemente
Cuál sea tu feliz tierra natia,
De la cual fuí yo acaso estrago ingente [1].

Tal de un sepulcro súbito salia
Profunda voz, que de temor prolijo
Me hizo estrecharme aún más al caro guía.

Y él: —No tornes el rostro: ¿qué haces, hijo?
Farinata [1] en su tumba se incorpora:
Del cinto arriba [2], mírale (me dijo).—

Mis ojos en los suyos puse ahora,
Y el pecho ví que alzaba y frente erguida,
Del mismo infierno allí desafiadora.

Y por entre las tumbas la atrevida
Presta mano del vate á él impelióme,
Diciendo:—Alerta, tus palabras cuida.—

Cuando fuí de su hueco al pié, miróme
Un breve instante, y cuasi desdeñoso:
—¿Quiénes fueron tus padres?—preguntóme.

Yo, que de obedecerle era cuidoso,
Breve se los nombré, nada ocultando:
Él arrugó la frente caviloso,

Y prorumpió despues:—A mí y mi bando
Bien contrarios han sido; así partieron
Dos veces [3] al destierro só mi mando.—

—Pues si dos veces (respondí) salieron,
Las dos tornaron á la pátria amada;
Los vuestros arte tal nunca aprendieron [4].—

En esto descubierta á mi mirada,
Hasta el cuello una sombra [5] se presenta,
Pienso que en las rodillas sustentada.

Me miró en torno, cual buscando atenta
Si era de otro mortal yo acompañado;
Y cuando, cierta ya, solo me cuenta,

Llora y dice:—Si al reino infortunado
Por alteza de ingenio has descendido,
¿Dó está mi hijo? ¿Por qué no á tu lado?—

Y yo á él:—Por mí sólo no he venido:
El que está allí esperando, ese me guia,
Al que en poco tal vez tuvo tu Guido [6].—

Su nombre descubierto ya me habia
Su habla y el modo de su pena triste;
Y así fué exacta la respuesta mia.

Y alzándose veloz gritó : —¿Dijiste
Tuvo, *tuvo?* ¿Conque él, ¡ay! no es ya vivo?
¿La dulce luz del sol ya no le asiste?—

Cuando ve que me paro reflexivo,
Al irle á responder, de espaldas cae,
Para no más salir del horno vivo.

Mas el otro sublime que me trae
De su sepulcro al pié, siempre alto el pecho,
Ni cambia faz, ni músculo retrae.

—Pues bien (siguiendo dice); si no han hecho
Por aprender tal arte trabajoso,
Eso me da dolor más que este lecho.

Pero cincuenta veces luminosa
No alzará la que aquí reina [7] su frente,
Sin que pruebes que ese arte es peligrosa,

Y, así á la dulce luz tornes viviente,
¿Por qué, dime, ese pueblo se desata
En ley tan dura contra mí y mi gente?—

Y respondíle: —Por la escena ingrata
Que hizo al Arbia sangriento fugitivo,
Hasta en el templo orando te maltrata [8]. —

El suspiró : despues irguióse altivo,
Y dijo: —No era solo allí por cierto,
Ni acudí con los otros sin motivo :

Mas era solo, sí, cuando al concierto
De arrasar hasta el suelo á tu Florencia
Opuse firme el rostro descubierto.—

—¡Ay! Así logre paz tu descendencia,
Que me desates (exclamé) este nudo
Que ofusca mi razon, vence á mi ciencia:

¿Por qué, segun medir mi juicio pudo,
Se os esconde encubierto lo presente,
Y se os descubre el porvenir desnudo?—

—Como aquel que el mirar cansado siente,
Ver podemos (replica) lo lejano;
Que esto el sumo Hacedor aún nos consiente:

Ciegos somos en tanto á lo cercano;
Y aquí, sin eco ajeno, no se acierta
Nada á saber de vuestro estado humano.

Mas bien comprenderás que será muerta
Inteligencia tal desde la hora
Que cierre al tiempo eternidad su puerta.—

Yo, cual movido de mi culpa ahora:
—Que reveles (le dije) á aquel caido,
Que el hijo suyo con los vivos mora;

Y que si tardo en responder he sido,
Fué porque entre las dudas divagaba
Que me aclaras [9], mi espíritu perdido.—

Ya mi poeta en esto me llamaba;
Conque más breve y en decir escaso,
Demandéle quién más con él se hallaba.

—Con más de mil (me respondió) me abraso:
Federico el Segundo [10] aquí es sepulto
Y el Cardenal [11], y por los otros paso.—

Dijo, y se hundió. Yo en busca del más culto
Me volví de los vates, discurriendo
Si fué la prediccion contrario insulto.

Y él echó á andar, al paso prorumpiendo:
—¿Por qué yaces así tanto abatido?—
Yo todo le narré, y él prosiguiendo:

—Lo que en tu contra (díjome) has oido,
Guarde tu mente sin juzgarlo agravio,
Y oye esto bien (exclama, el dedo erguido) [12]:

Cuando estés ante el Sér benigno y sábio,
A cuya viva luz nada se esconde,
Sabrás tu vida de su dulce lábio.—

Y aquí á siniestra se torció por donde
El muro abandonando, al medio avanza
Tras camino que á un valle corresponde,
Que hedor horrendo hasta nosotros lanza.

CANTO XI.

Repelidos los Poetas por el hedor que sale de aquel báratro, se refugian detrás del sepulcro que encierra á Anastasio. En este alto, Virgilio le explica las condiciones de los tres cercos que les falta recorrer. El sétimo es el de los violentos, repartidos en tres espacios, que cada uno contiene una clase de ellos, y son: los violentos contra el prójimo, contra sí mismos, y contra Dios. El octavo es el de los fraudulentos, que verémos luégo distintamente repartidos en diez sacos. El noveno es el de los traidores, dividido en cuatro compartimientos concéntricos.

Cuando al término fuimos de una loma
De peñascos enormes circundada,
Más cruda escena á nuestra vista asoma.

Y aquí la peste huyendo condensada,
Que de hondo abismo el interior vomita,
Nos resguardamos tras de tumba alzada,

Que esta letra en su losa tiene escrita:
Guardo al Papa Anastasio[1], *á quien Fotino*
Del pecado en la senda precipita.

Luégo cáuto el maestro me previno
Que era bien aguardar para el descenso,
Hasta avezarse al hálito malino.

Y yo:—Dame (le dije) algun compenso
Con que el correr del tiempo ocupe y llene.—
Y él respondióme:—En lo que piensas pienso.

Este cerco, hijo mio, tres contiene
Mas chicos y á escalones colocados,
Cual los que de medir tu planta viene.

Llenos están de espíritus malvados:
Mas porque entiendas bien despues su pena,
Oye cómo y por qué son castigados.

De toda inícua accion que Dios condena
Una ofensa es el fin, y éste se alcanza
Por fuerza ó fraude, con lesion ajena.

Pero el fraude más mueve su venganza,
Por ser propio del hombre: á fraudulentos,
Por eso, á más dolor, más bajo lanza.

Todo el cerco primero es de violentos,
Y porque á tres personas se vulnera,
Se comparte y distingue en tres asientos.

Se hace violencia á Dios, y es la primera:
A otros, y á sí mismo; ya en sus cosas,
Ya en ellos, cual mi voz probarte espera.

Airada muerte, heridas dolorosas
Se causa en los demás; y en su derecho,
Ruina, tributos, llamas desastrosas.

Así al que ejerce el robo y el acecho,
Y al homicida y pérfido castiga,
Divididos por clase, el primer trecho.

Puede el hombre la mano en sí enemiga,
Y en su hacienda poner; y en el segundo
Por eso, aunque ya tarde, se fatiga

Quien se apaga la luz de vuestro mundo [2],
Y su peculio desbarata y juega,
Y llora dó vivir debió jocundo.

Puede á Dios ofender el que se entrega
A interna rebelion, y blasfemando
Dél, de natúra y su bondad reniega.

Así el trecho menor verás poblando
De Sodoma y Cahors [3] á pecadores,
Y de altivos incrédulos al bando.

Los de toda conciencia mordedores,
Dientes del fraude, herir al prevenido
Pueden y al que confia en los traidores.

Por el modo primero se ha rompido
El vínculo de amor que hizo natura;
Y así al segundo círculo han venido

Bajas artes, lisonjas, impostura,
Hechizos, latrocinios, simonía,
Y de familia tal la prole impura.

Por el postrero, el dulce amor se enfria
Que natura formó, y el que conjunto
Con él, nudo especial de afectos cria [4].

Por eso en lo más bajo dó está el punto
Del universo [5], en que Satán se asienta,
Allí *in eterno* es el traidor consunto.—

Y yo:—Maestro, claro asaz presenta
Las cosas tu discurso, y bien conoces
Este abismo, y al pueblo que aposenta.

Mas, dí; aquellos del fango tan feroces,
Los que alza el viento, ó que la lluvia moja,
Y los que al choque van con duras voces,

¿Por qué á morar no van la ciudad roja,
Pues merecen de Dios tanto la ira?
Y si no, ¿por qué así los acongoja?—

Y él:—¿Por qué causa tu razon delira
Cual no acostumbra, ó con mayor desvelo?
¿Es que á otras partes ya tu mente gira?

¿Se han borrado tal vez de tu cerbelo
Las hojas en que tu Ética [6] retrata
Las tres disposiciones que ódia el cielo:

Malicia, incontinencia, y la insensata
Bestialidad, y cual la incontinencia
Ménos que las demás á Dios maltrata?

Si examinas tú bien esta sentencia,
Y recordando vas quién son aquellos,
Que sufrèn más arriba penitencia,

Verás por qué, de la ímpia grey ponellos
Quiso aparte, y por qué ménos airada
Su justicia eternal descarga en ellos.—

—Sol, que luz á la vista das turbada,
Tal tu decir mis dudas desáloja;
Que tanto cual saber, dudar me agrada.

Volvamos, pues, atrás, si no te enoja
(Le dije), á cuando afirmas que la usura
No ofende á Dios; y el nudo tú me afloja.—

—Filosofía (dijo) al que la apura,
En más suele decirle de una parte,
Cuál toma su corriente la natura

Del divino intelecto, y por cuál arte;
Y á poco que tu física en su esencia
Repases, su leccion puede explicarte

Que el saber de natura es procedencia,
Cual del maestro el escolar; de forma
Que es de Dios casi nieta vuestra ciencia.

Y si buscas al Génesis por norma,
Verás que, por las dos, nace, se aumenta,
O su vivir la humana grey reforma [7];

Y que al vil usurero no contenta
Natura en sí, ni el arte le complace,
Y en bien diverso la esperanza asienta.

Mas de aquí vamos, pues andar me place;
Que los Peces ya mandan sus reflejos;
Y en la mansion de Coro [8] el carro yace;
Y la áspera bajada es de aquí léjos.—

CANTO XII.

Vencida la dificultad de la áspera bajada, llegan los Poetas al valle. En el primer espacio hay un rio de hirviente sangre, dentro del cual se castiga á los que quitaron la vida ó los bienes á sus semejantes. Una escuadra de centauros recorre las orillas del lago que forma aquella sangre, para vigilar si los condenados, sobre quienes cae una lluvia de flechas, tratan de salirse. Quieren al principio esos centauros oponerse á los Poetas: pero Virgilio los convence, y hasta consigue que uno de ellos los pase en su grupa al otro lado. De éste oyen, al pasar, los nombres de vários tiranos que están allí condenados.

El lugar del descenso que nos toca [1]
Agrio es asaz, y el guarda allí presente,
Miedo á la vista y al entrar provoca.

Cual la ruina, del Trento á la pendiente,
Que por temblor ó enflaquecer su base,
Del Ádige á turbar fué la corriente;

Que al que del alto descender osase,
Entre hoyo y piedra, que fragor alterna,
Claro le ofrece, aunque tremendo, pase:

Tal se muestra el bajar de esa caverna:
Y dó punta el brocal rompido saca,
Se alzaba el que es de Creta infamia eterna [2].

Y el concebido en la engañosa vaca,
Al contemplarnos, se mordió á sí mismo,
Como aquél á quien dentro el ira ataca.

Y mi sábio, afrontando su fierismo:
—¿Piensas (gritó) que viene el rey de Atenas [3]
Que desde el mundo te lanzó al abismo?

Aparta, bestia, que de horror nos llenas;
Que éste, no de tu hermana por liciones [4],
Sino por ver desciende vuestras penas.—

Como el toro que rompe sus prisiones
Al hundirle el cuchillo, que ir no sabe,
Mas brinca ciego, en vagas direcciones,

Tal hizo el Minotauro, y aquí el grave
Guía me advierte que la planta mueva,
Primero que de aquél la furia acabe.

Y bajamos, y no sin que conmueva
Mi pié el camino, y veces infinitas
Las piedras rueden con la carga nueva.

Y pensando iba yo, y él: —Tú meditas
(Dijo) sobre esa ruina que es guardada
Por esas que apagué furias malditas.

Y sabe que otra vez en la bajada
Que emprendí de este sitio al bajo infierno,
Se mostraba la peña aún no arruinada.

Mas há poco que Aquel, si bien discierno,
Vino la insigne grey, de culpa exenta,
Del cerco á Dite á arrebatar superno [5].

Por do quiera la valle macilenta
Tembló tal, que pensé que entero el orbe
Sentia el fuerte amor, del que se cuenta

Que hizo el mundo del caos que le absorbe [6].
Y ese instante [7] esta roca y otras hiende
Aquí y allá, sin que poder lo estorbe.

Mas observa en el val; que ya se extiende
El rio de la sangre, dó se inferna
Al que violento á los demás ofende.

¡Oh loco impulso de la rabia interna,
Que así en la vida corta nos aguija,
Y nos pára tan mal luégo en la eterna!

En un foso mi vista aquí se fija,
Con circuito que inmenso espacio abraza,
Á dó quiere el rector que el pié dirija.

Y á la márgen del círculo que traza,
Centauros corren, de saeta armados',
Como cuando en el mundo iban de caza [8]

Y viéndonos bajar, ellos parados
Quedan; y á tres adelantarse miro
Con arpones, ya de ántes preparados.

Y uno gritó de léjos:—¿A cuál giro
Del Orco vais los que venceis la cuesta?
Desde ahí lo decid, ó el arco estiro.—

Y mi maestro:—Pronto la respuesta
Daremos á Quirón, no á tí, que opreso
Fuiste de frenesí que bien te cuesta.—

Luégo dijo, tocándome:—Ese es Neso,
El que murió por Deyanira hermosa,
Vengándose, al morir, con crudo exceso [9].

El de en medio, que al pecho el rostro posa,
Es el grande Quirón, ayo de Aquiles,
Y Folo aquél que aún de furor rebosa.

Y en torno al ancho foso van á miles;
Y á toda alma que alzarse un poco aspira
Sobre la sangre, agobian sus astiles.—

Cuando el ágil tropel cerca nos mira,
Quirón toma una flecha, y con la coca
De ambos lados la barba se retira.

Y así que ha despejado la gran boca,
—¿No habeis visto (á los suyos les pregunta)
Cuál mueve el que atrás viene lo que toca?

El pié no hace eso de la grey difunta.—
Y ya cabe su pecho mi buen duce,
Donde lo humano á lo animal se junta,

Le dijo:—Cierto: es vivo y le conduce
Sólo mi diestra por la val sombría;
Que no deleite, mas deber le induce.

Y su Hosanna cortó la que me envia,
Por darme ésta, en verdad, mision extraña;
Pues ni reo soy yo, ni él raza impía.

Mas por la que hoy de la infernal campaña
Mi pié las vías ásperas emprende,
Uno tuyo nos deja por compaña:

El los vados nos diga, y pase allende,
Caballero en su grupa, á mi pareja;
Que no es espirtu que los aires hiende.—

Y Quirón, vuelto hácia la diestra oreja,
Dícele á Neso:—Ve y escolta dáles,
Y si hallas otra banda, tú la aleja.—

Y aquí, prontos del guia á las señales,
Fuimos lo largo de los mares rojos
Dó gimen los bullidos criminales.

É inmersos vide hasta cubrir los ojos.
—Esos (gritó el centauro) son tiranos
Que se dieron á muertes y despojos.

Llóranse aquí los hechos inhumanos;
Aquí Alejandro está, Dionisio el fiero,
Que dió á Sicilia dias tan insanos:

Ese, á quien negro pelo orna severo,
Es Ezelino [10]: el rubio allá profundo,
Obizon de Este [11]; y es ya verdadero

Que hijastro impío le mató en el mundo.—
Y al vate me volví; y él me decia:
—Ora monta el primero, yo el segundo.—

De allí á poco fijóse el nuevo guia
En gente que del golfo sanguinoso
Hasta el cuello salirse parecia.

Y uno mostróme solo, silencioso,
Diciendo:—Ese rompió, de Dios delante [12],
El corazon al Támesis glorioso.—

Y otros ví luégo, que del caldo humeante
Sacaban la cabeza, otros el pecho,
Y de esos gente conocí bastante.

Aquí bajaba el golfo su buen trecho,
Pues cubria la planta solamente;
Con que hubimos allí paso derecho.

Y dijo Neso:—Como el mar ardiente
Ves de esta parte cada vez menguando,
Sabe que de la opuesta va creciente,

Y el fondo comprimiendo y agrandando
Sube, y llega espumoso hasta dó braman
Los impíos tiranos y su bando.

Y la eterna justicia allí proclaman
Atila, que del mundo azote ha sido,
Y Pirro y Sesto; y lágrimas derraman

Que les saca el dolor del cuerpo hervido,
Corneto y Pazo [13], cuyo escudo adorna
Blason de salteador y de bandido.—
Dice, y al vado su atencion retorna.

CANTO XIII.

Pasa el Poeta al segundo compartimiento, donde son castigados los suicidas; esto es, los violentos contra sí mismos, y los que disiparon su propia fortuna. Los primeros están trasformados en nudosos árboles, en que hacen su nido las Harpías. Los segundos se ven perseguidos por perros hambrientos que los despedazan. Encuentra á Pedro de Viñas que les refiere el motivo por que se mató, y cuáles son las leyes de la divina justicia respecto de los delincuentes de su género. Luégo ve á Lano, güelfo y natural de Siena, á Jacobo de Santandrea, paduano, y á otro florentino que se ahorcó en su propia casa.

Neso á la opuesta orilla aún no tocaba,
Cuando por bosque espeso nos entramos,
Que ni el menor lindero dibujaba.

No agita esbeltos, sino tuertos ramos:
Da por frutos espinos y veneno:
Negras las hojas son que en él miramos.

No las fieras que ahuyenta el campo ameno
De Checina [1] á Corneto, se aposentan
De más lóbregos antros en el seno.

Allí sus nidos las Harpías sientan
Que con anuncio triste á los troyanos
De las islas Estrófadas [2] ahuyentan.

De alas grandes, de cuello y rostro humanos,
Garras tienen y vientre anchó y plumoso;
Y aullan en los árboles insanos.

Y me dijo el maestro bondadoso:
—El pié ya en el segundo espacio pones,
É irás siempre por él hasta el penoso

Del horrendo arenal [3]. Y si dispones
Á observar tus sentidos, verás cosas
Que posibles te harán mis descriciones.—

Yo escuchaba do quier voces llorosas
Sonar, y quién las daba no veia;
Conque paréme en dudas temerosas.

Y juzgué que él pensó que yo creia
Que entre esos troncos mueve lenguas tantas
Gente que de nosotros se escondia.

Por eso él exclamó:—Si de esas plantas
La rama más sutil tronchar quisieres,
Verás cómo tu juicio actual quebrantas.—

Y avancé el brazo á los leñosos séres,
Y un ramillo tronché de un grande pruno,
Y el tronco me gritó:—*¿Por qué me hieres?*

Y al volverse despues de sangre bruno;
—¿Por qué (volvió á gritar), dí, me laceras?
¿No tienes de piedad instinto alguno?

Hombres fuimos, si hoy plantas lastimeras:
Mas piadosa tu mano ser debia,
Aunque hubiéramos sido sierpes fieras.—

¿No viste verde leño, mientra ardia
Del un cabo, chirriar de la otra punta,
Porque el aire compreso despedia?

Pues así de esa planta sale junta
Con la sangre la voz, y yo contristo,
Dejé el ramo caer, la faz difunta.

Y le dijo mi sábio:—Si previsto
Por él, alma ofendida, sér pudiera
Lo que sólo en mis versos haya visto[4],

Hoy contra tí su mano no extendiera;
Que á lo que ya me pesa le he incitado,
Por lo que de increible el caso hubiera.

Dile, pues, quién tú fuiste, y compensado
Serás, con que tu nombre hora renueve
Allá en el mundo, á dó volver le es dado.—

Y el tronco:—Tu decir tan dulce y leve,
Me impulsa á hablar; y sufre si más graves
Mis ecos son de lo que el lábio debe.

Soy yo aquel[5] que teniendo entrambas llaves
Del corazon de Federico, usólas
Ya cerrando, ya abriendo, tanto suaves,

Que mias sus confianzas fueron solas;
Y fuí de mis funciones tanto onusto,
Que rudas mi salud de sobra hallólas.

La meretriz [6] que del palacio augusto
Nunca apartó los ojos licenciosos,
Corrupcion de las córtes, muerte y susto,

Inflamó á todos contra mí animosos,
Y al César todos contra mí inflamaron,
Mudando en luto honores tan gloriosos;

Conque el ánimo mio así irritaron,
Que, por huir de la vergüenza el ceño,
Contra mí justo [7], injusto me tornaron.

Por las raíces nuevas de este leño,
Júrote que á la fé y amor profundo
No falté nunca de tan digno dueño.

Y si de ambos volviere alguno al mundo,
Mi memoria restáure, aún empañada
De la calumnia vil al soplo inmundo.—

Aguardó el vate, y luégo:—Pues callada
Es la voz (dijo) al tiempo da provecho,
Y habla y pregunta más, si más te agrada.—

Y respondí:— Demanda lo que al pecho
Imagines tú mismo que más place,
Que yo no puedo, de piedad deshecho.—

Y él:—Pues miéntras el hombre satisface
Libre lo que pediste en voz amiga[8],
Tú, alma encarcelada, nos complace,

Y dí cómo el espíritu se aliga
De los torcidos nudos entre el juego,
Y si hay quien de esos miembros se desliga.—

Entónces sopló fuerte el tronco, y luégo
Así se torna ese aire en voz infanda:
—Respuesta breve ofreceré á tu ruego.

Cuando una alma feroce se desbanda
Del cuerpo que por propio esfuerzo suelta,
Minos al cerco sétimo la manda.

Ella entre las malezas cae revuelta
De la selva, no en parte prevenida,
Y cual grano germina allí de espelta.

Despues en árbol montaraz crecida,
Las Harpías, paciendo de su hoja,
Por dó causan dolor le abren salida.

Y cuando el alma el saco al fin recoja
¡Ay! no podrá vestirle, que no es dado
Al hombre recobrar lo que ímpio arroja.

Y por nosotros hasta aquí arrastrado,
De su árbol cada cuerpo á la funesta
Eterna sombra yacerá colgado...!—

Aún era mi atencion al tronco puesta,
Esperando escucharle nuevamente,
Cuando un súbito ruido nos molesta,

Como el que escucha el cazador paciente,
Cuando á su aposte van puerco y jauría,
Y ya cerca crujir las ramas siente.

Y vé aquí un par hácia la izquierda vía
Desnudo y rasguñado, que volaba,
Con pié que matas y jaral rompia.

Y el de delante:—¡Oh muerte, ven (clamaba)
Ven ahora!—Y el otro, que atrasarse
Sentia:—¡Oh Lano [9], en Topo (le gritaba)

No se ha visto tu planta así agitarse!—
Y cuando sordo ya su ahoguido suena,
Á un arbusto apretado va á estrecharse.

Detrás de ellos la selva hervia llena
De hambrientos canes negros, más potentes
Que galgos á quien sueltan la cadena.

Esos al que paró clavan los dientes,
Su carne rasgan con furor insano,
Y se llevan los trozos aún calientes.

En esto mi guardian me asió una mano
Y al arbusto llevóme, que gemia
Por las sangrientas bocas, aunque en vano.

—De Santandrea [10]. ¡Oh Yago! (le decia)
Escudo hacer de mí, ¿qué te ha valido?
¿Pues tu culpable vida es culpa mia?—

Cuando el vate á su lado fué venido:
—¿Quién fuiste (dijo), que por brechas tales
Manas sangre y acento dolorido?—

Y él á nosotros:—¡Oh ánimas, que iguales
Á ver venís el lamentable estrago
De que tanta hoja suelta da señales!

Al pié las recoged del tronco aciago.
Yo fuí de la ciudad que en el Bautista
Mudó el primer patron [11], quien la dió en pago

Que fortuna en la guerra no la asista;
Y si de aquel el Amo cabe el puente
Aún no ofreciera restos á la vista [12],

Inútil fuera que patricia gente
La levantára sobre firme basa
Del escombro que Atila dejó ardiente.
Soy yo [13] el que en horca convirtió su casa.

CANTO XIV.

El compartimiento tercero del sétimo cerco, en que penetran ahora los Poetas, es una llanura de ardentísima arena, en que llueven contínuamente copos de fuego. En él se castiga á los que hicieron violencia á Dios, á la naturaleza y al arte. Entre los violentos contra Dios figura Capaneo el Tebano. Siguiendo su camino, se encuentran despues un riachuelo de sangre, y Virgilio describe el misterioso orígen de éste y de los demás rios infernales.

Del amor de la pátria yo movido [1],
Junté las hojas que dispersas vide
Al pié de aquél que calla enronquecido.

Vinimos luégo al fin, dó se divide
El recinto segundo del tercero,
Que justicia con modo atroz preside.

Y porque bien narrar lo nuevo quiero,
Digo que á una llanura ancha llegamos,
De aspérrima aridez, de aspecto fiero.

La ciñe el bosque de los negros ramos,
Como éste ciñe al lago sanguinoso.
Allí en su misma linde el pié fijamos ;

Que de arena era el suelo, hondo, ardoroso,
Como aquel [2] dó fijóse en otros dias
La libre planta de Caton famoso.

¡Oh vindicta de Dios, y cuál debias
Temida ser de los que oirán con dudas
Lo que ofrecióse á las miradas mias!

Rebaños muchos ví de almas desnudas,
Todas llorando asaz míseramente,
Sujetas á diversas penas crudas.

Supina yace en tierra alguna gente,
Otra es sentada en actitud penosa,
Otra anda sin parar eternamente.

Era la del andar más numerosa,
Y ménos es la del forzado asiento,
Si bien mayor su queja dolorosa.

Por todo el arenal con llover lento
Anchos copos de fuego descendian,
Como en los Alpes cae nieve sin viento.

Asi vido Alejandro [3] que caian
Sobre sus tropas lenguas inflamadas,
Cuando á las indias tierras descendian.

Y discurrió, que al punto pisoteadas
Fueran, porque más pronto sus vapores
Extintos, que al del suelo acumuladas.

Tales bajan ahora estos ardores
Que encendiendo la arena, cual la yesca
El pedernal, redoblan los dolores.

Y de las pobres manos es la gresca,
Que en llegar pronto aquí y allí consiste,
Y en ir ahogando cada llama fresca.

Y exclamé yo : —Maestro, que venciste
Todo hasta aquí, ménos la hueste dura
Que á cerrarnos salió la puerta triste,

¿Quién es el alto aquél que no se cura
Del vivo ardor, y en su despecho abierto
Parece que ni el fuego le madura?—

Y él mismo entónces viendo ya de cierto
Que dél yo hablaba á la pareja mia,
Gritó : —Como fuí vivo, tal soy muerto.

Canse Jove al ferron de quien su impía
Mano arrebata la centella aguda,
Con que abrasóme en mi postrero dia.

Y uno tras otro á los demás acuda,
Y en los hornos mongíbelos [5] se meta,
Pidiendo á gritos de Vulcano ayuda.

Si con todas sus fuerzas me asaeta
Tan fiero cual de Flegra [6] en el combate,
Jamás de mí victoria habrá completa.—

Díjole entónces con acento el vate
Cual no le habia de ántes levantado :
—Por tu altiveza, que ni aquí se abate,

Capanéo, te ves más castigado ;
Que á suplicio mayor que el de tu rabia,
No pudieras, soberbio, ser lanzado. —

Vuelto despues á mí, con mejor labia :
— Ese rey (dijo) de los siete ha sido
Que expugnaron á Tebas; y áun agravia,

Cual entónces, á Dios, de furia henchido;
Mas, cual me oyó, su propio orgullo entero
Es galardon á su piedad debido.

Y ora me sigue, y cuida que ligero
Tu pié no pase al arenal que escuece,
Y ande siempre del bosque en el lindero. —

Y callados llegamos dó aparece
Brotando arroyo de la selva afuera
Cuyo rojo color aún me estremece.

Cual Bulican [7], de quien el agua espera
Repartirse la turba pecatrice,
Tal por la arena á aquél saltar se viera.

Y su fondo que muestra de silice,
Y la piedra del uno y otro lado,
Que el paso es por allí fácil nos dice.

—Entre cuanto á tu mente he descifrado,
Desde que entramos por la puerta aciaga,
Cuyo dintel á nadie le es negado [8],

Nada habrá que á tu juicio satisfaga
Como el rio que ves aquí corriente,
Que todo fuego en su interior apaga.—

Esto dijo mi guía; y yo, impaciente,
Le pedí me abreviára darme el pasto
De que las ganas alargó á mi mente.

—Yace en medio del mar país ya guasto
(Él empezó), que Creta se apellida;
Y fué bajo Rey suyo el mundo casto [9].

Allí es montaña, de ántes florecida,
Con aguas y verdor, si por desuso [10],
Hoy ágria, escueta, á la que aún nombran Ida.

La cuna de su hijo allí dispuso
Rea esconder; y por mejor consejo,
Con gritos encubrir su llanto impuso [11].

De pié dentro del monte está un gran viejo [12],
Y á Damieta da espaldas su figura,
Y ve á Roma de frente como á espejo.

De oro rico su testa brilla pura,
Su pecho y brazos son de plata fina,
De bronce desde el pecho á la cintura,

Y en fierro electo lo demás termina,
Sino el derecho pié, barro cocido,
Dó más pesa la mole, y más declina.

Todo, fuera del oro, está rompido
De abertura que lágrimas provoca [14],
Las que esa gruta juntas han fendido.

De su caudal, que al valle se derroca,
Aquerón, Flegeton y Estigio nacen;
Y ésta, pasando luégo estrecha boca,

Van al llano sus ondas, y en él hacen
Las de Cocito; de que hablar me priva
Que has de verlas, y el ámbito que tracen.—

Y yo:—Pues si este arroyo se deriva
Así de nuestro mundo (le respondo),
¿Por qué vémosle sólo en esta riva?—

Y él respondió:—Bien sabes que redondo
Es este reino; y aunque asáz lanzarse
Pudo á izquierda tu pié, calando al fondo [15],

Aún no el cerco total llegó á pisarse;
Conque, pues cosas nuevas ver áun cuentas,
No debe tu razon así admirarse.—

Y yo:—Maestro, oscuros me presentas
Leteo y Flegeton; que callas de uno,
Y del otro que nace de aquí cuentas.—

—Eres, cierto, en tus cargos oportuno
(Dijo); mas el hervir del agua roja,
Pudiera bien desvanecerte alguno [16].

Al Leteo verás, dó el valle moja [17]
En que á lavarse el alma arrepentida
Va cuando de la culpa se despoja.—

Y añadió:—Ven tras mí: ya la salida
Del bosque hácia el arroyo es tiempo se haga.
Senda ofrecen sus bordes no encendida,
Y todo fuego en su vapor se apaga [18].—

CANTO XV.

Hallan los Poetas, caminando ya por la arenosa llanura, una porcion de violentos contra la naturaleza. Uno de ellos, que es Bruneto Latino, habiendo reconocido á Dante su antiguo discipulo, se le acerca y le ruega que ande en su compañía por un rato para tener el gusto de gozar de su conversacion. El Poeta oye de su lábio la futura ingratitud de sus conciudadanos, los daños que le aguardan, y por fin los nombres de várias personas condenadas por el feo vicio.

Ibamos ya por la una márgen dura
Del arroyo, y la niebla suya humeante
Del fuego el agua y bordes asegura.

Como los diques que entre Bruja y Gante
Dan los flamencos á la mar violenta,
Por alejar su furia amenazante,

O cual los que á lo largo alza del Brenta
El padovés, por defender sus muros,
Antes que Clarentana [1] el calor sienta;

Estos, así cual ellos, labró duros
La mano del fautor, quien quier que fuera,
Tan elevados no, sí tan seguros.

El bosque en tanto de nosotros era
Tan léjos ya, que á verle no llegára,
Aunque el rostro, por verle, allá volviera;

Cuando hallamos, viniéndonos de cara,
De ánimas un tropel, en larga fila,
Y cada sombra en nós la vista pára,

Cual nos solemos ver á la tranquila
Luz de naciente luna, ó cual ve atento,
Viejo alfayate que la aguja enhila.

Y registrado así por almas ciento,
De una fuí conocido, que del traje
Me detuvo, exclamando: —*¡Qué portento!*

Y yo, primero que él sus manos baje [2],
La vista puse en su semblante prieto,
Sin que del fuego el horroroso ultraje

Conocer me impidiera á tal sujeto;
E inclinado á su faz que casi toco:
—¿Aquí estais vos (le dije) ñor Bruneto [3]?—

Y él: —Hijo mio, tu paciencia invoco,
Si Bruneto Latin vuelve contigo,
Pasar dejando atrás su escuadra un poco.—

Y respondí: —Tu mismo anhelo abrigo,
Y áun sentarnos podemos, si te agrada,
Y aquel lo quiere cuya regla sigo.—

—Hijo (exclamó), por detenerse un nada
Toda alma de esta grey, despues cien años
Inmóvil bajo el fuego es azotada.

Vé, pues: yo asido seguiré á tus paños,
Y luégo á mi manada iréme aprisa
Que va llorando sus eternos daños.—

Yo queria irle á par: mas indecisa
La planta en descender, el rostro inclino,
Yendo cual hombre en actitud sumisa.

Y él empezó:—¿Qué suerte ó qué destino
A venir aquí vivo te sujeta?
¿Y éste quién es que te enseñó el camino?—

—Allá en la vida (respondíle) quieta,
Descarriado me ví por selva umbría
Antes de que mi edad fuese completa [4].

La espalda ayer mañana ya volvia,
Cuando éste vino á reponerme en ella,
Y á volverme al hogar por esta vía.—

Y él:—Si te sigue (prosiguió) tu estrella,
Saldrás sin duda con victoria al puerto,
Si auguré bien, cuando en la vida bella.

Y del cielo el favor viéndote abierto,
Animado te habria al fin glorioso,
Si ya no hubiera por entónces muerto.

Mas aquel pueblo ingrato y malicioso
Que desciende de Fiésolo en lo antigo,
Y aún guarda de lo agreste y peñascoso [5],

Por tu hacer bueno se te hará enemigo;
Y es propio así; que entre ínfima retama,
No se forma y madura dulce el higo.

Ciegos de antiguo el mundo ya los llama [6],
Gente envidiosa, sórdida, superba:
De sus usos te limpia y torpe fama.

Pues tanto honor fortuna te reserva,
Que hambre de tí tendrán negros y blancos,
De su boca apartada esté la yerba;

Y hagan pasto los brutos fiesolancos
De sí mismos, y en paz dejen la planta,
Si aún se produce alguna en sus barrancos.

Renazca de ella la semilla santa
Que quedó de romanos [7] cuando en nido
Fué convertida de malicia tanta.—

—Si á mis ruegos el cielo hubiera sido
Propicio (respondíle), todavía
No habríais de la tierra descendido.

Que aún conservan el pecho y mente mia
Vuestra bondosa y paternal semblanza,
Como cuando enseñábaisme algun dia

De qué modo eternal vivir se alcanza;
Por cuyo bien, miéntras me encuentre vivo,
Se deshará mi lengua en alabanza.

Lo que narrais de mi carrera escribo,
Y guardo á una mujer, con otro testo [8]
Que ha de glosarme, si á su vista arribo.

Sólo que os sea quiero manifiesto
Que si mis actos la conciencia aprueba,
Al vaiven de fortuna estoy dispuesto.

Ya ese anuncio escuché: mas ella mueva
Su rueda á su placer; y su ganado
Siga el pastor, y el labrador su esteva.—

Volvióse entónces al derecho lado
Mi guía, y me miró luégo diciendo:
—El que notas tomó, bien ha escuchado.—

No por eso dejé de ir discurriendo
Con ñor Bruneto; y de lo más famoso
Que yace allí con él, fuíle inquiriendo.

Y él:—Que sepas de alguno es provechoso,
Si á los más el olvido mejor cabe;
Que el tiempo es breve, y el asunto odioso [9].

En suma, que éstos fueron gente grave,
Nutrida en áulas, de instruccion preclara,
Y á un mismo vicio esclavizados, sabe.

Prisciano [10] va con la infeliz piara,
Y Francisco de Acorso [11]; y si protervos
Tales quisieras ver, tu vista hallára

Á aquél á quien el Siervo de los siervos
Mudó del Arno al Baquillon [12], en donde
Al fin soltó los maltendidos niervos.

De otros diria aún: mas no responde
El tiempo á mi querer, y he percibido
Que entre humo nuevo el arenal se esconde.

Viene grey con quien ir no me es debido:
Te encargo mi Tesoro [13]: todavía
Viviendo estoy en él; no más te pido.—

Y aquí volvióse; y rápido corria
Como los que en Verona el pálio verde [14]
Se disputan; y de ellos parecia
El que vence en la lidia, no el que pierde.

CANTO XVI.

Junto al término del tercer compartimiento del cerco sétimo, donde ya oia el Poeta el ruido de Flegetonte precipitándose al octavo, se encuentra con otra banda de almas súcias del vicio de ántes indicado. Se apartan de ella tres, dirigiéndose á DANTE, y son de ilustrísimos conciudadanos suyos, y le entretienen hablándole de Florencia, hasta que llegan al pié del alto brocal; y allí, á una señal de Virgilio, se asoma un extraño mónstruo, que ha subido nadando por el aire.

Era ya dó el rimbombo se oye bravo
(Como el que hace un enjambre en su colmena)
Del agua que caia al cerco octavo,

Cuando tres sombras juntas, por la arena
Miro, huyendo de un grupo que pasaba
Bajo el llover de la abrasante pena.

Vienen á nós; y cada cuál gritaba:
—Pára, tú de cuyo hábito presiento
Que álguien serás de nuestra tierra prava.—

¡Ay cuánto sulco en su semblante cuento,
Antiguo y nuevo por la llama inciso!
Piedad aún hoy al recordarlo siento.

Mi doctor á sus gritos parar quiso,
Y volviéndose á mí, dijo:—Detente:
Ser atento con éstos es preciso;

Y si no fuera por la lluvia ardiente
Que asaeta aquel suelo, te diria
Que más te toca á tí ser complaciente.—

Paramos, y el son mismo repetia
Su voz; y cuando á nós fueron llegados,
Hicieron de sí rueda que corria [1].

Y cual suelen, desnudos ya y untados,
Antes de dar y asirse, los atletas
Atisbar dó se arrojen no esperados,

Así, girando todos tres, inquietas
Su frente nos volvian; con que opuestos
Los piés caminan á las caras prietas.

Y uno empezó:—Si á tu desden expuestos
Son nuestros ruegos, por el sitio horrible
Y por los rostros denegridos estos,

Nuestra fama tu pecho haga sensible,
Y quién eres nos dí, que así atropella
Tu planta viva la region terrible.

Este de quien me ves pisar la huella,
Hoy desnudo y la frente así ultrajada,
Clara más que imaginas tuvo estrella.

Nieto de la bondosa y fiel Gualdrada [2],
Llamóse Guido Guerra, y en la vida
Hizo asaz con la mente y con la espada.

El que tras mí la arena deja hundida,
Es Tejiazo Aldobrandi [3], á cuyo nome
Ser debiera la tierra agradecida.

Y yo, á quien Dios con ellos castigóme,
Soy Yago Rusticucio [4], aquí bajado
Por la feroz mujer que el cielo dióme.—

Yo me hubiera á los tres de lo alto echado,
Si algo de la ímpia lluvia me cubriera;
Que no lo habria mi rector negado.

Mas temor de que el fuego me cociera,
Venció la voluntad, que con anhelo
A estrecharlos al pecho me moviera.

Y exclamé luégo:—No desden, mas duelo
Vuestra clase y dolor de mí recaba,
Que largo hará mi inmenso desconsuelo;

Así que en las palabras que soltaba
Este mi guía fiel, por cierto tuve
Que gente cual vosotros se acercaba.

De vuestra tierra soy, y siempre anduve
De vuestros claros nombres orgulloso,
Y vuestras glorias escuché y retuve.

Que yo deje esta hiel por fruto hermoso
Quiere, despues que al fondo me introduzca
(Cual me ofreció), mi guía no engañoso.—

Y él dijo:—Así tu espíritu conduzca
Largos dias tus miembros por la tierra
Y tu fama despues brillante luzca;

Que digas si cual ántes aún encierra
Nuestra ciudad valor y cortesía,
O si ya para siempre los destierra.

Que Guillermo Borsier [5], que en compañía
Va nuestra há poco tiempo, nos aflige
Con sus relatos, frescos todavía.—

—La gente nueva que á Florencia rige
Hizo nacer con la ganancia presta
La desmesura y la altivez (les dije).—

Y alcé entónces la frente; y por respuesta
Ellos que oyeron esto, se miraron,
Como el que á gran verdad asenso presta.

—Si otras veces tus lábios encontraron
Tan fácil vado á la demanda extraña,
¡Venturoso de tí (los tres clamaron)!

Y si á salir de la infernal campaña
Llegas, cuando decir quieras: *yo estuve*,
Y veas que la luz tu frente baña,

Habla de nós, y nuestras penas sube.—
Rompen la rueda aquí, y en su carrera
Por alas sus veloces plantas tuve.

Y ántes de que un *amén* sonar pudiera,
De nuestra vista el grupo era eclipsado.
Mi guía, en tanto, para andar no espera.

Y yo le sigo; y poco se ha avanzado,
Cuando ya el son del agua es tan vecino,
Que apenas nuestro hablar fuera escuchado.

Como el rio que tiene su camino
Propio del monte Veso [6], hácia Levante,
Por el izquierdo flanco de Apenino;

Y á su lecho del vál baja bramante,
Y Agua-quieta se llama ántes del salto,
Y en Forli nombre tal deja vacante;

Que de San Benedicto ruge en lo alto,
Y á regar baja un suelo, que podria
A miles alimento dar no falto [7];

Así desde una roca descendia
Tronante esa agua negra despeñada,
Tan fuerte que mi oreja ensordecia.

Yo alrededor de mí llevaba atada
Cuerda con que pensaba algunas veces
Coger la tigre de la piel pintada [8].

Y así que toda la solté, á las preces
La entregué de mi guía obedeciendo,
En rollo recogida y por dobleces.

Y él su derecho brazo atrás tendiendo,
Y apartándose un tanto de la orilla,
La arrojó dentro del abismo horrendo.

Y entre mí dije yo : —Pues así brilla
El ojo del maestro en fija espera,
Nueva y rara se apresta maravilla.

¡Cielos qué cauto el hombre ser debiera
Con quien de nuestro interno se hace dueño,
Sin fijarse de sobra en lo de fuera!—

— Hora aquí lo que aguardo con empeño
Verás subir (prorumpe mi pareja)
Y lo que vió tu pensamiento en sueño. —

A verdad que á mentira se asemeja
Siempre cerrar el lábio debe el hombre,
Pues, sin culpa, deshonra le apareja [9].

Mas que yo no la calle no te asombre;
Y por esta Comedia [10] ¡oh lector! juro,
Y porque dure grato su renombre,

Que ví por entre el aire craso, oscuro,
Venir nadando arriba una figura
Que diera espanto al corazon más duro.

Iba cual náuta que en subir se apura
Despues que la enredada ancla desprende
De entre la oculta sirte ó roca dura,
Que los piés junta y con los brazos hiende.

CANTO XVII.

Miéntras el maestro se entretiene con Gerion, mónstruo cuya figura se describe, para disponerle á que se preste á bajarlos al fondo, DANTE se aparta para ir solo á visitar á los violentos contra el arte, que están sentados junto al gran báratro y bajo la lluvia de fuego. Le cuelga á cada uno del cuello una bolsa de ciertos blasones y color, por la cual puede el Poeta conocer á algunos. Vuelve luégo á Virgilio, á quien ya encuentra acomodado en la espalda de Gerion. Sube él tambien, y bajan al cerco octavo.

—Hé aquí la fiera de la aguda cola,
Que pasa montes, rompe armas y muros,
La que la tierra entera infesta sola.—

Así empezó mi guia sus conjuros,
Y la hizo de venir seña imperante
Al petril por dó andábamos seguros.

Y esa imágen del fraude repugnante
Se vino, y acercó su frente y seno:
Mas la cola guardó siempre distante.

Era su rostro de hombre justo y bueno,
Y suave en lo de afuera aparecia:
Lo bajo era de sierpe con veneno.

Del sobaco peluda le nacía
Garra, y el pecho y lomo y los costados,
Pintos de jeroglíficos tenía.

Nunca por turco y tártaro bordados
Fueron trajes tan vários en colores,
Ni paños por Aracne[1] matizados.

Como á veces los barcos pescadores
Que parte en agua están, y parte en tierra,
Ó allá, dó son tudescos tragadores[2];

Como el castor se apresta á hacer su guerra[3],
Así la fiera abominable estaba
Sobre el pretil que las arenas cierra.

Su cola en el espacio serpenteaba,
La venenosa horquilla revolviendo,
Que á guisa de escorpion la punta armaba.

—Conviene (dijo el guía) irnos torciendo
De nuestra senda, en busca del insano
Que espera allí acostado, mónstruo horrendo.—

Por eso echamos hácia el fin del llano;
Y por bien evitar las llamas, dimos
Diez pasos más á la derecha mano.

Y cuando cerca de la bestia fuimos,
Un poco más allá, sobre la arena,
Gente sentada y junto al borde vimos.

Y aquí el maestro:—Porque alcances plena
Noticia de este cerco y de su suerte,
Ve (me dijo) y observa bien su pena.

Y que allí debes ser conciso advierte
Miéntras vuelvo; que á aquella voy á hablarle,
Porque auxilio nos dé su espalda fuerte.—

Así, solo del todo, hube de andarle
Lo más alto á aquel cerco todavía,
Para esa gente triste visitarle.

El dolor fuera al rostro les salia,
Y aquí y allí su diestra á lo candente
Del suelo ó de los copos acudia.

Así hace el can en la estacion ardiente
Con la pata ú hocico al atropello
De pulga, ó mosca, ó tábano insistente.

Y rostros vários registré, que el sello
Del fuego doloroso destrozaba,
Y á nadie conocí: mas ví que al cuello

Una escarcela á todos les colgaba[4],
Con cierto signo, y de color variante,
Y que en ella su vista se extasiaba.

Y como entre esos iba curioseante,
Vide en bolsa amarilla algo azulado[5]
Que había de leon forma y talante.

Y prosiguiendo luégo en mi cuidado,
Otra ví de color de sangre pura,
Dó se ostentaba un ánade nevado[6].

Y uno de blanca bolsa, en que figura
Preñada puerca azul, ví destacarse[7]:
—¿Qué haces (diciendo) en esta valle oscura?

Vete; y el que así vivo osa mostrarse,
Sepa que mi vecino Vitaliano[8]
Aquí á mi izquierdo lado ha de sentarse.

Yo entre esos florentinos soy paduano[9],
Y en mi oreja cien veces multiplico
Su gritar: *¡Venga el héroe soberano!*

Él la bolsa traerá del triple pico[10].—
Y el lábio tuerce aquí, la lengua saca,
Como hace el buey que lámese el hocico.

Y yo, temiendo la paciencia flaca
Del que á partir me amonestó severo,
A los tristes dejé que el fuego ataca.

Y á mi guía encontré, ya caballero
Junto á la cola de la bestia odiosa;
Y me dijo:—Ora sé fuerte y ligero.

Escala es ésta al descender forzosa.
Monta delante: yo á la grupa insana
Voy, por mor de la punta venenosa.—

Como el que ve venirle la cuartana,
Y ya, blancas las uñas, tiembla inerte
Sólo al pensar de la fridez cercana,

Yo sentíme, al oirle, de esa suerte:
Mas del rubor me llena la amenaza
Con que hace el buen señor al siervo fuerte.

Y siéntome en aquella ancha espaldaza;
Y decir quiero (mas la voz no viene)
Dame favor, y contra tí me abraza.

Y el que en mí sus cuidados siempre tiene,
De lo que tanto arriba me dió pruebas,
Desque monté me ciñe y me sostiene;

Y dice: — Tiempo es ya de que te muevas,
Gerion: ancho giro, bajar suave:
Piensa en la nueva carga que ora llevas. —

Cual de estrecho lugar sale la nave,
La fiera, reculando, va saliendo;
Y así que en juego colocarse sabe,

Dó el pecho fué, la cola va volviendo;
Y cual anguila muévese extendida,
Con las garras el aire sacudiendo.

Más pavura no pienso fué sentida,
Ni cuando Faeton perdió las riendas,
Y dejó cual es hoy la esfera ardida [11];

Ni cuando Icáro triste las delendas
Plumas soltó, sus ceras liquidadas,
Gritándole su padre: *malas sendas*,

Que la que yo sentí, cuando lanzada
Por los aires, mi vista sólo cuenta
Ya á la fiera y á mí sobre la nada.

Ella se va nadando lenta, lenta;
Circula, y baja; y yo lo voy sintiendo
Sólo en el aire que la faz me avienta.

Y á la diestra, al oir ya el eco horrendo
Del torrente bramando en son esquivo,
Bajo los ojos, la cabeza extiendo,

Y el riesgo entónces en su horror concibo;
Porque lloros oí, ví llama ardiente;
Y todo me encogí temblando vivo.

Luégo lo que ántes no, sentí patente
Del bajar y el girar; porque me ataja
Clamor de várias partes diferente.

Como halcon que en el aire asaz trabaja,
Y sin presa ni aviso del señuelo,
Le hace al cuida gritar: *¡aymé, ya baja!*

Y desciende sin fuerzas desde el cielo
Que ántes ágil sulcaba, y va, apartado
Del maestro, á posarse mústio al suelo,

Así en el fondo Gerion, al lado
Se posó del pretil y roca escueta;
Y, de nuestras personas descargado,
Partió cual de la cuerda la saeta.

CANTO XVIII.

Este octavo cerco, llamado *Malos sacos*, se divide en diez grandes fosos circulares y concéntricos, en cada uno de los cuales se castiga á una especie de fraudulentos. En este canto se trata de los dos primeros sacos. En uno de ellos se pena, azotándolos por mano de los demonios, á los rufianes: en el otro, sumergiéndolos en la inmundicia, á los aduladores y á los que hacen infames servicios.

Malos sacos se llama en el infierno
Un sitio pétreo y de color ferruno,
Como es el cerco que le ciñe externo.

Derecho, á la mitad del campo bruno,
Un pozo se descubre extenso y hondo,
Cuya estructura trazaré oportuno.

El espacio que média allí es redondo
Entre él y el borde de la roca dura,
Y en zonas diez divídese su fondo.

Como de plaza fuerte es la figura,
Que para más defensa, sus castillos
Con repetidos fosos asegura.

Y así en cercos se ven los diez anillos;
Y, cual aquellos de sus puertas lanzan,
A la orilla de fuera puentecillos,

Así del pié del precipicio avanzan
Rocas que el muro cubren y los fosos,
Y hasta el brocal del ancho pozo alcanzan.

En tal sitio los lomos escamosos
Del mónstruo nos dejaron, y al Poeta,
Por la izquierda, mis piés siguen ansiosos.

Y á la derecha ve mi vista inquieta
Más tormentos y más tormentadores,
De que la prima zona está repleta.

Son al fondo desnudos pecadores:
Mitad venir á nós de cara veo,
Y mitad ir, con pasos aún mayores.

Tal en Roma ocurrió del Jubileo
El año [1] para abrir fácil del puente
Tránsito de la turba al hormigueo;

Que todos á una orilla iban de frente
Al castillo y San Pedro en derechura,
Pasando los de vuelta opuestamente.

Aquí y allí sobre la roca escura
Ví con pencas cuernosa estirpe fiera,
Hiriéndoles detrás con saña dura.

¡Ay, tal redoblan su veloz carrera
Las pencadas primeras, que ninguno
La segunda esperó, ni la tercera!

Mientra andaba, la vista puse en uno;
Y apenas le observé, para mí tuve
Que de haberle ántes visto no era ayuno.

Por eso á cerciorarme me detuve,
Y se paró conmigo el guía amado,
Y un tanto atrás con su permiso anduve.

Ocultarse intentaba aquel golpeado:
Mas el bajar la faz poco le presta,
Que yo le dije:—Atiende el agachado:

Si tu semblanza verdadera es ésta,
Venédigo eres tú Càcianimigo.
¿Que te trae, pues, á salsa [2] tan funesta?—

Y él respondió:—Sin voluntad lo digo:
Mas mi vida me acuerda tu habla sola,
É inútil es disimular contigo.

Aquel fuí yo que á la gentil Guisola
Al gusto del marqués llevé inexperta;
Que el rumor no es verdad que me acrisola [3].

Ni soy yo el solo boloñés que acierta
Este sitio á morar, de nós tan lleno;
Que hoy tanta lengua no ha de verse experta

A decir *Sipa* entre Savena y Reno [4].
Y si fé quieres de ello, y testimonio,
Nuestro avaro genial te lo hará bueno.—

Hablando así, fustígale un demonio,
Diciéndole:—Anda, vé, que aquí no hay vía
De hacer, Rufian inmundo, matrimonio.—

Juntéme, en esto, con la escolta mia;
Y á breve espacio de partir, vinimos
Donde un peñasco como puente habia.

Con ligereza fácil le subimos,
Y en lo alto, vueltos á la diestra mano,
De sus eternos muros nos salimos.

Y llegados dó arquea al aire vano,
Y da paso á la herida turba triste,
Me dijo el guía:—Atiende, y ve el insano

Rostro de esos malnatos que aún no viste,
Pues con nós iban, y á la par de frente,
Por el camino mismo que trajiste.

Y vide aquí, desde el robusto puente,
Venir hácia nosotros nueva banda,
Perseguida del látigo inclemente.—

Y mi Señor, sin aguardar demanda:
—Mira (dice) ese grande que ni gota,
En dolor tanto, de sus ojos manda:

¡Qué régio aspecto aún en él se nota!
Ese es Jasón, que, en maña y brazo fuerte,
Ganó de Colcos la riqueza ignota.

Y cuando á Lemnos lo arrastró la suerte,
Despues que osaron hembras desalmadas
A los varones todos dar la muerte,

Con palabras y dádivas doradas
A Isifile engañó, por cuya idea
Fueron ántes las otras engañadas;

¡Y madre la abandona, y triste, y rea!
Por tal crímen tal pena le castiga,
Y á un tiempo venga á la infeliz Medea [5].

Con él son los que el mismo fraude aliga;
Y esto sólo saber es de provecho
De ese cerco, y los míseros que abriga.—

Éramos ya donde el sendero estrecho
Cruza el muro segundo, y forma puente
Que del un arco al otro va derecho.

Luégo en el nuevo saco escucho gente [6]
Lamentarse y bufar con triste boca,
Y herirse con las palmas impaciente.

Cubre un moho los bordes de la roca,
Que el vaho que se eleva en costra cuaja,
Cuya vista y hedor náuseas provoca.

Y á honduras tales el abismo baja,
Que apenas desde el alto se veria
Del arco que extension más grande ataja.

Y miéntras viendo estoy los que allí habia,
Uno hallé con el cráneo tan merdoso,
Que ¿quién si era ó no clérigo diria?

El cual:—¿Por qué (me grita) más curioso
Estás de mí, que de otros de este giro?—
Y dije:—Porque en pelo más lustroso

Te he visto ya, si bien mis cuentas tiro;
Y eres Alejo Interminell, de Luca [7]:
Por eso más que á los demás te miro.—

Y entónces él, golpeándose la nuca:
—Aquí me trajo (exclama) la alabanza
Que en mi melosa lengua no caduca.—

Y mi guía:—La vista un poco avanza,
Porque claras la frente y las mejillas
Puedan mirar tus ojos con holganza,

De esa mujer, de greñas amarillas,
Que allí con uña arráscase merdosa,
Y ora se pone en pié, y ora en cuclillas.

Táide es esa, la moza licenciosa
Que al decirla el cortejo [8]:—¿Y por tal gracia
Qué me das?—Respondió:—La mejor cosa.—
Y vámonos, que tanto hedor ya sácia.—

CANTO XIX.

En el saco tercero se castiga á los simonianos. Están sumidos boca abajo en pozos, de que está sembrado por todas partes, y tienen fuego encendido en la planta de los piés, que sobresalen con parte de la pierna. Deseoso DANTE de conocer á uno de esos, que más que los otros removia los piés, el maestro carga con él y lo lleva hasta donde está empozado. El que sufre tal castigo le dice que es Nicolás III, de la casa Orsini. Entónces el Poeta prorumpe en una tremenda invectiva contra la avaricia de algunos Pontífices. Despues Virgilio vuelve á llevarle al puente del modo que le trajo.

¡Oh Simon Mago [1], oh míseros secuaces
Que las gracias de Dios, dulce reguero
De clemencia y bondad, vendeis rapaces,

Que las adulterais por vil dinero!
Aquí la trompa por vosotros tomo
Los que en el cerco residís tercero.

Mas ya por el siguiente saco asomo,
Del escollo subidos en la parte
Que en el centro del foso cae á plomo.

¡Oh suprema virtud, cuánto es el arte
Que en cielo y tierra muestras, y en el hondo,
Y cómo tu saber mide y comparte!

Yo por los lados vide y por el fondo,
Llena de hoyos sin fin la piedra oscura,
Todos de un ancho y de brocal redondo.

No son ni más ni ménos en su anchura
Los que aquel mi San Juan bello presenta
Al bautizante, para más holgura [3].

Y ora es bien diga que la fama asienta
Que uno hace años rompí: mas que se ahogaba
Un infante si no, la infiel no cuenta [4].

Del brocal cada pozo fuera echaba
Los piés de un pecador, y hasta dó cria
Mollar la pierna, y lo demás guardaba.

Un fuego á todos en la planta ardia
Tan violento, la caña percutiendo,
Que retorcidos nudos roto habria;

Y de punta á talon les va corriendo,
Como de cosa untada el cabo arroja
Llama que el unto aquél va manteniendo.

—¿Quién es ese, rector, que en su congoja
Bulle cual otro no de su linaje,
Y al que chupa (exclamé) lumbre más roja?—

Y él: —Si quieres (siguió) que allá te baje
Por esta riba, de su culpa el fallo
Te contará, y el mal que le trabaje.—

Y yo: —Tan dulce lo que dices hallo,
Que es mi gusto tu ley: tú eres mi guía,
Y lo que siento ves, y lo que callo.—

Al cuarto saco entramos, y la vía
A la izquierda seguimos, descendiendo
Al fondo que los pozos contenia.

Y fuéme en su cadera conduciendo
El buen maestro, hasta tocar la cueva
Del que lanza el dolor, los piés moviendo.

—¡Oh tú, el que lo de abajo arriba lleva,
Tú, cual clavado leño, ánima esclava,
Si es que puedes (le dije) á hablarnos prueba.—

Y como el fraile que confiesa estaba
Al asesino, que en el foso estrecho [5],
Por dilatar su muerte, nunca acaba.

Y él gritó:—¿Conque ahí ya estás derecho,
Ahí ya estás derecho, Bonifacio?
¿Mi antevista marró por leve trecho?

¿Tan pronto estás de las riquezas lacio
Con las que haber por fraude no temiste
La esposa que saqueaste en breve espacio [6]?—

¿Cuál se queda cortado aquél no viste
Que no entendió lo que le fué respuesto?
Pues yo mudo quedé como ese triste.

Virgilio exclamó entónces:—Dile presto:
No soy yo quien tu anhelo se figura.—
Y así lo respondí, cual fuéme impuesto.

Por lo cual todo con los piés se apura;
Y suspirando el mísero combusto:
—¿Pues qué me quieres? (dice con tristura)

Si de saber quién soy tanto es tu gusto,
Que eso te trajo á mi recinto opaco,
Sabe que llevé un dia el manto augusto.

Hijo fuí de la osa, en verdad flaco [7],
Y de engordar oseznos codicioso,
El oro allá, y acá me eché yo al saco.

Son bajo mi cabeza en lo quiebroso,
Los que en simonear me han precedido;
Y la peña les es cajon premioso.

Yo bajaré tambien cuando venido
Hubiere el sucesor á quien mi acento
Iba veloz, por yerro, dirigido.

Mas no á aquel [8] de sus piés el hervimiento
Le durará, cual este mio dura,
Ni el sufrir del inverso enclavamiento;

Que otro despues vendrá de hácia Poniente [9],
Pastor sin ley, exento de obra buena,
Propio á cubrir de entrambos la pendiente,

Siendo nuevo Jasón [10], como el que suena
Del Macabeo libro, que hará blando,
Cual hizo al suyo aquél, al rey del Sena.—

Yo, á la templanza aquí tal vez faltando:
—¿Pues, dime (en responderle no me arredro),
Qué tesoro ó caudal le va enseñando

Al pescador el Cristo, ni qué medro
Cuando las llaves suyas le confia?
Sólo dijo en verdad: *Sígueme*, *Pedro*.

Ni por Pedro y los otros se pedia
A Matías ni el oro ni la plata,
Por el puesto que infiel Judas perdia [11].

Anda, que con razon se te maltrata:
Guarda la mal ganada vil moneda
Que contra Cárlos tu rigor desata [12];

Que si no fuese lo que hablar me veda
El respeto, áun aquí, de la Tiara
Que llevaste en la vida dulce y leda,

Todavía más grave acento usára;
Que la avaricia vuestra al mundo atrista,
Porque al bueno hace mal y al ímpio ampara.

En vosotros pensó el Evangelista,
Cuando á la que es sobre las aguas puesta,
Con los Reyes folgando halló su vista [13]:

La que contó al nacer sétima testa [14],
Y los diez cuernos alza en ornamento,
Mientra el consorte á la virtud se presta.

Hecho os habeis un dios de oro y de argento:
¿Pues qué hay que del idólatra no os cuadre,
Sino que ese, uno adora, y vos á ciento?

¡Ay, Constantino, y de qué mal fué madre
No, á fé, tu conversion, la dote impía
Con que hiciste al primero rico padre [15].—

Miéntras yo tales cantos [16] le tenía,
O qué rábia ó conciencia le mordiera,
Ambos los piés con fuerza sacudia.

Bien creo yo que al vate complaciera
(Con tan contenta faz siempre escuchóme)
La expresion de mi lábio verdadera.

Mas con todo, en sus brazos levantóme,
Y luégo que estrechado húbome al pecho,
Por el lugar de dó bajé, subióme.

Y sin cansarse de llevarme estrecho,
Me condujo del arco á lo eminente,
Que es tránsito del cuarto al quinto trecho.

Aquí la dulce carga mansamente
Puso, porque tan ágrio es el escollo,
Que áun fuera á cabras áspero y pendiente;
Y desde allí más cuadros desarrollo.

CANTO XX.

El cuarto saco contiene á los impostores que profesaron la supuesta ciencia de adivinar. Tienen éstos la cara á las espaldas, con lo que se ven forzados á marchar al revés, no pudiendo ver por delante de sí. Virgilio muestra á DANTE algunos de los más famosos en aquel arte; y entre esos, á la tebana Manto, por quien tuvo orígen Mántua, su pátria.

Voy de nuevos dolores á hacer versos,
Y al vigésimo canto dar asunto,
Dó las penas se ven de los inmersos.

Encontrábame ya dispuesto á punto
De ver el seno desde allí patente
Que de angustia y de llanto era conjunto,

Cuando ví por su fondo venir gente,
En silencio y llorando, al paso lento
Que lleva letanía penitente [1].

Y hácia ella, al bajar mi vista atento,
Maravillóme el verles trasmutado
Desde dó tiene el busto nacimiento;

Que á la espalda su rostro iba tornado,
Y marchar hácia atrás es su destino,
Porque adelante ver no les fué dado.

¿Paralítico impulso á algun mezquino
Pudo el cuerpo torcer de tal manera?
Ni lo he visto, ni dable lo imagino.

Si Dios aprovechar te concediera,
Lector, esta leccion, de tí recaba
Si seca yo la faz tener pudiera,

Cuando la imágen nuestra contemplaba
Diforme tal, que el llanto de los ojos
Lo posterior por la canal bañaba.

Eran los mios de llorar ya rojos,
Cuando:—¿Eres tú tambien (me dijo el vate)
De esos necios que el paso arrastran flojos?

Pio es aquí quien la piedad combate;
Que ¿quién más criminal que aquel que siente
El juicio con que Dios al ímpio abate?

Alza, alza la faz á ese que al frente
De los tebanos se le abrió la tierra,
Gritando todos: *Anfiarao*[2], *detente:*

¿Dó te arrojas? ¿Por qué dejas la güerra?
Y él rodando siguió de ruina en ruina,
Hasta Minos, que á todos nos aferra.

Nota que, en vez de espalda, el pecho inclina;
Y porque ver asaz quiso adelante,
Hoy atrás mira, y al revés camina.

Ese es Tiresias [3], que cambió semblante,
Y mudando áun los miembros más sutiles,
Trocóse en hembra, de varon pujante.

Y preciso le fué los dos reptiles
Enroscados tocar con fácil verga,
Para cobrar los signos varoniles.

Allí Aronte [4] á su vientre el lomo aterga,
El que en los montes Lúnios, que cultiva
El Carrarense, que á sus piés se alberga,

Tuvo, entre blanco mármol, gruta viva,
Mansion que nunca de la vista hermosa
De las estrellas ni del mar le priva.

Y esa que, con la suelta crencha undosa,
Los pechos, que no ve, cubre ¡oh portento!
Siguiéndole de allí la piel vellosa,

Manto fué [5], que corrió tierras sin cuento,
Y paró dó yo vine al sol fecundo.
Hora por breve espacio estáme atento.

Ella, desque su autor pasó al profundo,
Y la ciudad de Baco á cetro aciago [6],
Gran tiempo anduvo por el ancho mundo.

Arriba hay en la bella Italia un lago
Al pie del Alpe que al germano ataja
Sobre el Tirol, y dícenle Benágo [7].

Con mil fuentes y mil su seno cuaja,
Entre Garda y Camónica, Apenino
Del agua que á estancarse al lago baja.

Sitio hay en medio[8] que el pastor Trentino,
Como el Bresciano y Veronés, pudiera
Bendecir bien andando ese camino;

Y donde más desciende la ribera,
Sentada está Pescara, escudo fuerte
Que á Bérgamo y á Brescia da frontera.

Allí cuanto caudal Benágo inerte
En quieto seno á contener no alcanza,
Rompiendo en rio, por los prados vierte.

Deja luégo su nombre desque avanza,
Y ya con el de Mincio corre ufano
Hasta Goberno, donde al Pó se lanza.

Él, tras de breve curso, encuentra un llano
En el cual se derrama y lo empaluda,
Y en el ardiente estío le hace insano.

Pasando junto dél la vírgen cruda[9],
Tierra entre los pantanos halló infestos,
Que de cultivo y gente era desnuda.

Allí, poco al consorcio humano expuestos,
A ejercer con sus siervos su mal arte
Se detuvo, vivió, dejó sus restos.

Luégo los ya extendidos á esa parte,
Por más fuerte á aquel punto se abrigaron,
Su marisma ofreciéndoles baluarte.

Sobre el muerto despojo un pueblo alzaron
Y Mántua, por la que hubo allí primero,
Que no por otra causa, la llamaron.

Gozó ya esa ciudad más alto fuero,
Antes que á la estultez de Casalodo [10]
Le diera el pago Pinamonte artero.

Aprende, pues, que si oyes de otro modo
Buscar orígen á la pátria mia,
Ofensa á la verdad, mentira es todo.—

Y yo: —Maestro, tu palabra envia
Tanta lumbre á mi mente, que, á su lado,
Apagado carbon todo sería.

Mas entre los que avanzan, señalado
Alguno, dime, si hay por sus acciones;
Que eso no más pretende mi cuidado.—

Y replicóme:—Aquel al que en vellones
La barba por la prieta espalda viene [11],
Cuando Grecia tan limpia de varones

Se vé, que ni en la cuna ya los tiene [12],
Augurio fué con Cálcas, que á las naves
Levar anclas en Áulide previene.

Eurípilo llamóse, y en sus graves
Versos mi alta tragedia así lo canta:
Tú que asaz la conoces, bien lo sabes.

Aquel tan breve y de magrura tanta,
Fué Miquelo Escocés [13], á quien la gente
Hábil en fraudes mágicos decanta.

Mira á Güido Bonato [14], mira á Ardente [15],
Que nunca haber dejado pez y cuero
Hoy querria, y que tarde se arrepiente.

Ve las tristes que aguja y cardadero
Dejan, y con figuras adivinas
Preparan y con yerbas torpe agüero [16],

Mas ven, que ya Cain [17] con su haz de espinas
Al horizonte llega y se sepulta
Tras Sevilla en las ondas cristalinas;

Que desde ayer la luna entera abulta,
Y sabes que su faz te ayudó clara
Cuando ibas ciego por la selva inculta.—
Esto dice, y el pié de andar no pára.

CANTO XXI.

Aquí están sumidos en pez ardiendo los rufianes y los que hicieron tráfico de sus cargos en la república y vendieron la honra de las mujeres. Alrededor del saco giran los garritrancas, demonios armados de horquillas y tridentes de fierro, para pinchar á los que tratan de salir del caldo hirviente. Atormentamiento de un rufian de Luca. Virgilio escapa de los diablos que corren tras de él con sus instrumentos. Los Poetas, no pudiendo seguir su camino por la misma roca, á causa de la rotura del arco sobre el sexto saco, le emprenden, escoltados por diez demonios, á lo largo del muro hasta que llegan al otro escollo que el diablo mayor, por engañarlos, les habia dicho que estaba practicable.

De puente en puente [1] así cosas narrando,
De que hablar mi Comedia no se cura,
Íbamos, y en el último fué cuando

A ver nos detuvimos la otra hondura
De *Malos sacos*, dó el tormento arrecia;
Y con asombro ví cuánto era oscura.

Cual hierve espesa pez que el náuta precia,
Cuando en invierno las tronzadas quillas
Vuelca en los arsenales de Venecia,

Donde el uno las débiles costillas
Repone: el otro el tajamar allana
Con que trague otra vez de mar las millas;

Y éste á prora, ese á popa el fondo sana,
Y quién el remo labra, ó tuerce el lino,
Y quién alza artimon, y quién mesana;

Tal, no por fuego, por querer divino
Allá abajo una algosa brea ardia,
Que enligaba los bordes y el camino.

Era yo fijo en ellos y no vía
Sino la ampolla, hinchada al hervimiento,
Ir subiendo, y despues bajar vacía.

Miéntras yo así la contemplaba atento,
Mi maestro gritando:—¡Guarda! ¡Guarda!—
Hácia sí me tiró desde mi asiento.

Yo como aquél volvíme á quien se atarda
El ver el riesgo que evitar le toca,
Y á quien espanto súbito acobarda,

Y que el correr por el mirar no apoca;
Y un diablo negro á nuestra espalda observo,
Por el filo corriendo de la roca.

¡Ay! ¡Qué aspecto llevaba tan superbo!
Y con su pié veloz y alas tendidas,
¡Oh cuánto habia en su ademan de acerbo!

Sus espaldas huesosas y salidas
Cargan de un pecador con las dos ancas,
Al que aferra las corvas oprimidas;

Y desde nuestro puente:—¡Oh Garritrancas
(Gritó) de Santa Cita va un anciano [2];
Cogedle, que por otro van mis zancas;

Que abunda en esa tierra este mal grano,
Y es todo hombre rufian más que Bonturo [3],
Y un *sí* se vuelve en *no*, si untan la mano.—

Y echóle al fondo, y por el mármol duro
Tan veloz se lanzó, que no más presto
Mastin tras de ladron arranca furo.

Aquel se hundió y volvió de espaldas puesto:
Mas los diablos que al puente dan parada:
—Aquí no hay *Santa Faz* [4] (grítanle en esto);

Ni como allá en el Sérquio [5] aquí se nada.
Si no prefieres, pues, nuestros garrones,
No hagas sobre la pez nueva empinada.—

Luégo dánle pinchazos con harpones,
Diciéndole: —Ora baila só techado [6],
Y tus tratos ahí sigue felones.—

Así del jefe el marmiton guiado,
Hunde, porque no flote en la caldera,
El pingüe trozo, con metal dentado.

En tanto mi maestro:—Bueno fuera,
Por evitar (me dijo) que te viesen,
Que algun peñasco de estos te encubriera;

Y que no por ofensas que me hiciesen
Te asustáras; que á mí, ya noticioso,
No han de asustar cuantas sus mañas fuesen.—

Luégo pasó del lado allá del foso,
Y cuando al sexto puente era delante,
Bien tener frente audaz le fué forzoso.

Con el mismo furor y ardor pujante
Con que embisten los perros al mendigo
Que súbito se pára suplicante,

Así aquéllos, saliendo de su abrigo,
Su garfio cada cual le asesta breve:
Y él grita: — ¡ Cuenta lo que haceis conmigo!

Antes que me claveis el fierro aleve
Uno que me oiga de vosotros salga,
Y me agarroche luégo, si se atreve.

— Vaya (gritaron todos) Malanalga.
Y ese avanza, y los otros quietos quedan;
Y él se acerca, diciendo: — ¿ Qué hay que valga?—

— ¿ Piensas tú, Malanalga, que así puedan
Mis piés llegar hasta tu val malino
(Le dijo mi maestro) sin que cedan,

A no ser obra del querer divino?
Déjame, pues, seguir, que Dios me invita
A otro enseñarle el áspero camino.—

Su orgullo entónces tal se precipita,
Que, dejando caer su chuzo á tierra:
—¡Nadie le toque!—á los demás les grita.

Y mi maestro á mí:—¡Oh tú el que encierra
La gran peña del puente, así tapado,
Ven ya conmigo, y el temor destierra.—

Yo me estiro, y á él corro desalado,
Y los diablos tambien salen de frente;
Con que ya el pacto me tragué quebrado.

Así una vez capitulada gente
Ví salir de Caprona [7], de pavura
Temblando, al verse entre enemigo hirviente.

Y me apreté á mi guía con presura,
Sin apartar mis ojos ni un momento
De su, no á fé, benigna catadura.

El chuzo ellos bajaban, y:—¿Lo asiento
(Decíanse uno á otro) en la grupera?—
Y respondian:—Sí; pégale un tiento.—

Mas el diablo, que habló la vez primera
Con mi guía, volvióse premuroso,
Y dijo:—¡Quieto, quieto, Cabellera!—

Y luégo á nós:—Parar aquí es forzoso,
Pues seguir no podeis: porque es el caso
Que, roto el arco sexto, escombra el foso;

Y si aún más avanzar quereis acaso,
Por esa gruta entraos macilenta:
Cerca otro escollo facilita el paso [8].

Mil doscientos seis años con sesenta,
Cinco horas más que hoy son [9], ayer la ruina
De este camino destrozado cuenta.

Hora, para atisbar si álguien se empina,
mandar quiero allá abajo de mi gente:
Id con ella, sin miedo á chamusquina.

Alitronchado, Pisaescarcha, al frente
(Les empezó á gritar); y tú, Galgazo,
Y á mandar la decena Barbardiente.

Y tambien Libiuscoco y Dragonazo
Y Javato, Colmillos, y Perrea,
Y Duenducho, y el loco Rubicazo.

Cuidad en torno de la hirviente brea,
Y éstos pasadme allá de la otra roca
Que las pocilgas todas señorea.—

—¡Ay, maestro, de mí; lo que nos toca!
Si sabes, solos vámonos (le dije)
Que tal guardia confianza me da poca.

Mas si en tí la atencion de siempre rige,
¿No ves crugir los dientes rechinantes,
Ni el gesto que su frente me dirige?—

Y él á mí:—De sus ceños no te espantes,
Por más que los redoblen á porfía:
Miran á los que hierven no distantes [10].—

A izquierda, en esto, echó la grey bravía,
Y ántes de inteligencia morisqueta [11]
Le hacen al cabo; el cual la marcha abria,
Usando del de atrás como trompeta.

CANTO XXII.

Continúa el asunto del canto precedente. Caminando los Poetas á la izquierda, por la márgen de la roca, descubren en el saco gran número de rufianes, qué de diferentes modos buscan alivio á su tormento. Estos son los que en las córtes de los Príncipes trafican con el favor y con la justicia. Uno de ellos, más tardo que los demás en esconderse de los diablos, que los sorprenden, cae en sus garras y es miserablemente estropeado. Es un tal Chámpoio, de Navarra, que, á ruegos de Virgilio, da razon de otros insignes rufianes, vecinos suyos. Se describe cómicamente la astucia del Navarro por librarse de los Garritrancas, y la pelea que, por causa suya, traban entre sí dos de esos diablos.

Yo campo militar ví levantarse,
Y pasar muestra y avanzar bridones,
Y á veces escapar para salvarse.

Yo en las tierras de Arezo ví ladrones
Correr á son de guerra, en merodeo:
Tornear jinetes, y justar campeones:

Cuándo, á la voz de trompa ó campaneo [1],
Por atambor ó signos de castillo [2],
Con usos nuestros, ó de extraño arreo.

Navíos ví mover de un faro al brillo:
Mas no nave ó legion, propia ni externa,
Ví obediente á tan raro caramillo.

Íbamos, pues, con la decada averna.
¡Ay, compañía atroz! Mas en el templo
Son los santos: la chusma en la taberna.

Y entre tanto la pez fijo contemplo,
Para bien darme del suplicio cuenta,
Que á la rufiana gente es triste ejemplo.

Como el delfin que anuncio le presenta
En su encorvado lomo al marinero
De que rauda se acerca la tormenta,

Así, para aliviar su dolor fiero,
Algun triste veloz el cuerpo saca,
Sumergiéndose luégo aún más ligero.

Y como están al borde de agua opaca
Quietas las ranas, con los musos fuera,
Y ocultos gordo vientre y pierna flaca,

Así se hallan los otros por do quiera:
Mas cuando Barbardiente se aparece,
Se sumerge la turba lastimera.

Yo ví, y el corazon aún se estremece,
Á uno quedar cual ves rana tardía,
Miéntras otra da un salto y desparece.

Y Perreá, que cerca le tenía,
Los pegajosos pelos rebujando
La sacó, que una nútria parecia.

Si á todos por su nombre voy llamando,
Es porque á su eleccion estuve atento,
Como cuando entre sí se iban nombrando.

—¡Oh Rubicazo! Métele al momento
Las uñas en el lomo y se lo pela,—
(Grítanle muchos con rabioso acento.)

Y yo:—Maestro mio, con cautela
Haz por saber quién es el desdichado
Que cayó en manos de la atroz secuela.—

Y el sábio guía se le pone al lado
Y le demanda su país:—Mi padre
(Él responde) en Navarra me ha formado:

Púsome á siervo de un señor mi madre,
Que me engendró de un perillan ribaldo [3],
A quien no hay triste nombre que no cuadre.

Luégo, al servicio del buen rey Tebaldo,
La vergüenza entre robo y fraudes pierdo,
Y ora mis culpas purgo en este caldo.—

Javato, á quien colmillo como á un cerdo
De una y otra boquera le salia,
Le mostró cuál rajaba el suyo izquierdo.

¡Entre qué gatos el raton yacía!
Mas Barbardiente aférrale tenace
Y—¡Paz miéntras le ahorco!—(les decia.)

Y el guía:—Es bien que, si aún saber te place,
Le preguntemos más; que el riesgo aqueja,
Y acaso este tropel le despedace.—

Y el guarda mio:—Dime si su queja
Aquí bajo la pez algun latino
Lanza.—Y responde:—Ora de mí se aleja

Uno que á esa region nació vecino,
Y con el que, si áun fuera yo en el cazo,
Foz no temiera, ni garron diablino.—

Y Pisaescarchas (apuntando á un brazo):
—Ya nos cansamos—(dijo), y garrochóle,
Y entre las puntas se llevó un pedazo.

Libiuscoco tambien los piés buscóle;
Conque irritado el decurion [4] empieza
A ver de mala cara el tole-tole.

Cuando calmóse un tanto su braveza,
Al triste, que aún su herida contemplaba,
Le preguntó mi guía con presteza:

—¿Quién es el de quien dices te pesaba
Tanto håberte apartado, espirtu laso?—
Y él dijo:—Fray Gomita se llamaba [5].

Fué de Sallura, y de maldades vaso;
Y astuto, á los contrarios de su dueño [6],
Presos en su poder, abrióles paso.

Ni sólo entonce al seductor empeño
Cedió: mas siempre adorador del oro
Fué, en cuantos cargos tuvo, no pequeño.

Con él Sanchez [7] está de Logodoro;
Y de hablar no se cansan de Cerdeña,
Sus artes recordando y mal decoro.

Más os diria; pero ¡oh Dios! ya enseña
¡Ay! Sus dientes aquél, y temo mucho
Que á repelarme avance ora la greña.—

Y el gran preboste, vuelto hácia Duenducho,
Que para herir torcia ojos insanos,
Dícele: —Aparta, pérfido avechucho.—

Y siguió el asustado: —Si á las manos
Quieres, para informarte, algun sumiso,
Convocaré Lombardos y Toscanos.

Mas estos Garritrancas es preciso
Que aparte estén, porque osen arriscarse:
Yo, en tanto, aquí clavado donde piso,

Por uno que ora soy, haré juntarse
Siete cuando silváre, como es uso
Nuestro, siempre que un pobre busca orearse

Galgazo, á tal mocion, levantó el muso,
Movió la testa, y dijo: —¡Astuto engaño
El que para escaparse nos compuso!—

Y él, que es tan rico en mentiroso amaño,
Replicó: —¡Buena astucia he concebido,
A los mios causando el mayor daño!—

Y Alitronchado, un tanto seducido,
Díjole: —Si de pronto allá te calas,
No tras tí correrá mi pié fendido,

Que batirán sobre la pez mis alas.
Vamos, y que nos cubra aquel otero,
Y á diez diablos veremos si te igualas.—

Oye ¡oh lector! amaño el más artero [8].
Todos de aguaite van tras la alturilla,
Y el más opuesto de ántes fué el primero.

Mide muy bien su tiempo, y en la arcilla
Los piés clavando, el de Navarra embiste
Un salto, y salva la infernal cuadrilla.

No hay uno á quien el caso no contriste,
Si bien al que fué causa más le apura,
Que se arrojó gritando: —¡Ya caiste!—

Pero poco logró, que á la pavura
No ganaron las alas, y ese al hondo,
Y éste su pecho enderezó á la altura.

Así el pato de golpe échase al fondo
Cuando el halcon se acerca, y éste airado,
Y corrido á la vez, sulca en redondo.

Pisaescarchas, del lance acalorado,
En pós del otro vuela, y se promete [9]
Armársela á su vez á Alitronchado.

Y el rufian en la pez no bien se mete,
Cuando á su compañero [10], en vivo arranque,
Sobre el foso, garreando, le acomete.

Pero no es fácil que le tronche ó manque,
Que es tambien fuerte gavilan [11], y juntos
En medio caen del macizo estanque.

Rebaja el caldo del furor los puntos;
Mas á alzarse su esfuerzo es impotente:
¡Tanto son de la pez entrambos untos!

Cual los otros rabioso, Barbardiente
Manda á cuatro, de chuzos bien guarnidos,
Volar á la otra banda prontamente.

Y así de entrambos lados descendidos
Extendieron su harpon á los reclusos,
Bajo la costra ya medio cocidos.
Nosotros los dejamos aún infusos.

CANTO XXIII.

Habiéndose apartado hábilmente los Poetas de los Garritrancas, ocupados en sacar de la pez á sus compañeros, prosiguen su camino solos, aunque temiendo ser perseguidos, y se dejan resbalar acostados boca arriba, para bajar al sexto saco, en donde encuentran á los hipócritas, vestidos de pesados mantos de plomo muy dorados exteriormente. Hablan con los dos hermanos Gaudentes, Catalano y Loderingo. Ven en el suelo crucificado á Caifás, á quien pisan los de los mantos, pasando por encima. Despues salen del saco los Poetas, á los que uno de los hermanos les ha dicho cómo deben verificarlo.

Callados, solos ya, sin compañía,
Uno en pós de otro, nuestro andar hermana
Al de Padres Menores por la vía [1].

Mi juicio, á causa de la lucha insana,
De Esopo en el apólogo iba puesto
En que cuenta del topo y de la rana [2].

Pues ménos se parecen *pronto* y *presto*,
Que entrambos casos, si el criterio anota
Principio y fin, con arte bien dispuesto.

Y cual nuevo pensar de un pensar brota,
Otro en nacer del mio no se tarda,
Que con nueva pavura el pecho azota.

Yo discurria así: — La grey bastarda
tan burlada se ve por causa nuestra,
Que sin duda rencor tenaz nos guarda.

Si á eso se junta su maldad siniestra,
Por nosotros vendrán, con más anhelos
Que can tras la hocicada liebre muestra. —

Ya erizarse sentia yo mis pelos;
Y, entre atento y miedoso, aparte lucho,
Cuando exclamé: — ¡ Maestro, por los cielos!

Si á los dos no nos celas pronto, mucho
Temo á los Garritrancas: ya, en mi mente,
Llegan: ya están detrás: ya los escucho. —

Y él: — Si fuese yo espejo, más patente
De tu aspecto exterior no fuera norma,
Que imágen soy de tu interior presente.

Mi pensamiento al tuyo se conforma,
Y con union tan íntima se abraza,
Que no más que uno de los dos se forma.

Si el borde, pues, que el flanco diestro enlaza,
A otros sacos descenso puede darnos,
Te salvaré de la temida caza. —

Aún no acabó su intento de trazarnos,
Cuando, no léjos ya, y en ala abierta,
Los ví ráudos venir para alcanzarnos.

Como la madre que al rumor despierta,
Y junto á sí la llama vé encendida,
Y al hijo toma, y huye, y sólo acierta

Á ocuparse de carga tan querida,
Tanto que apenas viste lienzo escaso,
Así de pronto me cogió mi cuida.

Y ya en el lomo del peñasco raso,
Se echó supino á la empinada cuesta
Que del un saco al otro es solo paso.

No el agua tan veloz se manifiesta
Por fácil caño de terral molino,
Cuando junto á los albes va más presta,

Como el maestro, con su hacer ladino,
Surca el dique, llevándome á su pecho,
Más cual hijo de amor que cual vecino.

No bien toca su planta al hondo lecho,
Cuando llegan los otros á la altura,
Cima nuestra : mas vano es ya su acecho.

Que la alta providencia, que la cura
Y gobierno les da del quinto vaso,
Veda á todos dejar su estancia impura.

Gente hallamos aquí que á lento paso
Iba llorando, con la faz pintada [7],
Y aspecto y ademan rendido y laso.

Capas llevaban con capucha echada
Sobre los ojos, de la hechura en pico
Para los frailes en Colonia usada.

Deslumbraban por fuera de oro rico,
Siendo plomo en lo interno, y graves tanto,
Que son paja las que usa Federico [4].

¡Ay sempiterno fatigoso manto!
Volvimos á la izquierda en movimiento
Del suyo á par, al son del triste llanto.

Mas con el peso era el andar tan lento
De esa cansada grey, que siempre nueva
Compañía nos da nuestro andamiento [5].

Conque dije al rector:—A encontrar prueba
Alguien por fama ó nombre conocido,
Y así andando, la vista en juego lleva.—

Y uno, de mi decir toscano herido,
Gritó tras mí:—Parad, ó el pié mitigue
Su marcha por el suelo maldecido:

Quizá mi voz vuestra atencion obligue.—
—Párate (vuelto á mí, dijo mi guía),
Y al paso con que él va luégo prosigue.—

Me detuve, y ví á dos, en los que ardia
Y se expresaba afan de estar conmigo,
Que el peso y la estrechez les reprimia.

Cuando á nós llegan, con mirar no amigo,
Y sin decir palabra, me examinan,
Y tratando entre sí, dicen consigo:

—Sus lábios á que vivo está me inclinan:
¿Por cuál si no, no visto privilegio,
Á andar libres del manto los destinan?—

Luégo:—Toscano (dícenme), al colegio
De los tristes hipócritas llegado,
Dínos tu nombre mísero ó egrégio.—

Yo respondí:—Nacido fuí y criado
En la ciudad que de Arno ve la espuma,
Y este cuerpo en que estoy siempre he llevado.

Mas vosotros, ¿quién sois, que con tal suma
De lágrimas bañais el rostro opreso,
Y qué pena ó dolor así os abruma?—

Y el uno respondió:—De tan espeso
Plomo son estas capas refulgentes,
Que el cuerpo, cual balanza, cruje al peso [6].

Bolonia el ser nos dió: fuimos Gaudentes [7]:
Catalano soy yo, y él Loderingo:
Por lo aislados, cual jueces nuestras gentes

Nos tomaron, que en ello bien distingo
Que fué dar vado á la justicia. Cuáles
Nosotros fuimos, cuéntelo el Gardingo [8].—

Y yo exclamé:—¡Oh hermanos! vuestros males...
No dije más, que dió mi vista en uno
Clavado en tierra, en cruz, por tres puntales:

El cual se tuerce al ver ya cerca alguno,
En la barba suspiros resoplando,
Y Catalan, notándolo oportuno,

Me dijo : —El que clavado estás mirando,
Aconsejó esquivarse al Fariseo,
Por el pueblo al martirio un hombre dando [9].

De la vía en mitad desnudo reo,
Ora lento y pesado el pié le trilla
De cuantos pasan del plomizo arreo.

Tambien á pena igual aquí se humilla
Su suegro [10], con los otros del concilio
Que á los Judáicos dió fatal semilla.—

Sorprenderse ví entónces á Virgilio
Por el que en afrentosa y vil postura
Tendido yace en el eterno exilio.

Luégo del fraile así saber procura :
—Decidnos, si quereis y se os permite,
Si á la derecha mano hay abertura

Que salir de este fondo facilite
Ora á los dos, sin que lograrlo á expensas
De la negra legion se necesite.—

Y él respondió:—Más cerca que tú piensas
Nace del cerco máximo un breñaje
Que las estancias todas cruza extensas.

Sólo se encuentra roto en un paraje:
Pero podreis subir sobre el escombro
Que allí, cegando el foso, da pasaje.—

Quedó mi guía, en esto, en mudo asombro,
Y despues dijo:—¡A fé bien me ha burlado
Aquel jefe cruel del chuzo al hombro!—

Y el Frate:—Entre los vicios que he escuchado
En Bolonia contar del diablo un dia,
De *padre del embuste* fué tachado.—

Aquí el paso veloz mueve mi guía,
La faz turbada un tanto del enojo:
Y yo me aparto de la grey tardía,
Y de la amada huella en pós me arrojo.

CANTO XXIV.

Habiendo salido los Poetas del sexto saco, con gran dificultad y cansancio, vuelven á continuar su camino, subiendo por el escollo arriba, y llegan al sétimo, en el cual ven, entre multitud de sierpes, á los ladrones, los cuales, picados por esos horribles animales, arden todos, y en seguida renacen otra vez de sus propias cenizas. En estos ladrones se trata especialmente de los sacrílegos, entre los cuales Dante reconoce á Vanifucio de Pistoya, que le predice, en un ímpetu de rabia, la destruccion del partido florentino llamado de los Blancos.

Cuando se muestra jovencillo el año,
Y el sol más fuerzas en Acuario gana,
Y ya al dia la noche paga el daño [1]:

Cuando la escarcha sobre el suelo cana,
Poco, por el benigno temple, ondea
En él la imágen de su blanca hermana [2],

El pastor, que de todo ya escasea,
Deja su choza, y la campaña mira
Alba dó quier, y el pecho se golpea:

Vuelve á su hogar, y sin concierto gira,
Como el triste que á hacer no acierta nada:
Mas sale otra vez luégo, y ya respira;

Que la faz de la tierra ve cambiada
En breve espacio, y del redil en medio,
A pacer echa fuera su manada,

Así el maestro con su enojo y tedio
Turbóme el alma y con su torva frente,
Y luégo al daño me aplicó el remedio.

Que, cuando fuimos cabe el roto puente,
A mí volvióse, con el rostro amigo
Que en el monte ví en él primeramente;

Y despues de pensar breve consigo,
Abrió los brazos, de ántes contemplando
Las ruinas bien, y en ellos dióme abrigo.

Y como el que obra, á un tiempo meditando
Que todo azar y obstáculo balanza,
Así, miéntras al alto me va alzando,

La vista de un peñasco en otro avanza:
—Cógete á aquél (diciéndome el buen guía);
Mas ántes ve si á sostenerte alcanza.—

¡Para capas de plomo no era vía!
Que yo en vilo, y él leve, con trabajo
Trepar de piedra en piedra se podia.

Y si no fuese que notable atajo
De esta vía á las otras se percibe,
De él no diré, mas yo viniera abajo;

Que como Malos sacos va en declive
Siempre del hondo pozo hasta el paraje,
Causa que, en cada valle que describe,

Una márgen se eleve y otra baje.
Al fin pisar pudimos el cimiento
Dó la postrera piedra hizo desgaje.

Y al llegar, del pulmon el movimiento
Era tal, que me ahogàba su presteza,
Y seguir más no pude, y tomé asiento.

Luégo el maestro : —Arroja la pereza
(Me dijo), que entre seda y blanda pluma
No de la fama súbese á la alteza.

Sin la cual, quien los años triste suma,
El vestigio de sí deja en la tierra
Que humo en el aire, que en el agua espuma.

¡Arriba, pues! Á la fatiga haz guerra
Con el alma, que al fin vence en las luchas
Si no la rinde el cuerpo que la encierra.

Aún tienes que pasar por gradas muchas;
No basta á donde estás haber llegado :
Si me entiendes, no olvides lo que escuchas.—

Alzéme entónce y me mostré animado
De respiro más largo, y más ligero,
Y dije : —¡Sús! ya soy firme y osado.—

Y del peñasco me lancé al sendero,
Que era estrecho y fragoso, y de más brava
Y escarpada pendiente que el primero.

Y por hacerme el fuerte, hablando andaba[3],
Cuando salió una voz del otro foso
Que imperfecta palabra articulaba [4].

No entendí qué decia, aunque curioso
Lo dominaba yo del puente arriba [5],
Y es que hablaba sin duda en son furioso.

Y me agaché : mas no de gente viva
Penetraba la vista al seno impuro,
Y así dije:—Maestro, á la otra riba

Pudiéramos bajar desde este muro,
Que así cual ora escucho y nada entiendo,
Así miro, y no veo el fondo oscuro.—

Y él á mí entónces:—Te contesto haciendo,
Porque se debe á la demanda honesta
Con obras responder, no discurriendo.—

Y bajamos la roca por la cresta
Donde se junta con la valle octava;
De allí el saco su horror nos manifiesta.

Pues dentro vide multitud tan brava
De serpientes, tan vária y espantosa,
Que la lengua, al recuerdo, aún se me traba.

No se envanezca Libia la arenosa,
De sus Yáculos, Cáncros y Farentes,
Su Hidra y su Antisbénes venenosa.

Que no mónstruos jamás tan pestilentes
Lanzar pudieron la abrasada Etiópia,
Ni las tierras del rojo mar ardientes.

Entre esa cruda y aflictiva copia,
Corren gentes desnudas y asustadas,
Que no esperan guarida ni Heliotrópia [6].

Las manos llevan por detrás ligadas
Con sierpes que, enroscándose delante,
Cola y testa al riñon tienen clavadas.

De repente á un desnudo, no distante,
Se tira una culebra, y le atraviesa
Donde el cuello á la espalda está lindante.

Ni *i* ni *o* se escriben tan de priesa
Como aquél se prendió y ardió, cayendo
Entre vana ceniza, hecho pavesa.

Luégo, estando ya en tierra, fuese uniendo
La ceniza ella sola, con el propio
Cuerpo que ántes llevaba apareciendo.

Así, segun de sábios libros copio,
Espira el fénix, y despues renace
De años cincuenta tras el largo acopio.

No grano miéntras vive ó yerba pace,
Sino de incienso, lágrimas y amomo,
Y su pira de mirra y nardos hace.

Cual se queda el que cae, sin saber cómo,
Por fuerza de demonio que le tira,
Ó de humana dolencia al bravo asomo;

Y así que se levanta, en torno mira,
Por la penosa angustia que ha pasado
Aún soporoso, y al mirar suspira:

Tal se mostraba aquel recien alzado.
¡Oh de Dios la justicia cuán severa
Cuando golpes cual éste ha descargado!

Mi cuida fiel le demandó quién era:
Y él respondió:—Llovido de Toscana
Caí, no há mucho, en esta gola fiera.

Vida gusté llevar bestial, no humana,
Como mulo que soy: soy Vanifucio [7],
Y fué mi estancia cuadra Pistoyana.—

Yo por saber su culpa al vate acucio,
Y pido que le mande quieto estarse,
Que hombre le ví de rabia y sangre sucio [8].

Y el pecador me oyó sin irritarse,
Y á mí la mente y rostro dirigido,
De tristeza y rubor le ví bañarse.

Y dijo:—Más me duele que cogido
Me hayas en la miseria que me oprime,
Que perder la otra vida me ha dolido.

Sabe, aunque declararlo me lastime,
Que por robar los sacros bellos vasos [9],
En tan baja region mi sombra gime,

Y porque á otro imputaron tales casos.
Mas porque no te halague mi tormento,
Si de aquí logran escapar tus pasos,

Mi prediccion fatal escucha atento [10].
Disminuirá en Pistoya el Negro odioso:
Mudará ley Florencia y regimiento:

Marte, del Valdemagra nebuloso
Los vapores de guerra irá juntando;
Y con la fuerza de huracan furioso

Sobre Campo-Pisceno descargando,
Lid cruda hará; y al aclarar del cielo,
Veráse á todo Blanco allí espirando.
¿Lo oyes? Lo digo por causarte duelo.—

CANTO XXV.

Atento siempre el Poeta á registrar con la vista el sétimo seno, ve al centáuro Caco que, corriendo detrás del blasfemo Vanifucio, arroja llamas á todo el que encuentra al paso. Despues reconoce á algunos ilustres Florentinos, que fueron ladrones de los caudales públicos, y de ellos describe portentosas trasformaciones, que el Poeta mismo considera superiores en invencion á las de Lucano y Ovidio.

Cuando acabó de hablar el ladre impío,
Las dos manos alzando, hizo dos higas [1],
Diciendo: — Toma, Dios, eso te envío. —

Las sierpes desde allí son mis amigas;
Porque una á su garganta va á anudarse
Cual diciendo: *No más quiero que digas.*

Otra salta á sus brazos á enroscarse,
Y la fuerza les quita y movimiento;
¡Tal llega por delante á remacharse!

¡Oh Pistoya, Pistoya! En fuego lento
¿Por qué no abrasas hijos tan impuros,
Pues que va su maldad siempre en aumento?

Por cuantos cercos tiene averno oscuros,
Á nadie contra Dios ví tan acerbo;
Ni el que cayó de los tebanos muros [2].

Sin decir más palabra, huyó el protervo;
Y un centáuro ví yo con gran braveza
Venir gritando:—¿Á dónde está el superbo?—

No da sierpes Marema [3] en su crudeza
Tantas, como en la grupa aquél llevaba
Hasta dó en él nuestra natura empieza [4].

Y un dragon en su espalda se asentaba
Que, extendidas las alas, humo y fuego
Contra cuantos se acercan vomitaba.

Y mi guía:—Ese es Caco (dijo luégo),
Que cien veces las rocas de Aventino
Bañó de sangre con el largo riego.

De los suyos no va por el camino;
Porque robó con fraude y con ardides
El ganado que dél era vecino [5];

Por cuya causa terminó sus lides,
De cien golpes al diez quizá espirando [6],
Bajo la clava del potente Alcídes.—

Miéntras pasa el ladron y sigue hablando
Mi guía, tres espíritus [7] no vimos
Acercarse á nosotros, sino cuando

Gritaron:—¿Quiénes sois?—Con lo que dimos
Fin del centáuro al doloroso trance,
Y en ellos solos la atencion pusimos.

Yo no los conocia: mas fué el lance
Que, cual ocurre muchas veces, cedo
El uno nombró al otro, á nuestro alcance;

Y dijo:—A Chanfa [8] descubrir no puedo.—
Aquí, porque esté el guía atento y mudo,
Sobre los juntos lábios puse el dedo.

Que ora dudes creer, lector sesudo,
Lo que á decirte voy, no me molesta:
Yo lo ví por mis ojos, y aún lo dudo.

Mi vista y alma estando en ellos puesta,
Una serpiente con seis piés [9] se lanza
Al uno [10], y toda se le enrosca presta.

Con las patas del medio al vientre avanza,
Con sus brazos los brazos le ase y prende,
Y á morderle ambos pómulos alcanza.

Los bajos piés sobre los muslos tiende:
Pasa la cola entre ambos, y la punta
En los riñones por detrás le hiende.

Jamás al árbol se adhirió tan junta
Yedra tenaz como la horrible fiera
Sus miembros al ajeno cuerpo ayunta.

Mezcláronse despues, cual si de cera
Fuesen caliente, especies y colores,
Y ya no es cada cual lo que ántes era.

Así expuesto del fuego á los ardores
Toma el papel un tinte medio bruno,
Que aún no es negro, mas pierde sus albores.

Los dos que le miraban de consuno:
—¡Oh, Añel, cómo te cambias! (le gritaban.)
Mira, ni ya sois dos, ni ya sois uno.—

Y una testa no más las dos formaban,
Y de los dos apareció un semblante
Dó las facciones de ambos se mostraban.

De cuatro brazos dos salen delante:
Piés y piernas y vientre y busto horrendo
Hacen mixto de miembros repugnante.

Todo su sér primero va perdiendo,
Y uno y otro, y ninguno parecia;
Y así con lento paso se fué yendo.

Entónces cual lagarto á quien el dia
Canicular de su vivienda saca,
Que cruza, como lampo, por la vía,

Tal á los otros de la terna flaca,
Cual grano de pimienta negra ardida,
Lívida sierpecilla se destaca [11].

Y al uno [12] le picó por dó comida
Recibe el hombre por la vez primera,
Y á su frente despues se echó extendida.

La mira, y calla el triste á quien mordiera;
Y los piés afirmando, bostezaba
Como si sueño ó fiebre le invadiera.

Él la mira, y la sierpe le miraba:
Él por la herida y ella por la boca
Lanzan humo, y el humo se mezclaba.

¡Calle Lucano el canto donde toca
Del mísero Sabélo y de Nasidio [13],
Y escuche aquí lo que mi musa evoca!

¡Calle de Cadmo y de Aretusa Ovidio;
Que si en dragon á aquél, y estotra en fuente
Convirtió, poetizando, no le envidio!

Que jamás dos naturas frènte á frente
Trasformó de tal modo, que pudieran
Trasmitir sus sustancias de repente.

Diré, pues, que entre sí tal se fluyeran,
Que la víbora en horca hendió la cola,
Y los piés del mordido ambos se unieron.

En él pierna con pierna se interpola
Hasta borrarse tanto la juntura,
Que ni una raya se distingue sola

La horquilla, en ella, adquiere la figura
Que en él pierden los piés : yo ví ablandarse
La piel en ella : en él hacerse dura ;

Sus brazos ví por el sobaco entrarse,
Y segun ellos amenguando han ido,
Los cortos del reptil ví dilatarse.

Luégo sus patas, en cordon torcido,
Van la parte á formar que el hombre cela;
Y él vió el suyo en dos partes dividido.

Entónces, mientra el humo á entrambos vela
De color nuevo, y á la piel atrae
De éste el cabello de que á aquél repela,

Se alza el reptil, el hombre al suelo cáe :
Mas no se quitan, no. la vista impía,
Que aún de uno á otro las facciones tráe.

El hocico á las sienes recogia
El de pié, y la sustancia rebosante
La cara forma, y las orejas cria.

Lo que atrás no corrió, con su sobrante
Los lábios, cual conviene, le dispuso,
Y de humana nariz dotó al semblante.

El caido adelante saca el muso,
Y las orejas hunde en la cabeza,
Cual caracol los cuernos pone en uso;

Y la lengua que hablaba con presteza
Se parte, y la bifurca su horca viva
Cierra, y el humo á disiparse empieza.

Y el alma, que en la sierpe es ya cautiva,
Por la valle fatal huye silbando,
Y el otro sigue allí, y habla y saliva [14].

Y al triste las espaldas nuevas dando,
Dice al que queda: — Boso es bien que corra
Por esas ribas como yo rampando.—

Así vide en la sétima zaborra
Á muchos trasmutarse; y si he caido
Aquí en error, la novedad lo borra;

Y sólo he de añadir que, aunque aturdido
Era y la vista mia ya ofuscada,
No para mí pasó desconocido

Pucio Chancato, el solo que á la entrada
Ví de los tres sin trasformarse un tanto:
El otro era la sombra desdichada,
Gavilla [15], cuyo fin te cuesta llanto.

CANTO XXVI.

Suben los Poetas á lo más alto del escollo, por cuya cima, prosiguiendo su camino, llegan al octavo saco. Brillan en él multitud de lenguas de fuego, en cada una de las cuales se encierra un pecador. Este suplicio es el que corresponde á los que hicieron daño al prójimo por medio de astuto y fraudulento consejo. Habiendo visto en medio de una llama bilingüe á Diomedes y á Ulises, dirige Virgilio la palabra á este último para complacer á su alumno, y obtiene de él que le relate la historia de sus infelices navegaciones.

Goza ¡oh Florencia! de tu inmensa fama,
Pues por mares se extiende y por naciones,
Y hasta en el mismo Infierno se derrama.

Allí cinco hijos tuyos ví ladrones,
Y si de ello vergüenza grande tuve,
A tí no ha de aumentarte los blasones [1].

Mas si el sueño es verdad que en blanca nube
Nos trae el alba, el ódio que te espera
Pronto verás, y que hasta Prato sube [2].

¡Pluguiese al cielo que estallado hubiera,
Si ha de ser, pronto! que la pena mia,
Segun corra mi edad, será más fiera [3].

Comenzamos á andar, y por la vía
Que de escalera nos sirvió [4], bajando,
Volví á subir llevándome mi guía.

Y por la triste ruta continuando
Entre las peñas del quebrado suelo,
Íbale al pié la mano asiento dando.

Entristecíme entónces, y aún me duelo
Cuando dirijo á los que ví la mente,
Y reprimo el ingenio cual no suelo.

Por qué virtud la guíe en su corriente,
No de mi propio bien pierda yo canso
Lo que diéronme un astro y Dios clemente [5].

Cuantas lucernas en el valle manso,
Quizá allí mismo donde sulco traza,
Ve el gañan, que en la grama está en descanso,

Cuando á la mosca el cínife reemplaza,
Á la hora en que más del sol radiante
Alta la luz nuestro hemisferio abraza [6],

Tantas yo vide flamas al instante
En que mi vista descubrió los fosos
Que el cerco octavo púsome delante.

Y como aquél vengado por los osos [7]
Ve de Elías el carro, cuando al vuelo
Sus caballos lanzáronse fogosos;

Que seguirle no puede, y ya su anhelo
No alcanza á ver más que una chispa sola,
Cual punto breve, en el cenit del cielo,

Así cada cual de esas por la gola
Gira del foso, sin mostrar por fuera
Que uno dentro en su fuego se acrisola.

Del puente al borde yo por verlos era
Tanto, que si á un peñasco no me allego,
Sin tocarme ninguno, allí cayera.

Y el vate, que en mirar me vió tan ciego,
Dijo:—Un espirtu cada hoguera guarda[8],
Y le reviste y quémale su fuego.—

—De la verdad del caso me resguarda
Tu voz (le dije); más patente ha sido
Tambien á mí, y oirte se me tarda

¿Quién es el de aquél fuego, dividido
De modo que parece el de la pira
Que á los hijos de Edipo ha contenido[9]?—

Y replicóme: — Dentro dél respira
Con Diomedes, Ulises: que así hermana
La pena en *ellos* es, cual fué la ira.

Y allí dentro se purga la inhumana
Astucia del caballo, que abrió puerta
Por dó salió la prole alta Romana[10];

Y se llora el ardid por el que, áun muerta,
Deyodamia infeliz lamenta á Aquiles,
Y el ara del Paladio al fraude abierta.—

— Si entre el fuego sus voces varoniles
Sonar no pueden, padre, yo te invoco
(Y mis súplicas hoy valgan por miles),

Para que dejes me detenga un poco
Hasta que la bicorne llama venga:
¡Mira si con anhelo la provoco!—

Yo dije; y él: — Bien es que efecto tenga
Afan tan noble y digno de alto precio:
Mas que á callar tu lábio se prevenga,

Y hablar déjame á mí, que mido y precio
Lo que anhelas; que acaso de tu estilo,
Como griegos que son, hagan desprecio.—

Y cuando llega el par del puente al filo,
Y ve oportuno el que tan dulce me ama
Tiempo y lugar, les habla así tranquilo:

—¡Oh los dos que ocupais sólo una llama!
Si vuestra estimacion logré viviendo,
Si poco ó mucho os alcanzó mi fama,

Que el mundo en altos versos va corriendo,
Parad, y el uno de vosotros diga
Dónde acabó, por su querer, muriendo.—

Y el mayor cuerno de la hoguera antiga [11]
Empezó á removerse, murmurando,
Como llama á que el aire da fatiga.

Luégo, su cima aquí y allí cimbrando,
Cual si fuese la lengua la que hablára,
Lanzó fuera un acento, y dijo: —Cuando

De Circe [12] me libré, que me guardára
Por más de un año allá junto á Gaeta [13],
Antes que así tu Enéas la nombrára,

Ni el halago que á un hijo me sujeta,
Ni amor del padre anciano [14], ni el ardiente
Debido á mi Penélope discreta,

Nada el ánsia vencer pudo en mi mente
De recorrer el mundo y verme experto
En leyes y usos de la humana gente.

Y en sólo un leño, al alto mar abierto
Me lancé, con la escasa y fiel compaña
Que nunca me dejó, del pátrio puerto.

Ví la una costa y otra hasta la España [15],
Y Marruecos, y la isla de los Sardos,
Y cuantas aquel mar en torno baña.

Y cuando yo y mis fieles, viejos tardos.
Al estrecho llegamos, donde Alcídes
Sus padrones de honor plantó gallardos [16],

Límite impuesto al náuta y á sus lides,
Y á mi derecha mano dejo á Esbilia,
Cual tu Sepla [17], á mi izquierda te divides.

—¡Oh hermanos (dije entónces) los que exilia
Tras mil riesgos el hado al Occidente!
No de vuestros sentidos la vigilia,

Que ya tan corta os queda, á la eminente
Prueba de hallar se niegue la existencia,
En pos del sól, de la region sin gente [18].

Considerad vuestra inmortal esencia:
No á vegetar cual brutos fuísteis hechos,
Mas á ganar virtud, y honor, y ciencia.—

Con esta breve arenga, tan deshechos
Por la empresa los ví, que mal podria,
Queriéndolo despues, calmar sus pechos.

Volví la popa hácia dó nace el dia:
Son del loco volar los remos alas:
Siempre á la izquierda mi bajel corria.

Del otro polo las celestes galas
Via en la noche: el nuestro era tan bajo,
Que no montaba las marinas salas [19].

Cinco veces su hermosa luz nos trajo,
Y cinco la escondió la clara luna,
Desque emprendimos el fatal trabajo,

Cuando montaña vimos [20] surgir, bruna
Por la distancia y levantada tanto,
Cual jamás hasta entónces ví ninguna.

Gozo al principio fué: mas luégo llanto;
Que un vapor, de la nueva tierra jugo,
Viene al bajel de frente á dar quebranto.

Tres veces de las olas gira al yugo,
A la cuarta la prora echa á la tierra,
La popa al cielo; y, como al alto plugo,
Sobre todo la mar despues se cierra.—

CANTO XXVII.

Habia concluido ya de hablar el griego astuto, cuando una voz, exhalada desde una flama, ruega á Virgilio que se detenga un poco para que le dé noticias de la Romaña. DANTE toma á su cargo el contestar, y habiendo satisfecho á la demanda del espíritu, manifiesta su deseo de saber cómo se llama. Es el conde Guido de Montefeltro, que cuenta que ha sido condenado porque, habiéndole pedido Bonifacio VIII un consejo, se le dió pérfido y fraudulento.

Dejaba ya de hablar erguida y quieta
La hoguera, y su camino continuaba,
Tomada vénia del gentil Poeta,

Cuando otra, que en pós de ella caminaba,
Me hizo volver los ojos á su cima,
Por un rumor confuso que lanzaba.

Como el Sículo buey [1], que la vez prima
Con el llanto mugió (¡justicia ha sido!)
Del que labróle con su infausta lima,

Bramaba con la voz del afligido;
Así que, aunque es de bronce todo entero,
Eco parece de dolor transido;

Tal las palabras, por no hallar primero
Camino entre la llama, su lenguaje [2]
Toman, mugiendo, en tono lastimero.

Mas luégo, por la cima, ya en su viaje
Lanzadas, cobran la inflexion sonora
Que imprimióles la lengua á su pasaje.

Claras así sonando: — ¡Oh tú que ahora
Mi acento escuchas, cuyo hablar lombardo
Me hirió cuando decias: *Vé en buen hora.*

No porque á tí mi acento llegue tardo,
Me niegues el pararte á hablar conmigo:
Me agrada á mí, ya ves, y en llamas ardo.

Si há poco del latino suelo amigo
A esta region misérrima caiste,
Dó mis culpas de allá tienen castigo,

Dime si el romañol en paz existe:
Yo soy de aquellas tierras entre Urbino
Y el monte donde el Tíber nace triste [3].—

Aquí la espalda me tocó el divino,
Cuando encorvado aún via al hondo centro,
Diciéndome:—Habla tú, que ese es latino [4].—

Y yo que al punto la respuesta encuentro,
Pues pensado la habia, así le dije:
—¡Oh alma que escondida estás ahí dentro!

En paz á tu Romaña nunca rige
De sus tiranos la eternal protervia:
Mas hoy pública guerra no la aflige.

En Rávena, cual tiempo atrás, soberbia
De los Polenta el águila se anida [5],
Que con sus anchas alas cubre á Cérbia.

La tierra que la prueba hizo aguerrida
Y en los franceses el estrago ingente [6],
Yace á las verdes garras sometida [7].

El mastin viejo [8]: el de Verruquio ardiente,
Que hundieron á Montaña [9] en sueño eterno,
Clavan dó suelen su ominoso diente.

La ciudad del Lamon [10], con el Santerno,
Rige el leoncillo azul del fondo blanco [11],
Que bandos muda de verano á invierno.

Y aquella á quien el Savio [12] baña el flanco,
Como yace entre el monte y la llanura,
Estado goza entre oprimido y franco.

Ora dinos tu nombre, y no más dura
Sea tu voluntad que otras han sido:
¡Así el mundo tu fama guarde pura!—

En cuanto el fuego un poco hubo rugido,
Movió de un lado al otro el pico agudo.
Estas voces lanzando en un soplido:

—Si yo creyera enviar mi acento rudo
A quien volver debiera al suelo orondo,
Pronto sin trepidar quedára, y mudo.

Mas como nadie vivo de este fondo
Salió jamás, si á la verdad atiendo,
Sin temor de la infamia te respondo.

Guerrero he sido: mas despues, queriendo
Mi conciencia limpiar, la humilde saya
De Francisco vestí; ya iba venciendo,

Cuando el gran Sacerdote [15] ¡que mal haya!
De la culpa otra vez me hundió en la borra
(Que de tu mente el cómo no se vaya).

Desque al alma el mortal vestido aforra
Con que al mundo me echó la madre mia,
Más que como leon, obré cual zorra.

Todo tortuoso hacer y oscura vía
Supe, y de mis ardides y cautelas
La fama por do quiera se extendia.

Luégo, cuando la edad con sus secuelas
Me trajo al punto en que el mortal ya debe
Atar los cables, abatir las velas,

Entónces grave hallé lo que ántes leve;
Y confeso y contrito, mis deseos
Estuvo en poco ¡ay mé! que á colmo lleve

El señor de los nuevos fariseos [14],
Guerra hacía en los campos Lateranos,
Y á los turcos no á fé, ni á los judeos,

Porque eran sus contrarios los cristianos,
Y no de los que en Acre hacen la prueba [15].
Y á tierras del Soldan llevan su grano.

Ni órden sacro, ni llaves y aura esteva
Suyos vió, ni el sayal en mi pedestre [16]
Que tornar suele flaco á quien le lleva;

Antes, cual Constantino [17] al gran Silvestre,
Trajo á curar su lepra del Sorate,
Este así me llamó, porque le muestre

Cómo su fiebre de ambicion le mate:
Mas dejé sus palabras sin respuesta,
Pensando si locura le combate.—

Y él: *Si temor* (me dijo) *te molesta*,
De antemano te absuelvo. Dime cedo
Cómo arruine los muros de Prenesta [18].

Ya sabes que cerrar y abrir yo puedo
El cielo, pues que dobles son las llaves
Que mi predecesor dejó por miedo [19].

Yo juzgué aquí sus argumentos graves:
Que era el callarme compromiso loco,
Y dije: *Padre, bien; pues que me laves*

Del pecado en que caigo sólo invoco.
Tú el largo asedio vencerás de cierto,
Con mucho prometer, y cumplir poco.

Vino despues por mí, cuando hube muerto,
Francisco, mas un negro ángel caido [20]:
No me harás (dijo) *tan visible entuerto:*

Bajar debe á mi gremio maldecido,
Pues desque el fraude aconsejar resuelve,
De los cabellos téngole ya asido.

A quien no se arrepiente, Dios no absuelve,
Ni arrepentirse y persistir es dado;
Premisa tal contradiccion envuelve.

¡Cuál me puse á temblar! ¡ay, desdichado!
Cuando me asió, diciendo: *De seguro*
Que no era yo buen lógico has pensado.

Y á Minos me llevó, que el flanco duro
Con la cola ocho veces envolvióse;
Y despues de morderse en ella furo:

Baje á las llamas (dijo) y convirtióse
En hoguera mi sér, y así vestido
Vime, y el alma como ves perdióse [21]. —

Cuando tal su relato hubo cumplido,
Echóse á andar, y aún su dolor decia
Agitando y torciendo el tufo erguido.

Y adelante seguimos yo y mi guía,
Trepando el arco próximo, que el turbio
Foso domina, dó su culpa expía
Quien la discordia siembra y el disturbio.

CANTO XXVIII.

Se describe el deforme y horrible espectáculo del noveno saco, donde son castigados los que siembran civiles disturbios y discordias religiosas en la humana familia. Esos pecadores tienen mutilados y despedazados espantosamente sus miembros; los cuales, tan pronto como vuelven á unirse y componerse, son rotos otra vez por un demonio encargado de hacerles sufrir esta feroz alternativa. Tambien se hace mencion de vários personajes que fueron causa de lamentables divisiones.

¿Quién con holgura de palabra airosa
Pintar podria, y con cabal semblanza,
Cuanto yo vi de llaga sanguinosa?

A empresa tan difícil, ¿quién se lanza,
Sin miedo al pobre idioma, y á la mente
Que escenas tales á abarcar no alcanza?

Si á juntarse llegára cuanta gente
Con su sangre larguísima la tierra
De la Apulla infeliz regó doliente

Só el patricio Romano, y en la guerra
Que de tantos anillos le despoja;
Como cuenta aquel Libio que no yerra [1];

Y la que á muerte dolorida arroja
La lucha pertinaz contra Guiscardo [2],
Y aquella cuyos huesos aún aloja

El Caperano [3] allí donde bastardo
Huyó el Pullés ; y cuanta en Tallacoso [4]
Destrozó sin combate el viejo Alardo;

Y junta ya, mostrára el lastimoso
Cuadro de sus heridas, diera indicio
Leve, por cierto, del horrendo foso.

Jamás he visto, en su postrer desquicio,
Tonel despedazado, de la suerte
Que á uno ví de la barba al orificio.

Sobre los piés los intestinos vierte:
Enseña el corazon, y el triste saco
Que cuanto traga en fetidez convierte.

Miéntras le observo entre el ambiente opaco,
Me mira; y con las manos se abre el pecho:
—Ve á Mahoma (diciendo): así yo aplaco

Mi destrozo y dolor; y á corto trecho,
Y con el cráneo hasta la nuca hendido,
Va Alí [5] delante, en lágrimas deshecho;

Y cuantos aquí ves que han impelido
De escándalo y discordia á infausta liza,
Así purgan el crímen cometido.

Un diablo más allá nos cismatiza
Con hacha aguda, en tan horrendo estilo,
Que hace en todos, cual ves, sangrienta riza.

Así damos la vuelta al negro asilo,
Y vuelve ya cerrada toda herida,
Cuando tornamos de su acero al filo.

Mas tú, ¿quién eres en la roca erguida
Así al aguaite acaso, de la pena
Por retardar la furia merecida?—

—Ni ha muerto aún, ni culpa le condena
(Respondió mi rector), sino á ilustrarle
De cuanta aquí se mira triste escena;

A mí, que muerto estoy, toca llevarle
Por los giros del Orco macilento;
Y, en prueba de verdad, podeis hablarle.—

Así que esto le oyeron, más de ciento
Páranse á verme, y el no visto caso,
El pasmo les alivia del tormento.

—Pues tú, que al mundo volverás acaso,
Dí á Fray Dolcin [6] que si seguirme en breve
No quiere aquí, provea que no el paso

Le cierre, sin vituallas, la alta nieve,
Y la victoria alcance el de Nováro,
De otro modo á su esfuerzo no tan leve.—

Mahoma así me dijo, cuando alzára
La planta á caminar; y aquí asentóla,
Y en su penoso andar ya más no pára.

Otro, que agujereada trae la gola,
Y la nariz cortada hasta la ceja,
Y al que una triste oreja queda sola,

Y era de aquellos que suspensos deja
El pasmo, ántes que nadie abrió la caña [7],
Que toda estaba en lo exterior bermeja:

Y—¡ Oh tú (dijo) áquien es la pena extraña,
Y al que en la cara tierra ví latina,
Si semejanza grande no me engaña,

No á Pedro olvides ya, de Medichina [8],
Si tornáres á ver el dulce llano
Que de Vercelio á Marcabon declina [9];

Y á los dos que más dignos hay en Fano,
Hazles saber, á Guido y Anyolelo
(Si nuestro predecir aquí no es vano),

Que macerados se verán sin duelo,
Y arrojados al mar junto á Católica,
Por traicion de un tirano [10], horror del suelo.

Jamás crímen ni astucia tan diabólica
Entre Chipre y Mallorca vió Neptuno,
Ni de pirata ni de gente Argólica.

El vil que de sus ojos ve por uno [11]
Y el país rige, para el cual ser ciego
De los que andan aquí quisiera alguno [12],

Los llamará para tratar, y luégo
Hará que contra el viento de Foscara [13]
Ya no hayan menester voto ni ruego.—

Y yo le dije:—Muéstrame y declara
Si quieres que de tí dé al mundo cuenta,
Quién, por no ver á Rímini, cegára.—

La mano entonce en la quijada asienta
De un cofrade, y abriéndole la boca,
Grita:—Véle: su voz ya nunca alienta,

Porque en César las dudas él sofoca,
Enseñándole vil *que al preparado*
Siempre perjuicio en aguardar le toca [14].—

¡Oh cuánto allí me pareció aterrado
(La garganta de lengua ora vacía)
Curion, que en su decir fué tan osado!

Y uno, que de ambas manos carecia,
Los muñones alzando al aura fosca,
De los que sangre al rostro le caia,

Gritó:—Tambien te acordarás del Mosca
Que dijo: *tiene fin cosa empezada* [15],
De que hubo tanto mal la raza Tosca.—

Y añadíle: *Y tu estirpe fué segada;*
Con que, uniendo á su pena angustia nueva,
Cual persona se fué desatentada.

Yo, fijo allí, sin que los ojos mueva,
Ví una cosa que diérame pavura
De referirla sólo, sin más prueba.

Mas la conciencia asísteme, segura
Compañera que al hombre hace valiente,
Bajo el escudo de sentirla pura.

Cierto, yo ví, y aún viendo está mi mente,
Á un busto sin cabeza ir caminando,
Como los otros de la grey doliente.

Del cabello llevábala colgando
En sus manos, á guisa de linterna:
Con ella nos miraba:—¡Ay mé!—(exclamando)

Y de sí propio haciéndose lucerna,
Se divide uno en dos: ¡misterio horrible
Dó tal se ostenta la justicia eterna!

Cuando del puente al pié llegó terrible,
Paró, y el brazo alzó con la cabeza
Para acercar su voz lo más posible,

Y dijo:—¡Oh tú que, vivo, la crudeza
De las penas vas viendo de los muertos,
Mira si alguna ves de más fiereza!

Sabe, porque allá dés relatos ciertos,
Que soy Bornio Beltran [16], quien los infieles
Consejos al rey Juan dió descubiertos.

Hijo y padre entre sí torné crueles,
Cual dividió, con arte fementida,
Á David y Absalon Aquitoféles.

Por apartar personas tan unidas,
Ora ¡ay mé! mi cerebro se divide
De este tronco [17], principio de su vida;
Y así la pena del Talion me mide.—

CANTO XXIX.

Se adelantan los Poetas al saco décimo, que es donde están los falsificadores que por medio de la alquimia imitaron los metales. Allí se les castiga haciéndoles padecer, tendidos por tierra y unos sobre otros, enfermedades penosísimas y repugnantes. Habla Dante con Grifolino de Arezo, y reconoce á Capoco, su antiguo condiscípulo de Filosofía.

Tanta gente y dolor, y herida fiera
Tiene en llanto mi vista tan nublada,
Que parar á verterle bien quisiera.

Mas Virgilio me dijo:—La mirada
¿Por qué sigues fijando tan atenta
En la mísera grey despedazada?

No en ver los otros sacos fué tan lenta:
¿Vas éste á numerar? La val malina
Millas veintidos mil de giro cuenta.

Ora la luna á nuestros piés camina [1]:
Corto es el tiempo ya que nos han dado,
Y harta cosa hay que ver, y no mezquina.—

Y yo al punto:—Si hubieras tú pesado
De la atencion que extrañas el motivo,
Pronto habríasme acaso disculpado.—

En esto él parte, y yo detrás activo,
Dándole así, seguia, mi respuesta:
—Dentro de esa mansion de dolor vivo,

Dó la vista tenía inmóvil puesta,
Creo que un triste, de mi sangre, llora
El delito fatal que tanto cuesta.—

Y respondió el maestro:—Ven ahora
Tu mente á fatigar con otro duelo,
Y ese en el suyo allá quede en malhora;

Que ya le he visto, al pié del puentezuelo,
Con el dedo apuntar y amenazarte,
Y le oí nominar Géri del-Belo [2].

Tú tan curioso estabas de informarte
Del que un dia fué dueño de Altafuerte
Que pasó, sin tú verlo, hácia otra parte.—

—¡Oh caro guía! La violenta muerte
(Le respondí) que aún yace sin venganza
De aquellos á quien mancha su ímpia suerte,

Inflama su desden y así le lanza
Á pasar sin hablarme, á lo que entiendo;
Y mayor mi piedad por eso alcanza.—

De este modo llegamos discurriendo
Hasta el alto dó el val nos descubriera,
Si gozára más luz, su abismo horrendo.

Cuando de Malos Sacos la postrera
Cárcel á nuestros piés sus recluidos
Míseros á la vista nos pusiera,

Punzáronme cual dardos mil gemidos
Con fina punta de piedad ferrada,
Y ambas las manos puse en mis oidos.

No de Julio á Setiembre acumulada
De Valdequiana [3] ven los hospitales
Dolencia tal y tanta, ni áun sumada

De Marema y Cerdeña con los males:
Ni da podrido miembro hedor tan vivo,
Cual sube de estos ánditos fatales.

Bajamos por la izquierda el largo estribo
Hasta el final de la silícea ristra;
Y mi mirar, entónces más activo,

Penetró al interior, dó la ministra
Justicia inmoble de la suma alteza
Castiga al impostor que allí registra [4].

No causára, al mirarle, tal tristeza
De Egina [5] el pueblo enfermo, mústio y yerto,
Cuando el aire infestó tanta impureza

Que hasta el menor gusano cayó muerto,
Produciendo despues la antigua gente
(Segun altos poetas dan por cierto)

De hormiga breve la sutil simiente,
Cual ora ver, por la region morbosa,
En grupos padecer la grey doliente.

Aquél sobre la espalda de uno posa:
Este, de otro en el vientre: esos, gateaban
Con torpe arrastre por la triste fosa.

Nuestros piés, mudo el lábio, caminaban
Lentos, y yo observando á los cuitados,
Que en vano alzar sus cuerpos intentaban.

Y á dos, dándose apoyo, ví sentados
(Cual olla en cuyo hervor se tiene empeño)
De alto á bajo de costras empedrados.

No ví garzon, por combatir su sueño,
Tan ligero mover la almohaza dura,
Cuando ya su caballo aguarda el dueño,

Como vide á este par, con gran presura,
Clavar en sí las uñas, por la amarga
Horrible picazon que atroz le apura:

Uñas que esparcen la leprosa carga,
Cual cuchillo la escama del Escaro,
O de otro pez que téngala más larga

Y á uno de ellos le dijo el guía caro:
—¡Oh tú, que con los dedos tenaceas
Tu propia carne, con vigor tan raro!

Dime si yace entre las turbas reas
Algun latino; así la uña te baste
Al trabajo eternal en que la empleas.—

—Latinos los que ves en tal contraste
Somos los dos (le dijo uno llorando):
Y tú, ¿quién eres que saberlo ansiaste?—

Y el Maestro:—Soy uno que bajando
A éste que vivo está, de hueco en hueco,
Todo el reino infernal le voy mostrando.—

Aquí el mútuo sosten faltando en seco,
A mí los dos se vuelven tambaleantes,
Con otros más, á quien llegó aquel eco.

Y el buen guía ajuntó nuestros semblantes,
Diciendo:—Á preguntarles ora acorre.—
Y empecé yo (y el rostro aparta él ántes):

—Así en el primer mundo no se ahorre
El nombre vuestro, y de la humana mente
Por soles infinitos no se borre,

Que me digais quién sois y de qué gente,
Sin que ese mal inmundo y aflictivo
Descubrirme os impida vuestra frente.—

Y uno dijo [6]: —Lanzóme al fuego vivo
Alberto Sienés: mas no aquel fallo
Del suplicio que sufro es el motivo.

Que le dije, por juego, no te callo,
Que á volar por los aires me atrevia,
Y él, consentido, necio, por lograllo,

Quiso que le enseñára ese arte mia;
Y por hacerle Dédalo, á la hoguera
Me mandó quien por hijo le tenía.

Mas de las fosas diez en la postrera,
Porque ejercí la alquimia, aquí me afana
De Minos la implacable ley severa.—

Y al vate dije yo: —¿Gente más vana
Que la Sienense has visto? En lo orgulloso
(Aunque lo es tanto), ni el francés les gana.—

Con lo que el otro [7] que me oyó, leproso:
—Cierto (me respondió) fuera de Etrica [8],
Que tanto fué en gastar parsimonioso.

Y de Nicólo [9], que la *Entrada-rica*
Usó el primero del Giroflo indiano,
Cuya especie en su huerto bien radica.

Y de la tropa [10] en que Cachan de Ascano
Sus viñas, bosques y heredad fecunda,
Y en que Aballato honró su juicio sano.

Mas porque sepas tú quien te secunda
Contra el Sienés, la vista aguza un poco;
Con que, en mi rostro, que la lepra inunda,

Llegues á descubrir que soy Capoco,
Que imité los metales con alquimia;
Y recuerda (si aquí no te equivoco [1])
Que á natura copié con arte nimia.

CANTO XXX.

En este décimo saco sufren otra forma de castigo los falsificadores, segun sus clases. Son los primeros los que falsificaron en sí otra persona, los cuales, agitados de la furia, corren impetuosos mordiendo á cuantos encuentran. Siguen los que falsificaron la moneda, quienes padecen hidrópicos los horrores de la sed, mostrándose entre ellos á los viajeros el maestro Adam de Brescia; y finalmente vienen los que falsificaron la palabra: esto es, que mintieron, por lo que sufren allí una ardentísima fiebre. Acaba el canto con un cómico altercado entre Adam y el embustero Sinon, que aconsejó la introduccion del caballo dentro de los muros de Troya.

En el tiempo en que, airada por Seméle [1],
Arde en Juno el furor que hácia el Tebano
Una y cien veces túmida la impele,

Loco vióse Adamante [2], y tan insano,
Que hallando á su mujer y á sus dos hijos
Que arrastraba, infeliz, con cada mano,

Gritó: —La red se tienda, y los vedijos
Cojamos de cachorros y leona.—
Y, la garra y la vista en ellos fijos,

A Leandro, el más jóven, aprisiona,
Y le aplasta feroz contra una peña:
Ella al mar con el otro se abandona.

Y cuando el Hado, por leccion, enseña
Del Rey y reino de Ilion la altiva
Grandeza que entre ruinas se despeña,

Hécuba triste, mísera y cautiva
Así que muerta á Polixena vido
Y halló ¡infeliz! del mar junto á la riba

De Polidoro el cuerpo, dió un ladrido
Como de can; que en pena tan tirana
Se le torció la mente y el sentido [3].

Mas no saña Ilionea ni Tebana
Impulsó á nadie con ardor tan fiero
Sangre á verter de brutos, que no humana,

Cual la que en dos, desnudo el cuerpo entero,
Ví que corrian ciegos, mordiscando
Como lechon que escapa del porquero.

Y uno á Capoco el nudo atarazando
Del cuello, tiró dél tan vigoroso,
Que el duro suelo hirió su vientre blando.

Y el Aretin [4], que queda tembloroso,
Díceme:—Ese foleto es Juan Esquico [5],
Y, cual ves, contra todos va rabioso.—

Y exclamé:—Que me digas te suplico
Quién es el otro: en tanto que aquí sea;
¡Así puedas librarte de su hocico!—

Y respondióme:—Es esa el alma rea
De Mirra [6] antigua, que de amor nefando
Impulsos torpes en su padre emplea.

Ella á pecar con él llegó, imitando
En su persona misma ajena forma,
Cual hizo ese otro que allá ves penando [7];

Que á fingirse Donati se conforma,
Porque le den la flor de la yeguada,
A falso testamento dando norma.—

Luégo que ambos pasaron, la mirada,
Que en ellos hasta entónces puesto habia,
Fijéla en otros de la vil manada.

Y uno ví que un laud pareceria,
Si dividida fuera su persona
Por dó el tronco en dos ramas se desvia [8].

La hidropesía grave que amontona
Desigual los humores encubiertos,
Y el vientre de la faz desproporciona,

Los dos lábios tener le hacía abiertos
Cual hético que el uno caer deja
Y alza el otro, de sed entrambos yertos.



—¡Oh vosotros de quien el saco aleja,
No sé por qué, la pena que me azota!
Ved (nos dijo) la angustia que me aqueja.

Yo soy Maese Adam [9]: de mí remota
Fué en vida la escasez: lo obtuve todo,
Y ora ansío ¡infeliz! de agua una gota.

Los arroyuelos, que de sierpe á modo
Van al Arno del verde Casentino,
En fresca cinta, ó bullidor recodo,

Tener siempre delante me imagino;
Y su vista me seca y me fatiga,
Más que este mal, que abrásame contino;

Y la rígida ley que me fustiga,
Con mostrarme el lugar en que he pecado,
Llanto mayor á derramar me obliga.

Ese es Romena [10], dó el metal sellado
Fingí con el Bautista, en liga blanda,
Por lo que el cuerpo allí dejé quemado.

Mas si aquí viera el ánima nefanda
De Alejandro, á su hermano, ó bien á Guido,
No diera vista tal por Fuentebranda [11].

Uno dentro ya está, si no han mentido
Estos á quien hablar, cercanos, puedo:
Mas ¿qué? ¡Si atado el cuerpo está y rendido!

Si á avanzar en cien años sólo un dedo
Fuera mi estado mísero conforme,
Ya estuviera arrastrándome sin miedo;

Y le buscára entre la grey deforme,
Aunque once millas de circuito apura,
Y de ancho la mitad la fosa enorme.

Por ellos sufro entre esta vil basura:
Ellos me hicieron acuñar florines
Dó quilates hay tres de ligadura.—

Y dije yo:—¿Quién son esos malsines,
Que, cual mano mojada en pleno invierno,
Humean en union á esos confines?—

Y él:—Aquí los hallé cuando á mi infierno
Caí: de entónce acá yacen inmobles,
Y ese será tal vez su estado eterno.

Él es Sinon [12] el Griego, el de artes nobles,
Y ella de Putifar la infame esposa:
Su fiebre es la que da sus humos dobles.—

Sinon, que oyó de sí tan oprobiosa
Noticia dar, el puño bien cerrado
Descargóle en la dura panza acuosa:

Esa tronó como atambor golpeado;
Y en la faz maese Adam le dióimprevisto
Otro que no sonó ménos pesado,

Diciéndole despues:—Aunque no insisto
Ora en moverme en hinchazon tan fiera,
Para este oficio el brazo aún tengo listo.—

Y él respondió:—Cuando ibas á la hoguera
No movíasle así: pero ¡cuán presto
Cuando acuñabas los florines era!—

Y el maese:—Verdad dices en esto:
Mas tú no tan veraz te presentaste
Cuando en Troya el caballo entró funesto.—

—Yo la verdad, y el oro tú falseaste
(Dijo Sinon): mas yo pasé este límen
Por un yerro; y por mil tú aquí bajaste.—

—Dentro las armas del caballo gimen:
Óyelas (grita el de la panza fuerte);
Lo notorio te apene de tu crímen.—

—Y á tí la arsura de tu lábio inerte
(Le dijo el griego) y la podrida aguaza
Que te hincha el vientre que te impide el verte.—

Y el platero:—Prosigue y despedaza
La lengua en maldecir, que en tí ya es viejo;
Que si sed tengo y agua me embaraza,

La fiebre á tí mudar te hace el pellejo,
Y no te harias de rogar muy largo,
Por lamer de Narciso [15] en el espejo.—

Yo de todo me hacía atento cargo,
Cuando fuerte el Maestro dijo:—Mira,
No sé cómo contigo no me amargo.—

Cuando ví que me hablaba así, con ira,
Vergüenza tanta perturbóme el juicio,
Que aún el recuerdo por mi mente gira.

Y como aquel que sueña algun perjuicio,
Y soñando, tambien soñar ansía
Que lo que es realidad sea artificio,

Así yo, no pudiendo hablar, quería
Disculparme, y á fé me disculpaba,
No creyendo por cierto que lo hacía.

—Culpa más grande que la tuya lava
(Dijo el guía) el rubor que tú has mostrado;
Y así del todo de afligirte acaba.

Y cual si fuere yo siempre á tu lado,
No olvides, si otras veces aún tropiezas
Con gente hundida en semejante estado,
Que es gusto bajo el escuchar bajezas.—

———

CANTO XXXI.

Dando la espalda á Malos Sacos, penetran los Poetas al centro del cerco octavo, donde está el gran pozo por el cual se baja al noveno. Alrededor del dicho pozo están los gigantes, saliendo hasta la cintura sus cuerpos, cuyo portentoso tamaño se describe. A peticion de Virgilio, toma uno de ellos en la mano á entrambos viajeros y los pone suavemente en el último abismo del infierno.

La misma lengua que mi frente inclina [1],
Y la sangre á mis pómulos avanza,
Fué la que me aplicó la medicina.

Esa virtud nos cuentan de la lanza
Que de Aquiles ha sido y de Peleo [2];
Que si hace el daño, á remediarlo alcanza.

La espalda, en esto, al valle triste y feo
Dimos callando, por el alto muro
Que le da en torno amplísimo rodeo.

Aquí no era de dia ni era oscuro,
Por lo que poco alcanza el ver despacio:
Mas de un cuerno escuché sonar tan duro,

Que el del más bronco trueno hiciera lácio;
Y la vista hácia el sitio encaminando
Por dó viene, paréla en un espacio.

Tras de la rota dolorosa, cuando
Vió su cruz santa Carlomagno expuesta [3],
No con tanto tronido tocó Orlando.

Así que observé un poco, alta la testa,
Me pareció que via excelsas torres;
Y dije á mi rector: —¿Qué tierra es ésta?—

Y él: —Que la faz de los objetos borres
Á fé no extraño, pues con vista humana,
Entre nieblas espacio asaz recorres.

Cuando fueres allá, verás cuán vana
De léjos la ilusion es de la mente:
Mas ora un tanto por llegar te afana.—

Luégo estrechó mi mano dulcemente,
Y añadió: —Porque así ménos te espantes
Cuando más cerca llegues á su frente,

Sabe que no son torres, mas gigantes
Que del pozo la parte pisan baja,
Y están de ombligo arriba circunstantes.—

Como cuando la niebla se rebaja,
Y sale poco á poco la figura
Que celaba el vapor que el aire cuaja,

Así rompiendo el aura crasa, oscura,
Segun voy más y más hácia la orilla,
La ilusion huye, avanza la pavura.

Como de excelsas torres se acastilla
Monterregion [4] por cima á tanta almena,
De cada cuerpo así mitad se humilla,

Bajo del pozo, cuyo cerco llena
La gigantesca grey, á quien del cielo
Aún amenaza Jove cuando truena.

Yo via ya la faz de uno sin velo:
La espalda, el pecho, y del gran vientre parte,
Y bajando ambos brazos hasta el suelo.

Cierto, hizo bien natura cuando al arte
De formar tales séres puso meta,
Auxilio tan atroz quitando á Marte.

Y si ella á producir aún se sujeta
Ballenas y elefantes largamente,
Hasta en eso es más justa y más discreta.

Pues cuando con las luces de la mente
La malévola fuerza aumentos toma,
¿Qué defensa oponer puede la gente?

Como la piña [5] de San Pedro en Roma,
La faz de aquél en largos y anchos era,
Y en proporcion los miembros que allí asoma.

Así el pozo, que túnica le fuera
Del talle abajo, aún muestra arriba tanto,
Que uno sobre otro á la alta cabellera

Tres Frisones [6] llegáran con quebranto;
Porque yo treinta palmos descubria
Desde donde el mortal se abrocha el manto.

[7] *Rapeji, mai, amech, irábi, almia,*
Á gritar empezó la horrenda boca
En que salmo más dulce no cabia.

Y el maestro hácia él:—Ánima loca [8],
Á tu cuerno te atén: con él despide
Cuanta pasion soberbia te sofoca.

Busca al cuello: á la soga tú le pide
De que colgado pende, alma confusa,
Y hallarásle que el ancho pecho mide.—

—Ese (díjome luégo) que se acusa
Á sí propio, es Nembrod, por cuya idea [9]
Un solo idioma el mundo ya no usa.

Déjale, y tu decir mejor emplea [10];
Que ese de los demás la lengua entiende,
Cual los demás la atroz que él becerrea.—

Dijo, y la planta su camino emprende,
Y á izquierda, á tiro de un harpon distante,
Hallamos otro que aún mayor se extiende.

Cuál fué la mano que le ató pujante,
No sabré yo decir; sí que enseñaba
Sujeto un brazo atrás y otro adelante.

Porque enorme cadena le ligaba
Del cuello abajo el cuerpo descubierto,
Con cinco vueltas que enredor le daba.

—Este altivo mostrarse quiso experto
En luchar contra Jove (dijo el guía),
Y así paga su torpe desacierto.

Efiáltes es: los brazos que movia,
Cuando al cielo asustaron los Titanes,
No ha de mover ya más su rabia impía.—

Y prorumpí á mi vez:—¿Y los inmanes
Miembros de Briaréo y su fierismo
No podré contemplar, ni sus afanes?—

Y aquél me respondió:—Vas aquí mismo
A ver á Antéo, que habla y se halla suelto,
Y ha de bajarnos al postrer abismo.

El que quieres tú ver, allá está vuelto;
Y atado, así tambien, se le asemeja,
Si bien con rostro espanta aún más resuelto.—

Aquí al respiro Efiáltes se apareja;
Y no temblor sacude de tal suerte
Las altas torres, que tremantes deja.

Cual entónces jamás temí la muerte,
Y á dármela bastára allí la grima,
Si no le viera el cadenon tan fuerte

Al pozo, en tanto, nuestro pié se arrima,
Y llegamos dó brazas cinco Antéo
Alza, sin la cabeza, de la cima.

—¡Oh tú, que á las llanuras donde leo
Que de Aníbal huyeron las legiones [11]
(Levantando á Escipion tan gran trofeo)

Por botin arrastraste mil leones,
Tú, que si entrado hubieras en la guerra
Con los tuyos, acáso en sus prisiones

No gimieran los hijos de la tierra,
Bájanos (si mi ruego oyes propicio)
Á dó helado al Cocito el frio encierra.

Ir no nos dejes á Tifon ni á Ticio:
Este te puede dar lo que aquí se ama,
No el rostro vuelvas, de desden indicio.

Él aún puede en el mundo darte fama.
Porque vive, y le aguarda larga vida,
Si Dios ántes del tiempo no le llama.—

Dijo así mi Maestro; y extendida
En su busca la mano pronto vido,
De que Alcídes probó la sacudida [12].

Cuando Virgilio se sintió cogido,
—Llégate acá—(gritó); y á sí me atrae,
Hasta hacer de los dos un haz unido

Cual Carisenda [13], al que la observa, trae
Al pié de do se inclina, y si humo vano
Cruza, le amaga con que opuesta cae,

Á Antéo así inclinar vide á una mano
Por encima de mí, y hubo un momento
En que quisiera estar de allí lejano.

Mas él nos pone, suave, dó el asiento
Es en que á Judas Lucifer quebranta [14];
Y deshace despues su movimiento,
Y cual mástil de nave se levanta.

CANTO XXXII.

El área del noveno cerco es un pavimento de hielo durísimo, formado por el derrumbe del Cocito, y el cual se inclina hácia el centro, como el seno de Malos Sacos. Está dividida en cuatro departamentos concéntricos, y en cada uno de ellos se castiga una especie de iniquidad fraudulenta. En el primero, que se llama Caína, del nombre del primer homicida, están los traidores contra su propia sangre; en el segundo, que se llama Antenora, del troyano Antenor, que vendió á Troya, sufren su castigo los traidores á la pátria y á su propio partido; en el tercero, que, por el que vendió al gran Pompeyo, se llama Tolomea, yacen los traidores á sus amigos; y, finalmente, en el cuarto, llamado Judeca, por el malhadado Iscariote, los que hicieron traicion á sus jefes y bienhechores. Se habla en este Canto de vários pecadores de la Caína y de la Antenora que se presentan á DANTE miéntras atraviesa los hielos acercándose al centro.

Si númen alcanzára áspero y bronco,
Cual conviene á ese pozo, que á Dios plugo
Que de los otros centros fuese tronco,

Yo exprimiria de mi mente el jugo
Fácil: mas como aquél de mí se escapa,
A la empresa me lanzo, no sin yugo.

Que no es sencillo intento alzar la tapa,
Y el fondo descubrir del universo,
A lengua que balbuce *máma* y *pápa*.

Mas no el soplo de aquéllas halle adverso
Por cuyo auxilio Tebas se erigiera [1],
Porque sea del caso propio el verso.

¡Oh la más pobre plebe y lastimera [2]
Del ciego abismo de que hablar es duro:
Cabras ú ovejas ser más os valiera!

Cuando dentro me ví del pozo oscuro,
Bajo más que el gigante y las escasas
Luces mirando aún del alto muro,

Oí decirme: *¡Cuida cómo pasas:*
De tus tristes hermanos no arrogante
Maltrate así tu pié las frentes lasas!

Y al oirlo volvíme, y ví delante
Y á mis plantas un lago, por su hielo
Más al cristal que al agua semejante.

No así en el Austria espeso, invernal velo,
Del Danubio el caudal cubre aterido,
Ni al Tánais [3], en más frio y pardo cielo,

Como el que ví; que si sobre él caido
Hubieran Taberniquio [4] ó Piedra-apuana,
Ni áun en su orilla oyérase un chasquido [5].

Y cual á su graznar está la rana,
El muso fuera, cuando el tiempo sueña
De ya espigar las mieses la villana;

Lívida así, hasta el sitio que no enseña
El rubor, cada sombra está en el lago,
Chasqueando con los dientes cual cigüeña.

Los rostros inclinando al hielo aciago,
De su frio la boca muestra daba,
De su angustia el mirar doliente y vago.

Cuando la vista, que en redor pasaba
Volví á mis piés, ví á dos tan adheridos,
Que el cabello de entrambos se mezclaba.

—Decidme quiénes sois los así unidos—
(Dije); y ellos presentan los semblantes,
Doblando atrás los cuellos doloridos.

Y sus ojos, por dentro húmedos ántes,
Por los bordes gotean, y se cuaja
Aquel lloro y los cierra, tan premiantes

Como leño con leño férrea faja;
Con que su furia es tal, que cual cabríos,
Su frente se alza y á topar se abaja.

Y uno, que ambas orejas por los frios
Perdido habia, cabizbajo y yerto:
—¿Qué afan (dijo) te clava en los impíos?

Si quiénes son saber quieres de cierto,
El val por dó Bisencio [6] el curso inclina,
De ambos ha sido [7], y de su padre Alberto.

Nacieron de una madre, y la Caína
Tu vista correrá, sin que uno vea
Más digno de yacer en gelatina;

Ni aquél [8] contando en quien Arturo emplea,
Rompiendo pecho y sombra, la gran lanza:
Ni Foscacha [9]: ni áun éste que sombrea

Tal mi vista, que más á ver no avanza,
Y es Sasol Masqueron [10], cuya perfidia,
Si toscano eres tú, bien se te alcanza.

Y porque no á mi lengua dés más lidia,
Soy, de los Pazos, Camichon [11], y aguardo
Aquí á Carlin [12], que á todos nos dé envidia.—

Ví luégo rostros mil, blancos cual nardo;
De entonce tercianiento escalofrío,
Al ver capas de nieve, siempre guardo;

Y en tanto que va al punto el paso mio
Dó toda fuerza de atraccion se aduna,
Y todo tiemblo en el eterno frio,

No sé si por azar ó por fortuna,
Al caminar sobre los tristes séres,
Fuerte pisó mi planta el rostro de una

Sombra, que me gritó:—¿Por qué me hieres,
Si es que de Monteaperto el gran castigo
Con tus injurias aumentar no quieres?—

Y yo exclamé: —La duda que ora abrigo
¿Querrás, Maestro, que en solver me fije,
Y luégo aprisa seguiré contigo?—

El Maestro paró, y al que aún dirige
Blasfemias y baldon: —Y tú, ¿quién fuiste
Que increpas tanto á los demás? (le dije)—

—Y tú mismo, ¿quién eres (gritó el triste)
Que estropeándonos vas por la Antenora,
Con impulso mayor que á muerto asiste?—

—Vivo estoy, y si pides fama ahora
(Le respondí), tu nombre oiráse allende
Con otros que mi mente ya atesora.—

Y él:—Lo contrario mi dolor pretende;
Y vete, y dános paz con apartarte,
Que mal aquí adular tu lábio entiende.—

Mas del cuello le así; y:—Has de nombrarte
(Le dije), ó la cabeza te repelo,
Que ni mechon en ella ha de quedarte.—

—Pues bien (me respondió) me arranca el pelo,
Y mi cerebro á pisotear empieza:
No has de saber quién soy, ni de qué suelo.—

De su cerviz mi mano en la maleza
Ya revuelta, arrancábale no poca,
Y él aullaba, bajando la cabeza,

Cuando otro le gritó:—¿Qué tienes, Boca [13]?
¿No te basta trinar con la quijada,
Que aún ladras? ¿O es que el diablo así te toca?—

Y entónces yo:—Pues tu habla es ya sobrada,
Torpe traidor, que de tu fama infesta
Noticia al mundo llevaré colmada.—

Y él: —Anda y lo que quieras manifiesta.
Mas, si sales de aquí, no del grotesco
Te olvides que la lengua hubo tan presta.

Ya está pagando su caudal Galesco;
Y decir puedes: *En la val que espanta*,
Yo ví al de Duera [14] *tiritando al fresco.*

Y si aún preguntan de caterva tanta,
Ese que está á tu lado es Becaría [15],
De quien segó Florencia la garganta.

Y allá Juan Soldaniero [16] se desvia,
Con Ganelon [17] y Tebaldillo artero,
Que á Fayenza entregó miéntras dormia.—

Siguiendo yo despues, ví un agujero
Donde, entre dos, la vista se trabuca,
Porque una testa de otra era sombrero.

Que, como el pan con hambre se manduca,
Así el de encima al otro le mordia
Dó el cerebro se enlaza con la nuca.

Y cual Tidéo la cabeza un dia
Royó de Menalipo [18], en ódio horrendo,
Este el cráneo y lo interno le comia.

—¡Oh tú que encono tanto estás diciendo
Contra el que así bestial osas tragarte!
Cuenta por qué (le dije); que en oyendo

Quién vosotros seais, y de cuál arte,
(Sin duda bien feroz) contra tí peca,
Te ofrezco que en el mundo he de pagarte,
Si la que hoy muevo aquí no se me seca [19].—

CANTO XXXIII.

Dante, en la Antenora, oye la relacion que de su fin trágico le hace el Conde Ugolino. Pasa luégo á la Tolomea, y Fray Alberico de Manfredi le explica el modo maravilloso con que procede la Justcia divina contra los que vendieron á los amigos que á ellos se confiaron.

La boca alzó de la feroz comida
Tal pecador, limpiándose en el pelo
De la cabeza por detrás roida.

—Pídesme que renueve el sin consuelo
Dolor desesperado que atesoro,
Con que, sólo al pensar, me anego en duelo.

Mas si gérmen de infamia al que devoro
Es lo que ora ¡infeliz! voy á contarte,
Junto oirás mis palabras y mi lloro.—

Dijo, y siguió:—Quién seas y cuál arte
Te trajo aquí, no sé: mas Florentino
Parécesme, en verdad, al expresarte.

Sabe que el triste fuí Conde Ugolino[1],
Y el arzobispo es éste tal, Rugiero;
Y oye por qué le soy tan vil vecino.

Que á invencion sola de su enojo fiero
Fuí, por confiarme en él, aprisionado
Y muerto luégo, repetir no quiero.

Mas lo que haber no puedes escuchado
Sobre cuánto mi muerte ha sido ruda,
Diré, y verás si ofensas me ha causado.

Lumbrera escasa en lo alto de La-Muda [2],
Que hoy se llama *Del Hambre*, á causa mia,
Y á donde aguarda á tantos suerte cruda,

Várias lunas traídome ya habia,
Cuando asaltado fuí de fatal sueño,
Que el velo del futuro descorria.

A éste ví, cual montero ir jefe y dueño,
Lobo y lobeznos hácia el monte ojeando
Que alza entre Luca y Pisa [3] el torvo ceño.

Él ante sí llevaba los Gualando,
Lanfrancos y Lismondos, con pujantes,
Listos, hambrientos canes apretando;

Y ví que, á trecho corto, iban jadeantes
Hijos y padre, y que el marfil canino
Rasgaba ya los flancos palpitantes.

Al despertar, al Orto matutino,
Sentí á mis hijos, mis compaños fieles,
Pan demandar, soñando, en son mezquino.

Cruel debes tú ser, si hoy no te dueles;
Y al ver lo que ya al alma se anunciaba,
¿De qué, si de eso no, llorar tú sueles?

Despiertos eran ya: la hora pasaba
Del diurno alimento ¡duro alerta!
Que, por su sueño, cada cual temblaba.

¡Ay! En esto, sentí la baja puerta
De la torre clavar, y mi atonía
En mis hijos clavó la vista yerta.

Yo no lloraba: dentro empiedrecia:
Mas ellos sí; y el Anselmucho mio:
¿Por qué así miras, padre? (me decia).

Ni áun entónces lloré: ni hablar, sombrío,
En todo el dia, ni en la noche ensayo,
Ni áun con la nueva luz del sol impío.

Mas cuando un poco entró su débil rayo
En la doliente cárcel, y leyendo
Del mio, en cuatro rostros, fuí el desmayo,

Las manos de dolor me mordí horrendo.
Y ellos piensan que el hambre á eso me arroja;
Y de repente alzáronse, diciendo:

Padre, menor será nuestra congoja
Si comes nuestra carne: tú la hicistes:
Lo que has vestido tú, tú lo despoja.

Me calmé, por no hacerlos áun más tristes;
Y ese sol y el siguiente mudos fuimos:
¡Ay! ¿Por qué, dura tierra, no te abristes?

Cuando del dia cuarto la luz vimos,
Gado á los piés se me arrojó clamando:
Padre ¡qué! ¿no me amparas? ¡Nos morimos!

Y espiró; y cual me ves, ir acabando
Uno á uno tras él los vide crudo,
Entre el quinto y el sexto dia infando.

Yo, dos más los llamé, ya ciego y mudo,
De uno en otro palpando sus despojos:
Luégo... más que el dolor el hambre pudo.—

Cuando hablado hubo así, bizcó los ojos,
Y volvió en la cabeza á hincar los dientes,
Duros como de can y en sangre rojos.

¡Ay, Pisa, vituperio de las gentes
Del suelo hermoso donde el *sí* [4] se entona,
Pues son á castigarte hoy negligentes,

Muévanse la Caprera y la Gorgona [5],
Y abocándose al Arno, hagan que ceje,
Con que viva no quede allá persona!

Que si al Conde Ugolino hay quien moteje
De que los fuertes entregado habia [6],
¿Á los hijos no es bien que en paz se deje?

¿Ó inocentes su fresca edad no hacía,
¡Nueva Tebas! á Ugucio y á Brigada,
Y á los dos más que el canto referia?—

Y prosiguiendo fuimos dó la helada
Envuelve dura y rígida otra gente,
Con la faz boca arriba, y no agachada.

En esa, al llanto el llanto no consiente:
Pues, como vallas en los ojos topa,
Torna atrás y hace que la angustia aumente;

Que el primer lloro helado allí se atropa,
Y como tapa de cristal, adentro
Guarda del triste humor llena la copa.

Yo, en esto (aunque insensible ya me encuentro,
Cual si cubriera un callo la faz mia
Por la frieza del horrible centro)

Creí notar que un viento se sentía,
Y á mi Maestro dije:—¿Quién lo mueve?
¿No es esta sima de vapor vacía?—

Y él á mí:—Aguarda la respuesta en breve:
Tu propia vista, que su soplo arrostra,
Te hará ver el motor de este aire aleve.—

Entónces uno de la helada costra:
—¡Oh almas (nos gritó) tan criminales
Que aquí bajais donde el mayor se postra [7]!

De los ojos quitadme estos cendales;
Porque un poco el dolor alivios haya,
Miéntras no son las lágrimas cristales.—

—Si quién eres me cuentas, de esa laya
Te ayudaré (le dije) como amigo;
Y si no cumplo, ¡á vuestros hielos vaya!—

Y respondió:—Yo soy fray Alberígo [8]:
Yo soy quien traje frutas del mal huerto,
Que aquí vengo *á pagar dátil por higo* [9].—

—¡Oiga! (exclamé) ¿Conque tambien has muerto?—
Y él:—Cómo el cuerpo allá en el mundo sea,
Despues que le solté, no sé de cierto.

Esta virtud contiene el Tolomea;
Que el alma muchas veces aprisiona,
Y áun Atropos [10] sus dedos no menea.

Y, porque con más gusto dés corona
Á enjugar tanta lágrima cuajada,
Sabe que en cuanto una ánima traiciona,

Cual hice yo, del cuerpo es separada
Por un genio infernal que le gobierna
Hasta ser su hora última llegada.

El alma ocupa en tanto esta cisterna;
Y así aparece estar el cuerpo vivo
De esotra sombra que á mi espalda inverna [11].

Tú debes conocerle, si tu arribo
Es de hace poco: es Branca-D'Oria [12], y años
Hace algunos que aquí se ve cautivo.—

Y le dije:—No creo en tus engaños:
Branca-D'Oria no ha muerto todavía,
Y come, y bebe, y duerme, y viste paños.—

Y él dijo:—Miguel Sanchez aún no habia
Del Garritranca al foso descendido
Donde la hirviente pez nunca se enfria,

Cuando aquél [13] dejó un diablo poseido
Del cuerpo suyo, y otro del insano
Deudo que en la traicion su apoyo ha sido.

Pero tiempo es que acá tiendas la mano
Estos ojos á abrir.—Mas fuíle adverso;
Y justicia aquí fué serle villano.

¡Ah, pueblo genovés, de artes diverso
De los demás, insigne en dolo y maña!
¿Que de sí no te arroje el universo?

Con el hombre más malo de Romaña,
De los tuyos ví uno en esta riba,
Cuya ánima en Cocito ya se baña,
Y aún el cuerpo viviendo tiene arriba.

CANTO XXXIV.

Los traidores están sumergidos enteramente entre el hielo en esta última division del abismo, llamada Judeca. Aparece Lucifer, y se describe su espantosa figura. Agarrándose al espesísimo vello de que está cubierto el cuerpo de aquél, atraviesan los Poetas el centro de la tierra; de donde, siguiendo el murmullo de un arroyo, salen al otro hemisferio á disfrutar la luz del dia.

—*Prodeunt vexilla regis in inferno* [1]
Hácia nosotros ya: mas ántes mira
Si los distingues—(dijo el padre tierno).

Como cuando sutil niebla se aspira,
Ó cuando en nuestros climas anochece
Se ve molino allá que al viento gira,

Grande edificio así ver·me parece:
Despues, tras de mi guía, parapeto
Busco al viento, que sólo él me lo ofrece.

Era (y con susto el cántico acometo)
Ya dó las almas todas, trasparentes,
Adentro están, como en el frasco el feto.

De mil modos se ven: altas las frentes:
Ya en cuclillas el cuerpo, ya tendido:
Ya boca abajo, haciendo arcos de puentes

Cuando hubimos al punto, al fin, venido
Dó plugo á mi maestro la criatura [2]
Mostrarme, cuya faz tan bella há sido,

Me pára, se me aparta; y con mesura
Pronuncia:—Vé aquí á Dite [3]: ve el asiento
Dó conviene te asistas de bravura.—

Cuál me hallé entónces, frio, sin aliento,
Ni lo sueñas, lector, ni yo lo escribo,
Ni lo alcanza á expresar humano acento.

Quedé entre vida y muerte ya inactivo:
Imagina, si flor tu mente esconde,
Cuál yace el que ni muerto está, ni vivo.

Hasta el pecho por cima alza, de donde
Son los hielos, el Rey del antro horrible;
Y á un gigante mi talla más responde,

Que á su brazo el gigante más temible.
¡Mira, pues, cuál ser debe el cuerpo entero
Proporcionado á miembro tan terrible!

Si tan bello ántes fué, cuál hoy es fiero,
Despues que á su señor llenó de enojos,
¡De todo luto el suyo es el primero!

¡Oh cuánta maravilla fué á mis ojos
El verle con tres faces en la testa [4]!
Una es delante, de colores rojos:

Y de las otras dos, juntas con ésta,
Subiendo en direccion de cada espalda,
A acabar en el grupo de la testa,

La de derecha es entre blanca y gualda,
Y la de izquierda lleva las señales
De quien del Nilo se crió en la falda.

Alas de cada lomo surgen, tales
Como á pájaro tocan tan enorme:
¡Nunca lonas el mar ha visto iguales!

Su tejido, sin plumas, es conforme
Al que viste al murciélago; y arroja
Tres vientos á la vez la piel informe,

Con que hiela al Cocito y le acongoja.
Por seis ojos lloraba, y por tres barbas
Bajaban llanto y baba sanguiroja.

Con los dientes, cual trillo de las parvas,
En cada boca un pecador tritura,
El castigo á la vez dando á tres larvas;

Y al del frente el mordisco no le apura,
Comparado al garreo, cuyo azote
Pela su espina en larga matadura.

—Esa ánima, á quien cabe el mayor lote,
Con la cabeza adentro y los piés fuera
(Dijo el maestro), es Judas Iscariote.

De los que ves colgar la cabellera
Cabeza abajo, el de la negra es Bruto:
Ve cuál calla, y se tuerce, y desespera;

Aquel fornido es Casio: Mas ya el luto
Vuelve la noche á duplicar, y es hora
De partir, pues de aquí ya hubiste el fruto.—

Y yo á su cuello, cual dispuso ahora,
Colguéme, y él, aprovechando el vuelo
Que entera abrió la tela aventadora,

Se asió del lomo al encrespado pelo,
Y de un vellon en otro descendimos,
Entre las cerdas y el crocante hielo.

Cuando en el punto dó se juntan fuimos
Con las ancas los muslos, mi buen guía,
Con más trabajo que hasta allí tuvimos,

La cerviz puso dó los piés tenía,
Y al vello se agarró, cual si subiera;
Con que pensé que al Orco me volvia.

—Asegúrate bien, que esta escalera
(Dijo el Maestro, sin aliento y laso)
Es el medio, y no hay otro, de ir afuera.—

Despues salió por el boquete raso [5]
De un peñasco, y sentóme allí en su riba,
Para explicarme luégo el hábil paso.

La vista alcé, creyendo que á ver iba
Cual dejado le habia al gran coloso,
Y le hallé, con asombro, piés arriba.

Cómo entónces sentíme pesaroso,
Imagínelo el vulgo, que no entiende
Por qué punto salí del antro odioso.

—Álzate (dijo el vate), el cuerpo extiende:
Larga es la vía, aspérrimo el camino,
Y ya á la media tercia [6] el sol asciende.—

No salon de palacio es el mezquino
Recinto aquél, mas natural cloaca,
Sin luz, y el suelo por dó voy malino.

Antes que salga de la sima opaca,
Cuando me alcé de pié, dije á mi guía:
— Háblame un poco, y de mi error me saca.

¿Qué es del hielo? ¿Por qué la sierpe impía
Está cabeza abajo, y en breve hora
Hizo su giro el sol de noche á dia?—

Y él: — Tú imaginas encontrarte ahora
Allá del centro dó me así al perverso
Reptil que el mundo á su caer perfora.

Allí estuviste hasta que el viaje inverso
Tomé: que entonce el punto has traspasado
Que todo peso atrae del universo [7];

Y al contrapuesto cóncavo has llegado
Que cobijando está la vasta Seca [8]
Sobre cuyo alto centro consumado [9]

Fué Aquel que ni al nacer ni en vida peca:
Y ora la breve esfera es tu peana,
Cuya opuesta mitad es la Judeca [10].

Cuando reina allá noche, aquí es mañana
Y, cual bajó, sumido está en el hielo
El que escala nos dió de fosca lana.

Cayó á esta parte [11] desde el alto cielo,
Y la tierra en su espacio contenida
Corrió, de espanto, al mar á hacerse un velo,

Y vino á tu hemisferio, y en su ida
Vació acaso ese sitio en terremoto,
Y alzó la que verás montaña erguida [12].—

Sitio hay allí, de Belcebú remoto
Tanto, cuanto su tumba allá se extiende,
Que por el son, no por la vista [13], es noto

De un arroyuelo breve que á él desciende,
De piedra, que gastó, por la abertura,
Con giro circular que poco pende.

Mi guía y yo por esa senda oscura
Entramos á volver al claro mundo;
Y ya el descanso sin tener en cura.

Subimos, yo primero y él segundo;
Tanto, que en parte ví las cosas bellas
Que el cielo adornan, por buzon rotundo;
Y dél salí á gozar de las estrellas.

FIN DE LA CANTÍGA PRIMERA.

NOTAS.

CANTO PRIMERO.

[1] DANTE imagina que ha empezado este viaje alegórico en el plenilunio de Marzo del año de mil trescientos, en cuya época tenía treinta y cinco años de edad, que él supone la mitad del camino de la vida ordinaria de los hombres. En esta alegoría en que se emplea casi todo el canto, el Poeta quiere darnos á entender el objeto del poema. La corrupcion y los vicios de su tiempo, ocasionados principalmente por la muerte de las creencias religiosas, habian producido gobiernos infelices, y conducido á la desgraciada Italia al desórden y á la más espantosa miseria: los ciudadanos armados unos contra otros, la plebe desenfrenada y furibunda, los grandes orgullosos y prepotentes, los magistrados avaros y venales, los sacerdotes más atentos á la tierra que al cielo, los príncipes tiranos y azote de sus súbditos; todo ofrecia el cuadro más desconsolador; y el Poeta, que se figuraba conocer el orígen de tantos males, y que habia hecho él mismo, aunque infructuosamente, todo lo posible para remediarlos cuando fué Prior de Florencia, emplea todo su ingenio en cantar la regeneracion moral del hombre y la política del Estado, que, segun sus principios y las ideas que habia formado, sólo habria de lograrse por medio de una monarquía universal, sujeta á las leyes de un solo Emperador establecido en Roma. Él creia que este imperio era de

derecho divino; y que, por el contrario, eran una usurpacion, y semilla de toda clase de miserias, debilidad y pobreza, los gobiernos de las pequeñas repúblicas y señorías, amparadas por la influencia y la autoridad de los Papas, que no debia extenderse más que á los asuntos de la Religion y disciplina de la Iglesia. De este pensamiento, que le dominó siempre desde que salió desterrado de su pátria á causa de su desgraciado ejercicio del cargo público que obtuvo en ella, nacen todas las apreciaciones que hace sobre el poder temporal de los Papas.

[2] Por esta selva oscura da á entender á Florencia; y se refiere á cuando él fué Prior y se vió enredado en aquellos tristes sucesos de los Blancos y los Negros.

[3] En la onza, el leon y la loba, que se oponen á que Dante suba al collado que doran los rayos del sol (esto es, á la moral y política regeneracion de su pátria), están simbolizadas la envidia, la soberbia y la avaricia. Algunos comentadores son de opinion que la onza representa la lujuria: pero esta pasion, aunque de las más dañosas para un fin exclusivamente moral, no lo es tanto como la envidia para el buen resultado de las cosas políticas. Tambien me mueve á preferir la primera interpretacion el recuerdo de vários pasajes del poema. Ciaco, por ejemplo, en el canto sexto del Infierno, dice:

Soberbia, envidia y lucro codioso
Son los tres males de Florencia plaga;

y ñor Bruneto, en el décimoquinto, dice de los florentinos:

Gente envidiosa, sórdida, superba.

[4] Dios crió y redimió el mundo en primavera; y el Poeta quiere aquí dar á entender, con lo plácido de la estacion y con la hora matutina,

que estas circunstancias benignas podrian suavizar el ánimo irritado de sus compatricios, y vencer á la envidia. Sabido es tambien que antiguamente en Florencia se tenian en aquella estacion alegres fiestas y diversiones, en medio de las cuales se reconciliaban las familias y se renovaban interrumpidas amistades.

[5] Le alcanzó, aunque tarde, porque el Dictador fué asesinado á los cincuenta y seis años de edad, y Virgilio nació cuando yá Julio César tenía más de treinta años.

[6] Suponen que este lebrel sea Cán Grande de la Escala; y que este Capitan, á quien DANTE dedicó su poema, y que fué jefe de la Liga gibelina, nació entre la ciudad de Fieltro, en la Marca de Treviso, y la de Montefieltro, en la Romana.

[7] Los condenados.

[8] Las almas del purgatorio.

CANTO II.

[1] Enéas.

[2] Estas palabras manifiestan el objeto de los favores concedidos á Enéas, y de todo lo que fué por él cumplido; á saber, el futuro establecimiento de la Sede Apostólica en Roma.

[3] La bajada de Enéas al infierno en el sexto canto de la *Eneida*.

[4] San Pablo, que fué arrebatado al tercer cielo, como lo dice él mismo en sus epístolas.

[5] Los que, ni salvados ni condenados, están como suspensos entre el cielo y el infierno.

[6] Piensan algunos que aquí Beatriz es el símbolo de *la Sabiduría divina*.

[7] El cielo sublunar más pequeño que todos los demás que le rodean, dentro del cual está la tierra.

[8] Símbolo de *la Clemencia divina*.

[9] Santa Lucía, como símbolo de *la Gracia divina*. En el canto XXXII del Paraiso se presenta otra vez sentada enfrente de Adan.

[10] Como Dios no puede ser bien conocido sino por su misma sabiduría, sólo por ella puede ser alabado; y por lo tanto, aquí Beatriz es el símbolo de la Sabiduría suma. Las tres mujeres representan, pues, á *la Clemencia,* á *la Gracia* y á *la Sabiduría de Dios.*

CANTO III.

[1] Se designa á las tres divinas Personas en sus especiales atributos.

[2] El perdon, que es la misericordia de Dios, resplandece en el Paraiso, y la justicia en el Infierno. No mereciendo, pues, estas almas viles ser recibidas ni en una parte ni en otra, vienen á ser desdeñadas por la misericordia y por la justicia.

[3] Parece que alude á Pedro Morone, el cual, por su gran virtud, de simple ermitaño fué elevado á la Silla pontificia con el nombre de Celestino V: pero él la renunció por volverse humildemente á su yermo. Bonifacio VIII, que le sucedió, era aborrecido de DANTE, por muy terrible adversario del partido Gibelino; y como la subida de éste fué ocasionada por la renuncia de aquél, el Poeta se deja aquí arrebatar injustamente de la ira, hasta formar un juicio falso y temerario. La Iglesia, en el espíritu del Evangelio, declaró sublime la conducta de Celestino, y hoy como á Santo le venera en sus altares.

CANTO IV.

[1] El Infierno de DANTE es un gran valle de figura cónica, con la punta hácia el centro de la tierra, cuya superficie le hace de tapa. Se divide en nueve grandes cercos, muy distantes el uno del otro, y estrechándose cada vez más; de manera que el sitio tiene en cierto modo el aspecto de un anfiteatro. Sobre los rellanos de estos cercos, que comprenden un grandísimo espacio entre sus dos orlas, están los condenados. Los Poetas,

cargándose siempre á la izquierda, recorren cierto trecho de cada cerco, lo bastante para ver qué clase de pecadores hay en él, y saber qué penas sufren, y conocer á algunos. Despues se inclinan hácia el centro, y encontrando allí el paso, bajan por él al cerco que le sigue; y en este órden van continuando su viaje hasta el fondo, sin más particularidades que algunas que se advierten en ocasion oportuna.

2 Cristo triunfante.

3 Hizo tanto, que por obtenerla de su padre Laban, le sirvió, segun lo dice el *Génesis*, durante catorce años.

4 Virgilio, como ya se ha dicho, habia salido del Limbo para ir á socorrer á Dante en la selva.

5 El renombre de *altísimo poeta*.

6 No es ésta la hermana de Orestes, sino la hija de Atlas, que tuvo de Júpiter á Dárdano, fundador de Troya.

7 Reina de las amazonas muerta por Aquiles.

8 Hija de Metábo, rey de los volscos. Esta Camila es la misma que se cita en el terceto trigésimosexto del canto primero.

9 Hija de Escipion el Africano y madre de los Gracos.

10 Mujer de Caton de Útica.

11 Julia Emilia, hija de César y mujer de Pompeyo.

12 Soldan de Babilonia.

13 Aristóteles.

14 Filósofo árabe natural de Córdoba, comentador de Aristóteles.

CANTO V.

1 De muchas naciones que hablaban diferentes lenguas.

2 Esta expresion parece traducida de Paulo Orosio, donde dice de esta mujer que la era lícito todo lo que la agradaba, sin respetar ni los vínculos de la naturaleza entre los padres y los hijos;

así es que vivió en íntimo consorcio con su propio hijo Ninias, y declaró lícito por la ley esta especie de casamiento incestuoso y horrible.

[3] Dido.

[4] Uno de los caballeros andantes más famosos de los romances.

[5] Tambien caballero andante, sobrino del rey Márcos de Cornualles, el cual le mató por haberle sorprendido en los brazos de su mujer, Isota de las blancas manos.

[6] Pablo Malatesta y Francisca Ariminio, su cuñada. Esta, hija de Guido de Polenta, Señor de Rávena, célebre por su hermosura, se casó con Lancelote Malatesta, Señor de Rímini, hombre feo y repugnante. Su hermano Pablo, jóven y hermoso, por el contrario, se enamoró de Francisca, y obtuvo su amor. Un dia fueron sorprendidos por el marido, que atravesó á entrambos con su espada.

[7] Lancelote Malatesta vivia aún cuando DANTE escribia estos versos; por eso dice que ya le estaba esperando *la Caína*, nombre que da al cerco del Infierno en que se castiga á los fratricidas, como se verá más adelante.

[8] Galeoto, en el romance, hace el oficio de tercero en los amores de la reina Ginebra con Lancelote el de la tabla redonda.

CANTO VI.

[1] Parece que este sujeto no era un plebeyo oscuro, como algunos han querido suponer, sino un ciudadano distinguido, que, arrastrado del vicio de la gula, descendió hasta hacerse parásito y bufon por satisfacerla en las casas en que se introducia, haciendo mil puercas bajezas; por lo que le pusieron el mote de *Ciaco*, que quiere decir cerdo. Tambien *Ciaco* es el diminutivo de Jacobo en lengua italiana, y puede que fuera ese su nombre. De cualquier modo que sea, este personaje no es bien conocido.

[2] El partido *montés* era el de los Blancos, y se llamaba así porque su jefe era de la familia de los *Cerqui*, procedente de los montes de Val-de-Sieve.

[3] A los tres años.

[4] Cárlos de Valois, que, miéntras habla DANTE, entretenia con palabras blandas á los florentinos, y luégo se volvió al partido de los Güelfos.

[5] De la misma supresion que hace de sus nombres puede inferirse que uno de ellos sea el mismo Alighieri, y el otro su grande amigo Guido Cavalcanti, de quien dice Bienvenido de Imola: *alter oculus Florentiæ tempore Dantis.*

[6] Son los cinco nobles florentinos á quienes el Poeta encuentra más adelante.

[7] Es doctrina de San Agustin, que dice: *Cum fiet resurrectio carnis et bonorum gaudium majus erit, et malorum tormenta majora.*

[8] Pluto, segun la mitología pagana, Dios de las riquezas, es aquí un personaje alegórico, al cual llama *fiero enemigo*, porque, en efecto, de los excesivos bienes de fortuna proceden en la familia humana los mayores vicios.

CANTO VII.

[1] Son palabras de significado y orígen desconocido, aunque se conoce que forman una interjeccion de ira y de amenaza, y acaso puestas á propósito como fórmula de encanto mágico para aumentar con su oscuridad su tenebroso efecto.

[2] En la Escritura se hallan muchas veces las palabras *estupro* y *adulterio* aplicadas á la infidelidad contra Dios; y DANTE, muy nutrido en el estudio de la Escritura, empleó muy á menudo su lenguaje.

[3] Los pródigos dicen á los avaros: *¿por qué aprietas?* y los avaros á los pródigos: *¿por qué sueltas?*; achacándose así mútuamente su vicio y el motivo de su condenacion.

[4] Quiere decir: de suerte que cada hemisfe-

rio celèste brille sucesivamente sobre cada hemisferio terrestre.

[5] Tambien la Escritura llama dioses á los espíritus destinados al gobierno del orbe, como los llama aquí Dante, que, segun hemos dicho, toma expresiones de ella muy á menudo.

[6] Quiere decir: Ya ha trascurrido la mitad de la noche; y desde el principio del poema hasta este punto han pasado diez y ocho horas, de este modo: empezó á la mañana: luégo anocheció, y como era el equinoccio, pasaron, pues, doce horas; y con las seis que ahora dice haber corrido en la frase de *ya caen las estrellas,* suman las diez y ocho expresadas.

[7] Bajaron al quinto cerco, en donde están los coléricos y los perezosos.

CANTO VIII.

[1] Flégias, segun la mitología pagana, porque Apolo habia violado á su hija, quemó el templo del dios en Delfos, en un arrebato de cólera. Acaso porque esa pasion se castiga en ese cerco, Dante le hace barquero del lago.

[2] Por el peso verdadero del cuerpo de Dante como persona viva.

[3] Este halago de Virgilio, que á primera vista parece inoportuno, es, por el contrario, un rasgo magnífico, si se reflexiona bien que ocurre en el mismo sitio en que se castiga la soberbia, y como dando á entender que no es altivez, sino honrosa indignacion la que se siente por las malas acciones.

[4] Antes que se te deje ver la proa, dice el Poeta enseguida; dando á entender que se levantará del agua cuando Dante la haya aligerado saltando á tierra.

[5] Fué de la noble familia de los Cavicintos Adimaros, y hombre poderoso y extremadamente soberbio. Parece que se opuso constantemente á la vuelta de Dante á Florencia.

[6] Hay que tener presente que describe á Dite como una plaza de guerra de alta importancia, y habla al principio de dobles torreones, de donde se hacen las señales de aviso á otro que las repite.

[7] Este valle es el cerco sexto, que, hallándose en el mismo rellano del quinto, está separado por fosos y muros que forman una ciudad á modo de plaza de guerra, que se denomina Dite, del nombre del Señor del Infierno.

[8] Supone que la puerta principal ó primera del Infierno fué tambien cerrada para impedir que entrase Nuestro Señor Jesucristo, y que sus goznes, desde que él los quebrantó, se hallan rotos. Parece que aquí alude á este pasaje del oficio del Sábado Santo: *Hodie portas mortis et seras pariter Salvator dirupit.*

CANTO IX.

[1] Erito fué una célebre maga de Tesalia; por eso da el Poeta ese nombre á las que ejercen esa profesion, ó tienen las calidades de aquélla; como se dice de una mujer hermosa *una Vénus*, de un hombre muy valiente *un Marte*, etc.

[2] Hacía poco que estaba en el Limbo.

[3] El cerco del Infierno en que se castiga á los traidores es llamado por el poeta *Judeca*, en recuerdo de Judas.

[4] El primer móvil: esto es, el cielo que contiene y mueve todos los otros.

[5] Quiere decir que no se puede entrar por buenos modos.

[6] Porque cuando Teseo bajó al infierno acompañado de Piritóo, su amigo, sólo le hicieron prisionero, y fué á dicho Piritóo á quien despedazó el Cerbero.

[7] No sólo en este pasaje, sino en otros varios, advierte el Poeta que se atienda á los conceptos morales y políticos que se encuentran co mo velados en las poéticas ficciones. En algunas

ocasiones es casi imposible penetrarlos; pero aquí parece indudable que la alegoría es ésta. Las Furias son el remordimiento. El rostro de Medusa es el placer sensual, que empedernece todos los buenos instintos.

[8] Es bien sabido que una de las causas del viento es el desequilibrio del calórico en la atmósfera.

[9] Pretenden algunos comentadores que tambien hay aquí un sentido alegórico. Yo creo que hace sólo referencia á cuando Hércules, por la voluntad del Hado, bajó al Infierno y encadenó á Cerbero, que guardaba la entrada.

[10] Pola es ciudad de Istria, y el Cuarnáro el golfo que la baña y separa la Italia de la Croacia.

[11] Estos sepulcros son, segun los anticuarios, del tiempo de los romanos.

CANTO X.

[1] Farinata, de la familia de los Uberti, hombre de grande espíritu, y cabeza de los Gibelinos de Florencia. En Monteaperto, junto al rio Arbia, derrotó en una sangrienta batalla, en Setiembre de 1260, al ejército Güelfo, y entró en Florencia, de donde desterró á todos los de ese partido, entre los que entonces estaba tambien la familia de DANTE: pero cuando los vencedores propusieron, en consejo tenido en Émpoli, la destruccion de Florencia, aquel patricio generoso se opuso con romana entereza, y á él se debió, por tanto, la salvacion de la pátria. El Poeta le ensalza por este hecho; y al ponerle en este sitio castiga en él al cristiano descreido, y no al hombre de Estado.

[2] Nótese cómo se pinta la fiereza de su ánimo, que áun en la desgracia no le abandona.

[3] La primera vez, cuando Federico II, sosteniendo á los Gibelinos, obligó á los Güelfos á salir de Florencia, lo que sucedió el 2 de Febrero

de 1248; y la segunda, despues de la rota de Monteaperto, de que se ha hecho mencion. Los Güelfos volvieron tambien á entrar otras dos veces. Una en Enero de 1251, á consecuencia de la derrota sufrida por los Gibelinos en Figlino el 20 de Octubre del año anterior; y otra en 1266, despues del desastre y muerte de Manfredo, muerto ya Farinata.

[4] DANTE responde aquí con cierta ironía al Gibelino. Hay que tener presente que en el año 1300 era todavía Güelfo, al ménos aparentemente.

[5] Esta sombra es Cavalcante de los Cavalcanti, que fué Güelfo de todo corazon.

[6] Parece que da á entender que no gustó del estilo épico, que fué el que hizo inmortal á Virgilio. Este Guido, hijo del anterior Cavalcante, era tambien Güelfo, amigo inseparable de DANTE, poeta lírico, y filósofo de gran mérito.

[7] La luna es la que reina en los infiernos con el nombre de Hécate ó Proserpina.

[8] Várias escritores dicen que llegaba á tal punto el bárbaro furor de los partidos, que hasta en los altares de Florencia, en tiempo de los Güelfos, se hacía esta oracion: *Ut domum Ubertam eradicare et disperdere digneris.*

[9] Esto es: «porque no sabía que vosotros ignorábais lo presente.»

[10] Federico II, de la casa de Suavia ó de Hohenstaufen, fué hijo de Enrique VI, y nieto de Barbaroja, rey de Nápoles y de Sicilia primero, y despues elegido Emperador. Se hizo notable por su amor á las letras; pero más aún por su irreligiosidad y desenfrenadas costumbres.

[11] Este es Octavio de los Ubaldinos, llamado por excelencia *el Cardenal*. Se le coloca aquí entre los epicúreos, porque era tan materialista, que lamentándose una vez de la conducta que con él observó Federico, dijo: *Si tuviera yo una alma, la habria perdido por los Gibelinos.*

[12] Parece que quiere con esto señalar al alto

cielo en que reside Beatriz, por cuya mediacion sabe despues en el Paraiso los sucesos futuros de su vida.

CANTO XI.

[1] Se creia en tiempo de DANTE que Anastasio II habia tenido comunicacion é inteligencia con Fotino, diácono de Tesalónica, discípulo del herético Acacio, y que el clero mismo le habia negado la obediencia y hasta la comunion. Mejores estudios sobre la historia patentizaron más tarde la falsedad de aquella creencia, y que se habia confundido á Anastasio, Papa, con el emperador Anastasio.

[2] El Suicida.

[3] Ciudad de la Guiena, célebre en tiempo de DANTE por residir en ella los mayores usureros. En un decreto del rey Felipe el Atrevido, se lee: *Contra usurarios qui vulgariter Caorcius dicuntur.*

[4] La primera especie de fraude rompe los lazos con que la naturaleza ha unido á los hombres; pero éste segundo rompe además los del parentesco y amistad.

[5] Llama á este punto centro del universo, siguiendo el sistema de Ptolomeo.

[6] La Etica de Aristóteles, que se enseñaba entónces en todas las escuelas.

[7] Las palabras del *Génesis* á que alude, son éstas: *Posuit Deus hominem in Paradiso, ut operaretur;* y éstas: *Vesceris pane tuo in sudore vultus tui.*

[8] Á este viento llamaban los latinos Caurus. Sopla entre Occidente y Setentrion. Los marinos le llaman Poniente maestro. Las estrellas que forman el signo de los Peces del Zodíaco están en el punto de Oriente dos horas ántes que el sol, cuando éste está en Aries. Quiere, pues, decir todo esto que empieza entónces á amanecer; puesto que se describe tambien estar en el equi-

noccio de primavera, diciendo que el Carro (esto es, la Osa mayor) se vé todo en aquella parte del cielo en que sopla el Coro.

CANTO XII.

1 La bajada al sétimo cerco.

2 El Minotauro fué engendrado por un toro, al cual se dió Pasifáe, mujer de Minos, rey de Creta, encerrada en una vaca de madera. Véase, pues, cuán oportunamente se pone á la entrada de este cerco, en que se castiga á los violentos y brutales, á este monstruoso parto de liviandad desenfrenada.

3 Teseo.

4 La hermana del Minotauro es Ariadna, la cual enseñó á Teseo el modo de matarle.

5 La bajada de Jesucristo á sacar del Limbo las almas de los justos.

6 Empedócles opina que el mundo fué engendrado por la discordia de los elementos, y que, por el contrario, ha de volver al caos por la concordia ó union de las partículas semejantes las unas con las otras. Así Virgilio dice: *que pensó que el orbe sentía aquel amor que arrojó el mundo del caos que le absorbe.*

7 Ese instante es la muerte del Redentor, cuando tembló la tierra y se rompieron las rocas.

8 Hace alusion á la vida aventurera y facinerosa de los Centáuros.

9 Neso trató de robar á Deyanira; pero su marido Hércules, con sus flechas teñidas en la sangre venenosa de la Hidra de Lerna, mató al Centáuro; el cual, al morir, dió su misma camisa, empapada en sangre tambien, á aquella incauta, advirtiéndola que tendria la virtud de curar al héroe de todo amor á otra mujer; y ella, en efecto, celosa una vez, dispuso que se la pusiera; y él tuvo que matarse por librarse de los terribles dolores y locura que le acometieron. Por eso dice el Poeta: *Vengándose al morir con crudo exceso.*

[10] Ecelino de Romano, vicario imperial en la Marca de Treviso, fué crudelísimo tirano de Pádua.

[11] Obizon de Este, Marqués de Ferrara y de la Marca de Ancona, hombre feroz que fué ahogado por su propio hijo, á quien el Poeta llama *hijastro*, á causa de este parricidio.

[12] Guido de Monforte, en la catedral de Viterbo, en el acto de alzarse la Hostia consagrada, mató á Enrique, sobrino de Enrique III, rey de Inglaterra, en venganza de haber sido decapitado en Lóndres su padre Simon. El corazon del asesinado fué llevado al tio en una copa, y colocado por éste en una columna á la entrada del puente del Támesis, donde se le hacian honores todavía en tiempo de DANTE.

[13] Aunque nobles, eran ladrones famosos que en tiempo de DANTE infestaban los caminos de la comarca romana de la parte de la marina.

CANTO XIII.

[1] Checina, rio que entra en el mar á media jornada de Liorna por la parte de Roma. Corneto, ciudad del Patrimonio de San Pedro. Ese espacio intermedio está cubierto de bosques del lado allá de Corneto, á los que se acogen los animales monteses que huyen de los sitios del lado de acá cultivados y abiertos.

[2] Una de las harpías, llamada Celeno, predijo á los troyanos, en las Estrófadas, que son islas del mar Jonio, que el hambre les obligaria á comerse las mesas. (Véase el libro VII de la *Eneida.*)

[3] Hasta que llegue al espacio tercero.

[4] Quiere decir: *lo que yo cuento de Polidoro.* Pues, en efecto, Virgilio dice de él, en el libro III de la *Eneida*, que de su cuerpo habia crecido un arbusto, cuyos ramos, arrancados por Enéas, brotaron sangre.

[5] Pedro de Viñas, natural de Cápua, canciller del Emperador Federico II, sobre el que ejercia una influencia omnímoda; pero que acusado

al fin de infidencia por cortesanos envidiosos, fué condenado á que le sacáran los ojos. Ciego ya, y privado de todos sus cargos y bienes, se mató, rompiéndose el cráneo contra los muros de una iglesia.

[6] El Poeta supone que el principio de su desgracia le vino de la influencia de la Córte romana, á la que llama *la meretriz corruptora de las Córtes*, etc.

[7] Se volvió injusto contra él, que era justo; esto es, se suicidó por librarse del deshonor de una culpa que no habia cometido.

[8] Quiere decir: miéntras DANTE vuelto al mundo te hace el favor que le has pedido de restablecer tu buen nombre.

[9] Lano, sienés y del partido Güelfo, disipador licencioso, que en la batalla de Pieve del Topo, en el condado de Arezo, aunque podia salvarse huyendo despues de la derrota sufrida allí por su partido, se hizo matar arrojándose desesperadamente en medio del enemigo, por no sobrevivir á su pobreza. El Poeta da, por tanto, á entender que más valiera que su planta se hubiera agitado, corriendo en aquella ocasion por evitar la muerte.

[10] Este que habla es un espíritu encarcelado en el arbusto á que se fué á acoger Jacobo de Santandrea, que es el que corria detrás de Lano, perseguidos ambos por los perros. El Jacobo es un noble paduano, que se mató despues de haber disipado todos sus bienes.

[11] Florencia, dedicada á Marte en tiempo del paganismo, fué luégo consagrada á San Juan Bautista. Parece que fué destruida por Totila; pero en tiempo de DANTE era pública opinion que habia sido quemada por Atila, cuando es en verdad bien sabido que este bárbaro no pasó los Apeninos.

[12] Quiere decir: qué si no ha sucumbido del todo, consiste en que del dios de la guerra queda todavía algo en el pedestal de su estátua, cuyos

restos se ven á la entrada de Pontevecchio, en el Arno.

[13] Dicen algunos que éste fué Roque de Mozi, que, viéndose arruinado, se ahorcó de una viga de su casa.

CANTO XIV.

[1] Compadecido de aquel florentino, su compatriota.

[2] Como el suelo de la Libia que pisó Caton, cuando pasó allá con el ejército de Pompeyo.

[3] Dícese que Alejandro en la India vió caer en el suelo copos de fuego, y que, segun iban cayendo, los hacía pisar por sus soldados apresuradamente, y ántes de que ese fuego se acumulase al ardor de la arena. Esto está tomado de la carta apócrifa de Alejandro á Aristóteles.

[4] Á Vulcano.

[5] El volcan del Etna, donde suponian los antiguos que estaban las fraguas de Vulcano, que con sus Cíclopes forjaba los rayos de Júpiter.

[6] Valle de Tesalia donde se supone que fué dada la batalla de los Gigantes contra Júpiter.

[7] Así se llamaba un pequeño salto de agua termal situado á dos millas de Viterbo. Á lo que parece, iba á beber sus aguas la turba pecatrice, buscando en ellas medicina para sus ordinarios males.

[8] La puerta del Infierno.

[9] Bajo Saturno, del que dice Juvenal: *Credo pudicitiam Saturno rege moratam.*

[10] Por sin cultivo.

[11] Rea, mujer de Saturno y madre de Júpiter, hacía criar á éste escondido en el monte Ida, para que su padre no le devorára, y mandaba hacer un gran ruido de címbalos y otros instrumentos para que no se oyera su llanto.

[12] Esta es una imitacion de la vision de Daniel; y así como en el sueño del Profeta se revelan los sucesos del imperio asirio, así en la dan-

tesca imitacion pueden significarse los del imperio latino, establecido en Roma por César y por Octavio, degenerado despues, y el cual queria DANTE que, para bien del mundo, se regenerase de nuevo.

[13] En su libro *De la Monarquía* desenvuelve DANTE este pensamiento, declarando que el imperio romano es el único legítimo, como fundado por la gracia divina: que todo otro gobierno es una usurpacion, y que hasta que aquel se restablezca, no habrá más que confusion y desórden en el mundo.

[14] Las lágrimas producidas por los delitos de los hombres, brotando por las hendeduras de la estátua, que es personificacion del tiempo, bajan á formar los rios infernales. Admirable alegoría, superior á cuantas han ocurrido á los antiguos poetas.

[15] Para entender esto bien, es preciso no olvidar que, habiendo DANTE imaginado nueve cercos infernales, recorre en su viaje la novena parte de cada uno; de modo que yendo siempre hácia la izquierda, cuando llega al término de la novena parte del último cerco es cuando ha girado todo el redondo. Por eso no ha podido encontrar al Flegetonte á aquel lado izquierdo, que aún no ha recorrido enteramente.

[16] Porque el nombre de Flegetonte viene de la palabra griega *arder*.

[17] *Lete* significa olvido, y supone que este rio está en el Purgatorio, donde se lavan las culpas, y no en el Infierno, donde las penas serian menores si las almas condenadas pudieran olvidarse de sus pecados.

[18] Por experiencia sabemos que una vela se apaga entre exhalaciones húmedas.

CANTO XV.

[1] Clarentana es un monte del cual nace el Brenta, cuyo rio necesita que le pongan diques

los paduanos, por cuya ciudad pasa, cuando viene de crecida con las nieves de la altura que se derriten á los primeros calores del estío.

[2] Porque el espíritu iba por la arena, y DANTE, más alto, por el pretil del arroyo.

[3] Bruneto Latino fué gran filósofo, profesor insigne de retórica, del partido Güelfo, y maestro de DANTE. Despues de la derrota de Monteaperti emigró á París, donde escribió en francés su libro titulado *Tesoro,* y volvió luégo á Florencia, donde murió el año de 1294.

[4] Antes de los treinta y cinco años.

[5] El pueblo florentino es originario de Fiésolo, antigua ciudad situada sobre una colina de piedra, á una legua de Florencia.

[6] Los florentinos (dice Villani) inadvertidos (y por eso fueron proverbialmente llamados *los ciegos*) cedieron á los falsos halagos de Atila (entiéndase Totila), y engañados con sus promesas, le abrieron las puertas de la ciudad. Tambien por eso los llama DANTE *ciegos.* Sostienen esta interpretacion, además del dicho Villani, Malespino, Juan Florentino y Bienvenido de Ímola.

[7] Várias familias ilustres de Florencia, y entre ellas la de DANTE, se tenian por descendientes de los romanos.

[8] La prediccion que le ha hecho Farinata en el canto X.

[9] Se trata de los sodomitas.

[10] Célebre gramático del siglo VI, natural de Cesárea.

[11] Célebre jurisconsulto, natural de Florencia.

[12] Debe ser éste un Andrés de Mozi, obispo de Florencia, que fué trasladado desde el Arno; esto es, desde su obispado al de Vicencia (ciudad á cuya inmediacion pasa el rio Baquillon), por mandato del *Siervo de los Siervos*; esto es, del Papa.

[13] El *Tesoro*, que, como hemos dicho, escribió en latin ñor Bruneto, es una especie de en-

ciclopedia, en la cual ha querido el autor recoger todo lo que se sabía en su tiempo.

[14] El Pálio verde se corria en Verona el primer domingo de Cuaresma.

CANTO XVI.

[1] Porque no se podian detener, por la penitencia que sufrian de no parar un punto.

[2] Gualdrada fué madre de Rugiero, de los Condes Guidos, Señores de Casentino y de muchos castillos en Valde Arno; y Rugiero, padre de este Guido Guerra, soldado valeroso que contribuyó mucho á la victoria de Benevento, en que Cárlos derrotó á Manfredo, el año de 1266.

[3] De la familia Adimari. Fué excelente capitan, y aconsejó que no hicieran la expedicion contra los de Siena: pero los florentinos desoyeron su consejo, y fueron derrotados en el Arbia.

[4] Jacobo Rusticucio, respetable y poderoso caballero florentino, que se entregó á ese vicio, desesperado del desden y orgulloso carácter de su mujer.

[5] Guillermo Borsier fué un caballero valeroso, galan y amable, y habla de él Bocaccio en una de sus novelas.

[6] Compara aquí la estruendosa caida del Flegetonte con la cascada del Montone, junto á la Abadía de San Benedicto, en el Apenino, formada por el rio de aquel nombre, el cual se llama Aguaquieta en lo alto, y tiene curso propio; esto es, no se junta con el Pó, como los demás rios de aquella parte.

[7] Alude á la Abadía indicada, en la cual supone que entre pocos frailes se emplean las rentas que podrian mantener á miles de habitantes.

[8] La misma alegoría que ya hemos visto usada por el Poeta, y por la cual da á entender la virtud contrapuesta al vicio que se quiere combatir.

[9] Advierte que no se deben contar las cosas

increibles, aunque sean verdad, porque como la verdad que tiene aspecto de mentira no es creida, siempre esto causa vergüenza al narrador, haciéndole pasar por embustero.

[10] Nombre que Dante ha dado á su poema, y con el cual ha corrido por el mundo.

CANTO XVII.

[1] Célebre bordadora de Lidia, que fué convertida en araña por Minerva, con quien quiso competir en su arte.

[2] A la orilla del Danubio.

[3] Se supone que el castor extiende en el agua su cola aceitosa, con lo que atrae los peces y los caza.

[4] Estos son los usureros.

[5] Son las armas de los Gianfigliazzi de Florencia.

[6] Son armas de la familia florentina de los Ubriachi.

[7] Armas de los Scrovigni, de Pádua.

[8] Vitaliano del Dente, grande usurero de Pádua.

[9] Habla Reinaldo Scrovigni.

[10] Este héroe soberano con la bolsa del triple pico es Juan Buyamonte, el usurero más ladron de aquellos tiempos.

[11] La vía láctea.

CANTO XVIII.

[1] Cuando el Jubileo del año de 1300, el Papa mandó hacer en el puente de Santángelo una separacion entre los que iban y venian. Aquí Dante supone que los que venian de frente á ellos descaradamente eran los seductores de mujeres por cuenta de otro; y los que iban, eran los que lo habian hecho en pró de sí mismos.

[2] Un lugar fuera de la puerta de San Mamante, en Bolonia, en el cual se castigaba con

azotes á los malhechores, se llamaba *Las Salsas;* así DANTE, hablando aquí con un boloñés, le da á aquel sitio del Infierno un nombre que él conoce, y que tiene con él la analogía del castigo mismo. El boloñés con quien habla es Caccianimigo, que vendió su propia hermana al marqués. Se entendia entónces por *el marqués* al de Ferrara; y fué éste que aquí se cita Obizon segundo de Este.

[3] Por lo visto, ese caso de la Guisóla se contaba por vários de diverso modo; por unos como culpa de él, y por otros como sólo de ella.

[4] Quiere decir que hay más boloñeses en el Infierno que cuantos hay vivos que dicen *Sipa* (que es en su idioma la expresion de afirmacion) entre Savena y Reno, que son dos rios entre los que está Bolonia y parte de su territorio.

[5] Medea, despues que ayudó á Jason á robar el vellocino de Colcos, fué abandonada por él. Este mismo Jason sedujo despues y abandonó tambien á Isifile. Esta, cuando las mujeres de Lemnos (las *hembras desalmadas*) mataron á todos los varones de la isla, instigadas por Vénus, logró salvar á su padre, engañando á las otras, ella que á su vez tambien habia sido engañada.

[6] Los fautores de complacencias viles.

[7] Fué un noble lucano, vil adulador y lisonjero.

[8] Recuerdo de una escena de Terencio en *El Eunuco.*

CANTO XIX.

[1] Simon Mago ofreció dinero á San Pedro por obtener los dones del Espíritu Santo. Desde entónces se llamó simonía el traficar con las cosas sagradas.

[2] El cerco de los simoníacos.

[3] En la iglesia de San Juan, en Florencia, habian ahondado alrededor de la fuente bautismal cuatro especie de pocitos para que los sacer-

dotes que bautizasen pudieran acercarse más al agua, y lo hicieran con más comodidad.

[4] Sin duda acusaron á DANTE de haber roto por impiedad uno de aquellos pocitos, cuando parece que él tuvo necesidad de romperlo para salvar la vida de algun niño que debió haber caido dentro de él.

[5] Entre los crueles suplicios que usaban los antiguos, era uno el de echar al reo cabeza abajo en un hoyo profundo, é irle paulatinamente rellenando hasta ahogar al penado. Ocurria muchas veces que éste, cuando empezaban á echarle la tierra, llamaba al confesor, y los verdugos suspendian su faena, y el sacerdote bajaba completamente la cabeza para oir al confesando, el cual alargaba cuanto podia su confesion.

[6] Nicolás III (que es el Papa empotrado allí), se figura que quien le habla es Bonifacio VIII, reinante entónces; y por eso da á DANTE el nombre de ese Pontífice; y al decir que su cuenta falló por poco tiempo de la época en que debia bajar á relevarle el dicho Bonifacio, debe entenderse: que gozando Nicolás de la antevista de que el Poeta supone dotados á todos los espíritus, sabía bien que su sucesor habia de morir en el año de 1303; y como entónces se hallaba en dicho 1300, de ahí su admiracion al dirigirse á su interlocutor.

[6] Se dijo en aquel tiempo exageradamente por los Gibelinos, sus adversarios, que Bonifacio VIII *se casó con la Santa Iglesia* (esto es, obtuvo el Papado) por medio de la corrupcion, y que despues, para resarcirse del gasto, saqueó á su Esposa.

[7] Fué este Papa de la casa Orsini, y dice el Poeta que fué codicioso de acrecentar la riqueza y el poder de los Oseznos; esto es, de los indivíduos de su familia.

[8] Á Bonifacio VIII.

[9] Este es Clemente V, de Gascuña (al poniente de Roma), que murió poco más de diez

años despues de Bonifacio, el cual, por lo que supone el Poeta, sufriria aquel suplicio ménos tiempo que Nicolás; porque entre la muerte de éste y la de Bonifacio mediaron veinte años.

[10] Jason fué hecho Sumo Sacerdote por el favor de Antíoco, rey de Siria, y supone DANTE que, así como Jason, con los despojos del templo de Jerusalen, ablandó á Antíoco, así Clemente V, por halagar y complacer al rey de Francia (del Sena) Felipe el Hermoso, le debió tambien su advenimiento al Sólio Pontificio. Téngase aquí presente que DANTE habla con mucho honor de este mismo Papa en una epístola escrita en 1310, dirigida á los Príncipes y pueblos de Italia.

[11] San Matías entró á ocupar el puesto de Apóstol que perdió por su traicion Judas Iscariote.

[12] Díjose en aquel tiempo que Juan de Prócida dió dinero á este Papa por obtener su ayuda en la conspiracion que tramaba contra los franceses en Italia, de cuyo reino era Señor Cárlos I de Anjou.

[13] *Veni ostendam tibi damnationem meretrices magnæ, quæ sedet super aquas multas, cumquam fornicati sunt reges terræ...* (San Juan: *Apocalípsis.*)

[14] Las siete cabezas son los Sacramentos, y los diez cuernos los Mandamientos de la ley de Dios, que la Iglesia (la que está sobre las aguas puesta) alza en ornamento cuando el Papa (el consorte) practica la virtud.

[15] Papa significa *padre.*

[16] Habla irónicamente.

CANTO XX.

[1] Con aquel paso muy lento que llevaban antiguamente las procesiones llamadas *letanías*, de la palabra griega que quiere decir *súplica.*

[2] Fué Anfiarao uno de los siete Reyes que

asediaron á Tebas. Era adivino; y adivinando que habia de morir bajo los muros de aquella ciudad, se escondió en lugar sabido sólo de su mujer, que le descubrió, y le condujeron al ejército. Estando en él, en lo más recio de una batalla se abrió la tierra delante de su carro, y fué rodando hasta los infiernos.

[3] Tiresias fué un adivino, natural de Tebas, que, habiendo tocado una vez con su varita á dos serpientes unidas, se convirtió en mujer; y encontrándoselas á los siete años en la misma disposicion, y tocándolas de nuevo con la vara, recobró su anterior sexo masculino.

[4] Aronte es otro adivino toscano, de quien Lucano hace mencion en la *Farsalia.* Dice el Poeta que respalda sus lomos al vientre de Tiresias, porque ambos, segun ya ha manifestado, van andando al revés.

[5] Manto, hija de Tiresias, por huir de la tiranía de Creonte, rey de Tebas, su pátria, tuvo que recorrer muchos países despues de la muerte de su padre. En esa peregrinacion, violada por el rio Tiberino, parió á Ocno, el cual fundó una ciudad, á la que llamó Mántua, en memoria de su madre.

[6] Al dominio de Creon, usurpador del cetro de Tebas, fundada por Baco.

[7] Antiguamente se llamaba el Benago, y hoy lago de Garda.

[8] Punto comun á las tres diócesis de los obispos de Trento, Brescia y Verona; por consiguiente, desde donde cualquiera de ellos puede bendecir parte de su jurisdiccion, puesto que allí se tocan las tres.

[9] Sin duda llama á Manto la vírgen cruda por el ejercicio de su profesion, que se practicaba entónces derramando sangre y consultando entrañas de animales y hasta de criaturas humanas.

[10] Pinamonte de Buonacosi, mantuano, persuadió maliciosamente al conde Alberto Casalo-

di, señor de aquella ciudad, que le convenia á su seguridad encerrar en los inmediatos castillos á algunos sujetos principales, que realmente sólo eran obstáculo á la ambicion del mismo Pinamonte; verificado lo cual, ese traidor, con el favor del pueblo bajo, le quitó al conde Alberto la señoría, y mandó matar ó desterró á todos aquellos mismos nobles encerrados por su engaño; con lo que disminuyó la poblacion y riqueza pública.

[11] Cuando el sitio de Troya quedó la Grecia sin varones, porque todos fueron á la guerra.

[12] Euripilo, augur, compañero de Calcas, de quien habla Virgilio en el segundo libro de la *Eneida*, al cual llama DANTE tragedia por estar escrita en estilo heróico, como llama á su poema comedia porque tiene mucha parte escrita en estilo humilde y llano.

[13] Astrólogo en tiempo del Emperador Federico II.

[14] Astrólogo de Forli, muy estimado del conde de Montefieltro.

[15] Zapatero de Parma, y tambien adivino.

[16] Las magas de su tiempo ejercian la magia ordinariamente valiéndose de figuras de cera y de extractos de yerbas.

[17] Segun la creencia vulgar, las manchas de la luna representan á Caín con un haz de espinos. En la descripcion alegórica que aquí hace el Poeta nos da á entender la hora que era en Italia, y especialmente en el horizonte de Roma. Reinaba el equinoccio de Primavera, con el sol en Aries y la luna en Libra. Dicha luna, ahora invisible á los dos Poetas, habia estado llena la noche que DANTE se perdió en la oscura selva. El viaje por el Infierno empezó trasmontado ya el sol, que es lo mismo que decir veinticuatro horas despues del plenilunio. Al fin del canto XI vemos que se demarca la aurora del dia siguiente; diciendo, pues, aquí que la luna, tocando al confin occidental del hemisferio de Roma, estaba para sumergirse en el Océano al otro lado de Sevilla, y siendo éste el

segundo giro despues de su plenitud, el tiempo que se indica es de cerca de una hora de sol del segundo dia despues del plenilunio; pues debe tenerse presente que la vuelta de la luna al meridiano se retarda todos los dias cuarenta y ocho minutos y cuarenta y seis segundos.

CANTO XXI.

[1] Pasan del puente del cuarto saco al del quinto.

[2] Eran llamados *los Ancianos* los magistrados del municipio de la ciudad de Luca, cuya patrona era Santa Cita.

[3] Dice esto irónicamente, porque Bonturo Bonturi, de la familia de los Dati, fué el peor de los rufianes luquenses, y acabó por vender á su partido en 1314.

[4] Con esa frase: *Aquí no está la efigie de Jesus, delante de la cual suelen encorvarse tus luquenses*, alude á la postura boca abajo en que volvió á salir á la superficie del lago el pecador que fué echado en él por el diablo negro de que se ha hablado poco ántes.

[5] El Cerquio es un rio que pasa cerca de los muros de Luca.

[6] Debajo de la pez.

[7] En 1290 los luquenses que guarnecian el castillo de Caprona, á la orilla del Arno, en territorio pisano, del cual se habian apoderado en guerra contra los Gibelinos, se vieron obligados á abandonarlo rendidos por hambre, y al pasar, capitulados ya, por entre sus enemigos, tuvieron un terrible miedo porque les empezaron á gritar: *¡Matarlos! ¡Matarlos!* Á este suceso asistió Dante en persona.

[8] Como luégo se verá en el canto XXIII, todos los puentes de un escollo á otro se hallan rotos en este saco, y por consiguiente es tambien mentira lo que aquí le dice Malanalga.

[9] Aquí se fija clarísimamente el año, el dia

y la hora corrientes en que los Poetas se hallan en este quinto saco. Nuestro Señor Jesucristo murió en el plenilunio despues del equinoccio de primavera, que ocurrió el 25 de Marzo, dia en que fué concebido, segun vários Santos Padres. *(Octo enim Kalendas Aprilis conceptus creditur quo et passus.* San Agustin, lib. IV *De Trin.)* Sin embargo, los aniversarios de su muerte se computan, no por el dia del mes en que propiamente ocurrió, sino por el dicho plenilunio, que suele variar cada año. Ahora bien: diciendo el diablo que en el dia precedente al en que habia sido el plenilunio se habian cumplido 1266 años desde que habia sido rota aquella vía, y queriendo aludir con esto al terremoto acaecido á la muerte del Redentor, claro es que, si á los 1266 años se añaden los 34 trascurridos, segun la tradicion, de su Encarnacion á su muerte, se halla el Poeta en el plenilunio de Marzo del año de 1300; si bien éste plenilunio caia en ese año en el domingo anterior al de Pascua, dia 3 de Abril.

[10] Subterfugio de Virgilio por calmar á Dante.

[11] Este gesto de truhanería que le hacen los diablos á Barbardiente, su cabo, es como manifestando que sería Dante muy tonto si creyera lo que le dice Virgilio, de que no era contra él su ceño maligno.

CANTO XXII.

[1] Los florentinos en aquella época solian llevar una campana en un castillejo de madera, colocado sobre un carro, para hacer mover las tropas á su sonido.

[2] Usaban entónces como señales los castillos, de noche luces, y de dia humaradas.

[3] Este se llamaba Chámpolo, hijo de mujer principal del reino de Navarra, y estuvo al servicio de Tebaldo VI, rey de Navarra y conde de Champaña.

[4] Porque mandaba una escuadra compuesta de diez indivíduos.

[5] Era un fraile, sardo de nacion, que habia llegado á ser el favorito de Nino Visconti, Señor de Gallura, de cuyo favor abusó vendiendo cargos y dignidades, y entregándose á todo género de vicios. La Cerdeña era entónces de los pisanos, y se dividia en las cuatro judicaturas de Callari, Logodoro, Gallura y Alborea.

[6] Los soltó ablandado por sus ofrecimientos y sus dones.

[7] Cuentan las historias que Adelasia, hija de Mariano III, Señor de Logodoro, viuda del emperador Federico II y madre de Enzo, rey de Cerdeña, se casó por un engaño con este Miguel Sanchez, senescal del reino, el cual por ese medio fué Señor de Logodoro.

[8] La inteligencia de este pasaje en que el Navarro engaña á los mismos diablos, debe ser ésta. Habiendo caido el rufian entre las uñas de los Garritrancas, les promete que si se aparta un poco de allí, hará salir de la pez á una porcion de sus compañeros, con los cuales podrán divertirse á su placer, pues usará una seña con que se avisan ellos entre sí para socorrerse en sus apuros. Galgazo y los demás diablos sospechan la intencion del malicioso, y no quieren retirarse: pero Alitronchado persuade á sus compañeros á que se aparten, y despues de una amenaza al rufian, del cual no espera que se atreva á medirse en artimañas con diez diablos, se deciden todos, incluso Galgazo, que era el que más se habia opuesto á volar á la otra ribera; y en el momento de dirigir la vista á ella para ejecutarlo, el Navarro salta al lago. Alitronchado se arroja tras él volando; pero no le alcanza, y Pisaescarchas, rabioso contra el mismo Alitronchado, que tiene la culpa de la burla que han recibido, vuela tambien tras de él, y los dos diablos arman una pelea, en la que ambos caen y se estropean, embadurnándose las alas y recociéndose dentro de la brea.

[9] Pisaescarchas desea que Alitronchado no coja al rufian, para tener un pretexto de reñir con él.

[10] Pisaescarchas.

[11] Alitronchado.

CANTO XXIII.

[1] Parece que los franciscanos, cuando salian á la calle, iban siempre en hilera uno detrás de otro, con mucho recogimiento y silencio.

[2] Así se creia en tiempo de DANTE; pero hoy se tiene por de autor incierto. El asunto de esa fábula es el siguiente. Queriendo una rana ahogar á un topo para despues comérselo, le propuso que le pasaria acuestas al otro lado de una acequia. En el punto en que la rana se echó al agua con su carga, vino un milano, que arrebató y se comió á entrambos.

[3] Los hipócritas, de quienes dice que llevan la faz pintada porque cubren sus vicios con el bello color de la virtud. La palabra *hipócrita* viene del griego, y quiere decir *máscara.*

[4] El Emperador Federico II mandaba cubrir á los culpables del delito de lesa majestad con planchas de plomo, que luégo hacía derretir encendiendo hogueras sobre ellas; y DANTE supone que las que llevaban sus condenados eran tan pesadas, que, comparadas con ellas, eran de leve paja las impuestas por Federico.

[5] Como los Poetas, por lento que su paso fuera, no podian ir tan despacio como los de las capas, claro es que en su camino iban siempre al lado de personajes nuevos, que se les iban sucesivamente quedando atrás.

[6] Cuando se carga de peso una balanza, suele rechinar ó crujir de algun modo; y Catalano cuenta que lleva aquel enorme peso, porque DANTE no tiene motivo para figurárselo, puesto que las capas están exteriormente recamadas de oro, y no parecen, por tanto, de lo que son.

[7] Los Hermanos de Santa María, llamados vulgarmente los Gaudentes, componian una Orden de caballería, cuyo instituto era para combatir contra los infieles y violadores de la justicia, pero que habia degenerado y observaba una vida muelle y regalada.

[8] Destrozada por los partidos Güelfo y Gibelino, Florencia llamó para que la pacificáran á estos dos Hermanos Gaudentes Micer Loderingo de Andaló y Catalano Malavolti, Güelfo éste y Gibelino aquél; pero éstos, investidos del poder, se dejaron corromper los dos por el partido Güelfo, y arrojaron de la ciudad al Gibelino, en el cual se ensañaron saqueando y destruyendo sus casas, y particularmente las de los Uberti, sus jefes. Esas se hallaban en el barrio llamado Gardingo, y por eso dice el Poeta que el Gardingo puede decir cómo ellos (Catalano y Loderingo) se portaron en aquel mando.

[9] Este Caifás es el que aconsejó la muerte de Cristo, diciendo: *Expedit ut unus moriatur homo pro populo.*

[10] El pontífice Anás.

CANTO XXIV.

[1] La noche disminuye, pagando al dia el daño que le hizo con el tiempo que le quitó. Esto ocurre hácia la mitad de Febrero, en que son casi iguales las noches á los dias.

[2] Llama á la escarcha hermana de la nieve, cuya imágen figura en el suelo por breve tiempo, porque pronto la derrite lo ya suave del tiempo.

[3] Por lo cual fué oido desde el cerco siguiente.

[4] Porque cuando se tiene ira, sale la voz inarticulada y oscura.

[5] Adviértase que los Poetas no bajan á este saco que hierve lleno de culebras, sino que se quedan á examinarlo desde lo alto del puente, en

un saliente del dique, al que bajan por medio de algunas piedras prominentes, á las que más adelante, en el canto XXVI, llama guardacantones.

[6] Corria entre los antiguos que una piedra llamada heliotropia hacía invisible al que la llevaba.

[7] Vanifucio fué bastardo de Micer Fucio de Lázari, noble de Pistoya. Por eso le llama *mulo*, animal híbrido de naturaleza.

[8] Quiere decir que DANTE le conoció por hombre violento y sanguinario, y no por ladron. Así, con mostrarse el Poeta ignorante del sacrílego atentado de Fucio, viene á descubrir maliciosamente otros vicios suyos.

[9] La sacristía de San Jacobo en Pistoya, la cual intentaron robar Vanifucio y otros cómplices suyos, era célebre por la hermosura y riqueza de sus vasos sacros.

[10] Porque no se complazca DANTE, su enemigo político, en sus tormentos, le profetiza una desgracia para su partido. Esta prediccion significa que de Valdemagra, en la Lunigiana Superior, saldrá como el rayo el marqués Marcelo de Malaspina á atacar á los Blancos y derrotarlos en los campos Picenios. Es de advertir que la division entre Blancos y Negros empezó en Pistoya el año de 1301, y poco despues los Blancos arrojaron á los Negros.

CANTO XXV.

[1] Accion indecente que suele hacer la gente ordinaria con los brazos y cierta combinacion de los dedos. Estas torpes acciones debian ser muy usadas en aquel tiempo en las disputas violentas por opiniones de partido, cuando, segun Juan Villani, se veian todavía en una torre de la roca de Carmiñano dos brazos de mármol que hacian la higa á Florencia.

[2] Capaneo, que en el momento en que, sobre los muros de Tebas sitiada, insultaba y desafiaba

á Júpiter, fué herido por un rayo, y precipitado de los muros abajo.

[3] Terreno palustre de la Toscana, que cria muchas culebras, de gran diversidad de especies y de monstruoso tamaño.

[4] Téngase presente que en los fabulosos Centáuros, de la cintura arriba es de forma humana, y de allí abajo es de forma de caballo.

[5] En el libro VIII de la *Eneida* se narra el robo que hizo á Hércules de los cuatro toros y cuatro vacas magníficos que hacía apacentar junto al monte Aventino, el que Virgilio llama medio hombre, medio fiera *(Semihominis Caci)*, por lo que sin duda le convierte aquí DANTE en Centáuro, aunque en nuestro juicio no es esa la intencion del Mantuano.

[6] Para pintar la ira de Hércules, supone que le dió cien golpes, aunque á los diez deberia ya haber muerto.

[7] Los tres espíritus de que aquí se trata son Añel ó Añolo Brunellesqui, Boso de los Abati y Pucio Chancato de los Galigayes, tres ciudadanos de Florencia muy notables, los cuales están aquí, no por hurtos comunes y viles, sino porque, puestos en los primeros cargos de la república, emplearon con provecho suyo las rentas públicas, arriesgándolas en especulaciones.

[8] Parece que éste fué florentino de la familia de los Donati. Los otros le echan de ménos, hablando entre sí, porque Chanfa habia desaparecido, trasformándose en serpiente, como se verá en seguida.

[9] Esta serpiente es Chanfa trasformado.

[10] Á Añel Brunellesqui.

[11] Este es Francisco Guercio Cavalcanti trasformado.

[12] Este, que tambien es uno de la terna, como ya se ha dicho, es Boso de los Abati.

[13] Dos soldados de Caton, que al atravesar el Africa fueron mordidos de sierpes venenosas. Á Sabelo le entró por el boquete de la picadura un

fuego que le abrasó hasta convertirle en ceniza, y Nasidio se hinchó de tal modo, que reventó su piel. (Libro IX de la *Farsalia* de Lucano.)

[14] Con cuyas dos pinceladas maestras de silbar la serpiente y de escupir el hombre al hablar, pinta la ira de que están poseidos aquellos dos séres en sus diferentes formas.

[15] Micer Francisco Guercio Cavalcanti fué muerto en un terreno de Val-de-Arno llamado Gavilla, y su muerte fué vengada con la de muchos habitantes de ese pueblo.

CANTO XXVI.

[1] Quiere decir que ni ella (su pátria) ni él (su conciudadano) quedan muy honrados por los cinco de que ha hablado en el canto anterior, que son Chanfa, Brunellesqui, Boso, Chancato y Cavalcanti.

[2] Como DANTE supone que éste su viaje es en 1300, tiene que figurar que es un sueño matinal, como ha tenido la vision de las desgracias que pocos años despues sufrió Florencia, y en las que se manifestaba el ódio contra ella hasta de pueblos tan inmediatos como Prato, que se halla casi á sus puertas. Entre esas desgracias, en que se complacian los pueblos de entorno, deben enumerarse la caida del puente de la Carraya, el incendio de mil setecientas casas, y las crueles discordias entre Blancos y Negros, que ocurrieron en 1304.

[3] Prefiere que estas desgracias, puesto que han de ocurrir, ocurran pronto, para que el dolor que le han de causar le encuentre ménos viejo, y por consiguiente más capaz de resistirlo.

[4] Por los mogotes de piedra por donde subieron.

[5] Hace esta reflexion moral recordando lo que vió en el octavo saco, que se prepara á describir, donde se castiga á los que abusaron de la ciencia y del ingenio.

[6] En los dias más largos del año.

[7] Alude al Profeta Eliseo, que, insultado por una turba de muchachos insolentes, los maldijo, y á su maldicion salieron dos osos de una cueva cercana y despedazaron á cuarenta y dos de aquellos bribones.

[8] Estos son los que han aconsejado traiciones ó fraudes.

[9] Cuenta Estacio que habiendo sido quemados ante los muros de Tebas los cadáveres de los hermanos Eteocle y Polineces, se apartaron las llamas que producia cada cuerpo, manifestando así el rencor que uno á otro, hasta despues de muertos, se guardaban.

[10] Alude á Enéas, que á su salida de Troya con las pocas reliquias de allí salvadas, fué al Lacio, donde fundó un Estado, del que provino el grande imperio romano. El artificio del caballo es el que dispusieron Ulises y Diomedes, metiéndose con los principales caudillos griegos en el vientre de un caballo de madera, el cual, introducido dentro de los muros por la curiosidad y supersticion de los sitiados, que creyeron que se habian ido los griegos, dió salida durante la noche á sus traidores huéspedes, que prendieron fuego á los edificios de la ciudad y degollaron á los habitantes. El ardid contra Deidamia fué tambien de Ulises, que descubrió á Aquiles oculto en traje de mujer entre las ancelas de esa princesa, hija de Licomedes, rey de Sciro, le separó de ella y se le llevó á la guerra de Troya, donde pereció. El Paladio, en fin (todo segun la *Ilíada* de Homero), era la estátua ó simulacro de Palas, de cuya conservacion dependia la existencia de la ciudad.

[11] La denomina *antiga* el Poeta por el mucho tiempo que hacía que habian muerto Ulises y Diomedes; y supone que el remate más alto de la hoguera *(el mayor cuerno)* era el que correspondia á Ulises, como personaje más famoso que el otro.

[12] La célebre maga.

[13] Junto al monte Circello, donde despues fundó Enéas una poblacion, que denominó Cayeta, nombre de su nodriza, que fué allí sepultada.

[14] Telémaco y Laertes son el hijo y el padre de que aquí hace Ulises tan tierna mencion.

[15] La de Europa y la de África.

[16] Estos son el monte Ábila, en África, y el Calpe, en España, comunmente llamados *las columnas de Hércules*.

[17] Septa y Esbilia son los nombres antiguos de Ceuta y Sevilla.

[18] El hemisferio que los antiguos creian vacío de habitantes.

[19] Quiere decir que el polo setentrional venía á caer debajo del horizonte de aquella parte del Océano en que se hallaba el navegante: esto es, que habia pasado el Ecuador, y se avanzaba hácia el polo Ártico.

[20] Acaso quiere DANTE significar la montaña del Purgatorio, que él se imagina en el hemisferio opuesto al nuestro, y del cual hablará al fin de esta Cantíga.

CANTO XXVII.

[1] Perilo, artífice ateniense, construyó y presentó á Fálaris, tirano de Sicilia, un toro de bronce para que sirviera de suplicio á los criminales, los cuales, una vez dentro, puesto fuego debajo de la máquina, moririan dando bramidos semejantes á los del animal representado por ésta. El tirano hizo la prueba en el mismo Perilo.

[2] Denomina figuradamente *lenguaje de la llama* al murmurio que hace el fuego movido por el viento.

[3] Esto es, de Montefieltro, ciudad sobre un monte entre Urbino y el nacimiento del Tíber.

[4] Como diciendo: *Bien puedes hablarle, seguro de ser entendido, porque es latino como tú.* Aquí *latino* está usado por *italiano*.

[5] Toma el águila, armas de los Polenta, en lugar de la familia, la cual señoreaba á Rávena y á Cervia, de cuyas ciudades era entónces jefe Guido, el amigo de nuestro Poeta.

[6] La ciudad de Forli. Despues de un largo asedio que sostuvo contra un ejército enviado por Martin IV, compuesto en gran parte de franceses, el Conde Guido deshizo á los sitiadores, haciendo en ellos gran carnicería.

[7] Quiere decir que está siempre en poder de los Ordelafi, que tenian por armas un leon verde. Era entónces Sinibaldo el jefe de esa familia.

[8] Estos dos, á quienes llama, sin duda por lo crueles, *mastin viejo* al uno, y *mastin ardiente*, ó jóven, al otro, son los dos Malatesta, padre é hijo, Señores de Ariminio ó Rímini, y de Verruquio, castillo que los de Rímini dieron al primer Malatesta.

[9] Nobilísimo caballero de Rímini, cabeza de los Gibelinos en aquel país, á quien Malatesta hizo matar cruelísimamente.

[10] Fayenza, situada junto al rio Lamon, é Ímola, junto al Santerno.

[11] Menardo Pagani, cuyas armas eran un leon azul en campo blanco.

[12] La ciudad de Cesena. Es opinion del Poeta, como ya lo expone en otros pasajes, que los montes son emblema de la libertad, y las llanuras de la domesticidad ó servidumbre.

[13] Alude á Bonifacio VIII.

[14] El mismo Bonifacio.

[15] Con esto da á entender que no tomaba por adversarios suyos á los cristianos buenos y no renegados, como eran los que por codicia llevaban á vender vituallas á las tropas del Soldan, ó iban á San Juan de Acre á ayudar á los sarracenos á expugnar esa plaza; y se hace tambien aquí alusion á la guerra que movía el Papa á los Colonas, que habitaban junto á San Juan de Letran.

[16] Quiere decir: *No vió que él era un Papa y yo un fraile de San Francisco.*

[17] Constantino llamó al Papa San Silvestre, que se hallaba escondido en el monte Sorate, para que le curase la lepra.

[18] Cansado de asediar sin fruto la ciudad de Prenesta, hoy Palestrina, Bonifacio se propone adquirirla por ardid.

[19] Alude á la renuncia del Papado hecha por Celestino V.

[20] Un demonio.

[21] De este cuento, que corria en tiempo de Dante, dice Muratori: *Probosi huius facinoris narrationi fidem adjungere nemo probus velit, quod facile confinxerint Bonifacii æmuli.*

CANTO XXVIII.

[1] Alude á la guerra púnica, cuya historia escribió Tito Livio.

[2] Roberto Guiscardo, hermano de Ricardo, Duque de Normandía, arrojó á los sarracenos de Sicilia y de la Pulla despues de sangrientos combates.

[3] Los que perecieron en la primera batalla entre Manfredo y Cárlos de Anjou, cuyos huesos encuentran todavía los labradores esparcidos en el campo de Ceperano, lugar en los confines de la Campiña romana, hácia Montecasino, donde se pasaron de Manfredo á Cárlos muchos señores pulleses.

[4] Junto á Tallacoso, castillo del Abruzo ulterior, Cárlos debió la victoria al consejo que le dió Alardo de Valeri, viejo caballero francés, reducido á que con una tercera parte de sus tropas, que no tenía empeñadas, cayese sobre el enemigo, que, habiendo vencido á las otras, se hallaba entretenido en su persecucion y cebado en el botin. Cárlos venció por esa estratagema, con escasa pérdida de su gente.

[5] Alí, yerno de Mahoma, cuyos sectarios se apartan de los otros musulmanes en ciertos actos religiosos.

[6] Fray Dolcin fué un ermitaño herético que predicaba la comunidad de bienes, y seguido de más de tres mil sectarios anduvo mucho tiempo robando y cometiendo excesos, hasta que, cogido por los novareses junto á Novara, cuando se hallaba interceptado por las nieves y desprovisto de víveres, fué quemado vivo en compañía de su pareja, llamada Margarita.

[7] El tubo de la garganta ensangrentado por de fuera.

[8] Un tal Pedro de Medichina, del pueblo de ese nombre, en el territorio de Bolonia, que sembró la discordia entre sus conciudadanos y puso en guerra á Guido de Polenta con Malatestino de Rímini.

[9] La llanura de Lombardía.

[10] Este infame es Malatesta de Rímini, que invitó á Guido del Cásero y á Anyoleto de Cañano, excelentes caballeros del país de Fano, á venir á conferenciar con él amigablemente á La-Católica, fortaleza junto á Rímini, y cuando, embarcados, estaban ya cerca, fueron cogidos y ahogados en el mar por los que conducian la nave, segun lo habia dispuesto el tirano.

[11] Este Malatestino era tuerto.

[12] Luégo se revela el nombre de este *alguno* que quisiera ser ciego por no ver el país que rige el tuerto Malatestino.

[13] Fócara es el monte de La-Católica, del que soplan vientos muy borrascosos.

[14] *Tolle moras, nocuit semper differre paratis:* palabras de Curion á Julio César en la *Farsalia* de Lucano, cuando le aconseja que se decida á desobedecer al Senado, no dejando el mando del ejército, y que pase el Rubicon, llevando las armas contra Roma.

[15] Palabras de un tal Mosca, de la familia de los Uberti, que, ayudado de otros compañeros, por vengar el honor de los Amidei, mató á Buondelmonti, que, habiendo prometido casarse con una doncella de esa familia, se casó con otra de

los Donati. Este fué el orígen en Florencia de las discordias que crearon los partidos Güelfo y Gibelino.

[16] Beltran del Bornio, vizconde de Altaforte, trovador insigne y armígero famoso, natural de Gascuña, incitó al hijo mayor de Enrique II de Inglaterra á levantarse contra su padre. Llamaban á aquel Príncipe *el Rey jóven*, para distinguirle de éste, y porque fué coronado siendo todavía muy jovencillo.

[17] DANTE sigue la doctrina de Aristóteles, que supone que está en el corazon el principio de la vida y la oficina de los espíritus vitales, de los cuales principalmente se forma el cerebro.

CANTO XXIX.

[1] Sabido es que la luna, en los plenilunios, está en el horizonte al empezar á oscurecer, y en el zenit á media noche, y que, por tanto, al mediodía subsiguiente está en el nadir, esto es, á nuestros piés. Pero como desde el plenilunio, que fué la noche en que el Poeta se extravió en la selva, hasta el momento que ahora se marca, ha corrido un dia, pasado entre la selva y el monte, y además todo el tiempo del dia segundo, empleado en recorrer el Infierno desde la puerta hasta el noveno saco; teniéndose presente, porque ya en otra parte lo hemos dicho, que la luna despues de su lleno retarda cada dia más de tres cuartos de hora en volver al meridiano, y otro tanto, por consecuencia, en llegar al punto opuesto, está demostrado que en el caso presente para los Poetas, y respecto del horizonte de Italia, era la una de la tarde, esto es, una hora despues de mediodía.

[2] Géri fué hijo de Belo, que lo fué de Alighiero, antepasado del Poeta. Era hombre de mala vida, y le mató á traicion uno de los Saqueti, sin que ninguno de los de la familia tomára venganza, como era de costumbre en aquellos

tiempos; y por eso el Poeta no se ofendió, ántes le tuvo más compasion, cuando pasó el espíritu señalándole con gesto amenazador.

[3] Valdequiana, campiña así llamada por el rio Quiana que la atraviesa, está situada entre Arezo, Cortona, Clusi y Montepulciano. Hoy la han convertido el cuidado y trabajos sábios ejecutados en ella, en una de las más fértiles provincias de Toscana; pero entónces allí, como en Marema y en una parte de la Cerdeña, hacian grandes estragos las fiebres producidas por los pantanos durante el estío.

[4] Á los alquimistas y monederos falsos.

[5] Egina es una insulilla cerca del Peloponeso, donde en tiempo de Eaco, su Rey, hubo una peste grande que acabó con todos los vivientes, así hombres como animales. La fábula cuenta que Jove, á ruego de ese Príncipe, trasformó en hombres á las hormigas, únicos animales que habian renacido en aquel suelo. Esos hombres se llamaron despues *Mirmidones*, palabra griega, que quiere decir *hormigas*.

[6] Parece que éste fué un tal Grifolino, alquimista de Arezo, que se ofreció á enseñar el arte de volar á Alberto, sienés, el cual le creyó al principio; pero desengañado luégo, le acusó al Obispo de Siena, de quien era ahijado, y ese le mandó quemar vivo, como reo de nigromancia.

[7] Este es el que estaba con Grifolino. Llamábase Capoquio, y era alquimista, falsificador de metales. Estudió filosofía natural en compañía de DANTE.

[8] Habla irónicamente. Este Etrica es otro sienés, disipador de toda su hacienda.

[9] Dícese que este Nicólo, de la familia de los Salimbeni, fué tambien un derrochador, que hacía estudio de inventar nuevos y delicados manjares. La *Usanza-rica* era un plato que se aderezaba con pimienta, ó giroflo de la India, y otras especias, costosísimas en aquellos tiempos. Su-

pone DANTE que Nicólo fué el primero que introdujo el uso de aquel plato en Siena, á cuya ciudad llama *huerto donde radican tales concupiscencias.*

[10] Sigue la ironía. Esta banda, ó tropa, era una compañía de jóvenes ricos, que habiendo vendido cada uno sus bienes, y reunido entre todos una suma de doscientos mil ducados, la disiparón en pocos meses en toda clase de goces y locuras. De esa Compañía eran Cachán de Ascano y Aballato.

[11] Si no me engaña la vista y eres DANTE en efecto.

CANTO XXX.

[1] Seméle era una jóven tebana amada por Júpiter, de quien engendró á Baco. Juno, celosa, no sólo la persiguió á ella, sino á toda la raza de los tebanos.

[2] Adamante, rey de Tebas, á quien Juno volvió loco tan furioso, que encontrándose con Ino, su mujer, que llevaba de la mano á sus dos hijuelos Learco y Melicerta, la creyó una leona, y se puso á gritar: *tendamos la red*; y apoderándose de Learco, lo estrelló contra unas peñas. Ino se arrojó al mar con Melicerta.

[3] Cuando Hécuba, despues del sitio de Troya, era llevada cautiva á la Grecia y habia visto sacrificar sobre el sepulcro de Aquiles á su hija Polixena, encontró en las playas de Tracia el cuerpo de su hijo Polidoro, asesinado por Polimnestor, y á aquel espectáculo, poseida del furor más ciego, lanzó gritos lastimeros, que el Poeta compara con los ladridos de un perro. Juvenal y Ovidio suponen que, segun la fábula, fué convertida en ese animal.

[4] Grifolino.

[5] Jani Esquico, de la familia de los Cavalcanti.

[6] Mirra, hija de Ciniro, rey de Chipre, dis-

frazada una noche, satisfizo en los brazos de su padre la pasion incestuosa que por él sentia.

[7] El ya nombrado Jani Esquico, de quien se cuenta que habiendo quitado del lecho el cadáver de Buoso Donati y puéstose él en su lugar, fingiéndose Buoso moribundo, dictó en toda regla un testamento en favor de Simon Donati, sobrino del muerto. El Esquico habia pactado primero que en premio del servicio le daria Simon una famosa yegua, que era la mejor que tenía la gran yeguada de Buso. Segun un comento publicado poco hace por lord Vernon, la yegua se llamaba madona Tonina.

[8] Por la horcajadura de donde parten las dos piernas, que el Poeta llama *ramas del tronco del cuerpo.*

[9] Adan, bresciano, que á ruego de los condes de Romena, castillo en la colina del Casentino, falsificó la moneda, por cuyo delito fué quemado vivo.

[10] Estos son los condes de Romena, y el otro hermano dícese que se llamaba Aginolfo.

[11] Branda es una fuente de Siena, célebre por lo cristalino y exquisito de sus aguas, y dice este hidrópico que querria más todavía ver á los Condes en el Infierno que beber de ellas.

[12] El que engañó á Príamo y le indujo á introducir en Troya el célebre caballo de madera.

[13] Sabido es que Narciso se miraba en una fuente para admirar su hermosura; por consiguiente, su agua debia ser muy cristalina, y por eso dice que no se haria de rogar para lamer en ella, que es lo que hace el perro para beber.

CANTO XXXI.

[1] La palabra de Virgilio, que habiéndole hecho bajar primero avergonzado la frente, le tranquilizó despues.

[2] La lanza que Aquiles heredó de Peleo, su

padre, que, segun los Poetas, curaba las heridas que hacía con raspaduras de su misma asta.

[3] En la derrota de Roncesvalles, donde dicen que Orlando, viéndose ya en el riesgo inminente en que perdió la vida, tocó desaforadamente su corneta pidiendo socorro.

[4] Castillo perteneciente á los sieneses.

[5] En otro tiempo estuvo esta gran piña de bronce en lo alto de la mole Adriana, ó castillo del Santo Angel, de donde se trasladó al ábside de Bramante.

[6] Los frisones, pueblo de la Germanía setentrional, donde los hombres son muy altos.

[7] Este gigante es Nembrod, y lo que habla es una mescolanza de palabras de lenguas orientales con que el Poeta parece da á entender la confusion de lenguas que ocurrió á los que emprendieron construir la torre de Babel.

[8] Segun la Escritura, Nembrod fué castigado con perder la memoria y quedarle la mente confusa y trastornada toda la vida. Por eso DANTE figura que no sabe ya dónde tiene el cuerno que llevaba siempre al cuello, como gran cazador que habia sido.

[9] La de construir la torre de Babel, pues ántes los hombres hablaban todos un mismo idioma.

[10] Quiere decir: *Habla con otro que te entienda, y no con ese, que ni entiende ni es entendido de nadie.* Esto prueba que ni Lanci ni Venturi, queriendo suponer el primero que las palabras del gigante son del árabe antiguo, y el segundo que pertenecen al idioma siriaco, tienen para ello fundamento; y es más probable lo que arriba decimos sobre este particular.

[11] Lucano finge que Zama, donde Escipion venció á Aníbal, perteneció al antiguo reino de Antéo, á donde llevó el gigante su botin de los mil leones. *Ferunt epulas raptos habuisse leones.*

[12] Alude al combate que sostuvo Hércules con Antéo.

[13] Carisenda es una torre de Bolonia, llamada así en tiempo de DANTE, del nombre de su autor. Está tan desnivelada respecto de su base, que al que se coloca al pié de dicha torre por la parte de donde sube inclinada, y ve pasar por encima un vapor ó nube cualquiera, le parece que esa nube está inmóvil, y que es la torre la que se mueve; por consiguiente puede figurarse que le amaga (como dice el Poeta) con que cae opuesta al curso que lleva la nube.

[14] El cerco noveno, dividido en otros cuatro recintos circulares.

CANTO XXXII.

[1] Las Musas ayudaron á Anfion á levantar los muros de Tebas.

[2] Estos son los traidores á sus mismos parientes.

[3] El Tana ó Don, gran rio que en los tiempos antiguos era lo que dividia al Asia de la Europa.

[4] Tabernich y Piedra-Apuana son dos montes altísimos, el primero de la Esclavonia y el segundo de la Grafañana, territorio toscano junto á Luca.

[5] Quiere decir que era tan duro ese hielo, que ningun peso, por grande que fuera, le haria crujir rompiéndose.

[6] Rio que corre hácia el Arno, y riega el valle Falterona, en la Toscana.

[7] Estos son Alejandro y Napoleon, hijos de Alberto de los Alberti, condes de Mangona, de Florencia. Despues de muchos delitos cometidos por ambos, el un hermano mató al otro.

[8] Este es Mordrec. Segun las historias caballerescas, su padre Arturo, rey de Bretaña, le sorprendió cuando estaba apostado en acecho para matarle, y le atravesó con su lanza real, haciéndole en el cuerpo un agujero, por donde, despues de sacarla, se veia la luz de la parte opues-

ta. Por eso dice el Poeta: *pecho y sombra rompiendo.*

[9] Foscacha de los Cancelieri, noble pistoyano que cortó una mano á un primo suyo, y mató á un tio; de cuyo malfecho surgieron los bandos de Blancos y Negros.

[10] Sasol Masqueron, florentino, mató tambien á un tio suyo, y se pregonó en Florencia su cabeza.

[11] Camichon de los Pazzi, que mató traidoramente á su pariente Micer Ubertino.

[12] Carlin de los Pazzi, del partido Blanco, entregó por dinero á los Negros de Florencia el castillo de Plano de Treviña.

[13] Esta sombra es Boca de los Abati, florentino del partido Güelfo, por cuya traicion fueron hechos pedazos cuatro mil de los suyos en el combate de Monteaperto.

[14] Boso de Duera, cremonense, que por dinero que le dió Guido de Monforte, que conducia el ejército francés, le facilitó el paso por la Pulla, cuya guarda le estaba encomendada por Manfredo y los Gibelinos.

[15] Becaria, abate de Valleumbrosa, natural de Pavía, á quien se le cortó la cabeza por suponerle en complot con los Güelfos contra los Gibelinos. Es de advertir que no se le probó esto, y que se hallaba en Florencia como Legado del Papa.

[16] Janin del Soldanero, que, siendo Podestá de Fayenza, con el auxilio de Tebaldo de Zambrasi la entregó, siendo ambos del partido Gibelino, á los boloñeses, que eran Güelfos.

[17] Ganelon, que vendió á los de Carlomagno en Roncesvalles.

[18] Menalipo, tebano, y Tideo, rey de Caledonia, cayeron heridos de muerte combatiendo uno con otro bajo los muros de Tebas. Tideo, que sobrevivió á Menalipo, se hizo traer la cabeza de su adversario, y se puso rabiosamente á roerla ántes de espirar él mismo.

[19] La lengua.

CANTO XXXIII.

[1] Ugolino de los Gerardesqui, conde de Doranático, de acuerdo con el arzobispo Rugiero de los Ubaldini, arrojó de Pisa á su sobrino Nino de Gallura y se hizo señor de la ciudad. Mas por envidia y ódios de partido, secundado despues el Arzobispo por los Gualando, Sismondi y Lanfranco, todos Gibelinos, sublevó al pueblo contra el conde, que era Güelfo, y le prendió con sus hijos Gado y Ugucio, y sus nietos Ugolino (el Brigada), Enrique y Anselmo, y los encerró en la torre de los Gualando, llamada *de las Siete Vías*, y luégo arrojó al Arno las llaves para que nadie les pudiera llevar alimento. Dicen otros, y esta opinion sigue el Poeta, que mandó tapiar las puertas.

[2] La Muda era el lugar en que se recogia á los halcones y otras aves cazadoras por la estacion en que mudaban de pluma, y por eso se le habia puesto tal nombre á la torre, porque en ella se encerraba á los pájaros gordos de la república, esto es, á los hombres políticos importantes, para hacerles doblegarse y cambiar de sentimientos. Esa torre fué despues llamada *del Hambre*, por la que allí padecieron hasta morir Ugolino y sus hijos y nietos.

[3] El monte San Julian.

[4] Dante llama lengua del *sí* á la italiana. Véase su libro *De la Vita Nova*.

[5] La Caprea y la Gorgona son islas del mar Tirreno, no léjos de la boca del Arno.

[6] Porque no era seguro que Ugolino hubiera cometido ese crímen.

[7] Donde Dios tiene postrado á Lucifer, el mayor de todos los delincuentes.

[8] Alberigo de los Manfredi, noble de Fayenza, de la Orden de Hermanos Gaudentes. Habiéndose indispuesto con algunos, fingió que se reconciliaba con ellos, y los convidó á un gran

banquete; y en el punto en que daba órden para servir las frutas, que era la señal convenida, unos sicarios prevenidos para el caso se arrojaron sobre los convidados y los asesinaron.

[9] Expresion proverbial de aquel tiempo, que quiere decir: «Ser castigado con exceso por el mal causado.»

[10] Atropos es, de las tres Parcas, la que corta el estambre de la vida. Así el Poeta quiere decir que *La Tolomea* tiene sobre los demás cercos la ventaja (habla irónicamente) de que el alma baja allí ántes de morir el cuerpo en la tierra; cuyo cuerpo queda encargado á un diablo, que le gobierna hasta su última hora.

[11] Dice que inverna, porque están en medio del hielo.

[12] Branca D'Oria, genovés, mató á traicion á su suegro, Miguel Sanchez, que tambien hemos visto en el canto XXII entre los rufianes.

[13] Branca D'Oria.

CANTO XXXIV.

[1] *Los estandartes del rey del Infierno avanzan hácia nosotros.* Este verso, que DANTE aplica á Lucifer, en latin, y añadiendo la palabra *inferni*, es el primero de un himno de la Iglesia en honor de la Santa Cruz.

[2] Lucifer, que era bellísimo ántes de su rebelion.

[3] Llama á Lucifer con el nombre de Dite, que la fábula da á Pluton, como á rey de los infiernos.

[4] Generalmente se supone que estas tres caras que el Poeta da á Lucifer corresponden á cada una de las tres partes del mundo entónces conocido.

[5] Al través del agujero de este peñasco esférico, casi núcleo de la tierra, y que es de toda la extension de la Judeca, se encuentra Lucifer, con la parte superior de su cuerpo en el hemisferio boreal, y con la inferior en el austral.

[6] *Media tercia* es la octava parte del dia, suponiéndolo dividido en las cuatro partes usuales de *tercia*, *sexta*, *nona* y *véspero*. Virgilio habia dicho un poco ántes que empezaba á anochecer; pero como en el punto en que el sol se pone en un hemisferio, empieza á salir en el otro, es claro que en el que ahora se encuentran los Poetas debia ser de dia; y, en efecto, por eso dice DANTE que ya asciende el sol á la *media tercia*. Por consiguiente, en aquel pasaje han tardado hora y media.

[7] Entiéndase el centro de gravitacion.

[8] Expresion tomada del *Génesis*, que denomina *la seca ó árida* á la tierra, porque no está cubierta por las aguas.

[9] Alude al *Consummatum est* del Evangelio.

[10] Ya hemos dicho que DANTE llama *Judeca* á la cuarta y última parte del círculo de Judas, que es el noveno. El espacio del otro hemisferio correspondiente á él, es la pequeña esfera que forma la otra cara de la Judeca: la que necesariamente habia de ser la primera que encontráran los Poetas despues de haber pasado el centro.

[11] Fíngese DANTE con portentosa fantasía que Lucifer cayó de cabeza hácia el hemisferio á donde él se dirige ahora, y con tanta violencia, que perforó hasta el centro.

[12] Supone que formó la montaña del Purgatorio la tierra que huyó despavorida, dejando un vacío é introduciéndose y haciendo rebasar las aguas hasta volver á levantarse sobre ellas en el opuesto hemisferio.

[13] Que por ser oscurísimo no se percibe por la vista, sino por el ruido que hace el arroyo de que habla.

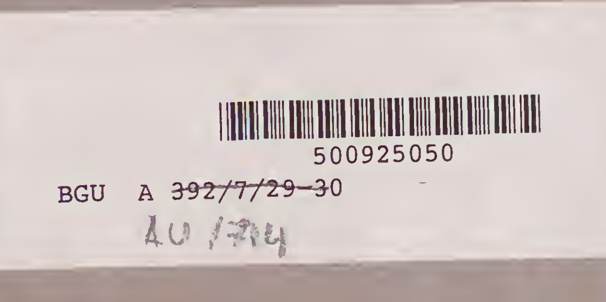
FIN DE LAS NOTAS DE LA PRIMERA CANTÍGA.

FÉ DE ERRATAS

de la

CANTÍGA DEL INFIERNO.

PÁG.	VERSO.	DICE:	DEBE DECIR:
153	16	vuelta	vueltas,
282	3	divides.	divides,
301	24	larga	larga.




U
714